

NO DIJERON MUERTE

JOSEFA RUIZ-TAGLE



SAPOSCAT



NO DIJERON MUERTE

Hijos de detenidos desaparecidos
y ejecutados políticos
en Chile

Josefa Ruiz-Tagle



ÍNDICE

Reconocimientos	6	La guagua se cuidaba sola	113
<i>Malas víctimas</i>	11	Claudia Suil	
Sólo me arrepiento de no haber sido más dura	27	¿Y si estuviera vivo?	
Rosita Silva		¿Y si vuelve?	122
¿Usted conoció a un maestro que se llamaba Celso Alamiro?	38	María Paz Concha	
Ernesto Guajardo		Tu papá asesinó a mi papá	130
El aspecto de una joven revolucionaria	51	Simón Sobarzo	
Camila Krauss		La costura en la cara de mi madre	137
La dictadura generó un error genético masivo	62	Yorka Salinas	
Liseloth Zamora		¿Recuperar la democracia para qué?	142
Utopía en el horizonte	68	Eduardo Ziede	
Edda Hurtado		La trinchera de la música	147
Un territorio abandonado	79	Lincoyán Berríos	
Anselmo Cancino		Esta maldad encerrada dentro mío	156
Vía crucis	89	Valentina Rodríguez	
Alicia Juica		Ese día en que le bailé a Pinochet	166
Cambiar la forma entera	96	Elena Catalán Bucarey	
Estela Ortiz		Un caso “sin convicción”	171
Regalo de cumpleaños	103	Nadia Oliva	
Javiera Parada		Lo que a veces significa la pobreza	176
		Andrea Boettiger	

Una metralleta no cabe en el estuche de un violín 182	Hasta que llegaron con banderas 265
Juan Cristián Peña	Andrés Brignardello
La construcción de lo oculto 188	Fin de la conversación 272
Claudia Godoy	Sylvana Verónica
Un instrumento del odio 198	Fuentes Cienfuegos
Carolina Valdés	Explataron todas mis rabias 285
<i>No quiero pensar nunca en la tortura</i> 205	Marcela Meza Lagos
Peligroso mirar 211	A la vuelta de la esquina, siempre 299
Juan Carlos Chávez Pilquil	Cecilia García-Gracia
Tú, la hija del Alonso, tienes que bailar 221	<i>Mil monumentos</i> 307
Evelyn Gahona	
Los huerfanitos vengadores 228	<i>La imaginación herida</i> 319
Andrea Recabarren	Siglas 332
No dijeron muerte 234	Notas 334
Alejandra Montoya	
Una película inconclusa 241	
Álvaro de la Barra	
Los horrores diseñados 252	
Alejandra Parra	
Una tristeza sin explicación 260	
Ana Gabriela Rojas	

Reconocimientos

Gracias a todos quienes generosamente me ofrecieron sus testimonios, fueron conversaciones largas y difíciles. Gracias por la confianza que me dieron para transformar sus relatos orales en monólogos, espero que la traducción les resulte justa.

Gracias a Adriana Goñi, su atención a las escrituras de los hijos inspiró este trabajo. Gracias a los dedicados lectores del borrador: Natalia García, Andrea Chignoli, Sol Concha, Lucía Egaña, Nelly Richard, Diamela Eltit, José Joaquín Brunner y Mónica Espinosa. Gracias a Joudy Salinas y Valentina Vargas, que trabajaron en las transcripciones. Gracias a mi abuela, Alicia Orrego, y a mi bisabuela, Manuela Rodríguez, que me heredaron el valor del desconsuelo. Gracias a la editorial Saposcat y a Marcela Fuentealba por su compromiso y entusiasmo. Gracias a Magdalena Sota y Morgana Rodríguez por las distintas formas en que contribuyeron a que este libro viera la luz. Y a todos quienes, de manera infatigable, me han criticado por la demora en publicar.

Quiero reconocer, también, algunos textos que inspiraron la metodología de este libro. A los quince años leí *La ira de Pedro y los otros*, un libro de entrevistas a jóvenes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez escrito por Patricia Politzer. Ese libro cambió mi comprensión de la sociedad chilena, y la de mi vida también. Me di cuenta de que la rabia que sentía no era sólo mía. En 1992 leí en Colombia *No nacimos pa' semilla*, un libro controversial de Alonso Salazar, construido como un collage a partir de testimonios de jóvenes sicarios y traficantes de la ciudad de Medellín. En el diario que escribí en ese viaje dice: “Para entender este país prefiero el realismo brutal de *No nacimos pa' semilla* que el realismo mágico”. El 2015 leí *Voces de Chernóbil*, y luego los demás libros de Svetlana Alexiévich, que en un mismo texto combinan la rigurosidad de la literatura y del periodismo, y logran transmitir, a través de la delicada edición de la prosa, las emociones y experiencias subjetivas de los entrevistados, mientras, al mismo tiempo, dan cuenta de una realidad que nos incumbe a todos.

Malas víctimas

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo “como verdaderamente ha sido”. Significa adueñarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro.

WALTER BENJAMIN

Hace más o menos siete años se me ocurrió escribir un libro parecido a éste, que reuniera las historias de hijos de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos. Mis notas de esos días dicen: “¿Se parecen a mí? ¿Cómo habla la hija de un ejecutado político? ¿Hay algo que nos delate? ¿Nos persiguen los mismos fantasmas? ¿Compartimos un tono emocional? ¿Qué nos separa? ¿Hasta qué punto mi experiencia es única y de qué maneras es colectiva, social? Quiero poner mi obsesión arriba de la mesa y hacer un banquete en el que no falte el vino”.

La forma que tenía en mente fue cambiando, pero estas motivaciones persistieron hasta el final. Sólo me pregunto qué estaría pensando con eso de que no faltara el vino. ¿La desproporción? ¿La fertilidad? ¿El gozo? Creo que, al prestar atención no sólo a los golpes sino también a las respuestas —a la solidaridad, a la organización política, al pensamiento crítico—, en estas páginas se honra esa intención.

(preparación)

Comienzo con una convocatoria abierta a través de redes sociales, publico un aviso, me llegan algunos correos. Me reúno con Adriana Goñi, una antropóloga que lleva muchos años investigando y publicando en un blog materiales de hijos de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos. Me muestra su base de datos (demasiado grande) ordenada en una planilla.

En mis notas continúan las preguntas: “¿Cuántos fueron los muertos? Están los del Informe Rettig y los demás. Los que se enfrentaron con la policía a balazos, los que volvieron enfermos después de la tortura, los que viéndose acorralados se suicidaron, los que se murieron de pena, los padres que se quemaron a lo bonzo, las madres que se arrojaron al vacío, los que no se sabe. ¿Cuántos hijos tuvieron los muertos? ¿Cuántos fueron apresados, violados? ¿Cuántos hijos tuvieron los presos? ¿Decenas de miles? ¿Cuántos perdieron la voz?” A medio camino de la investigación para este libro, dejé de hacer y de hacerme estas preguntas imposibles. Las medidas, las proporciones, sirven poco para explicar la magnitud del daño. Pienso en un cuento de Ursula K. Le Guin en el que la perfecta felicidad de una ciudad, Omelas, depende del sufrimiento de un solo niño.

Le pido a Adriana nombres de hijos de mujeres asesinadas, de hijas de no militantes y militantes, de huérfanos, de obreros y campesinos, artistas y dirigentes, profesionales y estudiantes secuestrados y ejecutados en distintos lugares de Chile. Mi idea es expresar la diversidad y llegar adonde mis redes sociales no llegan. Leo sobre las madres y los padres muertos. Busco en la página de Memoria Viva: a veces hay muchísima información y otras veces nada. Busco a los hijos en las redes sociales. Defino algunos nombres y más tarde les escribo contándoles del libro que tengo en mente. Sólo algunos no responden; existe, en general, la necesidad de contar. A quienes están

de acuerdo en reunirse conmigo, les propongo hacerlo en sus casas y les explico que necesitaremos algunas horas sin ser interrumpidos.

(las conversaciones)

Llego tímida. Quienes abren la puerta tienen casi siempre una edad semejante a la mía y la mayor parte de las veces son mujeres. Acepto un café, un vaso de agua. Mientras van a la cocina observo los libros, las plantas, las fotos, los objetos, lo que me es familiar y lo que me es ajeno.

Tengo una fórmula para comenzar la conversación: lo primero es explicarles. Les digo cosas como: “Aquí vengo con mi propia historia a cuentas, estoy de tu lado sea lo que sea que vayas a contarme. No tengo jefes a los que rendirles cuentas, no se trata de una tesis. Se trata de una conversación sin pauta, guiada por la curiosidad hacia lugares ojalá improbables. Quiero conocerte. No te preocupes si no recuerdas los hechos, me interesan menos que las historias que te has contado a ti misma, y si no recuerdas nada, si no has imaginado nada, esa también es tu historia”.

Les cuento luego del libro que tengo en mente y de cómo será construido, que será una mezcla entre periodismo y literatura, que de las muchas tramas que aparezcan escogeré algunas, las que me interpiden, las que regresen en medio de la noche, las que me hablen de verdades difíciles, las que me hagan sonreír o llorar, cuestionar el presente o revisar viejas ideas. Les advierto que en este ejercicio introduciré inevitablemente mi visión, que las palabras serán las tuyas, pero el énfasis, el orden, el contexto dentro del libro, me corresponderán a mí. La confianza que me dan alimenta mi propia confianza. Por último les pido permiso para prender la grabadora.

Llevo dos o tres datos anotados en un papel. Empezamos desde atrás, desde las familias de origen, los abuelos. Generalmente aparece

un tiempo mítico, previo a la caída, donde el mundo era más o menos feliz, o al menos comprensible, explicable a partir de unas pocas leyes. Hasta que de un momento a otro, de manera más o menos inadvertida, acontece el golpe, lo inexplicable, el desangramiento de ese mundo.

Algunos van decidiendo al contar qué historias son las relevantes, qué palabras, metáforas, imágenes pueden servirles para transmitir sus experiencias; los símbolos son improvisados, frescos, avanzan a tientas por caminos rara vez, o nunca, transitados. Otros tienen ya elaborado un relato, lo cuentan como si lo hubieran contado muchas veces, encontraron una forma para explicar lo vivido; ordenando episodios, atando causas y efectos, han construido una fábula. Pero incluso si éste es el caso, hay momentos en los que la narrativa falla, aparecen las contradicciones, las dudas, los errores. La imagen que cada uno tiene de su propia naturaleza y su destino se deforma, los bordes del pensamiento se desdibujan y se confunden con la emoción que los contiene, con la palma de la mano donde clavan la mirada. Quedan sólo el balbuceo o el silencio.

Puedo ver, entonces, a mi interlocutora buscar entre las palabras una que le sirva de algo, una frase con sentido con la que expresar alguna idea. La veo intentar dar cuenta de lo que sabe y percatarse de las enormes lagunas, de lo que ha olvidado y de lo que no ha preguntado nunca, de los pedazos de historia que han muerto junto a los testigos. Me dice con los ojos que no tiene más palabras, no nítidas, no enteras. Yo incomodo; sola podría echarse a llorar, comerse las uñas, distraerse o emborracharse. Pienso que tengo el deber de ofrecerle una salida, un “cambiamos de tema”, una pregunta sencilla. Eso a la hora de entrevistar, porque al escribir es diferente, ahí sí puedo insistir en esos lugares difíciles, observarlos e intentar dar cuenta de ellos.

(interrupciones)

Hay momentos en los que es a mí a quien le cuesta mantener la compostura. En los que lloro o pierdo el sueño, pero cuando (a menudo) me preguntan si este trabajo no me agota, si no quedo deprimida o desmoralizada, respondo que no, al contrario. Participar de conversaciones tan intensas, tan densas en significados, me entusiasma, me llena de sentido. Siempre hay un momento en el que me enamoro. Pero, tal como ocurre con el amor, no es sencillo. Un día anoté en mi libreta: “A veces me olvido de exhalar”.

Hay quienes me piden parar la grabación. Algunos dudan en medio de la entrevista si están dispuestos o no a hacer pública su historia. Otros me llaman después para pedirme que quite esto o aquello, casi siempre atormentados por la posibilidad de herir a un familiar. Una sola persona me escribió para decirme que se había arrepentido de aparecer en este libro. Todos los demás estamos, cada uno a su manera.

(las voces del coro)

A todos nos cayó una bomba encima, pero los efectos, más o menos devastadores, dependieron de dónde sucedió esto (en qué cuerpos, en qué territorios, en qué familias, en qué momentos de la propia biografía). A veces esos padres que mataron eran lo único que había, más allá sólo estaban las ruinas y las garras monstruosas del Estado. Lo que a algunos les generó sobre todo tristeza, a otros furia y rebeldía. Lo que a algunos hundió en la melancolía, a otros sirvió de motor para la organización y la creatividad. Algunos fueron cobijados y sostenidos por sus familias y comunidades; otros padecieron abandono, miseria y abuso. A algunos les contaron una historia verdadera, a otros les mintieron o no les dijeron nada. El impacto no fue el mismo en quienes

crecieron con sus padres que en aquellos que crecimos sin recuerdos, con leyendas. Hubo territorios bombardeados una y otra vez, que no conocieron la paz.

Los relatos aquí contenidos dialogan entre sí, por momentos se provocan, se contradicen, se critican, y luego se reafirman, se hacen cómplices y llegan a sentirse como las distintas voces de un coro. Existe una cultura de la memoria que se expresa en lo que se ha decidido recordar y en lo que no es posible olvidar aunque se quiera; una cultura que se expande vinculando no sólo a los hijos de los muertos, sino a las víctimas de la violencia política, el exilio y la prisión, a camaradas, familiares, amigos y herederos. Por muy diversas que sean nuestras experiencias, conviven dentro y fuera de este libro, y se reflejan unas a otras como espejos. Cuestiones que parecían en extremo íntimas, subjetivas, resultan ser parte de algo más grande, de una realidad social que generalmente permanece oculta.

(¿más testimonios?)

Cuando me preguntan esto me sorprende, para mí es evidente que en las historias que se han contado sobre Chile hay relatos ausentes. El golpe enmudeció a los sobrevivientes. Hablar era peligroso, los adultos no sabían qué decir, no tenían cómo explicar el horror a los niños, y los niños no se atrevían a preguntar por temor a romper un equilibrio siempre frágil. Durante los diecisiete años que duró la dictadura, crecieron en las sombras enclaves de resistencia, cuidado mutuo y resguardo de la memoria. Alrededor de ellos se articularon historias heroicas que incluían el tiempo mítico anterior al desastre, aventuras colectivas, organización política y amores; la violencia y el martirio eran elementos centrales, pero también la resistencia. Y la derrota no era definitiva, existía siempre la posibilidad de un futuro de justicia y socialismo.

Tras el retorno de la democracia, esos relatos de vida se clausuraron y al ser recogidos en los informes Rettig y Valech se transformaron en relatos de muerte. Se recortó el tormento de la trama vital en la que estaba inserto, volviendo a las historias terroríficamente semejantes unas a otras. Sin sabiduría ni valor, sin fuerza ni propósito, sin política o deseos de futuro, sólo daño, tortura y muerte. Eran relatos protagonizados por “víctimas”, una figura funcional para la ley, pero relacionada en la imaginación colectiva con un lugar de debilidad e indefensión permanentes, destinos trágicos e identidades derrotadas, sin agencia personal o colectiva. La impresión es que muchas biografías se dejaron de escribir estando los protagonistas aún vivos. Grabadas en una piedra monumental, guardadas en museos bajo llave, tuvieron un final anticipado.

De este modo, una cierta izquierda subterránea, extra-parlamentaria, extra-televisiva, quedó atrapada en la melancolía, vuelta en contra de sí misma. En los monólogos contenidos aquí se acusa de manera reiterada la dificultad de criticar a los padres, porque, cito: “Nosotros no hemos hecho nada, no hemos siquiera intentado lo que estos héroes, idealistas, intentaron”. La violencia a la que fueron sometidos los cuerpos hace de la crítica ideológica un sacrilegio; la consecuencia con las ideas heredadas se convierte en un valor supremo, como si la muerte de los padres nos hubiera convertido en una generación nostálgica, sin imaginación política, con ideas e interpretaciones de la historia conservadas en formol. Hasta que un buen día una mirada atrás, un acontecimiento inesperado, un repentino deseo de futuro, triza lo que era rígido y permite que lo flexible cambie de forma.

Esto puede ocurrir, quiero pensar, con las conversaciones nuevas, con los ejercicios de memoria que insertan el duelo en unos relatos más amplios, capaces de reactivar las historias de vida. Recordar la riqueza de nuestras experiencias es un antídoto en contra de la inercia. En cada revisión del pasado hay vueltas de tuerca, nuevas

conexiones y desechos, otras lógicas anudan los acontecimientos y otras emociones los hacen encajar. Y al transformarse la memoria, se transforma el mundo a su alrededor. Si nuestros relatos eran, como he dicho, terroríficamente semejantes unos a otros, ahora comienzan a desplegarse sus particularidades. El silencio se apaga y se hace el ruido. Aparecemos nosotros con nuestras éticas y estéticas, con nuestras trayectorias plurales, insospechadas, con nuestros roces, nuestras inquietudes, nuestros sueños de futuro e ideas en tensión.

(el trauma invalidante)

En un programa de radio escucho a un periodista criticar el voto de parlamentarios de izquierda en contra de una ley que daría más atribuciones a la policía en el uso de la fuerza. Sólo resta de su crítica a un par de diputadas directa o indirectamente víctimas de la violencia de Estado. El subtexto es que el trauma compromete el juicio, por lo tanto hay que tener paciencia y compasión, y no entrar en debate. La experiencia, en este caso, es una discapacidad y debe ser omitida.

Muchos de nosotros hemos sido diagnosticados por profesionales del Servicio Médico Legal de estrés postraumático, una fórmula para probar el daño ante la ley. La misma para quienes han sido traumatizados por dictaduras, violencia sexual, accidentes o delincuencia común. Los relatos de los criminales y los de sus víctimas comparten un mismo correlato: un sinfín de síntomas combinados de cualquier manera que nada tienen que ver con el contexto. Las condiciones específicas, históricas, políticas, que llevaron a ese trauma se omiten; el sufrimiento es privatizado, estandarizado, y la justicia social queda fuera de la ecuación.

Para tratar el estrés postraumático se desarrolló en Estados Unidos una técnica terapéutica a la que llamaron EMDR (reprocesamiento y desensibilización a través del movimiento ocular, por su

sigla en inglés). La idea es la siguiente: mientras el paciente va recordando (o imaginando) escenas traumáticas, mueve los ojos de izquierda a derecha guiado por un especialista. El problema no es la técnica (que podrá servir a algunos para administrar las pesadillas); el problema es el discurso. Quien vive con las consecuencias de la violencia es un *enfermo mental*; si tiene suerte, un *paciente*; su necesidad es ser *desensibilizado*, para lo cual requiere un *especialista en técnicas terapéuticas* derivadas de las neurociencias. O bien un psicoanalista, si es que lo puede pagar. En este último caso, es probable que la narrativa (ocultada al paciente) sea que, producto del trauma, éste se transformó en un narcisista neurótico, con un sentido inflado de su propia importancia, compelido a repetir escenarios catastróficos. Sean cuales sean las teorías y las técnicas, los discursos psicológicos parecen coincidir en que habría que adaptar al desadaptado, integrar al dislocado, curar al enfermo, para que pueda volver a una sociedad civil intacta, con la memoria limpia de los excesos de la sensibilidad; de lo contrario, permanecerá incapacitado, tal como juzga ese periodista de radio. Además, si el trauma es transgeneracional, inhabilitaría también a nietos y bisnietos, quienes, con sus subjetividades resentidas por la tragedia histórica, serían incapaces de un juicio limpio.

(la persistencia del daño)

En suma, la figura de la víctima está atrapada en un lugar débil, vulnerable, triste, que destruye la agencia y la vitalidad. Por lo mismo, provoca en muchos de nosotros incomodidad, cuando no un rechazo radical. Sin embargo, intentar negar el daño es absurdo, sabemos que se encarna en biografías particulares, que determina nuestra vida colectiva y que aún estamos lejos de comprenderlo en su devenir y magnitud. En muchas de las narraciones contenidas en este libro hay

un hilo que une el golpe y la desaparición de los padres (los allanamientos, el miedo, las detenciones, el exilio, etcétera) a la pobreza, el desamparo y la tristeza terribles, al suicidio, las mentiras estridentes, el abuso y las rupturas familiares. Aunque el asesinato o la desaparición no hayan sido las causas directas, estas cosas aparecen como ecos, como réplicas domésticas del golpe de Estado.

De todos esos daños, para mí el conocimiento de la tortura fue el más feroz, entender tempranamente que los seres humanos tenemos el potencial de torturar. Aunque nuestras familias buscaran protegernos, leíamos y escuchábamos. Entonces, además del duelo, de la muerte, había que intentar hacer sentido del hecho de que decenas de miles de personas hubiesen sido entrenadas por la CIA para ejercer extrema crueldad. En nombre del anticomunismo. Y de que este grupo multiplicara su presencia en todo Chile, en toda América del Sur, traspasando pretextos morales y conocimientos técnicos de cómo alargar la agonía y hacerla infernal.

Éramos niños y nadie podía decirnos que no existían los monstruos. Con el tiempo aprendimos que no se trataba de bestias o demonios, sino de algo peor: de soldados, una posibilidad común del ser humano, de pequeños engranajes de una máquina a la que se daba cuerda en Washington, en los cuarteles de *El Mercurio*, en las oficinas de la Junta Militar. Seguían órdenes. Algunos con especial entusiasmo, otros con miedo, otros con convicciones que les permitieron ajustarse a la impiedad.

Hay un capítulo de este libro que se llama *No quiero pensar nunca en la tortura*. Aunque está construido con palabras de todos, es el que siento más mío. Para mí, ese es el daño más feroz; para otros, se trata de un elemento más en la destrucción de sus mundos.

(malas víctimas)

Al inverso de la noción de que el trauma incapacita a las personas, existe la creencia de que las víctimas adquieren, por su mera condición de víctimas, una particular autoridad moral e intelectual. Por exceso de sentimiento o porque su palabra es incuestionable, con quienes han padecido violencia de Estado no se puede discutir. Pero lo cierto es que no somos mejores ni peores que el resto de la gente (parece absurdo siquiera tener que enunciarlo). De partida, muchos de nosotros somos pésimas víctimas. La buena víctima es funcional: no molesta a nadie con sus lágrimas, no levanta la voz, es empática, sólo tiene buenos sentimientos, cincuenta años después ha abandonado la insistencia en la justicia, sólo le preocupan la paz y la prosperidad, y está abierta a discutir cuál fue la provocación cada vez que se recuerda el crimen. Malas víctimas, en cambio, son las obstinadas, las que siguen teniendo pesadillas, las que critican a sus padres, las herejes, las que sueñan con venganzas, las contradictorias, las que ríen a carcajadas en los momentos menos oportunos, las que se han entregado a la tristeza o se han escapado del mundo. En realidad basta hablar en público para ser una mala víctima, la buena víctima es discreta, reservada, probablemente imaginaria. Mejor si no se escucha y no se ve.

No, no somos mejores ni peores que el resto de la gente, y sin embargo es evidente que en esta comunidad de la memoria hay habilidades, valores y saberes específicos. A pesar de haber hecho un esfuerzo por dar con un grupo diverso, la mayor parte de los entrevistados para este libro menciona proyectos políticos o activistas como puntos de quiebre en sus biografías. También proyectos artísticos, personales o colectivos, que contribuyeron a recuperar espacios psíquicos y culturales devastados por la dictadura y a hacer retroceder el miedo.

Porque el miedo con el que tantos chilenos y chilenas tuvimos que convivir era una enfermedad infecciosa escapada de un cuartel, de una sala de redacción, diseñada para destruir el entorno donde

podrían tejerse resistencias y reproducirse las ideas. Para eso eran el arte y la política, el afecto y la conversación, no para superar el dolor; esa parece ser la obsesión de otras personas. El dolor se sentía, y se sigue sintiendo, como una forma de honrar la vida y a los muertos, perfectamente compatible con la inteligencia, la sabiduría, el gozo y la vitalidad.

(articular la historia)

En el trabajo de edición, transcripciones de cincuenta páginas se convirtieron en textos de cinco. En esta operación hay varios recorres y traducciones, cada uno atravesado por percepciones y criterios diferentes. Los de quienes me ayudaron a transcribir, que tuvieron permiso para dejar fuera contenidos que les parecieran irrelevantes. El primer corte, en el que se decide qué historia se quiere contar y mucho queda fuera. El acomodo de los materiales, en donde páginas, párrafos, oraciones y palabras son cambiadas de lugar y el final de la conversación puede usarse, por ejemplo, para abrir el relato. Las revisiones, en las que se pierden y se suman ilaciones, palabras. Los ajustes inspirados por las lecturas del manuscrito de un puñado de personas de mi confianza. Y finalmente mis propias, infinitas, relecturas. Por esto mismo, pido disculpas de antemano a los entrevistados y a los lectores por los errores (en los tiempos, los sucesos, los lugares) que producto de este proceso pude haber cometido. En cambio, las imprecisiones de quienes me contaron su historia (que dependen de la memoria, la emoción, la información de la que disponen, siempre parcial y pocas veces precisa) no ha sido materia de escrutinio.

En la selección de los materiales, me interesaron más las visiones expresadas con dificultad, a veces con discursos anquilosados, a veces con imágenes tentativas o reconstituidas a la fuerza, que unos hechos que pertenecen a las cortes y a los informes oficiales. Es decir,

más la verdad de la forma del recuerdo que la de los hechos recordados; una verdad que sólo puede perseguirse, pero no alcanzarse ni escribirse en una piedra porque está en permanente mutación; una verdad que puede convivir con la incertidumbre, con la exageración, con el error, con lo obsesivo y lo elusivo de la memoria.

La intención fue rodear esas zonas oscuras, ese margen incognoscible, lo que no puede ser nombrado porque las palabras no alcanzan, lo que no puede ser dicho en voz alta por pudor, lo que no puede ser compartido públicamente porque quedaría un derroche de corazones rotos; lo que por violento, vergonzoso o ilegal no puede ser confesado. Me interesaron las salidas de libreto, los discursos contra-intuitivos, los rituales, los relatos que dirigen la curiosidad hacia el futuro y los que informan de un pasado en peligro de desaparecer.

(hacer público)

El proceso de elaboración de este libro —encontrar a las personas, hacer las entrevistas, transcribirlas y convertirlas en monólogos— me tomó más o menos tres años. En diciembre del 2018 le puse punto final. A quienes lo leyeron en ese entonces les cuesta entender por qué después de eso estuvo casi cinco años guardado en un cajón. Yo, en cambio, tengo algunas ideas. Lo mismo me ocurrió hace ya más de dos décadas cuando escribí un texto testimonial al que llamé *La imaginación herida*, incluido al final de este libro: me demoré algunos años en hacerlo público, lo sentía demasiado personal, y me ganaba el pudor. Bueno, pues, *No dijeron muerte* está hecho de las mismas obsesiones que *La imaginación herida*, esta vez volcadas hacia afuera, en busca del tejido social del que mi historia es un hilo.

Ahora tengo claro que el dolor del que hablan estos textos no es mío, lo encarno pero pertenece a una cultura, no debe esconderse porque eso debilita, debe ser publicado y protegido porque, como

hemos visto, no destruye, al contrario, es una forma de memoria, de honrar a los muertos, una protesta del espíritu frente a la crueldad. Entonces, tal vez, el retraso en publicar se deba a que, a pesar de que mi voz no está explícita en estos monólogos, en sus imágenes e intersticios está escrita mi propia historia, todo se siente personal y el instinto es protegerlo de la mirada pública. O tal vez porque esperaba a que se cumplieran cincuenta años del golpe y aprovechar ese momento para llegar a más lectores. Lo más probable es que hayan sido, paradójicamente, las dos cosas.

(cincuenta años no es nada)

Se cumplen cincuenta años *desde* el golpe, *desde* el asesinato de mi padre, *desde* el año en que nací, *desde* que Chile se convirtiera en el río de sangre que atraviesa las páginas de este libro. O bien “se cumplen cincuenta años *del* golpe”, que es la fórmula que prima en los discursos oficiales y los medios de comunicación, y que yo también prefiero, porque implica que el golpe de alguna manera permanece, no es algo que pasó sino algo que sigue pasando, con lo que compartimos nuestras vidas. De eso se habla aquí: de las réplicas del golpe de Estado que no cesan, de los temblores que continúan remeciéndonos, y de las distintas formas en que respondemos.

Con este aniversario vuelve la exigencia de la reconciliación, un vals que vendría a reemplazar (en otro mundo) tanto a la cueca sola como a los hurras de los pinochetistas. En esta fiesta cabe decir que no hay olvido, pero no que no hay perdón. Cabe el minuto de silencio, no los gritos de protesta. Insistir en que el Ejército aún no ha confesado cuál fue el destino de los detenidos desaparecidos ni dónde están sus cuerpos es una salida de libreto semejante a decir que gracias al general Pinochet no somos Cuba. El que no quiera que nos sentemos todos juntos en una misma mesa que se vaya, el espectáculo

oficial debe ser protegido de las muecas patéticas del dolor y las palabras odiosas de la rabia, debe ser hecho con retazos de discursos y sermones censurados, desapasionados y razonables, recitados por curas y rectores, ministros y conductores de televisión. Que no se hable del proyecto de patria interrumpido a balazos y humillado por la historia, porque eso nos separa. El horror cabe sólo de soslayo, adjetivado, no concreto, no en los cuerpos que encarna. No caben las viejas que llevan cincuenta años regando su amargura y su ternura terribles para que no se les vayan a morir. El tono debe ser resignado, melancólico; la retórica, la de los niños, la del futuro que merecen, de los derechos humanos y de la forma en que los malos sentimientos obstaculizan la prosperidad de la nación. En general, el futuro cabe; el problema es el pasado. Si esto no es una amenaza para la articulación de la memoria, ¿qué es? Por eso, en este instante de peligro, invito a los lectores a adueñarse de los recuerdos que aquí relampaguean para que no sean hechos desaparecer.

Josefa Ruiz-Tagle, 2023

**Sólo me
arrepiento de no haber
sido más dura**

Rosita Silva

Abogada

Yo tenía trece años, sé de lo que hablo. Me acuerdo de su cuerpo, era grande, gordo. A pesar de eso cuando entraba a la casa se tiraba en el suelo a jugar a los cowboys. Le encantaba jugar. Y nos leía. Nos contó la historia de Chile como si se tratara de un cuento. De cuando peleó con los mapuche, de cuando saltó del Morro de Arica, de cuando peleó con O'Higgins. Nosotros escuchábamos y aprendíamos, porque mi papá había estado ahí, en el caballo.

A veces, en la noche, nos hacía dormir temprano porque ellos iban a salir a bailar o al cine. Y cuando no había plata para cocinar, salíamos. Firmaba vales en el restorán de un amigo y pagaba después. Se las arreglaba para que nuestro mundo fuera sólo sueños. Entonces no pude entender que lo estigmatizaran, que dijeran que era un delincuente. Todos tienen que saber que soy hija de Mario Silva y que él no era un delincuente. Voy a ser su cara: eso pensé.

Ese día lo tengo muy grabado. Nos pilló en Antofagasta. Mi papá era gerente de la CORFO y encargado del Partido Socialista en la

ciudad. Con mis hermanas llegamos al liceo y nos dijeron que había habido un golpe, que teníamos que volver a la casa. Nosotros pensamos que era algo parecido a lo de julio, al tanquetazo. Pero esa noche había un aire distinto. Totalmente distinto. Nuestra casa estaba en la costanera, frente al mar, y sentíamos como pasaban los helicópteros.

Mi papá estaba en Santiago. A través de un bando lo mandaron a llamar. Un conocido le consiguió un salvoconducto, viajó toda la noche y se presentó en la Intendencia al mediodía. Mi mamá lo acompañó. Se lo llevaron a Cerro Moreno,¹ una instalación de la FACH.

Días después, no sé cómo, consiguieron que nos dieran una visita a los hijos, y entramos a ver a mi papá. Hacía mucho calor y él andaba con un chaleco azul oscuro, de manga larga y cuello, con una cara bien especial. Nos dijo que no podía hablar y nos pidió, por favor, que no volviéramos. Hoy entiendo lo que pasaba, pero entonces era una cabra chica. Esa fue la última vez que lo vi.

El día en que lo mataron era el día del niño, un sábado, nunca me voy a olvidar. Las mayores le habíamos hecho unas cosas a mi mamá y la estábamos esperando en la casa de una amiga suya que tenía tres hijas de nuestra edad. Ahí llegó la compañera de otro de los que mataron ese día. No nos dicen que habían matado a mi papá, nadie se atrevía a decirnos lo que había pasado, pero yo me daba cuenta de que había algo raro, algo indescriptible. Hasta que nos dicen.

De ese minuto no me acuerdo. Parece que nos llevaron al hospital. No me acuerdo de nada hasta que desperté en la noche, tarde. Abrí los ojos y vi a mi mamá en la cama. La vi viejita, viejita. Muy viejita. Yo la miro y ella me abraza, me hace cariño en la cabeza y me dice algo que me cambió la vida para siempre: “Hija, se nos fue el gordo, sólo me quedas tú”.

Desde entonces fui el papá de la familia. Después, de adulta, cuando entendí el impacto que habían tenido esas palabras, me dio mucha rabia. Tenía trece años. Seguramente eso ayudó a este grado

de locura que yo tengo. Me enojé mucho cuando fui consciente de eso. Después entendí que ella no tenía otras armas, entendí y se me pasó la rabia. Pero en ese momento sentí que mi vida era Mario Silva.

Me preguntan cuánto daño me ha hecho este tema. Pienso que no ha sido mucho. He hablado con otros hijos que conocí después, de adulta. Y ellos siempre con mucha pena, con el llanto, y yo les decía: ¿Por qué lloras? Tengo una visión distinta. Yo agradezco. Deberíamos estar contentos. ¡Cómo no vamos a estar contentos de haber tenido los padres que tuvimos! ¡Felices! ¡Felices! Hombres capaces de dar la vida por lo que creían. Que dieron más de lo que debían habernos dado. Y no a nosotros solamente, a todos. Eso me produce más satisfacción que daño. Yo siento orgullo. Me mostró un camino claro en la vida, me enseñó que uno tiene que jugárselas en todo ámbito, no sólo en lo político, en el trabajo, en lo personal, en lo afectivo. A fondo. De lo contrario no vale la pena vivir. Y por eso estoy feliz.

La ausencia sí me ha dolido, claro que me ha dolido. Hasta el día de hoy me duele. A veces, en la noche, estoy triste, muy triste, y no puedo dormir. Cierro los ojos y me acuerdo de él, de cuando me abrazaba. Entonces le pido a mi papá que me ayude a dormir, le pido que me haga cariño mientras duermo. Después de eso me quedo dormida muy rápido y al día siguiente despierto descansada.

Lo que más echo de menos es su alegría. Todas las mañanas cantaba, mientras se peinaba, cantaba “Yo soy un muchacho aún”, una canción de Pato Renard. Los chistes. Nos hacía reír. ¡Cómo nos hacía reír! Tenía un sentido del humor negro maravilloso. También nos hacía rabiarse. Pero nunca nos pegó. Mi mamá, en cambio, era dura, y se puso más dura con la muerte de mi padre, mucho más dura. No era una mamita cariñosa. Corría correa, zapatazo, combo, lo que viniera. Nos decía tienen un minuto para vestirse y era un minuto. Pero yo la entiendo. Miro para atrás y pienso que si no lo hubiera hecho así le habría sido imposible criarnos.

Después del golpe nos fuimos a la casa de mi abuela materna a Vallendar. Y nos quedamos ahí. De repente esta señora tuvo que recibir a su hija, viuda, con cinco cabros chicos insoportables. Tuvo que alimentarnos a todos, vestirnos a todos. Nunca nos faltó nada. Nos mantuvo hasta que se murió. Y hoy somos todos profesionales. Esta señora que nunca fue a la escuela. Cuando llegamos a vivir con ella tenía una residencial, pero buena parte de su vida fue empleada doméstica. No tenía educación, pero tenía conciencia.

A la familia de mi padre, en cambio, nunca fuimos apegados. Una familia de clase media alta. Papá fundador del Partido Socialista, mamá profesora. Siete hijos, todos profesionales. Tuvieron que casarse a escondidas. Los testigos fueron dos personas que iban pasando por la calle. Nadie sabía en la familia de mi padre. Obviamente era una razón social. La hija de una empleada doméstica al lado de un chico que estudiaba Derecho. Tiene que haber sido muy difícil. Además, ella era cinco años mayor. Todo en contra, nada a favor.

Pero a la vuelta de la vida aprendieron a querer a mi madre, a respetarla. Y hasta admirarla, yo creo. Porque se dieron cuenta de ese amor inconmensurable que le tuvo a su hombre hasta el día de su muerte. Siempre. A ella no se le borró nunca la tristeza. Yo creo que la gracia que tuvieron como pareja es que andaban juntos en todas. Los dos crecieron siendo socialistas y su primer compromiso era con el partido. No sólo tenían un proyecto de vida, tenían un proyecto social, un proyecto mucho más grande que una familia. Creo que eso fue lo que a mi madre le hizo sentir tanto la ausencia.

Durante muchos años no se cortó el pelo. Diez años quizá. Iba todos los días a las dos de la tarde al cementerio. Todos los días. Su forma de vestir. Le daba lo mismo. “Mamá, por favor preocúpate cuando vayas a salir. ¿Qué va a pensar la gente? Que te tenemos botada, sin ropa”. Pero a ella no le importaba nada. “Mamá, esas medias están corridas”. No importaba.

Luchó tanto, tanto. No te puedes imaginar. Dejó su vida en la calle. Marcha que había, venía. Desde Vallenar. Si había que presentar diez veces las querellas, diez veces las presentaba. Participaba en las huelgas de hambre. Cuando presentamos la querella de la Caravana,² si es que había que ir cinco veces a la semana, las cinco veces estábamos ahí. Si había que ir diez veces, las diez veces estábamos. Ella con la foto de mi papá. Algún día se debería escribir esa historia verdadera. Es muy bonita, tiene mucha luz y mucha sombra. Nunca, nunca dejó de venir a una audiencia. Viajaba. Viajábamos juntas, viajábamos siempre. Hasta que ya no tuvo fuerzas.

Siempre hablaba de su Mario, de su Mariolito. Un día estábamos tomando sol y se me ocurrió poner unos boleros en la radio. Ella estaba viejita, con su cabecita mala ya. De repente la vi que lloraba mucho, y me dio susto, y le pregunté por qué lloraba. Me dice: “Tengo mucha pena” y yo le digo por qué mamita. Me dice: “Es ese bolero”. Toda la vida enamorada. Otro día me dijo: “Yo me morí el día del golpe”.

Todo es en torno a él, hasta el día de hoy. Me convertí en su rostro. En la imagen de él. Por mi personalidad también, por mi carácter. Tenía que ser consecuente, clara, dura. Fabriqué mi propia historia. Me fabriqué para que no doliera tanto. Y nunca me sentí víctima. Nunca. Sólo me arrepiento de no haber sido más dura. De no haber sido más inteligente. De no haber tenido más herramientas. Del resto nunca. Porque me da sentido. Y si tuviera que hacerlo de nuevo hoy día, vieja y enferma, lo hago igual.

Cuando tú tomas una opción de ese tipo es hasta la muerte. Yo no tengo una casa donde morirme. No tengo un monopatín. No tengo nada. No construí familia. Pero no me arrepiento de haberme quedado sola, de no haber tenido hijos. Un hijo es harta responsabilidad, es hartó tiempo. Cuando uno se casa con la política no hay espacio. Y yo no tenía tiempo ni ganas de nada que no fuera esta lucha.

Estuve detenida más de noventa veces. Fui amenazada de muerte muchas veces. Apenas estaba con mi vida.

No sabía qué iba a pasar conmigo. Siempre trabajé clandestinamente. Con los CNI³ encima. Tuve una imprenta del MIR⁴ en mi casa. Una vez me desmayé al entrar porque estaban allanando en todas partes. Allanaban y allanaban, y los cabros no aparecían. Cajas llenas de propaganda, más de mil quinientos *Rebeldes*.⁵ Estúpidamente creí que podía quemarlos y empecé a quemar uno en la tina. ¡Cómo iba a quemar mil quinientos! Golpeaban la puerta de mi casa y yo tiritaba. Claro que tenía miedo. Claro que la pasé mal y lloré muchas veces.

Creo que me salvé porque, sin saberlo, hice algo inteligente: me hice muy pública. El año 86 empecé a ir a las manifestaciones. Con este cuerpo grande, tan visible. Mucho más gorda que ahora, mucho más. Y era agresiva. No me quedaba callada nunca. Gritaba. Entonces me sacaban fotos, era portada de diarios. ¡Nadie iba a pensar que iba a hacer la estupidez de esconder a compañeros arrancados de la cárcel! ¡En qué mente afiebrada, siendo tan pública! Creo que eso me ayudó.

Yo era la encargada de agitación y propaganda de la Agrupación.⁶ En las noches trabajaba codificando encuestas y a las ocho de la mañana estaba haciendo panfletos, fotos, pancartas. Gran parte de mi vida la pasé entre poblaciones, marchas y protestas. Todo el día inventando. ¿Qué vamos a hacer esta semana? ¿Una acción? Acciones terribles. Armábamos caballos de palo y sentábamos a los generales arriba. Cerrábamos la corte con cadenas: "Clausurada por inmoral". Y afuera poníamos ataúdes con los certificados de detención de los compañeros.

Y no permitía que me llevaran detenida, hacía escándalo. Cada vez que me agarraban los pacos, yo me tiraba al suelo y gritaba: "¡Me van a degollar! ¡Me van a degollar!" Quedaba la cagada. Me tenían que subir entre seis pacos porque cuatro no eran suficientes. Ciento

diez kilos pesaba, era muy notoria. Todavía hay gente que se acerca y llora. ¡Llora!

Era tan insolente que al final ya no me llevaban detenida. Yo me quería subir por solidaridad y me echaban de la micro. Me subía y los pacos me bajaban. Un espectáculo, para cagarse de la risa. Les pegaba a los pacos. Nunca permití que un CNI me fotografiara en la comisaría. Agresiva. “No me toquís, conchetumadre”. Muchas veces me pegaron. Me sacaron la cresta. Muchas veces terminé desmayada. Me decían de todo: “Maraca. Conchetumadre. Te gusta que te agarrren pal hueveo, conchetumadre”. Y yo les decía: “Bueno, si no me quieren aquí para que me traen los huevones”.

¡He hecho las locuras más grandes! En el Ministerio de Defensa nos parábamos casi todos los días. Seguíamos a los tipos. Como la Funa⁷ hace ahora, pero ubícate en el año 86. Donde había un olor de ellos, llegábamos. Como perros. Hay un video que se llama *Días de octubre*, de Hernán Castro, de cuando encontramos a Arellano Stark⁸ jugando tenis. No sé cómo el Hernán se enteró dónde lo podíamos encontrar y, después de como tres meses, ahí partimos. Primero nos mentalizamos de que teníamos que ser damas. No lo íbamos a tocar, nos mentalizamos los familiares. ¡No sabes cómo nos mentalizamos! Bien mentalizados.

Hasta que un día el Hernán nos dice: “Ya, vamos a ir”. Y en ese video él viene apareciendo, saliendo de una cancha de tenis allá arriba en el barrio alto, con otro viejo. Y el Hernán me dice: “Ya pos, Rosa. Vienen saliendo”. Y te juro que me quedé en blanco. Yo juraba que corría, pero estaba paralizada. ¡No me había movido ni un puto centímetro! Y el Hernán me dice: “Rosa, muévete”. Me empuja y me dice: “¡Corre!” Ahí yo empiezo a correr y lo veo que viene bajando el hijo de puta, con otro compadre y sus bolsitos de tenis. Y nosotras le empezamos a gritar, sólo a gritar. Llevábamos las fotos de nuestros familiares, todas nuestras fotos, y se las poníamos aquí, lo único que hacíamos era ponérselas en la cara. El tipo se movía nervioso,

no podía abrir el auto. Y nosotras... El chillido que hay en ese video siempre lo he asimilado a los chillidos de ratón: iiiiiiiiiii. La historia, los nervios, la situación de conflicto tan grande. Y no le tocamos un pelo, ah. Ni un pelo le tocamos al viejo. Y se sube como puede... Después se ve cómo nosotras quedamos en la impunidad misma. La imagen de la impunidad. Porque él se va en el auto y nosotros ahí, mirando.

Otra vez me encontré con otro tipo que tuvo mucha responsabilidad en la muerte de mi padre. Ortiz Gutman, de Antofagasta, un personaje siniestro. ¡Ay, la vida me ha dado tantos regalos! Encontrarme a estos hombres y poder decirles lo que yo he querido. Mi vida ha estado llena de magia. Tengo tanto que contar.

A mi papá lo enterramos en Vallenar, en una bóveda familiar. Pero hace como diez años atrás, mi mamá, ya más viejita, empezó con que al Mario había que sacarlo de ahí, que en esa bóveda no, que tenía que estar en la tierra. Le dio y le dio y le dio, hasta que mis hermanos dijeron ya, saquémoslo de una vez.

Entonces mi hermano dice que hay que comprar la cajita. Cuando se hacen cambios de cuerpos se hacen en unas cajitas. Pero mi mamá dice: “No, hay que comprar un ataúd grande, porque Mario era grande”. Le compramos el ataúd grande.

Invitamos a muy poca gente, gente muy cercana. Mi hermana llevó una botella de vino. A un amigo mío le pedí que fuera a cantar un tango. Cuando abrimos el cajón, nosotros pensamos que íbamos a encontrarnos con huesitos. Pero él nos esperó, es la única explicación que puedo darle. Estaba intacto. Íntegro, tal cual. Su nariz, su cara, sus bigotes. Estaba ahí... ¡Estaba ahí! Yo me acerqué, le hice cariño. Nos despedimos de él. Lo tocamos. Lo abrazamos, lo besamos. Mis hermanos le hablaban de sus nietos. Nos despedimos como él quería. Nos esperó treinta y tantos años para despedirse. De eso estoy segura.

Estábamos en eso cuando mi hermana pegó un grito. Le descubrió las manos y estaba así, amarradito. Pegó un grito tan grande.

Pero nos pudimos despedir. Por eso yo digo mi vida está llena de locura. Por eso estoy tranquila. Yo no tengo pena, yo me emociono, que es distinto. Pero no tengo pena ni rabia. Salir tantos años a gritar todos los días me sanó. Me sanó enfrentar a estos tipos. Saber que los puedo mirar y no les tengo miedo. Saber que nuestros compañeros lograron una verdad jurídica. Verdad, porque justicia no hay. Una justicia que tarda tanto no es justicia. Nuestras madres ya están muertas. Hermanos, abuelos, padres. Y las condenas que les dieron son inaceptables.

A veces me dicen: a ti te gusta la política. Y, sí, me encanta; no hay cosa que me guste más que la política. Pero la política antigua, la de la vieja vanguardia. A los diez años empecé a militar. Imagínate una casa donde el abuelo es fundador de un partido, donde tus padres viven en torno a la política. Desde niña hacía puerta a puerta. Toda la vida con Allende, haciéndole campaña. Me he consagrado a la política, a la política de las buenas artes, de los ideales, no de andar cagando huevones y pidiendo favores. ¡Esa idea de que el partido te tiene que dar algo! El partido no te tiene que dar nada, tú tienes que darle al partido. Por eso yo no me meto, hace treinta años que no milito en ninguna parte. Porque va a ser pelea. ¿Para qué?

Mi hermano, que es socialista, me dice: “Rosa, ¿con quién te llevas bien tú? Para ti son todos unos desgraciados”. Yo me río, porque es verdad. Me aburrí antes de que se terminara la dictadura. No voté en el plebiscito, y cuando llegó Aylwin me fui a Nicaragua. No quería vivir lo que se había vivido en Brasil y en otros países. Los pactos, la impunidad. Entonces me fui, me gasté los últimos ahorros de mi familia, y Daniel Ortega⁹ perdió. Fue traumático.

Ahora no creo en nada, sólo creo en mis muertos. Me encomiendo a mis muertos, confío en ellos plenamente, si hay algo que nunca me falla son mis muertos, todos mis muertos. Tengo muchos muertos. Les hablo, les hablo mucho y converso con ellos, les cuento, les escribo cartas, tengo una comunicación muy especial con ellos.

Siempre he tenido esa ilusión, la necesidad de sentirlos, de creer. Me siento muy cercana. Nunca me han dejado, de verdad, nunca me han dejado. Los debo tener tan aburridos. Cansados, agotados. Yo habría sido tan distinta con ellos, con mi padre. Habría sido normal, más centrada, no tan loca.

**¿Usted conoció a
un maestro que se llamaba
Celso Alamiro?**

Ernesto Guajardo

Escritor

A los dieciocho años me puse a buscar a los viejos que trabajaban en la construcción en El Quisco con mi papá. Donde había un viejo de la construcción, me acercaba y le decía: “Disculpe, caballero, ¿usted conoció a un maestro que se llamaba Celso Alamiro?” A veces me iba bien y a veces no; en una de esas me fue bien, el caballero me dijo: “Sí, yo lo conocí”. Empecé a conversar con él, le dije que era su hijo; no me creyó, así que tuve que mostrarle mi carnet de identidad. Me invitó a su casa, conversamos.

Le conté como gran cosa a mi madre y ella tuvo una reacción muy rara. Se indignó muchísimo, me subió y me bajó: “Pareces un huérfano, buscando fragmentos. Ya sabes todo lo que tienes que saber”. Pero en el último tiempo ha sido al revés. Ella misma comenzó a entregarme pistas. “Habla con esta señora. Habla con fulano. Acompáñame a esa casa: ahí yo viví”. Así me ha ido contando muchas cosas.

Dejó la escuela en segundo básico, igual que mi papá. Era una niña todavía cuando llegó a Santiago. Llegó a hacer lo que todas las

mujeres del sur: lavar, cocinar, cuidar niños. Después encontró trabajó en una pastelería. Ahí fue que se conocieron. Parece que él tenía buena vista porque la miraba desde la construcción que estaba al frente, desde los andamios. Una señorita que entraba, que salía. Y un buen día, cuando estaba saliendo de la pega, le cruzó la bicicleta en la vereda como si fuera un caballo y, muy cortésmente, le dijo algo así como: “Señorita, disculpe la impertinencia, ¿quisiera usted tomarse una bebida conmigo? Yo trabajo acá al frente. Soy un hombre de bien”. Etcétera.

Claramente lo suyo no fue la coincidencia de intereses. Ella tenía dieciocho, él unos veinte años más. Mi vieja tuvo una infancia bien dura, vivió mucho desarraigo; yo creo que este hombre mayor la hizo sentir protegida, incluso físicamente. Mi mamá mide un metro cincuenta y mi papá medía un metro ochenta o más, era obrero de la construcción, un hombre fuerte. Y le pareció bueno, transparente. Machista, pero ella también era machista, profundamente machista hasta el día de hoy. Pedía permiso, obedecía. Era como un pajarito. Después eso le costó caro.

Durante la UP,¹⁰ cuando nos fuimos a vivir a El Quisco, se formó un grupo de mujeres socialistas y esposas de militantes. Mi mamá le preguntó a mi viejo si podía participar y él le dijo que no. No hubo permiso. Una cosa era el socialismo y otra que su mujer saliera de la casa: el país debía cambiar, pero que no le fueran a tocar el frente interno. Entonces, cuando se quedó viuda, no sabía moverse fuera de la casa. No conocía a nadie, no tenía redes. Él mismo se las había cerrado. En El Quisco no había estructuras de apoyo. No había Iglesia, ONGs, no había partido. ¿Cuántos militantes habrá habido? ¿Veinticinco? Por eso mismo mi papá decidió irse para allá. En Santiago la cosa estaba muy caliente. Vivíamos en San Ramón; las amenazas, los peñascazos, eran cuestiones cotidianas. El Quisco era un pueblo chico, tranquilo. Mejor lugar para criar a un niño.

Mi papá había sacado un diploma en interpretación de planos en la UTE, estaba muy orgulloso de eso. Le permitía dialogar con el ingeniero, con el arquitecto. Encontró trabajo muy rápido en la construcción de cabañas de veraneo para sindicatos, esas colonias que se hicieron en distintos lugares de la costa central. También hacía muebles, era carpintero. Así se fue instalando, compró un terreno, y empezó a parar una casa.

Sobre el trabajo político que hacía he tenido que preguntarle a sus amigos, porque mi vieja... He tratado de estrujarle la memoria, pero sus recuerdos son muy dispersos. En ese tiempo para ella la política no era tema. Después sí se acuerda, pero para atrás no. En todo caso no era mucho lo que hacían. Algo de organización de los pescadores, en los aserraderos, ese tipo de trabajo. El Quisco, El Tabo, Isla Negra eran apenas unos caseríos.

Después, cuando vino el paro de camiones, les tocó vigilar que no sabotearan los puentes. Hay muchos puentes chiquititos en la zona y como es un lugar de tránsito hacia San Antonio, Casablanca, si tú cortas un puente, cortas todo. Eso es lo que me ha contado don Mario, un compañero socialista. Y Pancho Ramos, que era el mejor amigo de mi viejo en esa época, un cabro joven al que mi papá le enseñó a leer.

El día del golpe, mi papá estaba sentado en la mesa escuchando una radio onda corta de Argentina. Decían que estaban bombardeando la zona sur de Santiago, las poblaciones. Mi vieja ve que está lloviendo y se le acerca; se le para al costado, le hace cariño en la cabeza:

—No te preocupes, viejo, esto va a pasar muy rápido, después todo va a volver a la normalidad.

—Tú no entiendes nada, vieja. Esto va a ser como en España.

No tenía otro modelo que la Guerra Civil española. Se formó en esa lógica, se preparó para un enfrentamiento. Leía libros sobre el tema, los estudiaba. Mi mamá se acuerda muy bien, porque los

quemó el día del golpe. Y, para esa guerra que había visualizado, hizo lo que tenía que hacer.

En esa época, en las casa de playa estaban de moda las chimeneas de piedra. Para obtener esas rocas, utilizaban unos pequeños cartuchos de dinamita. Mínimos. Y Pancho Ramos tenía una escopeta de caza. Entonces, cuando llegó el golpe, se les ocurrió ir a atacar el Regimiento de Tejas Verdes¹¹ con esos cartuchos y la escopeta de caza. Mi mamá fue la que los hizo entrar en razón.

El argumento de mi viejo era que había que hacerlo porque él había recibido instrucciones. Esto es algo que me hizo perder fe en la humanidad. Le habían dicho que tenía que estar listo para combatir, con cualquier cosa, lo que tuviera; después llegaría el partido con las armas. Estaba convencido, convencidísimo, de que el compañero Altamirano¹² estaba organizando la resistencia.

En los relatos que se hacen de estos tiempos suele omitirse la responsabilidad de la izquierda, especialmente del MAPU, del PS, del PC. Fueron muy arrogantes; no se puede llamar al combate sin tener la voluntad real, ni los medios materiales para combatir. Llegaban los trabajadores a las fábricas:

—¿Dónde están las armas? Estamos listos.

—No, no hay.

El desgarro que ocurre en ese momento es brutal, por lo menos entre los pobres. La gente que tenía estudios, que tenía acceso a más información, quizá podía imaginar. Pero los pobres... Eso me da mucha rabia. Cuando era más cabro decía: si me lo encuentro a Altamirano, lo muelo a golpes. Te juro. Por suerte nunca lo vi.

Poco después lo fueron a buscar a mi viejo. Ya había habido un allanamiento, pero este fue selectivo, organizado desde Tejas Verdes, con el apoyo de gente local. Sabían a lo que iban. El que lo entregó fue un amigo suyo, el cabo Fuentes. Tenían buenas migas con el cabo, jugaban al cacho todos los domingos. Y, ¿sabes qué? Yo lo entiendo.

Poco días antes habían fusilado a dos pacos en Algarrobo, dos pacos que se negaron a cumplir órdenes.

Lo entiendo, pero no lo justifico. Cada vez que lo veía en El Quisco, él cruzaba a la vereda del frente y agachaba la vista. Cada vez. Nunca lo insulté, nunca le levanté la mano. Una vez un compañero me dijo: “Hagámoslo pasar por asalto”. Lo pensé treinta segundos. Me imaginé el cuadro: acuchillarlo.

Pero entiendo que el asesinato de mi padre ocurrió en un contexto de lucha de clases. No es que el cabo Fuentes haya tenido algo personal en contra de mi papá, entonces tampoco tengo nada personal en contra del cabo Fuentes. Sí en contra del orden que él representa, pero mi lucha debe ser en contra de ese orden, no del fulano. ¿Qué gano yo con matarlo? ¿Qué gano con golpearlo, siquiera? Sólo pierdo. Pierdo tranquilidad espiritual, pierdo lo humano, acabo sometiéndome a su moral. Poder caminar con la frente en alto, sostenerle la mirada mientras él agacha la vista: esa es su derrota.

Este tipo no le hizo nada físicamente a mi papá. Lo entregó, lo que no es poca cosa, pero no lo tocó. A mí me llevó al dormitorio. Yo tenía seis años, no me acuerdo de nada. Mi mamá estaba ahí, pero su memoria es fragmentada. Se acuerda de que preguntaban por las armas, de que a ella la agarraron entre dos y empezaron a botar algunas cosas. Mi papá enloquecido, no mostró ningún respeto. Después recuerda el descontrol, mucha rabia. No una tortura técnica, sofisticada: puro golpe. Golpes, golpes, golpes. Lo reventaron entero. Fue una golpiza muy larga.

Y lo dejaron ahí, semi agónico. Mi mamá llamó a una ambulancia, pero los puentes estaban cortados. Para entrar o salir se necesitaban permisos. Durante cinco días se lo negaron. Cuando finalmente le dan el papel, el sargento le dice: “Este va a ser su regalo de Navidad, señora”. Esos detalles bonitos.

Después nos separamos con mi vieja, ella partió a Santiago y yo no la pude acompañar. Me quedé en la casa de don Mario, ahí pasé la

Navidad. Volvimos a encontrarnos ya en enero. La fuimos a esperar al terminal y cuando la vi bajarse del bus, la vi vestida de negro. No sé por qué yo sabía lo que significaba eso: “Mi papá se murió”, le dije. Ella se puso a llorar, me decía que no, pero yo ya sabía.

Entonces dejé de hablar.

El primer año, nada. Después empecé a comunicarme con gestos, con monosílabos. En la casa eso sí, y con un par de profesores. Con el resto, nada. Yo no sé si mi mamá lo agranda, no sé si era tan radical la mudez, pero ella lo recuerda con mucho dolor.

Después, como a los treinta, una psicóloga me propuso una teoría: cuando el cabo Fuentes me llevó al dormitorio, debe haberme dicho que no hablara, que me quedara callado, y eso luego se activó. Me hizo sentido esa explicación. Hasta entonces no era tímido, era sociable, me gustaba jugar. Entonces tengo que haber escuchado; no vi nada, pero sí escuché. Antes nunca había oído a mis viejos gritar, mi familia era muy armónica. Además mataron a mi perrito, al día siguiente ya no estaba. Mi mamá lo enterró.

Cuando pasó lo que pasó, ella tuvo que resistir con los elementos que tenía; una resistencia absolutamente intuitiva, de clase. Iba a la caleta de pescadores a buscar cabezas de pescado para hacer sopa; empezó a vender las herramientas que usaba mi papá para trabajar, qué sé yo, los martillos. La estafaron un montón de veces, porque no sabía el valor de las cosas. Así sobrevivimos un buen tiempo. Cuando ya no había nada que vender, perdió la casa de abajo, prácticamente la entregó, la que el viejo había construido. Y nos fuimos a vivir a una mediagua.

Como la casa de la playa era muy húmeda, mi papá había comprado otro terreno cerca de la carretera. Quería construir una casa ahí, pero no alcanzó; alcanzó a construir dos mediaguas. Una con herramientas, otra con una cama y un baño; un pozo negro, en realidad. Ahí pasamos muchas penurias, era un caos. En invierno entraba el agua, como diez centímetros de agua. Y mi mamá no sabía ni cambiar

un soquete. Sólo manejaba las tareas estrictamente de su género, la ampollita no la cambiaba.

Hay una canción muy linda, de Viglietti. Una paloma está en su nido y un zorro la llega a acosar. La paloma se asusta mucho y empieza a aletear. Aletea y aletea, tan fuerte, que le crecen las alas, y le crecen las patas también. Hasta que se transforma en halcón. Eso le pasó a mi vieja, la desesperación la transformó. Y la transformación partió con un soquete.

La primera vez que se cortó la luz, ella no sabía qué hacer. Estaba llegando la noche y no tenía a quién preguntarle. A don Mario se lo llevaron altiro y el Pancho se fue pal monte, literalmente, resistió lo más que pudo viviendo en los bosques. Así que mi mamá tuvo que arreglárselas sola. En ese tiempo a los soquetes había que ponerles alambre. Encontró un alambre y con mucho cuidado, con mucho miedo, logró cambiar el zoquete. Y, ¡guau! ¡Se hizo la luz!

En ese momento entendió que debía buscar trabajo. No tenía ninguna experiencia y si la había tenido ya se le había olvidado. No conocía el mundo, siempre en la casa. Tuvo que empezar desde cero. Buscó trabajo como cocinera y la contrataron en el balneario del Banco Central, el mismo donde había trabajado mi viejo. Ahí empezó a armarse. Pero todavía estaba el miedo.

La única persona a la que le tenía confianza era el director del colegio, que era comunista. Él se vino a vivir a Valparaíso, y detrás partimos nosotros. Al Cerro Polanco. Así empezó el periplo. De Valparaíso tuvimos que salir rápido, parece que a él lo andaban buscando. De ahí volvimos a El Quisco, un caballero la contrató para que cuidara una casa de veraneo, para que la regara, qué se yo. Y después se la llevó a Santiago a trabajar como asesora del hogar. A una casa en Pedro de Valdivia con Diego de Almagro, con piscina y toda la cosa. Alcanzamos a estar como un año en esa casa. Yo iba al colegio, no me acuerdo a cuál. Me acuerdo de que me decían el hijo de la empleada. De eso me acuerdo.

Ahí no sé qué pasó, pero nos volvimos a El Quisco: entrábamos y salíamos de Santiago; íbamos y volvíamos de El Quisco. Esto potenció en nosotros la soledad. ¿Para qué voy a hacer amigos? Si no sabía si iba a estar ahí el próximo año parecía un esfuerzo sin sentido.

Recién el 80 nos instalamos en Santiago. Mi mamá encontró trabajo como asesora del hogar en una casa en la Estación Central. Era una familia de clase media. Él era camionero, pero después, con la crisis, pasó a ser taxista. Ella era secretaria de una notaría. Su papá, que vivía al lado, jubilado de la Fuerza Aérea. Toda gente de derecha.

Al principio no había mucho problema, porque era cabro, había cosas que no veía. Más o menos hasta el 83, la vida fue bastante apacible. Jugábamos a la pelota en la calle, era un barrio tranquilo. Después, con el inicio de las protestas, vino la ruptura. Eso empezó a resquebrajar las relaciones.

La primera vez que caí detenido fue como a los quince. Con un compañero del liceo habíamos hecho unos panfletos llamando a una protesta. Compramos cuadernos de cuarenta páginas, los cortamos por la mitad y, en las clases más aburridas, nos poníamos a hacer los panfletos. Una estupidez. Pero mi mamá tuvo que ir a sacarme de la comisaría y ellos se enteraron.

Esa noche ella me contó. Mi mamá trabajaba puertas adentro, así que compartíamos un cuarto. Ahí, sentados en la cama, uno frente al otro, me contó. Hasta ese momento, yo no sabía por qué había muerto mi papá, me habían dicho que de un ataque de páncreas. Si no le cuento nada, nada le va a pasar, no se va meter en problemas, eso pensó. Pero como yo me estaba metiendo en problemas igual, sin conocer la historia, decidió contarme.

—Esto es la sangre. Es la sangre. Si ya estás tan firme, te voy a contar de dónde vienes.

Me dolió tanto. Recuerdo que tuve reacciones nerviosas. Sudor frío, palpitaciones. Problemas para hablar, para modular. Todavía me pasa a veces. Cuando estoy tenso, muy tenso, se me traba. Es

como si, físicamente, se me cerrara el aparato. Trato, trato, y no puedo. Es desesperante.

Necesitaba urgente elaborar toda esta información nueva, así me acerqué mucho a un cura de mi parroquia. En ese tiempo yo era muy católico, hasta los dieciocho años fui muy católico, de esos tipos que los fines de semana se quedan leyendo la Biblia. Bueno, y este cura me contactó con la Vicaría.¹³ De a poco fui conociendo a otros familiares, compañeros de mi edad con los que me sentía en confianza, con los que podía conversar. Y de ahí en adelante fue fuerte y derecho. Entré a militar a las Juventudes Socialistas, a cumplir la tarea del viejo. Pero ese fue un paso muy corto, el socialismo en esa época estaba muy lejos de lo que yo había imaginado, yo tenía aspiraciones más radicales. Mientras tanto en la casa la convivencia empezó a hacerse insoportable.

Mi mamá una vez me dijo, mucho después, que ella pensó que estando en una familia de derecha no nos iba a pasar nada, que ese era el mejor escondite: a plena vista. Esa casa fue muy rara, como de José Donoso.¹⁴ Encontró un nidito y este nidito se le empezó a meter, a meter... Como *El huevo de la serpiente*, la película.¹⁵ Algo muy sórdido. Muy perverso. Tuvo una estructura de negación muy grande ella. En El Quisco, después de lo del soquete, salía, buscaba pega, se las arreglaba. Pero en la casa de esta familia le pasó algo extraño. Pasaba metida en la pieza. Cocinaba, lavaba, atendía al hijo de los patrones, y después volvía a la pieza, y sólo si la llamaban salía. Estaba muy deprimida. Me lo decía todo el tiempo: “Me siento como en un hoyo. Cada vez es peor”. Cada vez más oscuro. Desde el 83 en adelante fue aumentando.

Hasta que el 87 colapsó. Literalmente. Desperté con sus gritos. Pensé que estaba soñando, pero parece que fue una alucinación. Miraba hacia el techo y gritaba, le gritaba a mi papá: “¡Viejo! ¡Viejo! ¡Hay gente en el techo! ¡Hay gente en el techo! ¡Escucho ruidos en la puerta!”

La situación era intolerable. Ahora que lo pienso, por eso para mí el tema de las protestas es tan significativo. Porque fracturó todo. Toda esa isla de la fantasía que era trabajar en una casa de gente de derecha. Las relaciones estaban cada vez más tensas. Don Moisés tuvo gestos muy violentos. Cuando fue el atentado a Pinochet salió con una pistola a la calle y empezó a disparar. “¡Vengan a buscarme, comunistas culiaos! ¡Aquí los espero!” Ese era el cuadro. Yo lo único que quería era salir de ahí, pero estábamos muy solos, no teníamos adónde.

Los provocaba de manera soterrada, con mis chombas de lana, silbando canciones de Víctor Jara,¹⁶ ese tipo de cosas. En la casa sabían que participaba en las protestas, que había estado varias veces detenido, pero a lo más se imaginaban que tiraba piedras. De mi papá nunca supieron. De mi hermano tampoco. Porque, a todo esto, fui hijo único sólo hasta los trece. Ahí me enteré de que tenía un hermano por parte de madre, producto de un abuso. Mi vieja lo dejó en el sur, con otras personas, hasta que en 1980 pudo recuperar el vínculo. Disfrutamos de esta relación unos pocos años, porque mi hermano se metió temprano a militar en el Frente¹⁷ y ya sólo podíamos verlo de manera episódica. Después fue la patada de Corpus Christi,¹⁸ él entró a la clandestinidad y estuvo perdido hasta el 92 más o menos, cuando cerraron las causas pendientes.

Lueguito yo le seguí los pasos. De la Juventud Socialista pasé directo a las Milicias Rodriguistas. Lo que, aclaro, no es lo mismo que el Frente. Básicamente fue adoctrinamiento. Aprendí a hacer mapas operativos, análisis de territorio, nociones básicas de tiro. Pero todo muy teórico. Ahí conocí gente bien distinta. Y zonas de Santiago bien distintas también. Huamachuco, la Villa O'Higgins, Los Nogales. Fue un tiempo intenso. Estudiaba, partía a las milicias, vivía con esta familia de derecha. ¡Y entremedio leía la Biblia! La bisagra de Nicaragua permitía esas cosas.¹⁹

El momento de la ruptura fue el plebiscito. Nosotros asumimos que iba a haber fraude y, como iba a haber fraude, teníamos un

plan de insurrección. Ese diseño implicaba que ni mi mamá ni yo podíamos estar en esa casa, porque uno de los objetivos era cortar el puente Iquique, demasiado cerca.

Con mi vieja a estas alturas ya podíamos conversar. Obviamente yo no le contaba todo, pero algo sabía. De hecho, bastante más de lo que yo pensaba. Entendió al tiro que había que abandonar esa casa, que la coexistencia pacífica no se sostenía un minuto más. Así que por fin nos fuimos.

Y después ganó el No. ¿Qué chucha pasó aquí? Quedamos absolutamente confundidos.

¿Sabes por qué me da tanta rabia lo de Altamirano? Porque a nosotros nos hicieron lo mismo. Me pongo a pensar en la noche del plebiscito. ¿Y si hubiera habido fraude? Me da miedo pensar lo que podría haber ocurrido. Teníamos tan pocos medios, la pura promesa de que iban a llegar... En ese momento existía una especie de convicción romántica, pero hoy tengo serias dudas de que haya habido armas. Más bien habría sido una matanza.

Todo estaba roto, descabezado. Ya habían muerto Raúl Pellegrin, Cecilia Magni.²⁰ Yo seguí en las milicias, pero completamente confundido. Fue un año duro, de repliegue interno. ¿Qué mierda hago ahora? Y me puse a escribir. A escribir, escribir, escribir. Eso me ayudó. Y mi mamá también empezó a recuperarse.

Hice con ella lo mismo que habían hecho conmigo: le presenté a algunas compañeras de su edad, mujeres pobladoras que habían pasado por cosas parecidas, que la pudieran contener, a las que pudiera acercarse. Por ejemplo a la Marta, una mujer maravillosa que fue como mi segunda madre. A veces las miraba de lejos: hablaban y hablaban. Jamás les pregunté de qué. Era el espacio de ellas.

Después le tocó devolver la mano. El 94 mataron a un amigo en un asalto a un banco, un amigo que era del Lautaro.²¹ El Mono tenía una pareja que estaba embarazada y la andaban buscando. Tenía cinco meses de embarazo, no íbamos a permitir que se la llevaran. Era

lo único claro. No teníamos contactos en el Lautaro, estructuras de apoyo, nada. Así que tuvimos que improvisar, y la llevamos a la casa mi mamá en El Quisco. La Luna estaba absolutamente choqueada, no quería hablar con nadie, se estaba encerrando. Mi mamá tiene un patio muy grande, tiene arbolitos, conejos, gallinas, un montón de cosas de campo. Y de repente las veo a las dos sentadas ahí conversando. Verlas me enterneció. El momento era duro, pero había tanta vida ahí, tanta vida. Y a la Luna le hizo muy bien, se calmó, lloro todo lo que tenía que llorar.

A esas alturas yo estaba dedicado a escribir. Me abandoné a la escritura tratando de encontrar algo para recomponerme. A mí la literatura me salvó, estoy convencido de eso. Me sirvió como ancla, para mantener un centro anclado. Y es que nosotros estuvimos expuestos a formas muy radicales de existencia. Una cosa es decir “Hasta la victoria siempre, Vencer o morir, Patria o muerte”, y otra cosa es que le pase a uno, a la gente uno quiere. A veces esas experiencias hacen que algo se pierda en el camino, me refiero a elementos propios del humanismo.

Yo odio la violencia. No me gusta pelear. Creo que he dado un puñetazo en mi vida, cuando era chiquitito, porque habían insultado a mi mamá. Odio pelear, ni siquiera levanto la voz. Soy muy paciente. Entonces, cuando no te acomoda, pero sientes que es lo correcto, el desgarró es mayor. Y en ese camino uno tiene que ser cuidadoso de no perder. ¿Cómo te lo puedo explicar? Hubo cosas que podrían haberme jodido la vida. Pero después las logras limpiar un poquito, exorcizar. Para eso me sirvió escribir. Para poder salvar la compasión, la alegría, el amor. Para no volverme loco.

El aspecto de una joven revolucionaria

Camila Krauss

Historiadora

Una vez una niña cubana, compañera mía, me dijo: “Ay, yo quisiera ser como ustedes, tener un papá, un tío, alguien que le hubieran matado a una”. Porque en Cuba ser hija de un muerto revolucionario te daba un estatus. Junto con Camilo Cienfuegos, el Che, Lenin y Stalin, estaban nuestros padres. Era lo que aprendías en la escuela. Era lo que se hacía: institucionalizar a los muertos. Era una atención que recibías, una importancia. Y, claro, me gustaba. Para los hijos, que no conocimos a esos padres, estos eran figuras heroicas de las que estar orgullosos, pero sin materialidad. Por eso yo me preocupo de no crear más leyenda. Sobre todo en torno al MIR.

Aunqué siento admiración por el MIR, a pesar de los errores brutales y las consecuencias, porque surge como crítica a los partidos de izquierda tradicionales, esas maquinarias anquilosadas que respondían a las directrices de Moscú. Acogieron a los trotskistas, a los anarquistas. Cuando hago el ejercicio de imaginarme esa época,

creo que el MIR debe haber tenido una mística brutal, algo muy irresistible. ¿Si no cómo se explica que hayan arrastrado a tanta gente?

Cuando los jóvenes de acá me preguntan por Cuba, yo les digo: “Piensen ustedes que están aquí en sus protestas, con sus cartelitos; piensen lo que es tener menos de treinta años y la posibilidad real de tomarte el poder. De decir: ‘Tabla rasa, mandemos todas las instituciones al diablo y construyamos desde cero’. La fuerza que tiene esa mierda. ¿Dime si no te crees Dios? Eso fue lo que irradió la revolución cubana al resto de América Latina”. El MIR es una consecuencia de eso. Además, lo que no es un detalle menor, los líderes eran bastante lindos. Miguel Enríquez, Luciano Cruz, Bautista von Schouwen, eran tipos lindos. Y un hombre lindo, menor de treinta años, hinchado de pasión revolucionaria, ¡esa mierda es irresistible! Pero se pegaron tantas cagadas. Y no sólo eso, nunca han sido capaces de revisar su historia, se han colgado de puros mitos. Y las tonteras. ¡La noción de traidores! No llegaron a ejecutar a nadie, pero condenaron a muerte a gente, a gente suya, porque sospechaban que habían hablado durante la tortura. Una cosa muy brutal.

Con mi mamá también fueron duros. Vivíamos en el primer edificio de chilenos que hubo en Cuba. La mayoría viudas, menores de veinticinco años, con cabros chicos. Éramos unas vacas sagradas. Y a mi mamá se le ocurre meter a un hombre a la casa, más encima a un cubano. Fue la primera, en 1976, obviamente en contra de la voluntad del partido. Eso fue un sacrilegio, su deber era dedicarse a la militancia por completo.

El sábado era el único día en que yo podía verla, pero ella siempre tenía reunión de coyuntura, ampliado de no sé qué. Y, como en Chile no había podido terminar su carrera, empezó a robarle tiempo a eso para estudiar. Entró a estudiar Economía política en la Universidad de La Habana. Tengo la imagen de mi mamá en la mesa, durmiendo arriba de los libros. Y de la dirigencia del MIR le dijeron

que tenía que elegir entre su interés egoísta de educarse y el partido. Eligió el partido.

Y luego se quedó embarazada. Ahí le pidieron que eligiera entre continuar con el embarazo y responder a su deber revolucionario. Como militante le correspondía la Operación Retorno. Parece que estuvo en la duda, pero ya había renunciado a su carrera y ahora había un papá cubano que fue al Comité Central, toc toc, y exigió que ese hijo no fuera abortado. Entonces el partido la sanciona. Hay una acusación ahí, que mi mamá no acepta, una acusación velada de que ella se embarazó a propósito para no venir a la Operación Retorno. ¡Sabiendo cómo terminó eso!

¿Sabes tú en qué consistió la Operación Retorno? Trataron de replicar las condiciones de la Sierra Maestra aquí en la cordillera de Nahuelbuta, de crear un foco guerrillero para, desde ahí, extender la lucha hasta desestabilizar completamente el sistema. La teoría del foco del Che Guevara,²² ese era el modelo.

Recuerdo estar sentada a la mesa; era niña, tendría nueve años. Mi mamá, embarazada. Y venía un compadre, recuerdo su cara. Venía a despedirse, sabía que iba a morir, pero era la orden del partido. Y efectivamente murió, los mataron a todos. Mandaron a los militantes a entrar clandestinamente a Chile y el MIR no preparó las condiciones, una cosa muy antojadiza: Ya, ¡vamos a hacer una guerrilla! Nunca nadie ha asumido la responsabilidad por eso. Y murió mucha gente buena, joven.

Desde chica escuché a mi mamá criticar estas leyendas de las que ha profitado el MIR. Finalmente la acusaron de desacato por no sé qué cosa y se retiró. En Cuba, hace un montón de años. Hoy día milita en el PS, pero te aseguro que, cuando se muera, en el cajón van a poner una bandera del MIR. De eso no tengo duda. Porque ahí fue formada, ese fue su primer hogar.

Antes de asilarse, en una época de mucha confusión, mi mamá, la atea, la racional, fue a ver a una espiritista para contactarse con mi

papá. Ella lo cuenta con mucha vergüenza. La cosa es que mi papá le dice que a Cuba no, que a Cuba no. Pero el partido dice Cuba, así que partimos a Cuba. Tiene que haber estado desesperada.

Cuando mataron a mi papá, ella estaba aquí en Santiago consiguiendo abogado. Llegó directo al entierro. Había doce cajones mal hechos, ensangrentados por fuera, cerrados. Estaba embarazada de mi hermano y se le estaba empezando a notar. Con esa panza, y tan flaquita, tiene que haber tenido una apariencia muy frágil. Pero no era frágil. Al entierro llegó un cura a bendecir los cajones y ella tuvo una reacción violenta. Se subió arriba de uno de los cajones, alzó el puño y empezó a gritar: “¡Los revolucionarios no necesitamos curas! ¡Pueblo! ¡Conciencia! ¡Fusil! ¡MIR! ¡MIR!” Gritó y gritó hasta que se la llevaron detenida.

Estuvo apenas unas horas, pero quedó aterrada. Un oficial, un tipo siniestro, se sentó con ella. Y así como muy formal, muy educadito, le habló utilizando toda la jerga del MIR: “María Inés, estás muy quemada. Mejor haz tu chequeo y contrachequeo, y después búscate la manera de salir. No quisiéramos que le pasara nada a la Camilita, ¿verdad?” Octubre del 73. En ese momento mi mamá entendió que tenían todo bajo control. Su marido estaba muerto, sus hermanos presos.

Ahí dimos algunos tumbos hasta que logramos asilarnos en la Embajada de Italia. Con lo puesto, no hubo tiempo de preparar nada. Saltando la muralla, mi mamá perdió un zapato, y así estuvo varios días, sin un zapato. Mi hermano estaba recién nacido, era demasiado chico para tirarlo por arriba de la muralla; una funcionaria de la embajada lo entró en la maleta de su auto.

Si me comparo con mi mamá siento vergüenza. Yo no he hecho nada por este mundo, no he querido hacer nada. Me he dedicado a pensar en mí nomás. Ni siquiera: me he dedicado a vivir un día detrás de otro, sin pensar en el futuro. Ella es una mujer admirable, siempre

me he sentido por debajo. Un poco de resentimiento debo tener. Lo manifesté una sola vez, a propósito de un tema peliagudo.

Habíamos hecho una demanda penal por el caso de mi papá, pero eso quedó en la nada. Pinochet y Arellano Stark alegando demencia. Yo planteé la posibilidad de presentar una demanda civil. Eso significa pedirle dinero al Estado como compensación por la muerte de mi padre, ¿verdad? Lo traté de conversar con mi mamá y ella reaccionó con desprecio: “Nosotros no tenemos nada que pedirle al Estado”. Pero a lo mejor yo sí quería. A lo mejor yo quería hacer una película, comprarme una casa, qué sé yo, cualquier cosa. Fue tan tajante que ni siquiera lo pudimos conversar. Y en ese momento, por única vez en mi vida, le tiré la pachotada: “Yo nunca la he criticado a usted por las opciones que tomó y que a mí sí me afectaron”. Eso me costó que no me hablara en una semana.

Creo que reaccionó así porque se siente culpable con nosotros. Más específicamente conmigo, por lo del internado. Mi hermano es un exitoso, pero yo no. Yo hago lo que me da la gana, siempre he hecho lo contrario a lo que se debe. A los catorce años me hice el primer aborto y de ahí, todos los desastres del mundo. No tengo estabilidad económica, me cambio siempre de pega, me cambio de país, me cambio de novio. Siempre me estoy cambiando. No he tenido hijos. Pero no puedo responsabilizar a nadie a estas alturas. Tal vez podría si tuviera veinticinco. Ahora no me parece honorable. Uno es lo que es nomás.

Y estoy segura de que ella hizo lo que pudo. Dice que piensa en Cuba y se cansa. Siempre asmática. Ese es su recuerdo, permanentemente cansada. Llegamos en pleno julio. Hace un calor en Cuba que te bajas del avión y te pega una bofetada, es como entrar a un sauna. Así fue para mi mamá, como llegar a un vivir a un sauna. No quiere volver a saber de Cuba. A pesar de la solidaridad que desplegó el Estado cubano. Para ellos el fracaso de ese experimento —la vía chilena al socialismo, la revolución pacífica— fue terrible.

Nosotros llegamos con lo puesto y del aeropuerto nos llevaron directamente a un departamento en el que había de todo. A la cubana, no tan bonito, pero de todo: mesa con sillas, refrigerador, ollas, manteles, espejo, jabón en el baño, hasta palitos de tendedera. Mi mamá había crecido con mucho desamparo, por primera vez tenía una casa, pero igual encontró todo tremendo. Imagínate que llegó a este país desconocido en estado de shock, con una niña de tres años y un cabro de diez meses. El partido le dijo: “La niña pal internado, el niño al jardín infantil y usted va a vivir en esta casa”. Y ella acató.

A los cuatro años entré al internado, era una guagua. A la Escuela Solidaridad con Chile, una escuela muy emblemática. Todos los hijos de los guerrilleros estaban ahí. Primero llegamos los chilenos, luego los argentinos, los uruguayos, los salvadoreños, los nicaragüenses, la gente del Frente de Liberación Nacional Africano,²³ todo el mundo. Pablo Milanés,²⁴ por ejemplo, tenía a sus hijas ahí. No por eso era fino. Los albergues en los que dormíamos eran unas casas preciosas, pero estaban hechas mierda. Ningún lujo, todo muy precario. Cuando me iba a la casa, mi mamá, si es que podía, si es que tenía tiempo, me agarraba con pinzas, me bañaba y me llevaba al policlínico a que me sacaran las infecciones de la piel. Llena de mierda. Ella estaba orgullosa de mí, porque era capaz de resistir.

Mi mamá me dijo enseguida: “Mataron al papá”, pero yo no entendía lo que significaba “mataron”. Entonces volvía a preguntarle por el papá y otra vez me decía que lo habían matado. Y así. Recién comprendí lo que significaba estar muerto cuando tenía unos siete años. Entendí que mi papá no iba a volver y también que no estaba enfermo, que no había tenido un accidente, que era un hombre sano y bueno hasta que alguien tomó fríamente la decisión de quitarle la vida. Por su opción política; una opción, me habían dicho, por hacer del mundo un lugar mejor. Todo ese horror. Y parece que me daban unos ataques. Me encerraba en la pieza y gritaba. ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! Gritaba y rompía cosas, como una estrella de

rock. Tiraba los muebles, lloraba. Entonces mi mamá abría la puerta y me sostenía. Debe haber sido para ella un sufrimiento horrible. En una de esas me agarra, me aprieta y me dice: “Al papá no le habría gustado que lloraras”. Y nunca más lloré. Bueno, casi nunca, por las noches lloraba.

Tengo la impresión de que para la generación de nuestros padres los hijos no eran lo más importante en la vida. Los amaban, pero lo principal, lo trascendente, eran las acciones que podían hacer para cambiar el mundo. Era la época. Mi mamá trató de estar conmigo, lo sé porque me lo ha contado otra gente. Pero al final no lo hizo. Después se lo hice pagar, con creces se lo hice pagar. Fui una adolescente muy dura.

A los doce años me escapé de la casa y la policía me devolvió esposada, porque me agarraron y me resistí. Recuerdo a todas las viejas chilenas mirando por los balcones, cuchicheando. Sentía el rechazo de ese mundo, que era mi edificio, el edificio de los chilenos. Pero mi reacción siempre era: y a mí qué me importa. Mi defensa fue apartarme. No quería saber nada de los chilenos, me gustaban los cubanos. Encontraba que los chilenos eran feos, que las canciones eran tristes. La cultura del llanto, un mundo de víctimas, de tristeza y de dolor. Yo no quería saber de eso, me gustaban la cosa cubana, la fiesta, la playa. Eso me pasó a mí, rompí con Chile, hice una ruptura consciente, tiré las fotos del Che y de mi papá a la basura, decidí que no quería saber nada de Chile. Y nunca más, hasta el día de hoy. Odio a Chile de manera visceral. Lo que es complicado, porque tengo grandes afectos aquí y porque a mi mamá le duele mucho. Ella ama a su país.

Los dolores de cabeza más terribles de mi madre empezaron cuando salí del internado. En Cuba la primaria es hasta sexto. Hasta entonces lo normal es que los niños duerman en sus casas. En este sentido mi escuela era excepcional. En cambio, a la secundaria sí van casi todos internos; a las escuelas de la calle sólo van los desadaptados. Y yo decidí que me mandaran a una de esas. Le dije a mi mamá que

no iba interna y no fui interna. Ya tenía la fuerza. Entré a la Escuela República Popular de Angola, con una pila de negros que tenían diecisiete años y estaban en séptimo.

Luego viene el preuniversitario, que también suele ser un internado, generalmente en zonas rurales, donde se estudia y se hacen labores agrícolas. Eso era lo que correspondía. Pero yo tenía una indisciplina brutal y logré irme a uno de la calle. Ahí me junté con los rockeros, me hice rockera, que es la única militancia que he tenido. Porque ser rockera en Cuba era un acto de rebeldía, todo un trabajo. Les decían los frikis. Eso me marcó en la vida, ser parte de los frikis, pero fui una friki connotada.

Los hombres se dejaban el pelo largo, que era lo último. Los únicos con permiso para tener el pelo largo eran los que habían peleado en la sierra. El ideal del joven revolucionario, que venía de ser pionero, era un muchacho bien presentado. Con la camisa por dentro, con el pelo bien corto, peinado al lado. Una estética bien nazi. Un joven viril, con buen desarrollo muscular. Y las niñas también: robustas, fuertes, bien plantadas. Se esperaba que fueran participativas, que tuvieran personalidad, que hicieran deporte. Nada de blandenguerías, a la par en la defensa de la patria. Y al mismo tiempo que fueran recatadas, bonitas y correctamente vestidas. Con falda. Con ropa limpia. La higiene en la presentación personal era importantísima. Una apariencia ordenada. El pelo peinado, ojalá con un lazo.

Los frikis, para contrastar, llevábamos un aspecto ostentosa-mente desaliñado. Los hombres con el pelo largo, los pantalones rotos. Nosotras con el pelo en la cara, sin peinar; la falda más corta, con hoyos; zapatillas sin calcetines; la blusa con el bolsillo rajado. Y escuchábamos música rock en inglés, que conseguíamos con cierta dificultad. Música “extranjerezante”.

Entonces me acusaron de “diversionismo ideológico”, un concepto que se usaba. Y me hicieron una amonestación pública. Me pararon en una plataforma, delante de todo el colegio formado, y la

directora, a la que le decíamos siete culos, comenzó con el teatro: “¡Miren eso! ¿Ustedes creen que éste es el aspecto de una joven revolucionaria? ¿Ustedes creen que nuestros héroes dieron su sangre por esto?” Yo sentí vergüenza, horror, rabia, conteniendo las ganas de llorar.

Cuando llegué a mi casa dije a la mierda, y en represalia me rapé la cabeza. Eso fue terrible. Fue considerado un acto de repudio a la revolución, andar con la cabeza pelada. Me echaron de la escuela. ¡Cómo sufrió mi mamá! Podría escribir un libro del tiempo en que estuve rapada. Tiempo largo, porque el pelo corto en una muchacha también era sospechoso. Y después me hice un mohicano. ¡Jódanse!

Te pongo un ejemplo. Un día íbamos en la micro con mi mamá, yo vestida con uniforme: falda amarilla, blusa blanca, y con un gorro. En un momento se me ocurrió sacarme el gorro, y la gente se apartó como si fuera yo la peste. El chofer desvió la micro de la ruta, se detuvo frente a una escuela secundaria, se bajó y comenzó a sacar a los muchachos del colegio para que me apuntaran con el dedo: “¡Miren, miren, miren! ¡Es calva! ¡Miren a esta!” La gente en la micro, todo el mundo, señalándome y gritándome cosas: “¡Gusana! ¡Descarada!” Y mi mamá al lado mío, como una leona, gritándole a la gente de vuelta.

Y yo era una muchacha buena. Era una niña, tenía catorce años cuando me rapé la cabeza. Fue un acto duro para mí misma. No imaginé las consecuencias. A veces iba yo caminando y desde los balcones me tiraban papas, tomates. Claro, lo que hicieron con eso fue empujarme más todavía al grupo de los desadaptados. Ahí encontré a mi gente, hasta el día de hoy.

En Cuba la rebeldía era muy difícil. Tú eras parte de un proyecto triunfante. Hasta la caída de la Unión Soviética, incluso después de la caída del muro de Berlín, era como la ley de gravedad que todos los países iban a ser socialistas, que el capitalismo iba a caer por sus propias contradicciones internas. El comunismo era científico y nos encantaba. Vivíamos inmersos en un mundo muy ideologizado, donde el discurso lo abarcaba todo.

Tenía dieciocho años cuando me leí el libro *La orquesta roja*, en el que se hablaba de las matanzas de Stalin. ¡Ay! Ahí lloré. Te estoy hablando del año 89. Nikita Kruschev²⁵ había reconocido los “excesos” en 1976, pero en Cuba no sabíamos. Lloré al sentir que nada era seguro, que el mundo de certezas en el que yo me había criado se derrumbaba. Y más duro aún para mi generación fue el fusilamiento del general Ochoa y de Tony de la Guardia.²⁶

Por decir estas cosas me han llamado gusana, contrarrevolucionaria. Sobre todo aquí en Chile. Me he peleado a los combos. Porque yo siempre me sentí revolucionaria. No estaba en contra del proceso, simplemente decía: esta mierda está mal, hay que arreglarla. Hay cosas que son una mentira. ¿Me entiendes?

La dictadura generó un error genético masivo

Liseloth Zamora

Chef

Este tumor en la cabeza es el silencio. Permanentemente tengo dolores porque mi cerebro no quiere recordar. Porque en algún momento me quise morir. Estuve seis meses en cama. Perdí el cincuenta por ciento de la visión. No me hice quimio, me operó un cirujano cuántico. Vino y me cambió el cerebro, sin abrirme. Más maravilloso que eso. Me dijo que nosotros nos provocamos la enfermedad. Y por lo tanto sabemos cómo entrar y retroceder. Me dijo que el cerebro es un mapa mental que se puede recorrer a través de la memoria. Que somos capaces de viajar en el tiempo, eliminar territorios y generar un cerebro sano. Retrocedimos y retrocedimos hasta encontrarlo. Antes de que se muriera mi mamá, antes del golpe, antes de que me violaran. Retrocedimos hasta que tenía tres años y vivía en el desierto, en Israel. Ahí todo era brillante, feliz. Pero, es injusto, yo luego dejé de ser niña. Cuando aparecen esas listas de los niños que mataron, deberíamos aparecer mi hermana y yo. Porque yo soy un niña desaparecida. No, desaparecida no: asesinada. A mí también me mataron.

Mi mamá era preciosa. La veía colgando de la micro, vestida con un overol de jeans, casco y bototos. Estudiaba ingeniería mecánica. Veía a mi mamá que agarraba algo y partía, corriendo. Veía panfletos del MIR. Veía todo esto. Hasta que días antes del golpe, me la vienen a dejar: “Aquí te traigo a tu mamá, aquí la tienes”. Entraron y la tiraron al suelo, quemada entera.

Por qué antes del golpe, me pregunto. Pienso que porque estaba enferma, porque era vulnerable, entonces podían sacarle información. Sobre el MIR y sobre la JAP,²⁷ donde participaba mi abuelo.

En ese tiempo mi mamá tenía un hombre. Estoy segura de que él estuvo involucrado. Porque él me violó durante un año a punta de pistola. Me perseguía por la casa, me ultrajaba. Estoy segura de que él estuvo detrás también del secuestro de mi madre. ¿Si no por qué andaba armado? Toda mi familia cree que era un soplón, que fue responsable al menos de que metieran preso a mi abuelo.

No fui capaz de decirle a nadie que me había violado. No pude hablar hasta ahora. Una como niña escucha, pero los niños no hablan. Es tan fuerte la verdad que dicen los niños que para los grandes es mejor que se callen. Y después está la vergüenza, siempre la vergüenza. Cuarenta y cuatro años callando. Que nadie vaya a saber, menos mis hijos. Pero ahora quiero que sepan, que todos sepan. Hace una semana le conté a mi pareja y hoy tomé la decisión de contártelo a ti. Dije: si voy a contar la historia, la voy a contar entera.

Quiero deshacerme de esta carga. No quiero ser su víctima. Tampoco quiero ser víctima del golpe. No les pertenezco. Ni siquiera como víctima. Porque eso es parte del tumor que llevo en la cabeza. Hay una memoria de oído, y otra de silencio. No importa cuántos sean los años de silencio: el universo siempre lo ha sabido. Está grabado en el infinito. Y este dolor no es mío, ¡que el universo se encargue! Yo creo, ¿por qué no? Es mi derecho. Creo a mi manera. Creo en un dios que es mío, que anda en las montañas, libre.

Cuando llegó el golpe militar y mi mamá supo que Allende había muerto, nos dijo: “Niñitas, ustedes no tienen futuro. Ustedes no van a volar”. Mientras lloraba. Yo ahí corro a quemar todos los papeles, a tirar por el incinerador todos los panfletos. Todo lo que está relacionado con el MIR y la Unidad Popular. Corría quemando los vestigios. Tenía apenas siete años, no sé cómo supe lo que tenía que hacer, pero lo supe: tenía que protegerla ella.

Nada fue fácil, nunca más. Dos o tres días después, partí a la escuela. En el camino pasé por la casa de mi abuelo, como siempre. Él estaba en la vereda, desnudo, junto a una camioneta, frente a su casa. Andaban buscando a mi tío, al hermano de mi mamá, y también a mi abuelo. Él era militante comunista, presidente de la JAP en La Serena. Ahí se lo llevaron detenido y estuvo preso varios meses.

Mi mamá se agravó muy rápido. La tortura y el golpe la agravaron. Sus dolores y sus gritos se hicieron más fuertes. Nosotras sufríamos. Cuando intentó suicidarse le avisé a mi abuelo. Al final ella se dio cuenta de que estaba muy mal y pidió ser hospitalizada. Entonces mi abuela nos agarró y nos llevó a su casa. Éramos como dos gatos a los que tiras al río en una bolsa.

Ellos no sabían a quiénes se habían llevado a la casa. Creían que tenían nietos normales, pero yo ya no era una niña. Tenía que hacerle creer a los grandes que era una niña, pero era un ser violado, maltratado. Cualquiera adulto era un enemigo fulminante, porque había crecido en el terror. Ninguna ley nos amparaba.

Mi mamá murió en agosto del 75, todo esto ocurrió en muy poco tiempo. Pero para los niños los días son eternos. Un día era un año, eran mil años. La última vez que la vi, ella estaba muy mal de sus tumores, tenía alteraciones mentales. Después de haber sido una mujer preciosa, luminosa, estaba convertida en un monstruo. En una asesina en serie.

Y, para poder ponerme de pie, yo también tuve que transformarme en una asesina en serie. Poéticamente. En un ser raro, lleno

de desconfianza, lleno de odio. Pero no hay delincuencia, no hay crimen, no hay pecado. Sola recuperé mi vida. A través del amor. Me hice cariño a mí misma, me mecí a mí misma. Me transformé en mi propia madre.

A mí me han destruido muchas veces, pero yo no soy la destrucción. En mi ADN llevo el haber sido prisionera. Soy judía, vengo de muchas muertes, pero no es cierto que eso sea una condena. Las puertas se abren. Sé lo que es el dolor, pero también sé que ese dolor no me define. El dolor es lo contrario de mis fuerzas. A ese lugar doloroso no se entra acompañada, una siempre estuvo sola ahí. Puedo enfrentarme a la oscuridad, pero no soy la oscuridad. Nadie va a decirme qué soy. Yo voy a determinar mi verdad. La verdad corrige el ADN.

Ya lo sé, la muerte no existe. Pero la memoria sí. Cuando se comete un error, este recae en seis generaciones. Eso dice la Biblia. La deformación de un país ocurre a través del oído, así se traspasa. Es mentira que Chile no tenga memoria. La memoria de Chile la llevamos en las venas. Aquí la dictadura generó un error genético masivo. El golpe mató a todos a los niños.

No pude salvar a mi mamá, no pude salvarme a mí misma. Por eso debo de corregir, debo ayudar a mucha gente. Y, para mí, la venganza más grande es el amor. Dar vuelta el vocabulario. Llevar la palabra de un lugar horrible a uno luminoso. La justicia está en mis manos.

Tú también vienes a aclarar algo, buscas a los seres humanos dentro de sus verdades y sus mentiras. Cuando estás en el lugar correcto te sientes cómoda. Como si plantaras mil árboles. Como si abrieras un río que estaba contenido. El que busca la verdad, busca las raíces, busca el sentido. Somos seres milenarios. A través de la verdad liberamos a las futuras generaciones. Eso siento. No es un desahogo, es orden cósmico. Lo que estamos haciendo aquí es sagrado. Es oxígeno para la tierra. Estamos corrigiendo un código genético ambiental. Este momento está cargado de amor.

Me dicen que estoy loca, pero, en realidad, aquí no hay sólo desquicio. Me decidí a hablar porque quiero corregir el ADN. El mío, el tuyo, el de mis hijos. Por eso hablo demasiado. En este tiempo tan fuerte en el que estoy pasando a otras dimensiones, debo abandonar a los seres oscuros. Ponerme en la posición correcta, cósmicamente hablando. Y buscar en otro lado.

Utopía en el horizonte

Edda Hurtado

Académica

Algo sucedió con la muerte de mi padre. Hubo un corte, un antes y un después. En realidad no, porque después no hubo nada. Todo desapareció. Me cuesta explicarlo. Se instaló en mí una distancia con la realidad. Se produjo un abismo, un espacio, un magma indeterminado que crecía. Y después, nada. No hubo palabras. No hubo una palabra que pudiera suturar ese vacío. Cada cierto tiempo, vuelvo. Pasa otro tiempo y evito volver. Pero antes, con mi padre, yo no lo sentía.

El 73 yo tenía nueve años; mi hermana, cuatro, y la más chica, nueve meses. Mi papá trabajaba como operario en Tesorería, era el sostén de la familia. Mi mamá era buena dueña de casa, buena mamá. Estábamos en proceso de conformación de familia, una familia bonita. Teníamos una vida tranquila. Eso hasta el año 73. Los objetivos eran sencillos y claros: independizarse, mejorar las condiciones de trabajo.

Quillota tenía hartos movimientos, era un núcleo industrial. Se producían textiles, conservas, duraznos, paltas, flores. Una vida activa

en ese sentido, y potente en términos de organización sindical, pero también muy apacible, provinciana, una ciudad chica. Por otro lado, tenía la particularidad de albergar dos enclaves militares: la Escuela de Caballería, en las afueras, y en la ciudad misma el Regimiento de Ingenieros.

Mi papá fue criado a la bruta, muy castigado, como era antes. Venía de una familia pobre y muy tradicional. Empezó a militar muy joven y en ese proceso se fue reinventando. Se planteó un modo distinto de relacionarse con sus hijas, con nosotras: no castigar, no pegar, conversar mucho. Con toda esta utopía en el horizonte. En estos sectores era algo muy raro que un hombre se replanteara su modo de relacionarse. Pero igual mi madre cumplía un rol tradicional. Respondía a la ley familiar. No militaba, no trabajaba, estaba siempre en la casa. Una mujer muy sencilla. También muy especial. Le gustaba la música, cantar. Le gustaba la ópera. Podría haber sido una excelente profesional si hubiera estudiado. Era muy inteligente. Venía de una familia acomodada, de Traiguén.

Nosotros en cambio éramos pobres, una familia de brasero. Vivíamos todos en la casa de mi abuela. Se hacía un fuego en el patio, calentábamos el fondo que se usaba para hervir la ropa y ahí, en ese fondo, nos bañaban, que no era todos los días. Y el lavado... No teníamos lavadora. Muy poca gente tenía. Me acuerdo de haber conocido una tina de baño, un calefón, una lavadora, cuando íbamos a Traiguén de vacaciones.

Mi mamá no conocía a nadie en Quillota. Le decía mamá a mi abuela, a su suegra. Ella y mi tía eran su única red. Se protegían. Se reían. Compartían hartito. Entre mi tía y mi mamá tenían ocho hijos, vivíamos todos juntos. Entonces estas tres señoras se pasaban todo el día trabajando. Y en ese tiempo la pega doméstica era distinta, para hacer una cazuela empezaban a las diez de la mañana desplumando el pollo.

Es raro lo que hizo mi mamá, salir de este ambiente acomodado para seguir a este gallo que vivía en la pobreza. Cuando le pregunté a mi mamá cómo es que eso fue a pasar, me contestó: “Es que hablaba tan bonito”. Y así nomás fue: conoció a mi padre que hablaba tan bonito y pasó una vida entera de penurias.

Pero yo no me fijaba en nada de eso. Tenía un vínculo muy fuerte con mi padre. Me hablaba, me contaba cosas. A veces, los fines de semana, me llevaba a ollas comunes. Me explicaba de qué se trataba. Que la sociedad, esto de los ricos y los pobres, iba a cambiar. Me presentaba a los viejos, les decía que yo era su hija. Cuando el hombre fue a la Luna, salimos a la calle y me mostró los dibujos que había en la Luna. Vivíamos en una población antigua que tenía este concepto de barrio. Antes yo tenía una estructura. Funcionaba.

La caída comenzó cuando fueron a buscar a mi papá. Incluso antes, el día del golpe. Mi mamá estaba muy nerviosa. Algo iba a pasar. Prendió la radio, escuchamos el discurso de Allende y se puso a llorar. Me acuerdo. Salimos con mi hermana y a la vuelta venían los obreros, con overoles, con cascos, una tremenda marcha. Los empezaron a reprimir y nosotras, cabras chicas, arrancamos para la casa. Mi papá llegó en la tarde y algo pasó. Hicieron tira muchas cosas. Mi mamá rompía con rabia. A nosotras nadie nos explicó nada. Veíamos con mi hermana que salía mucho humo de un tambor grande que había en el patio y de pronto desaparecieron todos los libros.

Cuando lo fueron a buscar, golpearon la puerta muy fuerte. Yo abrí, estaba lleno de milicos. Mi papá no estaba, había ido a comprar el diario. “Que se presente en la tarde en la Gobernación”. Mi papá llegó y almorzamos. Fue la última vez. Después se fue. Eso fue en septiembre. Estuvo en la cárcel de Quillota como dos semanas hasta que nos avisaron que había que despedirse, que se lo llevaban a Pisagua²⁸ a trabajar.

Partimos a la cárcel. Estaba llena de militares. Mi papá ordenaba sus cosas, mi mamá lloraba. “¿Por qué estás aquí? ¿Qué hiciste?”

Cuando llegó la hora de despedirse, mi papá me abrazó muy fuerte y yo sentí en el cuerpo los sollozos. Todos sufrían, pero para mí era mi amor. La historia la reconstruyo desde ahí, desde ese afecto feroz. Un rato atrás mi padre había llorado. Mi padre era tan lindo. Y ahora se iba.

Salimos de la cárcel y nos quedamos afuera, esperando. Se juntó mucha gente. No sé si estaban en contra o a favor. Mi papá salió tapado, sólo lo reconocí por el bolso que llevaba. No quería que lo vieran. Supongo que sentía pudor por la degradación que fue sufriendo. Yo lo entendí después, porque Quillota es una plaza. En la esquina está la Gobernación y a la vuelta estaba la Tesorería, donde él trabajaba. El café, la iglesia, la municipalidad, la cárcel. Era su barrio, sus amigos, su ciudad.

Trajeron a seis hombres de Quillota a Valparaíso, con el fin de embarcarlos supuestamente a Pisagua. Pero en realidad los llevaron al Lebu, un barco utilizado como centro de violación y tortura. Mucho después supe que en el trayecto los bajaron para un simulacro de fusilamiento. Ahí les botaron todas las cosas que traían. Nosotras le habíamos llevado naranjas, queques. Ahí los despojaron de las cosas pequeñas: del queque, la naranja. Se las rompen, y se ríen, y les disparan.

Pasó en el Lebu octubre, noviembre. El ocho de diciembre lo llevaron de vuelta a la cárcel de Quillota. Me acuerdo perfectamente de ese día. En la mañana hice mi primera comunión. Mi abuela me fue a buscar a la iglesia y me dijo: “Llegó el papá, vamos a verlo”. De la iglesia a la cárcel, allá fuimos. Pero sólo pude estar un momento. Tenía los pantalones arremangados. No se podía sentar. La cara, las manos, llenas de ampollas. Lo único que le decía a mi mamá era: “No vengas más. No traigas a las niñas. Ándate al sur”.

Yo tenía que volver a la iglesia, esa tarde había una procesión. “Me tengo que ir”, le dije. Le di el santito y me despedí. Él me pidió que cuando llegara a la virgen le hiciera señas, porque desde donde él

dormía la podía ver. Yo iba con ese objetivo. Todas las niñitas caminábamos hacia el cerro, a donde estaba la virgen. Todas vestidas de novias, cantando. Cuando llegué arriba, calculé donde estaba la cárcel y le hice señas. Nunca supe si me vio.

Después de ese día nos permitieron pasar la pascua con él. Mi mamá le llevó un regalo, una corbata a rayas rojas y negras. Me acuerdo de que mi papá abrió el paquete, miró la corbata y se largó a reír. Imagínate la distancia que sentía respecto de lo que significaba una corbata. No sé qué pasó con la corbata, supongo que mi mamá se la trajo para la casa, no tengo idea. Pero el resto fue puro llorar. Mi madre lloraba y lloraba. Supuestamente les iban a hacer un juicio. Reunieron todos los papeles, antecedentes, certificados. Había que conseguir testigos de buena conducta en la población, en el trabajo. ¿Quién podía decir que era un buen vecino? Nadie quería hablar.

Lo que pasó en Quillota fue un coletazo de la Caravana de la muerte, el mismo *modus operandi*. La dictadura no tenía la seguridad de contar con el apoyo de todas las unidades militares, sobre todo en provincia. Entonces en diciembre llega Sergio Arredondo²⁹ y asume como director de la Escuela de Caballería. Un mes después, y a pesar de que era un teniente, de menor gradación, le pide al director del regimiento que le lleve a los detenidos para interrogarlos. El coronel acepta y en el trayecto, de madrugada, ocurre supuestamente una emboscada, una confusión, un intento de fuga. Tres hombres desaparecen y otros seis son ejecutados. Detrás estaba Arredondo. Venía a posicionarse militarmente en la región. ¿Y cómo lo hace? Con este crimen, matando.

Ese día a mí me tocaba llevarle el almuerzo. Salió un milico y me dijo que mi papá ya no estaba. Dicen que no está, dicen que no está... Salimos con mi abuela a buscar a las otras señoras. Empezaron los rumores, se había escuchado una balacera. Dicen que están en el regimiento. Dicen que están en la morgue. Fuimos a la iglesia a pedirle al cura que llamara, por favor, que averiguara. Sí, son ellos, dice el

cura, y empiezan todas a gritar. Mi abuela me agarra fuerte la mano y no lloraba. “Mi hijo no está ahí. Mi hijo no”. Y me mira. Me acuerdo de ver tanto sol en la plaza y tengo frío. Nunca escuché “está muerto”, pero tenía mucho frío.

Más tarde llegó a la casa un tío, un hermano de mi papá. Le dijo a mi abuela: “Yo lo vi”. Luego fue donde mi mamá: “Silvia, Hernán ya no está”. Mi mamá se puso a gritar. En la pieza había dos catres de bronce, de esos antiguos. Agarró los dos catres y los levantó gritando. Nosotras, con mi hermana, arrinconadas, mientras mi mamá subía y bajaba esas camas de fierro. Más allá de la fuerza, la locura. Tuvieron que llamar a la ambulancia, la llevaron al hospital. Y al otro día, dijeron, había que presentarse en el cementerio. Y sería todo.

Mi abuela, en esos días, asumió la misión de proteger a mi madre y de paso a nosotras. Lo primero que hizo fue llevarnos al campo. A Guangalí. Ella cocinaba, yo cuidaba a las niñas y mi mamá en una silla, inmóvil. Recuerdo los girasoles, los choclos, los maizales, y mi mamá, hermosa, con un vestido negro de seda. Una vez se escapó en medio del día. “¿Dónde está la mamá?” Recuerdo ir abriendo las matas, las flores amarillas que se mueven, hasta ver a mi mamá en el suelo, con su vestido negro, tirada. “Aquí está, abuelita, aquí está la mamá”. La parábamos, la llevábamos a la casa. Otro día, en otro momento: “Vaya a buscarla a la noria”. El pozo de donde se sacaba el agua. Y me asomaba al pozo profundo. “No, mi mamá no está ahí”.

En marzo volvimos a Quillota, entramos al colegio, se retomó la rutina. En la antigua escuela pública coincidíamos todos, los pobres y los ricos, las hijas de los militares y las de los extremistas. “No vayas a decir que a tu papá lo mataron. Si te llegan a preguntar, tú dices que se murió del corazón”.

Recuerdo un par de escenas en las que alguien en el patio, a la hora del recreo, se rio de mí por lo del papá. “La hija del comunista. La hija del extremista. Al que mataron. Si lo mataron por algo fue. Intentó fugarse”. Recuerdo muy bien. Me puse a llorar. “Ven,

ven. ¿Cómo se te ocurre jugar con esas comunistas?” Así me fui oscureciendo.

Y mi madre estaba imposibilitada de sostener. De reestructurar, de reemplazar. Era muy valiente, pero se desarmó. Su red se redujo a la nada. Era una mujer joven, atractiva. Nunca se volvió a emparejar. Su familia nunca se manifestó. No tenía amigas en Quillota. Cuando pudimos viajar al sur, la hermana de mi mamá nos vio y se puso a llorar, nos abrazó, y mi mamá también lloraba.

—¿Supiste lo que nos pasó?

—Sí, pero en la casa no digas nada. Mi marido está feliz con el golpe.

Así vino la pobreza. El deterioro fue evidente. Mi mamá entró a trabajar en el PEM.³⁰ Tenía dos fines de semana libres al mes. Trabajaba de corrido. Eso significó que yo, a los doce años, tuve que hacerme cargo de la casa y de las niñas. Cocinar, hacer el aseo, bañar, peinar, llevarlas al colegio, acostarlas.

—¿Qué hago mañana de almuerzo?

—Ve tú, consíguete algo.

Entonces yo partía donde la vecina: “Señora Anita, ¿tiene dos panes que me preste?”

Lo tuve que hacer no más, la subsistencia era muy precaria. Mi mamá hacía esfuerzos pero no podía más. Cuando le daba la desesperación, sobre todo en la noche, nos agarraba a las tres y nos apretaba. De miedo, creo yo. Nos apretaba y nos decía: “Somos nosotras, somos sólo nosotras”. Así nos crió durante mucho tiempo. Eso fue nuestro soporte. Un lazo que se armó en base a una fuerza física. Una cohesión desesperada.

Así estuvimos hasta que encontró un trabajo como empleada doméstica. Don Claudio, un militar retirado, la invitó a cuidar a su madre anciana en una parcela cercana a la Escuela de Caballería. En una casa preciosa. Un taxi la iba a buscar y a dejar. Mi mamá cuidó mucho a esta señora. Se querían. Mi mamá llegaba con cajas de

frutillas, cajas de tomates. Después, con el tiempo, cuando se hizo el juicio, se descubrió que fue ahí, en la parcela de don Claudio, que los mataron. “Sabía, por eso fue tan generoso”, decía mi mamá.

Trabajó en esa casa, en el servicio doméstico, hasta que le dieron la Pensión Rettig.³¹ Yo en ese tiempo estaba viviendo acá en Valparaíso. Entré a estudiar Filosofía y se me dio vuelta el mundo. Vivía en una pensión, con amigos, en una pobreza absoluta. Si no almorzaba en la universidad, no almorzaba. Me vinculé con gente del Frente de Resistencia Popular, un movimiento que se venía descolgando del MIR. Pronto me casé y me quedé embarazada.

En esos días hubo una redada muy fuerte acá en Valpo. La familia de él se asustó y le compró un pasaje a Suecia. Ahí me devolví a Quillota. Mi mamá tuvo que vender la casa para pagar el parto, los gastos médicos. Y cuando me pude ir a Suecia, en un programa de reunificación familiar, me encontré con un hombre que llevaba un año en Suecia, que no conocía a su hijo, que no había vivido el embarazo, el parto. Yo era muy niña, tenía veintidós años, pero mi cuerpo había cambiado. Empezó una relación muy conflictiva. Él dijo que Suecia le había abierto un espacio para desarrollarse y que ya no quería una familia. Hubo un momento en que me vi sola, con un coche, en una plaza llena de nieve. No sabía a dónde ir.

Vivía en una casa burguesa, como las de los ricos aquí. Por primera vez tenía comodidades, pero no funcionó. Creo que fui la única chilena que renunció a la residencia. Y me vine brava. Me vine con cien dólares. Nuevamente a Quillota, con una guagua. Donde mi madre que ya no podía más. La era noventera había caído como una explosión. Mis hermanas estaban totalmente desbandadas. Se instaló la droga. Se instaló el carrete. Algo pasó con la dictadura, esta rebelión frente a la autoridad.

Después de volver a Chile, en cuanto pude me puse de nuevo a estudiar y a participar en política. En Suecia se me había despertado el ansia de saber qué había pasado con mi papá. En ese tiempo estaba

la Comisión Rettig. Comencé a trabajar reuniendo información y en ese proceso conocí al papá de mi hija, un ex mirista mayor que yo que había vuelto hacía poco del exilio.

Cuando yo cumplí treinta y cinco años, tuve una crisis. Era la edad que tenía mi padre. Me puse muy obsesiva. Empecé a leer, empecé a escribir. Rearmé la historia. Me llegaron unas cartas de Canadá de un señor que estuvo ese día en el regimiento. Hablé con mi tío y me contó que cuando vio a mi papá en la morgue tenía las manos amarradas. Estaba la querella. La PDI estaba investigando el caso. Y, ¿qué pasó? Se me puso entre ceja y ceja que tenía que revivir lo que mi padre había experimentado en el momento de su muerte. Necesitaba sentir la indefensión. Le pedía a Ignacio que me amarrara las manos, que me vendara la vista y caminaba así por la casa, descalza. Muchas veces lo hice. Y finalmente partí con mi familia al regimiento. Diez para las doce de la noche del 17 de enero. Tenía que reproducir el recorrido. Fuimos en la camioneta, siguiendo los datos. Los niños atrás, nosotros adelante. Mientras yo miraba lo que mi padre habría mirado. Llegamos al lugar donde el testigo dijo que los habían bajado y ahí nos bajamos. Los cuatro participamos del relato. Los niños eran adolescentes ya. “Miren”, les digo, “allá arriba estaba la metralleta empujada. Aquí los bajan y los hacen correr”. Y comenzamos el descenso. Esa reconstrucción de escena fue reparatoria.

Y, bueno, más o menos hasta el año 2000 estuve en este proceso, llevando los juicios, intentando construir un relato. Porque la historia de uno está mediada, se construye, pero yo no lograba articular un discurso coherente. La he ido elaborando de a poco, en la medida en que he tenido los recursos. Y cuando no puedo más, voy a terapia. En cierta medida he superado el dolor. No es que desaparezca. Todavía me emociono, por eso lloro. Pero antes era algo que no se podía nombrar. Ahora es una pena distinta. Siempre está ahí la pregunta: ¿Cómo hubiéramos sido nosotras? ¿Qué hubiéramos podido ser?

Probablemente no habría conocido el dolor, no de esta manera. Pero no lo puedo saber. Hoy día dudo de la misma noción de trauma. ¿Hasta qué punto mi subjetividad se estructuró en base a ese acontecimiento violento? La muerte y lo que vino después, el desamparo de esta familia que se tuvo que armar desde la nada.

De toda esta trama que te he contado, el punto de inflexión es ahora. Ahora reposo y empiezo a pensar. A la madre, sí, la perdonamos. Me perdonó, nos perdonamos, nos queremos. Las hermanas, ahí están, estables. Los hijos, perfecto. La historia está elaborada. Y, sin embargo, no hay una salida.

Un territorio abandonado

Anselmo Cancino

Consultor en Salud pública

Estoy cansado del testimonio victimizante. Para entender lo que pasó con mi mamá y con mi papá, sus circunstancias particulares, hay que entender el contexto, el de la historia de un país que entra en conflicto. La mirada de la victimización no la comparto. Crecí con otros parámetros. He incorporado mi historia como inspiración, y tengo una vida activa en función de eso. A mis padres no los miro como pobrecitos, para mí son personas importantes y quiero que se les vea así.

Por eso soy de una sola mirada: la mirada de la gente que hizo un aporte al cambio histórico en Chile. Un cambio necesario de hacer, independiente de las consecuencias. Porque uno tiene que hacerse cargo de las consecuencias de sus actos. Mi padre pagó, murió en su ley. Fue inhumano. Pero él hizo lo que tenía que hacer. Él estuvo a la altura de sus convicciones. De eso hay que hablar. Porque Chile necesita a personas como ellos, sobre todo hoy, que no están claros los parámetros morales acerca del bien común, acerca de lo

público, acerca de hasta dónde debe llegar la influencia de las empresas y hasta dónde la del Estado.

El otro día fuimos a una entrevista juntos con la ministra de Salud. Ella hablaba de la construcción del socialismo en el siglo XXI y yo pensaba que por mucho tiempo hemos vivido una falsa promesa. Nos dedicamos a ser los buenos administradores de un modelo neoliberal. Las AFP,³² la salud, las inequidades, están sobre la mesa. Pero, ¿cuál es la opción? Gracias a mi historia, tengo una postura clara respecto de eso. Gracias a mis padres. Gracias a lo que ellos fueron, a lo que ellos me entregaron como mensaje moral.

El problema aquí es que ha habido impunidad política, un intento de olvido. Pero el olvido es imposible. Se rompió el alma de Chile. Esa es mi mirada de lo que sucedió. El alma de Chile está rota. Y mientras no se repare, es muy difícil construir un proyecto social. Tenemos que profundizar nuestra mirada sobre el pasado. Y, por eso, hay que empezar este relato por hablar de lo que pasó en nuestro país.

Mis padres eran campesinos. Vivían en la región del Maule. En Linares. No en la ciudad, en la zona rural: Peñuelas, Colbún, Yervas Buenas. Por ahí sucede esta historia. Mi madre era hija de una familia extendida, grande, como todas las familias campesinas de esos tiempos. Fue la primera de doce hermanos. Mi abuelo Juan era mediero. Esto es cuando los patrones te pasan un poco de tierra para que tú la trabajes, y una parte de la producción es para ti y otra para el patrón.

En el campo, las familias valoraban más a los hombres, creían que las mujeres no tenían la fuerza necesaria para el trabajo agrícola. Pero mi mamá sí la tenía. Podía cargar un saco, manejar un camión, hacer la labor dura del campo. Así se ganó a mi abuelo. Le demostró que las mujeres también eran capaces de hacer un trabajo físico. Y así pudo negociar su participación social y su educación.

Terminó las Humanidades, cosa muy excepcional en ese tiempo. Los niños no iban al colegio, desde muy chicos trabajaban con los

papás. Y desde joven también comenzó a participar en comunidades cristianas. Era el tiempo de la Teología de la Liberación, de los curas obreros, de las jornadas de la alfabetización, del concepto de educación popular de Paulo Freire. Dentro de la Iglesia se estaba generando un movimiento social, un espacio donde discutir los problemas que se vivían en el campo, las injusticias, las arbitrariedades de los patrones hacia los campesinos. Y el rol de los cristianos en todo esto.

La situación era dramática desde el punto de vista humano. Terratenientes con innumerables hectáreas, señoríos, hacendados, tenían cada uno a muchas familias trabajando para ellos sin los derechos más básicos. Con atropellos graves. Amarraban a los campesinos, los golpeaban, abusaban de las mujeres. Ni hablar de libertad de expresión. Y había miseria. Severos problemas de salud: mortalidad infantil y materna, desnutrición, enfermedades contagiosas. Así era el campo chileno hasta muy entrado el siglo xx.

Un territorio abandonado por las políticas sociales. Las ciudades progresan mientras el campo permanece por completo desplazado, fuera del proyecto de desarrollo. Se amplían los derechos de las mujeres y de la clase media, hay instrucción primaria obligatoria, mejora el acceso a los servicios, la calidad de vida de la población mejora. Pero no en el campo. El campo sigue siendo tradicional. Se pactó con los patrones que el latifundio no fuera tocado.

Los campesinos no eran considerados por el Estado. Tampoco por las izquierdas. Ni el PS ni el PC tenían políticas claras para el campo. El sujeto de esos partidos era el obrero industrial, de la ciudad. En el relato de mi mamá eso está muy claro: es la Iglesia la primera en mostrar una preocupación especial por la situación de los campesinos. Necesitan tomar medidas urgentes si quieren evitar una coyuntura como la cubana. Entonces la Iglesia hace un gesto: entrega tierras de su propiedad a los campesinos. Y con este gesto se da la puntada inicial a lo que luego sería la Reforma Agraria.

Durante el gobierno de Frei, se desarrolla, como política de Estado, una institucionalidad para volver a regular la propiedad de la tierra y terminar con esta situación tan extrema en la que está el campo chileno, casi de inquilinaje, de relaciones de poder injustificables entre los campesinos y sus patronos.

Mis papás vivieron juntos en el momento más álgido del conflicto. Cuando se conocen, el año 71, mi papá ya era un líder político. Era presidente del Movimiento Campesino Revolucionario, uno de los frentes de masas que tenía el MIR.

Él empezó a militar siendo muy joven y le sucedió lo que a mucha otra gente de ese tiempo: su pensamiento político se fue radicalizando. Al comienzo lo captó la DC. Ellos lo formaron como militante, lo mandaron a cursos de oratoria. Antes esto era algo común: los partidos formaban a su gente. Así estuvo un tiempo, en la DC, hasta que entró en conflicto con el partido por considerar que eran tibios en sus definiciones. Y se metió al PS. Y se retiró. Hasta que finalmente llegó al lugar que más calzaba con su experiencia como líder del campo. El MIR le quedaba perfecto.

Yo milité en el MIR toda la vida, hasta hace poco, hasta que dejó de existir, y a pesar de eso me costó entenderlo. Entenderlo realmente, no a las personas. Entender la experiencia histórica del MIR. Qué significó para Chile. Para mi padre, para mi madre, para los campesinos. Hoy mi visión es que el MIR forma una matriz de izquierda mucho más amplia, reconoció como sujeto del cambio no sólo al obrero industrial, sino también a otros marginados, a otros pobres, incluyó a sectores históricamente excluidos de los programas de la izquierda tradicional. Tienen frentes de masas de estudiantes, de pobladores, de campesinos. Y, a diferencia de la izquierda tradicional, asumen una postura de transformación radical más allá de las instituciones burocráticas. Todo esto entró en conflicto con las visiones más clásicas de lo que era ser de izquierda. Y de lo que era ser político.

Mi papá hace una avanzada que entra en conflicto con el mismo programa de la UP. Porque no era llegar y hacer una toma, había una ley de expropiación, toda una institucionalidad en la cual operaba esto de las tomas. No se podían expropiar fundos de menos de ochenta hectáreas. De hecho, hay una discusión que está documentada entre mi papá y Allende. Se encuentran en una asamblea de campesinos y comienzan a polemizar. Mi papá hace un cuestionamiento a la Ley de Reforma Agraria. Lo que plantea es que, en el campo, los problemas más importantes ocurren en los fundos pequeños, las mayores situaciones de abuso, de atropello a los derechos de los campesinos. La ley es insuficiente para responder a esa realidad.

Las tomas continuaron, incluso en fundos con menos de cuarenta hectáreas, lo que genera una situación de crisis que en la lógica de mi papá y sus compañeros era la lucha de clases finalmente declarada. Estaban conscientes de que iba a ser duro, de que su acción iba a ser reprimida, sabían que los patrones no iban a entregar las tierras así como así, que iba a venir una reacción fuerte. Pero pienso que sintieron que no había posibilidad de dar pie atrás. Se había emprendido un camino de lucha social, los dirigentes eran responsables de la gente que creía en el proyecto de cambio, o de revolución derechamente. Y en estos sectores en los que la miseria, el abuso y la explotación eran tan evidentes, la gente estaba muy empoderada, muy consciente de su rol en función de ese cambio, de esa revolución. Estaban comprometidos. Mi papá sentía fuerte esa responsabilidad.

Linares era una zona de conflictos particularmente fuertes. Había un sector ahí al que le decían “el rincón del diablo”. Ese era el concepto de los momios. Ahí están los momios más momios que tú te puedas imaginar. Fue cuna de Patria y Libertad, el comando Rolando Matus,³³ los grupos paramilitares de los patrones. A mi papá lo odiaban, se había transformado en un líder muy fuerte. Había gente que lo acompañaba, que lo cuidaba. Hacían guardia. Antes del golpe, ya había habido tres atentados a su vida.

Hasta el golpe, mis papás vivían en una mediagua, en una toma de terreno que se llamaba campamento Luciano Cruz, el nombre de un líder del MIR muy emblemático, un muchacho que estudiaba Medicina. Mi mamá también se hizo militante del MIR. La vida de ellos era la política. Participar en las tomas. Mi papá tenía programas en la radio. Se tomaban fundos e instalaban asentamientos, viviendas con servicios mínimos, y ahí, a través del trabajo comunitario, generaban procesos de producción concretos y efectivos.

La amenaza era enorme. En el MIR sabían lo que iba a pasar en Chile, lo tenían claro. Ya había habido varios golpes de Estado en la región. Tras el golpe, mi papá estuvo en los primeros bandos militares, donde se identifica y ordena detener a determinadas personas. Mi papá no se presentó. Pero mi mamá sí, porque estaba embarazada. Mi papá le dijo: “Entrégate, puede que tengan piedad contigo”.

Pero no tuvieron piedad. Querían llegar a mi papá a través de ella. También detuvieron a mis abuelos y a la hermana chica de mi papá, que tenía catorce años. A mis abuelos por ambos lados. Hacían eso para presionar, para que se entregara la gente. A ellos los llevaron a la cárcel de Linares. A mí mamá, a la Escuela de Artillería, uno de los principales centros de tortura de la región. Y se desquitaron. Fue brutalmente torturada. A mí no me ha contado lo que vivió, pero sí lo contó en un libro, uno que se publicó cuando vino el papa a Chile, se lo entregaron en el Estadio Nacional. Ahí está su testimonio.

Nací cuando mi madre estaba detenida. La llevaron al hospital dos jeeps militares. Acompañaron el parto hombres armados. Otro chico nació en las mismas circunstancias, pero su mamá fue liberada poco después de haber nacido. Yo, en cambio, pasé casi un año en prisión, era parte de la vida cotidiana de los presos. Los primeros meses fueron los más complicados. Una vez que tuvieron a mi padre, se calmaron.

A él lo iban matar, de eso no había duda. Un mes y medio más o menos duró, también en la Escuela de Artillería. Fue un ajuste de

cuentas de los patrones. De hecho, en muchos casos matan ellos directamente. Matan con desidia: "Ahora te quiero ver".

Sobre la muerte de mi papá hice todo un trabajo de investigación. Había muchas cosas que no sabía y que quería saber, así que me fui a Linares a estudiar parte de la enseñanza media y ahí empecé a buscar. Conocí gente, fui al campo, recorrí y me encontré con sus amigos. Aprendí mucho de él, de su vida y de su muerte.

Soy bien metódico. Fueron diez años de trabajo intenso, finalmente logramos reconstituir su ejecución. Y logramos el procesamiento de los militares, incluso su condena. En el caso de mi padre y sus compañeros, se da la primera condena de la Corte Suprema utilizando la normativa internacional de derechos humanos. Hasta entonces se usaba la figura del secuestro permanente.

Lo que concluimos es que él fue ejecutado en un campo de entrenamiento militar, de artillería. El Polígono de Tiro General Bari. Lo llevan, lo ejecutan y lo entierran ahí mismo. A él y a otras personas. Como los entierran a muy baja profundidad, los perros escarban y empiezan a sacar los restos. Es en un sector cercano a un fundo donde había caseríos, personas que trabajan para el patrón. Ellos ven llegar los perros con restos humanos. Fue muy traumático para la gente que vivía ahí, especialmente para los niños. Mataron a los perros y se fueron casi todos.

Después de eso los cuerpos fueron exhumados, esto en el contexto de la Operación Retiro de Televisores. Esta operación se dio el año 78, después de que se descubren accidentalmente osamentas en los Hornos de Lonquén, al sur de Santiago. Eso se difunde y genera una expectación nacional e internacional que le crea un problema a Pinochet. Ya no podía seguir ocultando la existencia de detenidos desaparecidos. No era un invento de los comunistas, no era una campaña del marxismo internacional como decía siempre. Había pruebas. Entonces lo que hace es entregar una orden a todo el alto mando a través de un criptograma, de un código militar. Si tú lo traduces dice

así: Retiro de Televisores, sacar y quemar. Amenazando con que si descubrían nuevos cuerpos iba a haber medidas. Después de eso todo el Ejército se moviliza, van a los lugares de entierro, sacan y queman.

Hoy los militares que participaron están confesos: “Trasladamos un tambor, una parrilla. Sacamos las osamentas, las pusimos arriba. Les echamos petróleo. Las quemamos hasta que se hicieron cenizas”. Lo hicieron con técnica. Tal como en la Alemania de los años 40. Viajaron a Alemania para asesorarse.

Todo esto lo investigué de forma completamente personal. Pero siempre hubo gente en el camino que me quiso ayudar, pedí algunos apoyos puntuales y tuve la fortuna de conocer a la persona precisa. Al juez Guzmán, por ejemplo, un tipo extraordinario, clave para que lográramos avanzar. Fue un trabajo duro.

No soy religioso, pero la memoria es una cosa sagrada, como la identidad de las personas. Nosotros logramos reconstruir la historia de estas muertes terribles, pude cerrar un ciclo desde el punto de vista de la investigación. Y, después de eso, me retiré.

Me he enfrentado a cosas duras. A la muerte de mi amigo, a la investigación sobre mi padre, sobre el destino de los compañeros de él, que fue trágico, a relatos de cosas horribles. Soy producto de una historia difícil, como muchas personas, como tú. Necesitaba reconstruir un capítulo que estaba omitido. Pude darle forma, terminar con una condena en un juicio, y ese juicio está ahí. Entonces lo que me importa ahora es cómo nos planteamos nosotros como hijos presentes hoy, nosotros como actores de una historia política. Porque finalmente yo estoy vivo ahora, cuando hay cosas que son importantes.

Creo que el testimonio es válido, que cumple cierta función, pero yo quisiera hablar desde la perspectiva histórica, de lo que fue mi papá, de lo que fue mi mamá, de cuáles fueron sus contribuciones. Y es que lo que sucedió es importante para hoy, es una referencia. Quisiera que mi testimonio sirva para traer al aquí y al ahora su ejemplo, una fuerza moral necesaria para recuperar un concepto

más colectivo de nosotros como chilenos, algo que era tan importante. Creo que se lo merecen. Si vamos a transmitir ese tipo de mensaje, bienvenido sea.

Vía crucis

Alicia Juica

Fotógrafa

A la Vicaría iba mucha prensa extranjera. A veces nos buscaban a los hijos para que diéramos testimonio, nos sentaban en círculo y uno tras otro los niños iban contando sus lindos recuerdos. “Yo iba a la feria con mi papá. Yo me sentaba en sus hombros”. Ese tipo de cosas. Cuando me tocaba a mí, me ponía a llorar: mis recuerdos no eran lindos. No creo que fuera machista o gritón, pero le tenía temor. Viví mucho reto de mi papá. No recuerdo haberlo abrazado, haberle dado un beso o caminado con él de la mano. Mis hermanos sí recuerdan esas cosas, pero algo le pasaba conmigo. Él pensaba que no iba a tener un buen desarrollo intelectual.

Yo tenía una tendencia a balancearme, todavía la tengo. Me arrancaba el pelo, caminaba con las patas chuecas, para dormir me golpeaba la cabeza con la almohada. Hacía esas cosas y él me retaba. Se enojaba porque en el bus me iba a sentar sola. Quería que me sentara con mis hermanos, que me hiciera parte del grupo, pero yo me apartaba. Me ponía detrás de él, nunca adelante.

Mi mamá me salía a defender: “No la retes, déjala ser”. Y trataba de mostrarle, con pequeñas cosas que yo hacía, que era inteligente. Una vez, estando en clases, vi a mis papás entrar a la sala. Otros niños a lo mejor se hubiesen parado y habrían ido a saludar. Yo sólo observé la escena. No me alegré ni me molesté, los vi nomás. Mi papá habló con la profesora, ella me llamó y me hizo escribir algo en la pizarra, escribir y sumar. Después, mi mamá me contó que lo había llevado para que la profesora le demostrara que yo era inteligente como todo el mundo. “Su hija parece estar mirando las moscas, pero está atenta”.

Como tenía esta relación distante con mi papá, mi mamá me eligió para entregarle un regalo familiar en el día del padre. Se lo entregué desde detrás de un sillón, escondida, como si él hubiese sido un ogro. Y le regalé también un poema, un poema muy triste. Lo leo ahora y me da mucha pena. Le preguntaba por qué no me quería, que qué había hecho yo para que no me quisiera. Ese fue mi regalo.

Un par de días antes de desaparecer, me pidió que fuera a acompañarlo, quería hablarme de esa carta. Él estaba apoyado en la pared tomando el sol y me llamó. Era invierno, pero el sol alumbraba en un montoncito de arena que había. Me puse al lado y él me dijo que me iba a escribir algo para demostrarme que me quería. Esa fue nuestra última conversación. No recuerdo su voz, pero recuerdo que me dijo eso, que me quería y que me lo iba a demostrar con una carta.

Esto fue un sábado y mi papá desapareció un lunes. Salió caminando con un abrigo y la sonrisa que tenía. Caminaba, se daba vuelta, riéndose, y nosotros, todos, mirándolo hasta que dobló en la esquina. Al día siguiente, en el colegio, le conté a mi compañera de banco que la noche anterior mi papá no había llegado.

Era poco lo que podía entender. Mi mamá nunca se sentó a contarnos nada, era como que lo supimos nomás. Sabíamos lo que estaba pasando en el país, que mi mamá iba a la Vicaría porque mi papá estaba detenido, que lo habían detenido porque era comunista

y que lo tenía preso la DINA.³⁴ Pero no sabíamos cómo nombrarlo. Preso no era una palabra que nos gustara, presos eran los delincuentes. Entonces no lo nombrábamos. Pasó un montón de tiempo antes de que pudiera entender.

Es un rito importante enterrar a los muertos. Mi abuela era del sur, de Cobquecura. Siendo niña trabajaba de nana en la casa de un marinero, y cuando su madre murió no se lo comunicaron. Nunca la vio muerta, no estuvo en el velorio ni en el funeral, se enteró después de que la habían sepultado, entonces quedó con la idea de que la habían enterrado viva. Ese era su trauma. Cuando estaba enferma o lloraba, llamaba a su mamá, decía que se quería ir con ella. Eso mismo me pasó a mí. No supe hasta muy tarde que mi papá estaba muerto.

Poco después de su desaparición, mi mamá contó en la Vicaría de esta distancia que tenía yo con mi papá y me mandaron al psicólogo. Así estuve, de psicólogo en psicólogo, durante casi veinte años. Recién hace unos diez, empecé a poder contar este episodio de la carta. Era mi gran secreto. Ahora que estoy vieja puedo contarlo. Lagrimeo un poco, pero lo cuento. Antes bastaba que alguien me preguntara por mi papá para que yo soltara el llanto. Y, como no quería que me vieran llorar, me iba, me encerraba. No le contaba a nadie de mis penas. Estaba muy sola, pero, por suerte, podía escribir. Tenía un diario de vida donde escribía mis cosas.

Y también escribía poesía, poesías muy tristes. Por eso en la Vicaría decidieron darme una beca para estudiar en un colegio particular. Pensaron que ahí podría desarrollar mi potencial, pero yo era muy tímida, ni siquiera me gustaba subirme a las micros, creía que los pasajeros me miraban, que se reían de mí. Y en este colegio, el Francisco de Miranda, estudiaba pura gente con plata. Si antes mi personalidad era poca, ahora se fue al hoyo. Me sentí como Machuca,³⁵ me reduje.

Ese primer año, repetí. No aceptaban repitentes, pero conmigo hicieron la excepción. Me decían que les gustaba como escribía,

que iba a ser la segunda Neruda. Como yo no hablaba en voz alta, no me preguntaban nada en clases. Querían integrarme, hicieron todo lo que pudieron. Era yo la que no se sentía bien. Quería ir a un colegio común y silvestre, quería usar el zapatón, el jumper, el delantal. Y, en cambio, me tocó ir al Francisco de Miranda.

Cinco años estuve: los cuatro de enseñanza media, más el año que repetí. Lo pasé mal, muy mal, pero me fui acostumbrando. Me desclasé, me desarraigué. Tuve que aprender a convivir con ese otro mundo. Cuando volvimos a Renca, yo ya venía con este colegio encima. Mis amigas ya no eran mis amigas, los gustos de ellas ya no eran mis gustos. Estaba cada vez más sola, no calzaba en ninguna parte. Me sentía como un escarabajo.

El primer año me dio anemia. No me gustaba hablar con mis compañeros, menos aún comer con ellos. En la escuela de la que yo venía, los niños almorzaban en sus casas, en cambio en este colegio llevaban termos y almorzaban ahí, en un recreo largo. Como yo no tenía comida para llevar y me daba vergüenza decirlo, no comía. Además, en ese tiempo sentía muchísima culpa. Aunque hubiera comida en mi casa, no comía. Pensaba en mi papá y prefería no comer para pasar el hambre que él pasaba. Me bañaba con culpa. Me reía con culpa. Pensaba: “Yo estoy contenta, ¿cómo estará mi papá? Yo estoy durmiendo abrigadita, ¿cómo estará durmiendo mi papá?” A veces no dormía para solidarizar con su sufrimiento.

Un día mi mamá leyó mi diario. Parece que me gustaba un vecino. Me gustaba como niña y me sentía fea. Leyó mis temores, mis complejos, todas esas cosas. Y me agarró y me llevó a una peluquería a cortarme el pelo. Yo no entendía nada. Me puse a llorar. Tenía complejos, pero no con mi pelo. Se equivocó, se equivocó al leer mi diario. Le perdí la confianza. Nunca más le conté nada, si tenía frío, hambre, nada. La castigué y de paso le tomé odio al partido. “Mi papá está desaparecido por culpa del partido; mi papá dio la vida por el partido, no por nosotros”, pensaba.

Pero me crie en ese mundo, un mundo muy pequeño del que no he podido salir. Aunque nunca haya militado, aunque nunca haya tenido carnet, hasta el día de hoy me dicen compañera. Mis tíos eran todos comunistas; el papá de mis hijos, mi actual pareja, todos mis pololos han sido comunistas. Mis amigos fueron siempre de la Jota, hijos de desaparecidos. Si no hay un comunista, por lo menos uno, no encajo. Fuera, soy una desadaptada.

Una vez fui a trabajar a un lugar donde había puros chilenos normales, de esos que viven viendo la tele, pensando en concursos, para los que el 11 de septiembre no es tema. Y me indignó ese chileno medio. Sentí que era gente estúpida. Mi papá había desaparecido por el futuro de ellos y no valían la pena. ¡Por esta gente damos la vida! ¡Por esta gente que ni se entera! Los miré como piojos. Y me dio rabia. Yo crecí con una rabia enorme.

Un día, cuando era chica, llegaron los milicos a allanar. Recuerdo que nos empujaron, nos apuntaron con un fusil y a un amigo de mi papá lo bajaron a rastras la escalera. Entremedio de toda esa agresividad, vi la cara de un niño, un niño que no sonreía, que estaba triste, y no tuve miedo. Me quedé con la mirada de ese cabro y con mucha rabia hacia los demás, soñando despierta con que algún día iba a hacer justicia por mi mano. Les iba a sacar la conchesumadre. Mi sueño era vengarme. Si alguien me decía “vamos a matarlos”, yo estaba dispuesta a matar.

Cada vez que tuve la oportunidad de pegarle a un paco, lo hice. Tuve suerte, pero igual me dieron palos, más de una vez llegué a la posta con huesos rotos. Y es que no tenía miedo. Agarraba las bombas con la mano y se las tiraba de vuelta. Sólo empecé a sentir miedo cuando tuve a mis hijos. Los miraba dormir y pensaba: ¿y si me pasa algo? Era mejor que no me quisieran, así no iban a sufrir. En el fondo tenía una depresión asquerosa. Pensé que era mejor que los niños vivieran con el papá, era más probable que estuviera con ellos para siempre. Se los iba a llevar por un año, pero se convirtieron en nueve.

Mi mamá me vio tan mal que me rogó que me fuera a vivir con ella. Regalé todo lo que tenía, me fui a vivir con ella y fue para peor. Al poco tiempo tuve que volver a esta casa sin muebles, llena de ratones. Ahí toqué fondo y tomé la decisión de ir al psiquiatra. Al final llegué donde una mujer que me escuchó y me ayudó a encontrarme con la niña que había sido.

Como en un vía crucis, hice todo el recorrido. Fui a la casa donde vivimos cuando mi papá desapareció, me puse en la ventana desde donde lo veía llegar, fui al cementerio. Por primera vez quise saber quién había sido Mario Juica. Le pregunté a mi abuela cómo era cuando niño, cuando joven. Supe que él, igual que yo, tenía la impresión de que su papá no lo quería, y sufría por eso. Supe que era generoso y que a los quince años había entrado a militar. Según mi mamá tenía complejo de obrero, de pobre. Empecé a conocer a este Mario Juica humano que tenía los mismos problemas que yo y también pude reconstruir lo que le había pasado estando detenido.

Se lo quise transmitir a mi familia, pero no quisieron escuchar. Hay gente que dice: “No lo pienses, te hace daño”. Mi mamá empezó a alegar que yo estaba pegada en el pasado. Pero a mí me hizo bien, pude hacer mi catarsis. Lloré hasta que me dolió la garganta de tanto llorar y ahora ya no me desgarran. Dije: “A ellos los torturaron, no a mí. A mí nadie me ha pegado, ¿por qué me duelen las manos? ¿Por qué lloro si a mí nadie me ha hecho nada?”

Cuando leí el proceso judicial, publiqué en Facebook el fragmento de un testimonio donde cuentan que mi papá fue crucificado, en modo de burla lo crucificaron. Mis hermanos se enojaron conmigo, me dijeron que es desconsiderado hacer públicas cosas tan dolorosas, que esta historia pertenece a la intimidad de la familia. Pienso que esta información no nos pertenece y no tenemos por qué sufrirla solos, no es nuestra historia privada. Fue el Estado el que torturó y asesinó a mi padre, eso no voy a mantenerlo oculto. Quiero que lo sepan mis vecinos, que lo sepan los estudiantes: todos tienen que saber.

Cambiar la forma entera

Estela Ortiz

Educadora

Te podría decir que eran las cinco y media de la tarde, recuerdo incluso la luz que entraba por la ventana. Estábamos discutiendo de pie. Una compañera preguntó: “¿Acaso ustedes pueden perdonar”? Era 1978, yo estudiaba Psicología en la Universidad Católica. Preguntó esto y luego dijo: “Además de todo lo que hemos padecido, de tener que dejar de ser los que éramos para poder estar vivos, ¿ustedes pretenden que alguien que tiene a su papá desaparecido perdone?” Después de eso nos sentamos y no hablé más.

Cada cierto tiempo vuelvo a esas palabras. Recién ahí me hice consciente de lo que habíamos perdido. Cuando a mí me preguntan qué fue más terrible para mí —de repente estúpidamente me preguntan—, si el asesinato del Jose³⁶ o la desaparición de mi papá, siempre digo que lo más terrible fue el 11 de septiembre del 73. Porque ese día nos cambió la vida brutalmente. Se nos destruyó. Esa tarde, en la UC, tomé consciencia. Dejamos de ser los que éramos para poder sobrevivir.

Nací en 1950. Mi papá tenía entonces veintiséis años y estaba dedicado a la política. A la política y la universidad. Era secretario general de las Juventudes Comunistas y dirigente estudiantil. Mi mamá estudiaba Bellas Artes y era comunista también. Pertenecía a una familia de intelectuales. Era hija de Manuel Rojas, el escritor. Los dos eran inteligentes, militantes, y también libres en su sensualidad. Crecimos en un mundo que era lo contrario de conservador. Pasábamos mucho tiempo en la casa de mi abuelo. Íbamos a almorzar y nos quedábamos ahí la tarde entera. Se jugaba al naipe, se cantaba. Mi papá se vestía con chombas que le hacía mi abuelita. ¡Qué cómico! Era otra época. Pasaba mucho tiempo en su escritorio, leyendo y trabajando. Llegaban alumnos suyos a la casa, iban a estudiar, él les prestaba los libros. Lo más importante en la casa eran los libros.

Así me críe yo, en un mundo culturalmente muy estimulante. Estudiaba en el Manuel de Salas, que era un liceo diverso y activo en lo político. Ahí lo conocí al Jose. Él estudiaba en la Chile, Geografía, y el Manuel de Salas dependía de la Universidad de Chile, así que hacíamos cosas en conjunto, propaganda. Después yo entré a estudiar al Pedagógico y nos pusimos a pololear. Fue un momento intenso, una época muy convulsionada.

Lo más importante para nosotros era la militancia. La Reforma Universitaria estaba tomando fuerza y luego, en 1969, vino la campaña de Allende. Los comunistas éramos los más allendistas de todos, estábamos metidos de cabeza. Teníamos que ganar espacios, ganar la FECH. El Jose no sé a qué hora iba a clases, no iba mejor dicho. Los fines de semana hacíamos trabajo solidario. Los domingos vendíamos *El Siglo*. Estábamos transformando el mundo, eso sentíamos. Era una cuestión épica. Mucho compromiso, grandes movilizaciones, permanente actividad universitaria. Todo apuntaba hacia lo político.

Cuando ganó Allende fue una alegría tan grande, tan grande, tan grande. Una euforia. Hubo tres o cuatro días en los que la gente salió a marchar de forma espontánea. No sé con qué compararlo...

Cuando nacen los hijos hay una gran alegría, es verdad, pero esto era otra cosa. Algo demasiado emocionante. Sólo así se puede entender por qué decidimos quedarnos, por qué algunos no nos quisimos ir. Estábamos cambiando la historia. Cuando ganamos, lo primero que pensé fue en mi padre. Desde que lo conocí, desde que nació. Cuando chicos, salíamos a romper los carteles de Alessandri. Cuando perdió Allende el 58 en mi casa se lloraba.

Durante la UP a mi papá lo vi poco. El PC era parte del gobierno. Yo era presidenta de mi centro de alumnos y dirigente de la Jota. Él era miembro del Comité Central, estaba a cargo de la política universitaria del partido. Entonces, nos encontramos en esos espacios políticos, conversábamos de dirigente a dirigente. Era cómico, una relación distinta. Él era muy respetado en la universidad, era importante. Más de alguna vez me tocó presentarlo. Yo, chocha, lo admiraba, pero él estaba aún más orgulloso de mí.

Casi siempre estábamos de acuerdo. Una sola vez, recuerdo, él nos llamó la atención. Porque en una reunión del consejo normativo superior, cada vez que hablaba alguien que no fuera comunista empezábamos a gritar. Nos dijo que teníamos que dejar espacio para el diálogo, para que las ideas pudieran expresarse, más que estar ahí armando barullo.

Con el Jose desde el 70 en adelante dormíamos todos los días juntos, pero vivíamos de aquí para allá. Cuando decidimos irnos a vivir juntos el año 72, le fuimos a decir a mi papá. Me acuerdo bien. Fue un día en la tarde, él estaba lavando ropa, andaba en shorts. La María Luisa, su compañera en ese entonces, debe haber estado cocinando, y las niñas andaban por ahí. Yo le dije: "Papá, el Jose quiere decirte algo". Se sentó. "Sí, ¿qué pasa?" Y ahí el Jose le dijo.

Mi papá se emocionó tanto que no sabía qué hacer. Puedo verlo sentado en la mesa. Dijo: "Perdonen, perdonen, no sigas, José Manuel", y fue a ponerse pantalones para darle más formalidad al

momento. Llamó a la María Luisa, a las niñas, estaba absolutamente emocionado. Era ridículo.

Le explicamos que no nos íbamos a casar y no le importó nada. Dijo que igual nos quería celebrar, y nos hizo una fiesta para cincuenta personas en la casa de Neruda. Estaba tan feliz. Nunca había podido celebrarnos nada, un cóctel para cincuenta personas era un esfuerzo enorme. Estaba orgulloso. Después nos fuimos a vivir al Arrayán, a la casa de la Adriana Goñi, una chiquilla del MIR que era del Pedagógico. Y poco antes del golpe me quedé embarazada.

Para entonces ya teníamos consciencia de que podía venir un golpe. Mi papá lo tenía claro. Nos preparábamos para combatir. Visto desde ahora sabemos que era absurdo. Nos juntábamos a las seis de la mañana a hacer preparación física, aprendimos a armar y desarmar un revólver que ni siquiera era nuestro, que era una antigüedad. ¡Absurdo! No teníamos con qué defendernos. Pero, en fin. Así fue.

En La Moneda se hacían turnos por si nos intentaban quitar el gobierno. Ese día mi cuñado estaba ahí. Como a las seis de la mañana nos llamó para decirnos que se había levantado la Marina, que Santiago estaba rodeado. Nos bañamos, nos vestimos y le avisamos a toda la gente que pudimos. Mi papá decía: “No es verdad, no es verdad”. Luego, partimos a devolverle el auto a mi suegra, la María Maluenda, que estaba en las torres San Borja y tenía que salir con mi cuñada, que estaba embarazada, y sus dos hijos chicos.

Estuvimos con mi suegra una media hora y partimos al Pedagógico, donde estaba la Dirección de Estudiantes Comunistas de Chile. Ese era nuestro espacio, ahí estaban nuestros compañeros. Partimos caminando y en el camino vimos el bombardeo de La Moneda.

Ese fue el día en que cambió todo. Mi papá ingresó inmediatamente a la clandestinidad y no volvió más a su casa. Debo haberlo visto unas pocas veces, no sé cuántas, desde el golpe hasta diciembre del 76, cuando lo detuvieron. Sabíamos de él por algunas llamadas telefónicas, en las que le reconocíamos la voz.

Nosotros también vivíamos semiclandestinos. No me refiero a ir de una casa a otra, no sólo eso. No es que tuviéramos que disfrazarnos para disimular la identidad. Era algo distinto, más brutal. Te encontrabas en la calle con alguien a quien querías y pasabas como si no lo conocieras. Él te podía poner en riesgo o tú a él.

No era cosa de disfrazarse o no disfrazarse. Hasta esa época yo me vestía con faldas de cuero, con beatles negros, qué sé yo. De ahí en adelante tuve que vestirme formal para pasar desapercibida. Tuvimos que aprender a hablar de una manera diferente, a vestirnos de una manera diferente, a peinarnos de una manera diferente, a comportarnos de otra manera. A ser otras personas. Ya no hablaba de “mi compañero”, hablaba de “mi marido”. Tuvimos que cambiar la forma total, la forma entera.

Nos quedamos todos cesantes. Con mi mamá y mi cuñada bordábamos blusas y las vendíamos. Siempre con miedo. Yo quería tener otra guagua, con el Jose queríamos tener cuatro hijos altiro. De locos que éramos. Pero decidimos no tener. No podíamos. No me sentía capaz de dar vida entre medio de todo este horror. Me acuerdo. Me daba rabia que florecieran los damascos. Para mí era inentendible. ¿Cómo no se paraba la vida?

No recuerdo haber llorado con la desaparición de mi padre. Recuerdo, sí, la angustia. Caer en el juego de la DINA. Nos llamaban para interrogarnos. Nos llamaban para decir que habían liberado a mi papá. Recuerdo ir al Instituto Médico Legal y que jugaran conmi-go. Me mostraban no sé cuántos cuerpos. El director, que estaba ahí, me decía: “Parece que hay una persona”.

No sé qué es más duro, si la desaparición o un asesinato que ocurre de la noche a la mañana. Son formas diferentes del horror. Al desaparecido no lo puedes enterrar. Lo revives, lo matas, lo revives, lo matas, así durante décadas.

Sin la Agrupación nos habría sido imposible mantenernos en pie. La organización nos dio fuerza. Luchar por la verdad y la justicia

nos dio fuerza. Nos acompañábamos. La lucha ya no era por uno, sino por todos. Había mucha solidaridad. Había una fuerza enorme, movilizadora. Eso nos permitió salir a la calle cuando nadie salía a la calle, hacer manifestaciones de silencio, aguantar que nos detuvieran. Fuimos los primeros en denunciar, en protestar, en salir a la calle, en hacer huelgas de hambre. Logramos que mucha gente viera la verdad. Para llegar a la verdad tuvimos que aprender a enfrentar el miedo. Discutíamos, peleábamos, pero finalmente todas queríamos lo mismo: saber qué había pasado.

Treinta años después, el Ejército dio unas coordenadas. Lo único que los militares dijeron fue dónde podíamos buscar, pero nada de lo que había pasado, del tiempo en que mi papá estuvo detenido nunca supimos nada. En la Cuesta Barriga³⁷ hay seis cuerpos, dijeron, los demás fueron tirados al mar.

Se nos vino el mundo encima otra vez. Nos sentíamos culpables porque nosotros sabíamos y el resto no sabía nada. Por otro lado, la imagen que nos armamos, yo por lo menos, una vez que identificamos las coordenadas, es que íbamos a enterrar una pala y aparecería un esqueleto, incluso con la ropa. Esa era nuestra ilusión.

Llegábamos allá al amanecer y nos íbamos cuando se oscurecía. Estuvimos más de dos meses, todos los santos días. Más de dos meses escuchando como paleaban. Finalmente se encontraron unos trocitos de hueso, dos vértebras y un pedacito de cráneo. Se rieron de nosotros. Fue una tortura. Tanto que significó la muerte de una compañera. Murió porque le vino una infección, pero la verdad es que se murió de pena. No sé cómo no enloquecimos. Hasta que el ministro Carreño dijo que no íbamos a seguir. Que se cerraba, que no había nada más. Recién el 2012 se confirmó que algunos de esos huesos eran de mi padre.

Regalo de cumpleaños

Javiera Parada

Gestora cultural

No me acuerdo de haber tenido un abuelo. Tenía dos años cuando desapareció, siempre estuvo desaparecido. Acompañaba a mi mamá a la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y, mientras ella estaba en reunión, yo jugaba con otros niños que también tenían a sus abuelos, a sus papás o a sus tíos desaparecidos. Era algo normal, éramos hijos de militantes de izquierda y así era el mundo: había niños que tenían familiares desaparecidos.

A pesar de eso, no tengo un recuerdo oscuro de esos años. Ser de izquierda no era algo que uno le pudiera contar a todo el mundo, pero había círculos protegidos en donde sí se podía hablar. En el colegio donde yo estudiaba, el Latinoamericano de Integración, la mayoría de las familias eran como la mía. Podían estar viviendo el horror, pero se esforzaban porque la vida siguiera siendo normal, lo más normal posible. Querían que sus hijos vivieran una vida feliz.

No sólo los chicos nos divertíamos, los grandes también. Pese al horror. Y no era un teatro, era una decisión seguir disfrutando

la vida. Salíamos a la naturaleza, nos juntábamos. En nuestra casa siempre había mucha gente del ambiente cultural y del PC. Mi papá trabajaba primero en el Comité Pro Paz y luego en la Vicaría de la Solidaridad. Nos juntábamos con otras familias de la Agrupación y con abogados de derechos humanos. Llegaban a vivir con nosotros amigos que estaban escondidos, aunque eso nosotros lo supimos después. Me gustaba esta sensación de comunidad.

Y mi casa estaba muy abierta a los niños. Los vecinos eran más pitucos, más formales, en mi casa se podía hacer desorden, entonces siempre llegaban muchos niños. A mi papá le gustaba cocinar. Los fines de semana nos encerrábamos con él en la cocina, y hacíamos experimentos que normalmente terminaban con la cocina explotada, hecha un desastre. En general, lo pasábamos bien.

Yo creo que mi mamá y algunas de sus amigas, en algún lugar de su conciencia, se sienten culpables por no haber salido de Chile, por haber arriesgado sus vidas, por haber expuesto a sus familias, por haber tenido tantos hijos y tan poco tiempo para criarlos. Y creen que sus hijos se lo reprochan, cuestión que a mí jamás se me pasó por la cabeza. Más bien creo que quedarse en Chile era lo que había que hacer, no tengo ningún conflicto con las decisiones políticas que tomaron. Toda mi familia era militante, todos trabajaban en organismos de derechos humanos, es parte consustancial de cómo me enseñaron a vivir, supongo que por eso me hace feliz ser parte de proyectos colectivos. Mi mamá y mi papá nunca dejaron de confiar en que la vida era para disfrutar y quererse y tener hijos, y tuvieron siempre la ilusión de que la dictadura iba a acabar pronto.

Fue en marzo del 1985, yo tenía diez años. Como siempre, íbamos tarde al colegio, mi papá se había quedado dormido. Cuando llegamos le dije que se tenía que bajar a explicarle a la profesora que habíamos llegado tarde por su culpa. Él se bajó a hacer eso, a decirle a la profesora que se había quedado dormido y yo entré a la sala, me senté en mi banco. Minutos después escuchamos un helicóptero. Era

la época de las protestas, escuchar helicópteros era algo común, pero este estaba demasiado cerca. Y luego, disparos.

Todo el mundo se asustó. Mi profesora fue al diario mural a sacar lo que ahí había. Un poema de Neruda, el anuncio de una protesta nacional y alguna otra cosa. Yo traté de calmar a mis compañeros que estaban muy asustados: que no había pasado nada, que estuvieran tranquilos.

Nos cambiaron de sala a una que estaba más adentro, más lejos de la calle, con varios otros cursos. Ahí estuvimos hasta que los papás empezaron a ir a buscar a los niños. Había salido en las noticias, estaban las radios, había mucha gente. El ambiente era de gravedad. Caminé por todo el patio hasta que vi a mi mamá y cuando la vi no tuve ninguna duda. Avancé hacia ella y le dije: “Prométeme que no va a pasar lo que pasó con mi abuelo”. Ni siquiera “encontrémoslo vivo”, sino “encontrémoslo”. Al día siguiente lo encontraron. Recuerdo el grito que pegué. El ser humano perfecto había muerto.

Después de eso mis recuerdos son confusos. No sé qué sentía, si tenía pena, si tenía rabia. No sé cómo vivimos. Me acuerdo de mis hermanos peleando sin parar y de mi mamá volviendo moreteada de las protestas. Sé que no me volvieron a contratar en Televisión Nacional. Nada más.

Empecé a recordar un par de años después, más o menos a los trece años, cuando entré a los pioneros del PC. Me hice amiga de gente más grande ahí, pasé a la Jota, y en la Jota rápidamente empecé a ser dirigente. También me puse a estudiar danza en ese tiempo y con todo esto me volvió el alma al cuerpo. Era dirigente política y bailarina, tenía una sensación de vida.

Me empezaron a gustar otros dirigentes. Organizábamos festivales, conciertos. Recuerdo leer sobre marxismo en unos cómics que había. Iba a reuniones, a protestas, a tomas. Siempre con mucho cuidado, con conciencia de que si me pasaba algo mi mamá se iba a morir. Luego empezó a llegar la gente del exilio, amigos de mis papás,

mis primos. Y recuerdo cuando apareció Solidaridad en Polonia, de cuando comenzó la Perestroika y del impacto que sentí cuando cayó el muro de Berlín.

Como en Chile había muy poca prensa y la prensa mentía, intentaba averiguar qué estaba pasando en los países del Este en las reuniones de la Jota. Durante mucho tiempo me respondieron que eran movimientos para mejorar el sistema socialista. Veía las noticias y pensaba que era muy raro, que esas protestas se parecían mucho a las de aquí. Pero en la Jota nadie contestaba mis preguntas. Hasta que en una reunión volví a preguntar, insistentemente esta vez. Y un cabro, que era compañero mío de curso, me dijo: “No puedes seguir preguntando estas cosas, Javiera, además no viniste a la última reunión”. Yo tenía dieciséis años y era súper responsable, no había ido a la última reunión porque figuraba encadenada a los Tribunales de Justicia. Ahí mismo renuncié. Me dio rabia y me dio pena, y también un poco de susto a que ganáramos la revolución. Salí de la sala, empecé a caminar y rompí en llanto. Me entristecía que los comunistas tampoco creyeran tanto en la democracia. Estaba desilusionada.

Dejé la política, ese tipo de política, y empecé a dedicarme más a la cultura. Descubrí Matucana 19 y El Trolley y las fiestas Spandex,³⁸ y en cuarto medio me volvieron a contratar para hacer una teleserie. Después de eso me fui a España, donde seguí dedicándome al teatro. Fue un alivio llegar a Barcelona, por fin podía soltarme las trenzas. Aquí era una figura pública, me conocía todo el mundo, sobre todo por el asesinato de mi papá, pero también porque desde los nueve años actuaba en teleseries. Mientras mis compañeros se emborrachaban, se escapaban del colegio, yo tenía que ser una joven bien portada. No quería ser ejemplo de nada, quería vivir lo que no había podido durante la adolescencia. Pasaron muchos años antes de que volviera a Chile.

Poco después de volver, me integré a un colectivo que habían armado unos cabros más chicos para hacer un memorial en El Vergel

con Los Leones, donde mi papá y Manuel fueron secuestrados. A ese colectivo le pusimos Ciudad Elefante, por la memoria poderosa de estos animales. No queríamos que fuera sólo una cuestión de familiares, de personas directamente involucradas. Queríamos abrirlo a la ciudadanía. El eslogan de Ciudad Elefante era algo así como “con memoria y alegría, adelante por la vida”. Nuestra intención era recordar a Manuel, a Santiago y a José Manuel, a estos hombres que tenían una relación gozosa con la vida, a los que les gustaban los niños, que anhelaban la justicia social, la equidad, la libertad. No centrarnos únicamente en la reivindicación de verdad y justicia, ni recordar sólo la manera trágica en que murieron. Aunque evidentemente la tragedia existe.

La primera conmemoración que hicimos fue muy bonita, tenía una parte en la Plaza Brasil y otra en El Vergel. Durante siete años, cada 29 de marzo, realizamos este acto cultural en El Vergel con Los Leones, hasta que logramos inaugurar el memorial. Una vez inaugurado, pensamos que ya era de la ciudadanía y podíamos dejar de ser nosotros quienes organizáramos la conmemoración. Desde entonces se hacen cargo alumnos actuales del colegio, más el tío Leo, que es la persona que se tiró a intentar salvar a Manuel y a mi papá. Es algo que pasa más allá de nosotros.

Durante todo este tiempo, se había hecho también una conmemoración en Quilicura, donde los encontraron. Esto se había transformado en un acto del PC, lo que hizo que surgieran tensiones cuando profesores del Frente Amplio se quisieron sumar. Como yo pensaba que no había ninguna razón para que esta conmemoración no fuera transversal, me acerqué al alcalde de Quilicura y con el alcalde decidimos convocar a todo el Colegio de Profesores y a más actores políticos.

Finalmente, con el alcalde, logramos abrir la convocatoria. Estábamos en eso, haciendo el listado de organizaciones políticas que iban a convocar, cuando yo metí al PS y comenzó una discusión. A algunas de las personas del PC, incluidos algunos familiares, no les gustó.

“¿Por qué el PS? ¿Qué tiene que ver el PS? ¿Por qué tienen que venir otros a meterse? ¿Qué tiene que meterse el Frente Amplio! ¡Ni siquiera existía el Frente Amplio cuando esto pasó!” Una visión bastante sectaria a mi parecer, como si un grupo fuera dueño del sufrimiento de este país. Entonces se me ocurrió decir que ojalá algún día pudiera convocar a Evópoli. No quería tener una discusión política, pero lo dije. Y obviamente todo el mundo indignado, que no podía ser, que eso nunca podría ser.

Hay sectores de la derecha que condenan abiertamente lo que ocurrió en dictadura. Cuando hicimos un acto en defensa del Museo de la Memoria, les pregunté a algunos amigos de derecha —en broma, porque todos sabíamos que era imposible— que por qué no iban al acto. Me respondieron que no podían, porque no serían bien recibidos. A mí me habría encantado que hubiera dirigentes de la derecha defendiendo la necesidad del Museo de la Memoria. Creo que habría sido un avance, porque si esto es de un grupo y no de todos, será imposible avanzar en una cultura nacional de respeto a los derechos humanos. Creer que hay personas que no tienen derecho a conmemorar a los muertos frena esta posibilidad. Para alcanzar un consenso más o menos transversal sobre la necesidad de verdad y justicia, no podemos hablar de este tema sólo desde el lugar de víctimas.

No se puede discutir con una víctima porque su dolor es indiscutible. No le puedes discutir a una madre, a un hijo, a una esposa, las ganas que tiene de que la justicia se materialice de una cierta forma. La condición de víctima te permite justificar cualquier cosa, te otorga algo así como un pase moral. Por eso no me interesa participar en las discusiones públicas desde el lugar de una víctima directa. Sería otra persona si todo esto no hubiera pasado, mi identidad está muy marcada por esta historia, pero no soy sólo eso. Prefiero hablar desde mi experiencia, la de una mujer de cuarenta y cinco años que ha vivido la vida que ha vivido, no sólo hija de José Manuel Parada y nieta de Fernando Ortiz.

A veces me da un poco de pudor opinar públicamente sobre temas en los que las agrupaciones de familiares tienen posiciones fuertes con las que yo no estoy de acuerdo. Por ejemplo, respecto a lo que tiene que pasar con los criminales que hoy día están en Punta Peuco³⁹ muy ancianos o con Alzheimer, sin sus facultades mentales. Cuando la gente está en estado terminal o con la mente ida no tiene ningún sentido seguir teniéndolos presos, creo yo. ¿Para qué sirve tener preso a alguien que no sabe por qué está preso?

Si eso se llama perdón o no, no lo sé. No sé si uno puede perdonar a alguien que mató a tu papá de la manera en que mataron al mío. Pero el perdón no es necesario, para eso están las leyes y el derecho, para que no sea puramente desde el dolor que uno busca solucionar situaciones de injusticia.

Igual como no estoy de acuerdo con la pena de muerte, no creo en la cadena perpetua. Debería permitirse que la gente que cometió un crimen, cualquier crimen, pueda reintegrarse a la sociedad después de unos años de cárcel. Sé que éstos no son crímenes cualquiera. Y evidentemente, hay casos en los que las personas no cumplen con los requisitos para salir libres: no se han arrepentido, no han entregado información, se vanaglorian de lo que hicieron, etcétera. Pero no en lo abstracto, no como principio.

La gente que fue parte de movimientos de resistencia armada a la dictadura y que cuando terminó la dictadura siguió operando, ¿debería ser amnistiada? Opino que si nosotros creemos que sí, deberíamos ser capaces de permitir que los criminales de Punta Peuco que hoy no cumplen con las condiciones para seguir presos, sean liberados. Mientras no estemos dispuestos a tener esta conversación, y a hacer concesiones desde ambos lados, será difícil llegar a acuerdos. A mí lo que me ha molestado cuando han salido con permisos, con estos beneficios, los asesinos de mi papá es la manera irregular en que funciona el sistema judicial, beneficiando a unos sí y a otros no. Eso me

molesta mucho más que el hecho de que los criminales salgan libres después de unos años de cárcel.

Entiendo sí que, mientras otras personas todavía no saben qué pasó con sus familiares, en el caso de mi papá ha habido cierto grado de verdad y justicia. Se llegó a saber lo que ocurrió, se identificó a todos los involucrados directos, ellos fueron juzgados y fueron presos. Si en Chile hubiera más juicios, más condenas, más familias que saben qué pasó con sus desaparecidos, sería más fácil conversar sobre beneficios o concesiones con los criminales. Pero como la deuda es tan grande, es muy difícil pedirles a los familiares que tengan esta otra conversación.

Es necesario abrir estas conversaciones a la ciudadanía y transformarlas en una cuestión menos amarga también. La reivindicación de la alegría tiene que ver con ese deseo, con una visión hacia el futuro. Si he podido vivir mi vida de manera gozosa es gracias a mi familia, gracias a mi papá, que cuando éramos niños jugaba con nosotros. Fuimos criados con la actitud de que, pase lo que pase, la vida vale la pena y hay que celebrarla. He recibido mucho y creo que lo justo es devolverlo, lo siento como un deber social.

A pesar de que a mi papá lo tengo presente siempre, ya no vivo su ausencia de manera dolorosa. A veces me imagino cómo habría sido. No creo que hubiera seguido militando en el PC demasiado tiempo. Lo recuerdo como una persona muy curiosa intelectualmente, entonces pienso más bien que, al igual que mi mamá, sería una persona crítica con la historia de la izquierda y le atraerían los nuevos temas de este siglo. No me lo imagino como un viejo marxista leninista, para nada.

El otro día leí un extracto del libro *Los pistoleros* que escribió Juan Cristóbal Peña, un extracto sobre el día que mataron a Fontaine, el responsable directo del asesinato de mi papá, el que estuvo a cargo de esa operación. Lo mataron el día de mi cumpleaños, un 10 de mayo. A mí se me había olvidado esta historia.

Lo que ocurrió fue que yo llegué a ver a una amiga de mi familia, la Gladys Gallardo, que fue muy cercana a nosotros en esos años después de que mataron a mi papá. Siempre me juntaba con ella, íbamos al Café Santos a tomar café helado. Cuando nos encontramos me dijo:

—¡Qué buen regalo de cumpleaños!

—¿Qué regalo?

—¿No lo sabes? Mataron a Fontaine.

En ese momento me desvanecí, pensé en los hijos de Fontaine, se quedaron sin su papá, y me desmayé.

Después de un tiempo empecé a creer que me había inventado todo esto: que fuera el día de mi cumpleaños, que me hubiera desmayado. Tal vez me había inventado estos recuerdos para darle forma a la historia de mi relación con estos criminales. Pero era verdad, me había pasado eso. Desde muy temprano me opuse a que, habiendo terminado la dictadura, hubiera gente que se tomara la justicia en sus manos. Sentí que lo único que eso podía traer era una espiral de violencia que nunca iba a parar.

La guagua se cuidaba sola

Claudia Suil

Trabajadora social

Mi papá era técnico, arreglaba ascensores. Tengo muy bonitos recuerdos de él. Éramos muy apegados. De hecho, yo me llevaba mejor con él que con mi mamá. A él no le gustaba que mi mamá nos castigara. Yo tenía dos hermanos chicos. Le gustaba que leyéramos, nos regalaba libros y, todas las mañanas, cuando salía, nos dejaba un cuento y un chocolate debajo de la cama. Mi mamá nos llevaba a la modista, nos vestía iguales a mi hermana y a mí. Íbamos al Cajón del Maipo. Siempre había gente, amigos. Teníamos una vida aplanada. Y eso. Yo vivía una vida normal y feliz. A pesar de que éramos pobres. Vivimos mucho tiempo en una toma, la toma de la Villa Frei. Dormíamos en carpas. En una cancha, me acuerdo. Había mucha gente. Se hacían ollas comunes, fogatas, todas esas cosas. Era entretenido. Novedoso. Yo veía a mi papá como alguien que organizaba. Todo el día corriendo para allá y para acá. Siempre lo llamaban a él.

Estuvimos como dos años en esa toma mientras los departamentos terminaban de construirse. Y alcanzamos a vivir tres años en

esos departamentos. Hasta que vino el golpe y mi papá anunció que lo andaban buscando.

Los recuerdos son vagos. Lo detuvieron junto a un hermano de mi mamá. Los llevaron a la Fuerza Aérea, a la base de El Bosque.⁴⁰ A mi tío lo soltaron esa misma noche. Todos nerviosos, esperando, y no llegaban. Me acuerdo. Estaba jugando a la escondida con mi hermana, debajo de la mesa, cuando llegó mi tío y le dijo a mi mamá: “Lo detuvieron”.

En la base aérea lo negaron. Al día siguiente le dijeron a mi mamá que sí estaba ahí, que le llevara cigarros. Y al tercer día dijeron que no estaba, que no había ningún Juan Suil.

Mi mamá entonces inició la búsqueda. Pasaba la noche, el día, y mi mamá no llegaba. Salía la luna, el sol, y mi mamá no llegaba. Yo no sabía qué hacer. Les daba leche cruda a mis hermanos. Hasta que llegó mi abuelo a buscarnos. Ahí quedó el departamento y no lo recuperamos nunca más.

Recuerdo esos días que desaparecieron todos. La familia de mi papá nos dio la espalda, tenían miedo. Eliminaron las fotos, las cortaron. Y mi mamá tuvo que volver con su familia. Pero no se llevaban bien, así que decidió irse al norte, a Arica. Se llevó a mi hermano, que en ese tiempo era una guagua. Mi hermana se quedó con mis abuelos, y a mí me dejó en un hogar. Siete años tenía.

No sé la decisión cuál sería, sólo sé que me dejó en el hogar. Me fue a dejar y me dijo: “Te vas a quedar aquí un tiempo”. Me llevaron a comer y cuando volví mi mamá ya no estaba. Fue horrible sentir que tu mamá te abandona. Y una vida a la que no estaba acostumbrada. Maltrato, todo lo que ahora se sabe que pasa en esos lugares. Se llamaba Capitán Prat. Era muy grande, estaba al lado de la cárcel mujeres.

Agarré mi bolsita y me llevaron a una casa. En cada casa había cuarenta niñas más o menos. Los baños no tenían puerta. No había papel higiénico. Pura agua en el suelo, con un tablón. Y dos duchas. Yo le tenía miedo a la ducha, mi mamá nos bañaba en tina. Cuando

me tocó ducharme la tía me dijo: sácate la ropa. Yo no quería, tenía vergüenza. Sácate la ropa y métete, y me empujó con otras tres niñas. Me metieron a la fuerza. Esa noche me hice pipí de puro miedo. Me costaba dormir. En la pieza había una ventana con los vidrios quebrados, me daba miedo mirar esa ventana.

Al día siguiente me tocó, me hicieron bailar con la correa. La tía Olga, todavía la recuerdo. Alta, morena, con un tomate bien apretado. Lo único que yo quería era que llegara mi papá y me sacara de ahí. No entendía nada. Pensaba que iba a volver y todo eso iba a pasar. No tenía idea de nada.

Mi mamá fue a verme un par de veces, se quedaba un rato. Yo le rogaba, pero se iba otra vez. Me empecé a desnutrir. No comía. Nadie se dio cuenta. Me iba a un patio, atrás, y ahí lloraba. Nadie sabía que yo existía.

Me robaban los calzones, los calcetines. Iba sin calcetines a la escuela, con los zapatos sin cordones. Tenía que cruzar un potrero. Con una amiguita que se llama Ester, que todavía la tengo, íbamos de la mano, y recogíamos las corontas de las manzanas para comer. Había una señora que nos mandaba a pedir pan. Y así nos llevábamos todo el día.

Y pasó que eligieron a diez niñas para otro hogar, y dentro de esas niñas estaba yo. Me asusté, me entró un pánico. Nunca más iba a ver a mi mamá. ¿Cómo iba a saber dónde estaba? Nos subieron a un furgón y nos llevaron.

En la casa a la que llegamos todo brillaba. Había un living, un comedor, un patio hermoso, hasta un jardín. Nos sacaron la ropa y la tiraron a la basura. Nos bañaron con lindano, estábamos llenas de piojos. Nos cortaron el pelo bien corto y nos dieron ropa nueva. Éramos cuarenta solamente. En el otro, éramos cientos.

Llegué desnutrida. Casi no podía estar de pie. Una mami —ahora les decíamos mamis— empezó a fijarse en mí. Me llevaron al médico y estuve tres meses hospitalizada por desnutrición. Como no

hablaba, creían que yo era muda, pero la mami sabía que no era muda. Con el tiempo empecé a decir algunas palabras.

—Mi mamá me dejó aquí. Quiero que vuelva mi papá, que me saquen de aquí.

—¿Y qué pasó con tu papá?

—Se lo llevaron los milicos.

—Eso no es verdad. No digas eso. No corresponde.

Nadie me creía. Después me fui enterando de que ese hogar era de la Junta de Gobierno. Hogar de niñas Cien Águilas, se llamaba. Una vez al mes iban los generales, llegaban con guardaespaldas. Ahí conocí al Merino, al Ramírez, al Mena. Rodeada de todos ellos. Y los martes iban las señoras. La tía Chela, la Lucía Hiriart. La mami me decía: “Es gente muy buena, gente que te quiere mucho”.

Mira, mira esta foto. Esa es la mami, ahí está la Lucía, y ahí estoy yo. Así éramos en el hogar. Todas, todas iguales. La misma ropa, el mismo corte de pelo. Y teníamos un número. Éramos la uno, la dos, la tres... Muy poco me decían Claudia. Yo era la 37.

Cuando, cada cierto tiempo, se aparecía mi mamá, le rogaba que me sacara de ahí. Me decía que no estaba en condiciones, que estaba mal de salud. Y es que cuando volvió de Arica ya no era la misma, no era la misma mamá. Pasaba mucho tiempo en el psiquiátrico, con crisis, intentos de suicidio. Cada vez que me tocaba visita estaba hospitalizada.

Creo que sufrió mucho con todas esas situaciones que le tocó vivir. Antes de la detención de mi papá ella estaba bien, tenía una vida normal. Mi papá la quería, la apoyaba. Pero después se quedó sola y perdió todo. Su gente, sus cosas. No le quisieron devolver el departamento y le quitaron todo lo que ahí había. La dejaron en la calle. Se tuvo que ir a vivir a un campamento a la orilla del río Mapocho. Entonces me decía: “No hay baño. Tenemos una sola pieza, tendríamos que dormir los cuatro. No habrá estas comidas a las que estás acostumbrada”.

Pero a mí no me importaba, yo quería estar con ella. Presentía que tarde o temprano se iba a matar, vivía con ese miedo. Finalmente logré que me llevara. Me fui a vivir con ella al campamento. De ahí me acuerdo del barro. Mucho, mucho barro. Una cama, una mesa y una silla. Eso era todo lo que teníamos. Pero me sentía tranquila porque estaba con ellos. Dormíamos los cuatro, pero dormíamos bien.

Hasta que de nuevo empecé a enmudecer. No reclamaba nada, pero me iba para dentro. Eso la sacaba de quicio, no entendía. “No sé qué hacer contigo, no sé cómo darte el gusto”. Supongo que yo tenía rabia porque me había dejado en ese hogar. Y porque la veía como ausente. Lloraba mucho. Me decía: “Claudia, me voy a suicidar”. Lo teníamos muy naturalizado, muy conversado.

—No quiero vivir, me voy a matar, y me voy a llevar a tu hermano. Ustedes ya están grandes, se pueden cuidar solas.

—Pero, mamá, ¿cómo te vas a ir? ¿Cómo nos vas a dejar solas de nuevo?

—Ustedes ya están grandes y se van a tener que aprender a cuidar.

Empezó con esta cuestión después del golpe. Entraba en crisis y se iba a tirar al río. Había que sacarla del río. La tenían que ir a buscar con camisa de fuerza para controlarla. La internaban. Le hacían electroshock. Yo lloraba, lloraba y no sabía por qué lloraba. Tenía pena y no sabía por qué tenía pena. A veces me daba por tirar todo.

Un día me tiró a la cama y me empezó a ahorcar. Al día siguiente me dijo: “Claudia, perdóname” y me llevó un gatito de regalo. Me fui a la escuela y, cuando volví, mi hermano me dice: “Está durmiendo desde la mañana”. Voy para allá, la veo: “Mamá, mamá”. Duerme. “Mi mamá está durmiendo desde la mañana”. Nadie se inmutó, nadie hizo nada. La ambulancia llegó cuando ya llevaba tres días inconsciente. En el hospital dijeron que no había nada que hacer. Demasiado tarde.

Para ese entonces yo había conocido a un niño que me gustaba. Un niño del campamento. Necesitaba alguien así, que me cuidara.

Era muy tímida y los cabros del campamento, que eran más pelusas, me acorralaban en el camino, me intimidaban. Él me cuidaba. Era un pololeo muy sano, porque en el hogar había tenido una crianza muy católica, apostólica y romana. Éramos las del coro. Entonces, prácticamente yo quería ser la Virgen María. No me podía agarrar ni una pechuga. Todo estaba prohibido. Jugábamos a la pinta, al pillarse, a la escondida. Ese era nuestro pololeo.

Hasta que él empezó con lo de la prueba de amor. Yo no sabía ni lo que era eso. Entonces voy donde mi tía y le digo: “El Lucho quiere que le dé una prueba de amor”. Y mi tía me explicó. Yo no quería, pero tenía la sensación de que si no se la daba me iba a dejar. Así que pasó. Fue horrible. Me sentí muy humillada. Lloré, lloré, lloré. Con todos los conocimientos que tengo yo ahora, pienso: me violaste. Más encima me quedé embarazada altiro, a la primera. Y todavía estamos juntos.

Me las arreglé para terminar el cuarto medio y me vine a vivir con él aquí en Pudahuel, adonde llegamos todos los del campamento. Nos vinimos a vivir con su mamá, con la familia de él. Mucho desastre. Peleas entre ellos. Cochino. De la olla en la que comíamos nosotros, comía el perro. Y yo dependía de él para todo. Mucho, mucho.

Me empezaron a venir los miedos. Que si se moría, que si le pasaba algo, ¿qué iba a hacer yo sola? No quería que saliera. Me empecé a poner como obsesiva, y me empecé a enfermar. Me vino una depresión, pero dentro de la ignorancia que vivían todos, nadie se dio cuenta. Entonces empecé a tomar pastillas. Dormía, dormía, dormía. La guagua se cuidaba sola.

Como yo siempre decía que mi papá era detenido desaparecido, alguien me dijo que fuera a la Vicaría. Llegué porque quería saber de mi papá, pero no pude averiguar nada, no entendía nada. Me dieron un vale de colaciones y me mandaron al psiquiatra. El doctor me dijo: “Te voy a dar estas pastillas para que duermas”. Yo me las

tomaba todas juntas. Encerrada en la casa. Hacer el aseo, hacer el aseo, y doparme, doparme, y llorar y llorar.

Después me quedé embarazada de nuevo. Con dos hijos. No los quería ver, no los quería cuidar. Y el Lucho se me perdía. Tomaba. Lo salía a buscar por toda la población. Y lloraba, lloraba. Lo único que hacía era llorar. Ya no quería vivir. ¿Qué voy a hacer con la guagua? Me mato y lo mato a él también. Los mismos pensamientos. Se repetía la historia.

Hasta que me agarraron en la Vicaría. La psiquiatra, la asistente social: “Hay que rescatarte. Tienes potencial, puedes salir adelante. Pero primero que nada vamos a sacarte de ahí”. Y en tres meses empecé a trabajar en una empresa de aseo y me consiguieron un departamento en Quilicura.

Luego, un día, caminando por el centro, vi un letrero que decía “Asistente de menores”. Yo dije: esto es lo mío. Esto es lo mío: asistente de menores. Quería ayudar a la gente, tenía esa inspiración. Me metí a estudiar eso y sola me fui encaminando. Ahí cambiamos los roles. El Lucho cuidaba a los chicos, yo estudiaba y trabajaba todo el día. En las mañanas estudiaba, en las tardes hacía el aseo y planchaba en una casa. Pasamos hambre, sentía que se me cortaban los brazos.

Pero quería seguir. Terminé de estudiar y crecí. Fui cambiando en el camino. El trabajo me ha servido mucho. Al principio trabajé en la cárcel, con los hijos de los internos. Ahí empecé a tener amigas. Al principio fue difícil. Me daba pánico estar en la calle de noche. Eran las nueve de la noche y yo sentía como si fueran las tres de la mañana. Me sentía culpable de salir con mis amigas, de que el Lucho se quedara en la casa.

Ahora trabajo en el Hogar de Cristo con mujeres que han sufrido violencia. Siento que sirvo de algo. Me atrevo a hablar con la gente. Hasta cuando tengo que hablar en grupo, me atrevo. Sé cómo hablarles a las mujeres, soy capaz de apoyarlas, puedo sentir lo que a ellas

les pasa, cada dolor. Como estuve en un hogar, cada vez que un niño se va interno, siento el dolor.

Y, en este camino, al mismo tiempo, he empezado una búsqueda para saber la verdad de lo que pasó con mi papá y hacer justicia. Puse una demanda, y después otra demanda por secuestro. Cerraron el caso y yo lo volví a abrir. Estaban acusando a unos soldados, pero yo quería llegar al jefe.

Buscaba a mi papá dentro del MIR. Nadie sabía nada, pero en el camino conocí gente que me ayudó, que subió la foto de mi papá a Facebook. Hasta que, ahora, hace dos semanas, apareció alguien que lo ubicaba: “Yo fui amigo de Juan. Necesito hablar contigo”. Lo llamé y me dio algunos datos. Me dijo que mi papá no estaba en el MIR, que era socialista.

Me fui a la sede del PS y les conté la situación, que había estado buscando en el lugar equivocado. Me llevaron a una salita donde había un memorial y ahí estaba, en la lista. No lo podía creer, después de tantos años. Se me pararon los pelos. Partí donde la abogada. Cambiamos el panorama. Mi papá era socialista. Hay un testigo y está dispuesto a declarar.

Después, el domingo pasado, me fui a Villa Grimaldi⁴¹ y ahí me encontré con alguien que me contó que mi papá era Heleno, una rama socialista que se encargaba de las guardias y esas cosas. Me contó que habían hecho guardias juntos, en la casa de seguridad de Allende.

Harto ha pasado en las últimas dos semanas. Demasiado. Me tiene muy ansiosa. Estoy buscando en todos lados, donde pueda conseguir información. Busco, busco, busco. Me ha servido más el Facebook que la investigación oficial.

La gente me pregunta qué creo que voy a conseguir con todo esto, que cuál es mi esperanza. Les digo que gracias a esto he logrado estar viva. Para hacer justicia. Una vez traté de ahorcarme. Otra vez me tomé todas las pastillas. Pero ahora estoy más estable. Me he concentrado en la investigación y eso me ha servido para vivir.

¿Y si estuviera vivo? ¿Y si vuelve?

María Paz Concha
Comunicadora social

Pasaron un par de semanas hasta que alguien lo reconoció en el Estadio Nacional. Después se lo llevaron a Chacabuco, con gente de todo Chile, de Valparaíso, de Iquique, de los barcos. Nací cuando mi papá estaba ahí. Tengo registros de esos días escritos de su puño y letra. Cuenta que leyó *Conversación en la catedral*, habla de la organización entre los presos, talleres de inglés, de lectura, de música. Incluso hizo un grupo con Ángel Parra, después grabaron un disco, un villancico contestatario, *El evangelio de San Juan*.

Nunca me hablaron de los guardias, de los carceleros. Sé que los maltrataban, pero Chacabuco era un campo de prisioneros, no un centro de tortura. No mataron a nadie ahí. Lo liberaron el 74, cuando empezaron a cerrar el campo. Pudo partir al exilio y no lo hizo, mucha gente me lo ha dicho. Cuando ellos estaban viendo cómo irse, cómo seguir sobreviviendo, él tenía una postura negadora. Es una de las cosas que me ha costado entender.

Alcanzó a estar un año y medio en libertad. Ayer me llegó un recuerdo de ese tiempo. Me escribió un amigo suyo, uno que estuvo con él en Chacabuco. Me contó que fueron a ver *El padrino* y, cuando llegó una parte en la que disparaban, se pusieron muy mal. Creo que estando preso se mantuvo firme, pero afuera se le vino encima toda la pena por lo que había vivido. Trató de hacer una vida normal, convivía con la familia, iba a trabajar, pero estaba en un mundo paralelo.

Él era un hombre atractivo. Moreno, alto. Calzaba 46. Tenía que mandarse a hacer los zapatos, en esa época en Chile no vendían zapatos tan grandes. Era ingeniero. Se tituló de ingeniero agrónomo en la Universidad de los Pueblos en Moscú. También era músico, un músico muy talentoso, cantaba, tocaba la guitarra. Tuvo historias de amor intenso, en eso me parezco a él. Dicen que era dulce, que era cariñoso con sus hermanas, que le gustaban los niños. Quizá es la idealización de la gente.

En 1970 conoció a mi mamá. Ella militaba en la Universidad Católica. Dicen que era aguerrida. Una vez le pegó a Carlos Bombal, porque ella puso un afiche y él se lo bajó. Una militancia universitaria. Y mi papá ya era dirigente, estaba dedicado al partido.

Era una pareja joven. Se amaban mucho. Por ahí hay unas cartas. Mi papá viajaba, la echaba de menos. Después de la elección de Allende lo nombraron en un puesto gerencial en el Servicio Agrícola Ganadero. Se casaron de manera repentina y se fueron a vivir a Temuco.

Desapareció el 10 de mayo de 1976. Justo hoy se cumplen cuarenta años. ¡Mira qué sincronía! Ese día él almorzó con una tía mía en la casa de mis abuelos. Ella lo notó nervioso. Decía que tenía tics en la cara, algo que no había visto antes. Yo creo que él intuyó los días antes, cuando cayó Conferencia.⁴² Sabía que la cosa se venía fea. Mi tía le ofreció acompañarlo, pero él no quiso. Terminó de almorzar, se fue y nunca más volvió. Esa noche, mi mamá supo que algo grave

había pasado. Al día siguiente, la señora del quiosco contó que gritaron su nombre y después lo metieron a un auto.

Empezó la búsqueda. Las diligencias, los recursos de amparo, buscar a familiares de uniformados o a personas que tuvieran conexiones con la derecha para poder obtener información. Mi mamá tuvo que hacerse cargo de todo. Mis abuelos paternos no pudieron. Tras la desaparición de mi papá, mi abuelo se deterioró rápidamente. Tomaba, tomaba, tomaba. Tenía sesenta y cuatro años y parecía de ochenta. Empezó a enloquecer y se murió al poco tiempo. Mi abuela se quedó sola. Su sobrino también desapareció. Dos hermanos de mi papá partieron al exilio y la única que quedó tiene un trastorno mental grave. Así que mi abuela se metió a la cama y no salió más de ahí.

Mi mamá, en cambio, dejó la universidad y se dedicó al activismo de lleno. Llegó a la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, a la Vicaría. Esos eran territorios sagrados. Se encontró con gente que estaba viviendo lo mismo que ella, conoció a las mujeres que durante muchos años serían sus aliadas. Participó en la huelga de hambre del 77, la primera que se hizo acá. Algunas esposas, hijas y madres se tomaron la CEPAL, se instalaron ahí e hicieron una huelga de hambre para hacer un llamado a las Naciones Unidas. Fue asistente social de la Fundación PIDEE,⁴³ que ayudaba a hijos de desaparecidos, de ejecutados, de prisioneros, exiliados. Después trabajó en el Instituto Latinoamericano de Salud Mental, donde también atendían víctimas de la represión.

Y, a pesar de todo eso, dentro de la Agrupación fue muy criticada. Llegó un momento en que empezaron a notarse diferencias generacionales, sociales. Había gente que entendió que la desaparición involucraba la muerte y otra que tenía la ilusión de que podían volver. Las madres, las viudas mayores. Hubo piezas que se mantuvieron intactas durante años. Puestos que no se ocupaban. Mujeres que todas las noches les servían un plato en la mesa a sus maridos, que los veían en la calle, que pensaban que podían llegar a comer. Pero mi mamá no.

Mi mamá, junto con otras mujeres, todas menores de treinta, volvieron a emparejarse, tuvieron hijos. ¡Querían seguir viviendo!

El año 79 mi mamá se enamoró de un abogado de la Vicaría y se fue a vivir con él. Por eso fueron las críticas. Cuando pasó esto, cuando se volvió a emparejar, a mí me dio terror. Veía los carteles, los panfletos: “Vivos los dejamos y vivos los queremos”. Y yo pensaba: ¿Y si estuviera vivo? ¿Y si vuelve? ¿Qué va a pasar con este otro papá que tengo en la casa, que me está cuidando? Yo quería a mi papá nuevo. Él lo hizo muy bien. Tuvo un compromiso enorme, recursos emocionales. Hay una entrevista muy linda que le hicieron. Ahí cuenta la historia de amor con mi mamá. La adoraba, nos quiso a nosotros desde el primer día. Y se preocupó de mantener viva la memoria.

Lo de mi papá crecí sabiéndolo, no me lo tuvieron que contar. Siempre tuve la conciencia. En mi colegio, el Francisco de Miranda, había algunos hijos de detenidos desaparecidos, muchos retornados del exilio. Mi mamá trabajaba en el PIDE, ahí también compartía con niños que tenían situaciones parecidas. Estar preso y la muerte eran algo cotidiano.

De la tortura sí supe después, cuando aprendí a leer. Tendría unos ocho años. Aparecieron esos libros, *¿Dónde están?* Mi padrastro los dejaba ahí y yo los leía. Que torturaban a hombres, a mujeres. No podía entender. La crueldad con mujeres embarazadas, la violencia sexual.

Algo se quebró y yo no quería que mi mamá supiera. Quería protegerla, porque ella vivía con miedo. De que nos pasara algo, de que nos fueran a secuestrar. Mi padrastro trabajaba en la Vicaría. Lo amedrentaban, a veces se tenía que esconder. Una vez en un diario hablaban de “un extremista” que había aparecido muerto, un hombre al que mi mamá conocía, se llamaba Rubén. Y estaba muerto en un diario.

Pero después llegó la adolescencia y me puse rabiosa. Mi mamá tenía miedo de que me metiera en problemas serios, de que matara

a un paco o qué sé yo. Pero nunca he tenido ese tipo de fantasías. No lo podría hacer. Tenía rabia porque sentía que mi papá no había priorizado a la familia. Le preguntaba a mi mamá por qué no habían tomado precauciones, cómo no se habían dado cuenta. Fui una adolescente muy rebelde. Tenía mucha rabia.

Creo que el gobierno de la UP fue como una borrachera. La gente estaba tan esperanzada. Había una especie de obnubilación colectiva, una sensación de euforia, de omnipotencia. No sé, para poder juzgar tendría que haber vivido ese momento histórico. Pero una cosa es el gobierno de la UP y otra el Partido Comunista. El Partido Comunista sí que me cuesta.

A los doce o trece años leí en una revista *La Bicicleta* una entrevista a feministas polacas que criticaban el régimen. Mi mamá me retó y la mandé al diablo: me cargaban los comunistas. Mi familia era comunista. Mi papá hablaba fluidamente ruso. Estudió ingeniería en Moscú. Tengo una hermana allá a la que no conozco. A veces conversamos a través del traductor de Google, ¡de la tecnología capitalista! Me gustaría ir a conocerla. Ir a los museos del genocidio de Stalin. Eso me da rabia. ¡Lo encuentro terrible! ¡Por último haber tenido un papá trotskista!

Tuvo una hija allá, con una bailarina rusa. No la pudo conocer, se enteró de su nacimiento después de haber regresado a Chile. De ese tiempo en Moscú tenemos una cámara filmadora. Mi hermano tiene unas chapitas de Lenin. Tenemos hartas cosas de él. Fotos, muchas fotos, casi todas en blanco y negro. Hay un documental que hicieron unos rusos que vinieron a Chile durante la UP. Tenemos audios también, eso es precioso. Un audio que se rescató de un programa que hizo para la Radio Moscú. Hay un disco que grabó con la mamá de mi hermana rusa, que era bailarina y cantaba, cantaba en ruso.

Vi este documental y escuché estos audios vieja ya. La imagen y la voz le dieron realidad. Escucharlo cantar, cantaba precioso. Una especie de ángel. La guitarra. La voz es algo tan cercano. Hablaba

rápido, como yo, hablaba parecido a mi hermana. Pero más me estremecieron las cartas. Las leí tarde también. Una amiga de mi mamá las tenía guardadas. Me di cuenta de que tenía estados de ánimo parecidos a los míos. Cuando está en Chacabuco parecía más optimista que en una carta que le escribió a mi mamá el año 71. Ahí él le dice que está cansado de las peleas del partido. “Lo único que quiero es verte”, le dice. Fue como leerme a mí misma.

Estas cosas son bonitas, emocionantes, pero también son difíciles. Cada cierto tiempo hay momentos duros. Mi mamá pudo rehacer su vida y tenía buen humor, pero sí que quedó distinta. Creo que la mató la rabia, la impotencia tan grande. Cuando aparecieron las osamentas de Pisagua, mi mamá empezó a incubar esta cuestión del cáncer. Lo dejamos de buscar. Dejamos la militancia también. Gracias al Informe Rettig se pudo casar. Por lo de la muerte presunta. Le habían diagnosticado el cáncer y le dio miedo que mi hermano, el que tuvo con mi padrastro, quedara desprotegido. En ese tiempo no había ley de filiación. Se casó y se murió. De cáncer estomacal. Se murió muy joven, a mi edad. Yo era casi una niña entonces, tenía diecinueve años.

Luego salió el informe de la Mesa de Diálogo.⁴⁴ Decía que a mi papá lo habían tirado al mar. Mi hermana me llamó llorando cuando supo. Nos citaron a la sede del FASIC y nos fueron informando, familiar por familiar. Había colas. Pasábamos los familiares y nos iban diciendo que el Ejército había reconocido. Es difícil de explicar, pero de alguna esfera eso nos produjo tranquilidad. El Ejército reconocía que lo habían matado. Un alivio casi biológico. Gente de la familia de mi mamá nos llamaba para darnos el pésame. Gente que pensaría, no sé, que mi papá estaba en Cuba con otra mujer. Para pedir perdón. Fue muy raro. Pero también fue duro. Las mismas asistentes sociales que habían trabajado para la Vicaría ahora nos entregaban esta información parcializada: “Esto nos dijeron, pero no tenemos más”. Estaba la rabia por la gente que no aparecía en los informes. Nadie del MIR aparecía. Y después resultó que encontraron restos

de algunos que supuestamente habían tirado al mar en la Cuesta Barriga. Eso fue siniestro.

Con los años hemos ido sabiendo cosas. Pero cuánto tiempo estuvo detenido no sabemos. Un sobreviviente, un militante joven, dice que escuchó su nombre el 77. Nunca lo vio, sólo escuchó su nombre. Tampoco sabe dónde fue, porque siempre estuvo vendado. Simón Bolívar⁴⁵ pudo haber sido un destino final. Hay un testigo que dice que a mi papá lo fusilaron ahí, que lo mataron a tiros.

Pero es una incógnita. Lo único que sabemos con certeza es que nunca vamos a saber la verdad. No sabemos qué pasó ni si lo lanzaron al mar. Nunca voy a saber. Y no es mi meta en la vida encontrar una osamenta. No es algo que me quite el sueño. Tampoco creo que mi mamá haya querido saber la verdad. Quería justicia, pero la verdad le daba miedo. La ambivalencia siempre.

Tu papá asesinó a mi papá

Simón Sobarzo

Abogado

El sábado mi papá va conmigo a la fiesta de cumpleaños de un amigo, uno de los mejores amigos que tiene, yunta de la familia. En ese cumpleaños, el Toño Reinaldos, un fotógrafo de la AFI,⁴⁶ le dice que hay una gente del Frente que está muy complicada, que tienen un militante herido de bala a punto de morir y no hallan qué cresta hacer, dónde atenderlo.

Los frentistas estaban tan desesperados con el herido que prácticamente se tomaron una casa que había en Macul, cerca de Departamental. La casa era de un ayudista del Frente, Nabor Fuentes, un paramédico. Trataron de ubicarlo para ver si podía atender al herido, pero este Nabor andaba en Viña, creo. Así que entraron a la casa y montaron ahí una especie de clínica clandestina.

En ese momento, la Vicaría tiene una política de no atender a personas involucradas en acciones armadas. En cambio en el CODEPU⁴⁷ sí existía disposición. Así que el día lunes mi papá se reúne con el directorio del CODEPU y les plantea la situación.

—Hay un militante del Frente herido grave, tiene veintiún años. Tenemos que hacer algo por él.

—No te metai en huevás, Pato. No te quemís con esta cuestión. La CNI anda rondando, es muy peligroso. Además, ellos tienen ayuda. No son una organización menor: son el Partido Comunista de Chile. ¿Por qué te necesitan a ti?

Al día siguiente, mi papá se compra unos zapatos de gamuza y llega al CODEPU contento, feliz con sus zapatos nuevos. Como a las cuatro de la tarde parte a buscar ayuda médica para los frentistas. En este recorrido, se encuentra con Jacobo Riffo, un doctor que trabaja en el CODEPU. Él también lo trata de convencer de que desista. “¿En qué estai pensando, huevón?! Si ellos tienen médicos, el PC tiene médicos. ¿Te estai metiendo en un las patas de los caballos, huevón! Te van a matar”.

Ese día, Nabor, el paramédico, abre la puerta de su casa y se encuentra con que dentro está la escoba. Unos diez militantes del Frente parapetados, el herido en una camilla y unas enfermeras que habían conseguido por ahí tratando de detener la hemorragia.

—Tenís que ayudarnos, tenís que curarlo de alguna forma.

—¿Cómo se les ocurre? ¡Va a llegar la CNI! ¡Nos van a matar a todos!

—Cagaste, huevón. Tenís que curarlo.

El tipo, un poco por lealtad y otro poco a la fuerza, trata de curar al herido. Y ese mismo día, al caer la tarde, llega mi papá a esta casa. Ahí discuten qué hacer y deciden que si no encuentran un médico en un plazo de dos horas, buscarán asilo en una embajada. Mi papá y Enzo Muñoz parten a buscar ayuda en un Charade rojo. Van por Macul y al llegar a Vespucio se estacionan frente a unos edificios amarillos que hay. Enzo se queda en el asiento del conductor y mi papá cruza la calzada hacia una cabina telefónica. Alcanza a levantar el teléfono y en dos segundos se ve rodeado de agentes de la CNI.

A Enzo lo matan altiro. Es martes, son las once y media de la noche. La gente de los edificios mira, mucha gente mira. Cuando empiezan los disparos, apagan el televisor, se acercan a las ventanas y ven como a mi papá lo tiran al suelo. Lo golpean, le pegan patadas en la cara, grita desesperado, lo meten dentro de un vehículo, lo sacan, lo vuelven a golpear, lo suben otra vez y parten en dirección al Zanjón de la Aguada, donde hay unos sitios eriazos.

En la esquina de La Aguada con Missouri, lo bajan y lo acribillan, le dan más de treinta tiros en el cuerpo y lo dejan ahí botado. Un par de personas mira. Al rato, llegan ambulancias, llega la tv, llega Canal 13. Pablo Honorato presenta la versión oficial de los hechos: que mi papá había disparado, que Enzo había disparado, que los CNI se estaban defendiendo.

Veinte años después empezamos a saber la verdad de lo que había ocurrido esa noche. De un día para otro, un agente de la CNI se decidió a hablar. Lo habían echado de la institución y quiso hablar, más por venganza que por una cuestión moral. Fue a un Cuartel de Investigaciones y dijo: “¿Sabe qué? Tengo esta cuestión en la punta de la lengua hace veinte años”. Y contó todo. Hizo un mapa, dio los nombres de los agentes.

Pero la mayor parte de lo que sabemos hoy no es gracias a este CNI que abrió la boca. Si no fuera por los testigos que vieron el crimen, por esa gente que estaba en los edificios, hoy no tendríamos justicia. A ellos les estoy agradecido. Era gente que no tenía nada que ver con política, gente a la que simplemente le chocó ver cómo mataban a dos personas en la calle. En plena dictadura, se atrevieron a ir ante los fiscales militares y ser testigos.

Soy muy obsesivo, por eso nunca quise involucrarme mucho en la causa de mi papá, pero trabajé un tiempo en la Comisión Valech⁴⁸ y ahí me hice amigo de la Julieta Varas, hija de uno de los que cayó ese día en la clínica clandestina. Ella sí estaba muy involucrada,

investigó a los CNI antes de que los pillaran las autoridades, hizo har-
to por la causa. Y cuando el caso se reabrió, me mostró el expediente.

Ahí me quedó la escoba. Fue hace poco, tenía veintiséis años. Yo había visto fotos. Al día siguiente del asesinato *La Tercera* publi-
có en la portada imágenes de mi papá acribillado. Las conocía. Pero
ahora vi otras donde aparece desnudo con los sesos afuera. Quedé to-
talmente obsesionado. Ver esas fotos, leer el expediente, conocer los
detalles del crimen.

Gracias a este tipo que abrió la boca, sabía quiénes eran los au-
tores. Los procesados eran seis. Empecé a buscar en internet, a ave-
riguar qué hacían, dónde vivían, cómo eran. Algunos estaban activos
en el Ejército. Y el que dirigió todo el operativo fue Álvaro Corbalán.
Averigüé todo lo que pude sobre Corbalán.

Supe que tenía dos hijos. Me puse a buscar a los hijos y resultó
que tenían Facebook. Ni siquiera así como piola, no: Álvaro Corbalán,
hijo de Álvaro Corbalán poco menos, y sus amigos eran puros milicos
retirados. Tú cachai altiro. Más encima, Corbalán con b es un apelli-
do raro. Así que empecé a mirar qué hacía este Corbalán Jr., un cabro
chico, menor que yo.

No es que quisiera hacerle daño, sólo quería saber quién era. A
pesar de que le escribían en su muro todos los CNI, no parecía un mal
cabro. Me dije: “No, no es un mal cabro, los hijos no tienen la culpa
de que sus padres sean las bestias que son”. Y lo dejé hasta ahí. De re-
pente me metía a ver si decía algo del papá o para tratar de cachar
algo más de su la familia. A veces hablaba de “los terroristas” o del
“marxismo que quería contaminar Chile”, ese tipo de cosas. Pero yo
entendí que era su mundo, ¿qué otra cosa podía esperar?

Hasta que un verano, una tarde en la que hacía un calor como
el de hoy, iba yo caminando tranquilo por la calle Manquehue, cer-
ca del Apumanque, y de repente ahí está: Álvaro Corbalán Jr. Con es-
ta memoria fotográfica que tengo lo reconozco de inmediato y, sin

pensarlo, en una fracción de segundos, saqué personalidad no sé de dónde y le dije:

—Álvaro.

—¿Sí?

—Hola. Mira... A ver... No sé por dónde empezar... Te quiero decir, con mucho respeto, que tu papá asesinó a mi papá, dirigió el operativo donde lo asesinaron. Que en los años ochenta tu papá nos dejó sin padre a muchos niños.

—Sí —me dijo, y fue muy raro—, yo igual le he dado vuelta al asunto y me interesa que nosotros miremos pa adelante, que nos reconciliemos. Hace poco organizamos una misa con gente retirada de Carabineros que participó en los servicios de seguridad. Fue a la misa la hija de un detenido desaparecido. Para mí es muy importante el perdón.

Y bla, bla, bla, bla, bla.

—¿Sabís qué? Vamos a conversar. Sentémonos un rato.

Y, ahí, en unas bancas afuera del Apumanque, estuvimos como una hora o dos conversando. Me contó su vida, una vida de mierda. Lo había pasado como las huevas, el papá maltrataba a la mamá, su discurso estaba lleno de resentimiento. Aunque al mismo tiempo decía que lo quería y pensaba que lo que había hecho su papá en la CNI era prácticamente heroico.

—Te pongo un caso. ¿Qué haces tú si hay un edificio gigante, con mucha gente trabajando, y van a poner una bomba? Para tener información tienes que torturar, la única forma de salvarle la vida a esas miles de personas es torturando. Mi papá me enseñó eso.

Le conté que mi papá era profesor de Historia y que trabajaba en una organización de derechos humanos. Le conté que a los dieciocho años lo habían llevado a un centro de tortura y había estado años preso sin haber cometido ni un delito. Le conté que a pesar de eso era una persona alegre, que escribía poesía, que estaba muy enamorado de mi madre. Traté de explicarle, pero no eran cosas que

podiera comprender. Un tipo bastante limitado intelectualmente, por así decir.

Además la conversación lo puso muy nervioso. Yo no fui violento, pero le hablé con dureza. Una dureza hasta medio cariñosa, diría yo. Traté de ponerme en sus zapatos. No porque buscara una especie de reconciliación, para mí no hay reconciliación posible, pero en mi cabeza intento separar la paja del trigo. ¿Qué culpa tienen estos cabros? Sólo quería saber de su vida y que supiera de primera mano lo que había hecho su padre.

—Mira, si al final tu papá no era más que un goma, estaba protegiendo los intereses de los dueños de este país, de las clases dominantes. Era un capataz de la gente poderosa. Que eso sea heroico, yo no sé.

Ahí le dio un poco de vergüenza.

—Es más, te lo digo en tu cara: tu papá es una bestia. Una bestia, un carnicero, un criminal y un cobarde.

Después le di mi correo electrónico por si tenía alguna reflexión que hacerme sobre lo que habíamos hablado. Obviamente no volví a saber de él.

La costura en la cara de mi madre

Yorka Salinas

Secretaria

Yo habría sido feliz. Estaba enamorada. Lo único que quería era pasarlo bien, ir a fiestas, conocer gente. Ese mismo año me había casado, un poco antes. Tenía dieciséis años, pero eso en mi casa no fue un problema. Si no quería estudiar, que no estudiara; si me quería casar, que me casara: a mi mamá todo le parecía bien. Era una mujer muy tranquila, muy dulce. Mi abuela la retaba por no enseñarme a hacer las cosas de la casa. Eso era lo normal antiguamente, que a las mujeres se nos enseñara a hacer las cosas de la casa. Pero mi mamá decía que no, que mejor las hacía ella, que yo todavía era chica, que para qué. Así con todos, amorosa, liviana. Prácticamente no salía a no ser qué mi papá llegara a buscarla. Entonces se arreglaba y partía con él.

A mi papá le gustaban las payas, las cuecas. Era folclorista, vivía de eso. Y a ella le gustaba la música española, cantar canciones revolucionarias. Cantaba muy bonito. No sé cómo aguantó a mi papá tanto tiempo. Más de veinte años estuvieron casados. Él era mujeriego, bueno pal trago. En mi casa siempre había mambo, siempre había

fiesta. Ella compartía cuando llegaban amigos, pero sobre todo estaba preocupada de nosotros. Nunca trabajó de manera remunerada. Por eso tiene que haberlo aguantado, en esos años había que aguantar nomás. Si no, imagínate, con cinco hijos.

Cuando éramos chicos vivíamos como gitanos, moviéndonos de aquí para allá. Mi papá arrendaba un año, dos años, y de ahí nos cambiábamos. Vivimos en San Miguel, en San Bernardo, en el Centro, en Pudahuel, en Lo Prado, en Maipú: una lista interminable. Me acostumbré a vivir así, de barrio en barrio. Nuevo colegio, nuevos vecinos, gente nueva. Quizá por eso con mi hermano mayor, Isidro, andábamos juntos para todos lados.

Y entonces todo cambió.

Mis papás ya estaban separados y yo vivía con mi mamá en La Cisterna. Vivíamos con mi hermano Isidro y mi hermana Benita, mi tía María Paz y mi tío Jorge, todos en la misma casa. Pero ese día me estaba quedando donde mi papá, acá en Independencia, así que sólo te puedo contar lo que pasó conmigo.

Empezó a sonar el teléfono en la mañana temprano. Era un amigo de mi papá que llamaba para hacerme preguntas. Que dónde vivía mi mamá, cosas así. Obviamente yo no le podía decir dónde vivía. Si creces en una familia de izquierda, del Frente, te enseñan que hay cosas de las que no se habla, que no se le cuentan a nadie. Le pregunté que por qué quería saber y me dijo que por nada.

Más tarde llamó otro amigo y este otro amigo me dijo que pusiera la radio. Puse la Cooperativa, la única que daba noticias verídicas. Ahí fue que escuché que había habido un enfrentamiento en La Cisterna, en la calle Mamiña; que mi mamá, mi tía y mi hermano se habían suicidado.

Miento, no fue así.

Escuché las noticias, pero en las noticias no daban mayor información, sólo decían que algo había pasado en la calle Mamiña. Yo pensé que los habían tomado detenidos. Cuando llegó mi tío René a

la casa y me contó lo que pasaba, no puedo negar que sentí alivio, a pesar de la tristeza. Alivio porque no los estuvieran torturando.

Mi papá no estaba en la casa en ese momento. Yo estaba con mi hermano menor, Víctor, que tenía diez años. ¿Cómo contarle lo que había pasado? Mantenerme fuerte, eso era lo que me habían enseñado. Entonces le conté y luego viajamos a Maipú a contarle a mi hermana, que ya estaba casada.

No recuerdo haber visto a nadie de mi familia reaccionar con escándalo. Todo era demasiado incomprensible. A pesar de haber perdido tres hijos, mi abuela estaba firme. Mi tío había muerto unos años antes, en una acción del Frente, en Buin: estaba poniendo una bomba en una torre de alta tensión y la bomba explotó. Yo me acuerdo. Escuché a mi mamá gritar, fui a verla y la encontré tirada en el suelo, acababa de escuchar la noticia. Pero mi abuela no se dejó derrumbar, ni siquiera ahora que morían sus hijas. Siempre en pie, un roble. Y ese mismo día, detuvieron a mi otro tío por el robo de un auto para una operación.

Como una semana después de los asesinatos, pudimos ir a reconocer los cuerpos. Los vi a los tres, a mi mamá, a mi tía y a mi hermano. Ya les habían hecho las autopsias. Tengo la imagen de la costura en la cara de mi madre, eso y el orificio del disparo. Fue duro, pero prefiero haberlos visto. A mi tío Pedro lo entregaron en un cajón cerrado y a mi abuela siempre le quedó la duda: ¿sería o no sería mi hijo? Yo, en cambio, quedé con la certeza. Aunque hasta el día de hoy no sabemos qué pasó dentro de la casa. Los vecinos no escucharon nada, no vieron nada. O no quisieron meterse.

Al principio leía toda la prensa, escuchaba todo lo que se decía, imaginaba cosas, un montón de cosas. En algunos lados dijeron que mi tía había matado a mi mamá y a mi hermano, y luego se había suicidado. En otros, que mi mamá había matado a mi hermano. ¿Cómo pueden siquiera pensar que eso es posible?! Dijeron también que podía haber sido un enfrentamiento. No creo que hayan sabido disparar.

Qué es lo que pasó no lo sabemos, pero sí sabemos quiénes fueron. Quiénes estaban a cargo de la operación, quiénes entraron a la casa. Tenemos los nombres. Pienso que llegaron temprano, que los interrogaron. No vi ningún signo de que los hayan torturado, pero no me cabe duda de que fue así y eso me ha perseguido durante mucho tiempo: imaginar cómo mi mamá tiene que haber querido proteger a su hijo. Mi hermano era un dulce total, tenía dieciocho años cuando murió.

Desde el año 86 estamos buscando una verdad. Los tiempos se alargan tanto. Hace cuatro años que los cuerpos están en el Servicio Médico Legal, les están haciendo peritajes. Cuando mis hermanos me preguntan qué pasa, yo tengo que decirles que nada, que no pasa nada todavía, que hay que seguir esperando. Hasta que algún día se terminen los peritajes y nos digan que ellos no se suicidaron, que ellos fueron asesinados por los pacos.

¿Recuperar la democracia para qué?

Eduardo Ziede

Jefe de operaciones

La mayoría de mis grandes amigos también son hijos. Nos conocemos hace más de treinta años, desde los catorce. Formamos una agrupación de hijos, Los Huerfanitos, y nos hicimos como hermanos, hasta el día de hoy. Algunos eran compañeros míos en el Lord Cochrane, un colegio particular subvencionado donde recibían a niños expulsados por razones políticas, le decían el Latino de los pobres. Y a otros los conocí en movimientos de derechos humanos.

Hacíamos intervenciones político culturales, artísticas, nos encadenábamos a los tribunales. Participábamos en las funas también. Íbamos a las casas de los tipos, a informarle a la gente alrededor que su vecino era un criminal, un asesino. Pegábamos carteles.

Me acuerdo de una vez. Una de las mujeres, una torturadora de la DINA, salió a enfrentar a la gente, que se fueran. La tipa no paraba de gritar. Como yo no le podía pegar, le dije a mi pareja: “¿Por qué no le pegai un charchazo? ¡Anda! ¡Pégale!” Después le tiramos cola fría y

le pusimos uno de los panfletos que andábamos pegando en la cabeza. Ella se suicidó a las dos semanas, se colgó. Justicia divina.

Otra vez, supimos que iban a declarar Basclay Zapata, Krassnoff, Moren Brito⁴⁹ y alguien más. Nos juntamos un lote frente a la Penitenciaría y los esperamos. Cuando llegaron nos tiramos encima. Yo, directo a Krassnoff. Me da asco ese huevón. Mientras en el día violaba mujeres indefensas, por la noche comía con sus hijos en la mesa, le hacía el amor a su mujer. No era un loquito como el Guatón Romo,⁵⁰ era un tipo ideologizado, quería aniquilar al enemigo, destruirlo. Me costó, esquivaba los combos, pero le pegué.

Les pegamos a los cuatro, los teníamos arrinconados, y nosotros no éramos muchos, éramos como cinco o seis. Hasta que llegaron los pacos y, cuando fueron a tirarse encima de nosotros, la gente se puso a gritar: “¿Por qué les están pegando a ellos? ¡Péguenles a esos otros, conchesumadres asesinos!” Y los pacos no hallaban a quién pegarle. Al final no le pegaron a nadie, agarraron a estos tipos y los metieron dentro de un furgón. Pero Krassnoff ya iba con un tajo, sangrando. Y yo, feliz. Aunque, para ser sincero, tampoco me sentía liberado. Habría querido seguir pegando.

Otra vez le pegué a Basclay Zapata. Él fue allanar la casa de mi mamá cuando yo tenía tres años y me puso la pistola en la cabeza. Qué bonito el niño, decía. Mi mamá, muy buena fisonomista, lo reconoció cuando se empezó a liberar la información, y yo la acompañé a comparecer con él al tribunal. Estaba afuera fumándome un cigarro cuando salió mi mamá de declarar. Le pregunté cómo era el tipo, imaginando, no sé por qué, que estaba detenido, que de gendarmería lo habían llevado. Mi mamá mira. “Ese es”, me dice. Iba saliendo. Entonces yo no me aguanté, lo encaré y le pegué, lo tiré al suelo y le pegué. Trataba de defenderse, pero no hubo caso, trataba de levantarse y no podía, a patadas en el poto lo llevé hasta la puerta del tribunal. “Te voy a ir a denunciar”, gritaba. “A mucha honra me iría preso por pegarte a voh, huevón”. Y es que se lo merecen, ese lote sobre todo se lo merece. Se

han reído toda la vida de nosotros. Se ríen en las cámaras, se ríen cuando justifican lo que hicieron, que ellos son los salvadores de la patria. Hay otros que se han pasado la vida arrepentidos, pero estos no, estos alardean de sus crímenes cada vez que pueden.

Yo no sé dónde está mi padre, no sé quién lo mató, ni cuándo lo mataron. No tengo ningún lugar para ir a dejarle una flor. Y los militares saben dónde hay desaparecidos enterrados, saben a quiénes tiraron al mar. No ha habido siquiera un mea culpa.

Me duele pensar en la angustia que sentiría mi padre si pudiera ver en lo que terminó toda esta mierda. Cuando dicen que no murieron en vano, a mí no me queda tan claro. Eso me da pena, que hayan perdido su vida tan jóvenes por algo que no fue, que nunca pasó. No sólo en Chile, sino en el mundo. Ganaron, esa es la verdad. Quizá faltó solidez a la propuesta o los poderes fueron más fuertes, no sé, yo no soy quién para analizar la situación política, pero me jode, me es doloroso. ¡Tan cabro que perdió la vida por algo que nunca pasó!

Porque, al menos mi papá, no estaba luchando para recuperar la democracia, estaba luchando para hacer una revolución, para construir el socialismo, para tomarse el poder en definitiva. Cuando te dicen: “Tanto que nos costó, tantos que dieron la vida por la democracia y ustedes no van a votar”. ¡Mentira! Tal vez hubo gente que luchó por eso, pero aquí la gente que sintió el golpe de manera más cruel, la gente que fue reprimida y ejecutada, no estaba luchando para recuperar la democracia, estaba luchando para derrocar un sistema. Un sistema económico, político y social que impera todavía.

¿Recuperar la democracia para qué? ¿Para lo mismo? Nunca creí en la democracia, nunca me inscribí, nunca he votado. Hasta el día de hoy no creo. Y es que me da rabia ver lo que han hecho. Aquí hubo violación a los derechos humanos, hubo terrorismo de Estado, no habría que haber aceptado que Pinochet siguiera siendo comandante en jefe, miembro del senado, no habría que haber ido a buscar a Pinochet a Inglaterra. ¡Todos esos esfuerzos para traer a Pinochet,

para que el huevón llegara y se levantara saludando como reina de belleza, riéndose de todo el mundo! El mismo que dijo: “¡Pero qué economía más grande!”, cuando encontraron a dos ejecutados en un mismo ataúd. En todas sus entrevistas hería a los familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos. Siempre. Nunca hubo reconocimiento ni remordimiento, ni un perdón, ni una disculpa. Entonces que la Concertación⁵¹ lo haya aceptado, que haya negociado, que haya pactado a su beneficio, me parece una falta de respeto. Para mí son traidores, me dan rabia. Siempre supe que para allá iban, por eso no es que esté decepcionado, pero me duele ver que se aprovecharon del dolor. No han hecho nada, nada.

La trinchera de la música

Lincoyán Berríos

Músico y profesor

Me acuerdo de los aviones, de los bandos. Estaba nublado ese día. Con mi mamá y mis tías nos pusimos a quemar libros, colecciones enteras de Marx, de Lenin. Escondimos las insignias que mi papá había traído de sus viajes. Estuvimos varios días quemando cosas. Y mi papá no volvió, durante un tiempo no volvió. A veces se contactaba con nosotros, pero no sabíamos dónde estaba. Después de unos meses apareció, pero no se quedó con nosotros de manera estable. Iba y venía. Hasta que allanaron la casa y decidió descolgarse del partido. Es que fue muy violento, se tiene que haber asustado.

Yo estaba con mi hermana y una tía cuando entraron unos cuarenta milicos. Llegaron en camionetas, pusieron autos en las esquinas. Y dejaron la cagada, rompieron todo lo que se podía romper. Teníamos plantados choclos atrás, no quedó nada. Hicieron hoyos en el piso. A mí me pegaron con la parte de atrás de un arma. Salí corriendo y me escapé por un hueco que había en la reja, llegué a la casa de un amigo que quedaba como seis cuadras y ahí me quedé. Debo

haber tenido siete años. Entendía poco, pero sabía que estaban buscando a mi papá y me daba miedo que lo encontrarán, sabía que si lo encontraban lo iban a matar. Todos sabíamos.

Después de eso, mi papá dejó el partido y empezó a trabajar en una empresa de transporte de unos amigos suyos, haciendo la contabilidad. Y les fue bien. Pagó la casa, le compró un auto a mi mamá, compró una casa en la playa, cerca de El Tabo. No estaba militando, trabajaba todo el tiempo, pero no es que se hubiera desentendido. Tenía la bala pasada.

Después del segundo descabezamiento del PC, lo llamaron para que se integrara al nuevo Comité Central en la clandestinidad. Él me contó. Nos fuimos a la playa un fin de semana y me dijo que iba a volver a trabajar en el partido y que le podían pasar cosas malas, que lo podían matar, que él esperaba que no pasara nada, pero que teníamos que estar preparados. Sentado en un sillón de mimbre, me contó todo esto y me dijo: “Aunque te aprieten las bolas, tu no tenís que decir nada”. Yo tenía diez años. Me dijo lo que estaba sintiendo nomás, no creo que haya dimensionado el impacto.

Esa fue una de las últimas conversaciones que tuvimos. Un par de meses después lo detuvieron junto a todo el Comité Central. No llegaba, no llegaba, no llegaba, y a mí nadie me decía nada, ninguna explicación. Me mentían, me dijeron que andaba en otro lado. Ahí empezó la incertidumbre, la tristeza. Veía a mi hermana desesperada; cuando entraba a una pieza, todos se quedaban callados. Un par de semanas después, empecé a entender yo solo, acordándome de lo que él me había dicho.

Al principio todo era dolor, todo era llanto. Mi mamá, mis hermanas... Había una sensación de despojo, de miedo también, porque estos huevones llegaban cuando querían. En ese tiempo era la DINA. Como mi mamá puso un recurso de amparo, iban a la casa a preguntar cosas, para buscarlo, decían. Así de cínicos los huevones. Mi mamá, que es una mujer muy valiente, los enfrentaba. Muy dama, pero

siempre enfrentándolos: “Qué me vienen a pedir a mí información si son ustedes los que tienen a mi marido, ustedes los que tienen que dar información”.

Unos meses después salió en el diario una noticia que decía que todas estas personas supuestamente desaparecidas habían pasado caminando el paso Los Libertadores, se habían ido nomás. Ahí empezamos a reaccionar, a buscar a otros familiares, porque solos no podíamos hacer nada. Encontramos redes de apoyo a través de la Vicaría de la Solidaridad.

Mi mamá se hizo amiga de todas estas viejas de la Agrupación, participaba. Pero tampoco podía dedicarle tanto tiempo. Ella siempre había trabajado, era secretaria, pero después de que mi papá desapareció, tuvo que trabajar mucho más. Nos sacó adelante a puro ñeque, yo la admiro. Aunque también tuvimos problemas.

Unos años después de la desaparición, ella volvió a emparejarse. Se enamoró del hermano de mi papá. Todavía está con él, llevan más de treinta años juntos. A mí nunca me importó lo que dijera la gente, pero internamente se resintió la familia. No me gustaba mi tío y a él tampoco le gustaba la relación que mi mamá tenía conmigo. Yo era el regalón, entonces chocábamos. Chocamos durante mucho tiempo. A estas alturas es como el papá, pero al principio fue complicado. Fue un proceso. Cuando me puse adolescente, empecé a tener otros intereses, otras preocupaciones. Más o menos el 81, empecé a militar. Tenía quince años. Decía voy y vuelvo y nadie sabía dónde estaba. Con mis amigos rayábamos murallas, hacíamos barricadas, leíamos *El Capital*, esas cosas: nos creíamos comunistas.

El otro día me escribió un amigo de esa época por Facebook. Me preguntó si me acordaba del primer rayado que hicimos. No me acordaba. Este loco es un poco más grande que yo, tenía todo en la memoria. Me empezó a contar los detalles y pude recordar. Ese primer rayado lo hicimos en la Villa Macul, en la bomba de los bomberos, en una muralla blanca, grande. Estábamos cagados de miedo.

Eso hacíamos: íbamos a las marchas, a las protestas. Y, mientras tanto, en la casa estaba la cagada.

Mi hermana era dirigente de la Jota, tenía un cargo importante. Una vez le tocó salir del país y, cuando volvió, la detuvieron. Justo coincidió con la muerte del general Carol Urzúa y la acusaron de participar en el asesinato. La fueron a buscar a la casa. Vivíamos todos juntos, un gentío que había. Entraron a buscarla, no se identificaron, entraron nomás, y me pusieron una pistola en la cabeza: “¿Dónde está tu hermana?!”

Cuando se iban, me vestí rápido, salí y tomé la patente de los huevones. Escribí la patente, se la pasé a mi mamá, y ella se fue a la radio Cooperativa. Esa patente la investigaron y correspondía a los tiras, la PDI que se llama ahora. Así que partimos a buscarla. Apareció en General Mackenna, donde los ratis tenían una oficina grande. Estuvo como tres días ahí. No sé si le pegaron tanto, pero salió choqueada. La intimidaron.

Y después, cuando estaba terminando cuarto medio, me metieron preso a mí. Me agarró la CNI. Ahí me cachó mi mamá. Fue en la primera marcha del hambre que se hizo en el paseo Ahumada. Tuve suerte. Por pendejo nomás. Me pasaron a una oficina, me pegaron un par charchazos, sus patadas en el potó, y me advirtieron que no me metiera en huevadas, que para la próxima no me iba a ir tan bien. Y no me fue tan bien la segunda vez.

Había entrado a estudiar Música en el Pedagógico y estaba alucinado. Me metí a cuanta cosa había. Con todas las ganas de aprender y de pelear contra la dictadura, contra Pinochet. No sé si alguna vez llegué a odiar, yo creo que no, pero estaba muy resentido, tenía mucha rebeldía. Si no me hubiera pasado lo que me pasó, habría terminado en el Frente.

Y lo que pasó es que entraron los pacos. La verdad es que entraron porque nosotros fuimos medio malulos. En el Pedagógico había guardias y nosotros los acorralamos, los encerramos en una caseta, y

le prendimos fuego a la caseta con los huevones adentro. Por suerte no pasó nada. Entraron unos sesenta pacos y nos sacaron la cresta, nos patearon en el suelo. Estuve cuatro días en cana con TEC cerrado, la espalda hecha bolsa.

Fue dura la paliza, a uno le duelen las palizas, pero lo que me desmotivó no fue eso, fue la reacción de la gente, de los compañeros. Yo era militante de base, existía un comité local con encargados de diferentes áreas, y en el Pedagógico había un gallo que atendía a los militantes. Entonces cuando volví al Pedagógico después de que me pegaron, este tipo me dice: “Compadre, tú a mí no me conocís, no tenís nada que decir, porque si me agarran a mí...” Ahí cambió mi visión. Vi el individualismo. O sea, estaba haciendo todo tipo de estu-pideces porque un huevón me lo decía y este huevón, a la hora de los quiubos, en vez de decirme por último: “¿Cómo estai? Supe lo que te pasó”, me dice: “Oye, compadrito, si te preguntan por mí tú no me conocí porque yo soy importante”. Me produjo una decepción tan profunda, más dolorosa que los golpes. Y nunca más milité.

Pero sí participé desde otra trinchera, desde la música. Pertenecía a un grupo que trabajaba con la Jota, Callejón. Yo tocaba flauta travesa, otro tocaba contrabajo, había voces masculinas. Un grupo tipo Quilapayún, Inti-Illimani. Componíamos y otros compositores nos pasaban música también. Hicimos giras por todos lados y de alguna manera representábamos a la Jota. Pero militar, nunca más. Hace mucho, mucho tiempo.

Si mi papá estuviera vivo todavía, su decepción sería tan grande. Estos viejos alcanzaron a vivir un triunfo, el de la UP, cuando los ideales eran fuertes todavía. Sólo me remito a los hechos, si lo hicieron bien o mal, no sé. No soy defensor de nada. Después les sacaron la cresta y hasta ahí nomás llegó la ilusión. Mi papá luchó, y dio la vida, por algo en lo que creía fervientemente, por una sociedad más justa, con más equidad, más oportunidades. Ese era su discurso. No hablaba de la revolución ni de la historia del proletariado. Era más

humanitario que marxista. Yo creo que si él viera lo que existe hoy, se taparía la cara con las manos.

Cuando era chico, me acuerdo, íbamos a las marchas con los amigos de mi papá. Los viejos eran obreros, humildes, no hablaban bien, pero se instruían, andaban con su diario y con su libro, estaban bien informados de la cuestión sindical, conocían sus derechos. Hoy todo es televisión y celular; pura mierda, pura droga.

Vivo en Lo Hermida. Durante la dictadura era una población emblemática, una de las más luchadoras; partió de una toma. Y lo que ahora se ve da vergüenza: todos cagados por la pasta. En la plaza que está aquí atrás, los huevones vendiendo coca, pasta, con familias destruidas, todos cagados. Esa es la mayor decepción: la que nos tocó a nosotros, a los que estuvimos dándole, dándole, dándole, durante la dictadura. Nos pegaron, nos mataron compañeros, nos hicieron cagar y, después, cuando ganamos, nos encontramos con esta mierda, con este circo, con estos gallos que traicionaron a su pueblo. Cuando existía pueblo, porque ahora ni siquiera existe. No hay pueblo. Y no hay justicia. La deuda es demasiado grande.

No puede ser que el 2011 se haya determinado judicialmente la identidad de quienes mataron a mi padre y aún no haya detenidos. Más de cuarenta personas participaron. Sabemos quiénes fueron, cómo lo torturaron, dónde murió, quiénes lo asesinaron. Todo. Lo supimos a partir de los huesos que encontraron. El 2001, comandados por el juez Carreño tras información de la Mesa de Diálogo, se encontraron osamentas en la Cuesta Barriga.

Fue quizá lo más chocante que me ha tocado vivir. Todas las sensaciones dormidas se despertaron. Tenía más de treinta años y supuestamente había superado el trauma, pero la Cuesta Barriga movió lo que estaba quieto y la herida se abrió de nuevo, a tajo abierto esta vez.

Nos trasladamos un montón de familiares. Mucho calor, pleno verano. Estuvimos todo el día ahí, con la esperanza de que apareciera

algo. Cuando ya estaba cayendo la noche, se acerca a las mujeres un viejito con unos lentes grandes. Viene comandando al grupo de los paleros. Se saca los lentes, se seca las lágrimas. “No encontramos nada, pero vamos a seguir buscando. Mientras ustedes digan, vamos a seguir buscando”. Una puñalada en el pecho.

Estuvieron varios días y sólo encontraron pequeños fragmentos de hueso, algunos de animales y otros de seres humanos. Después supimos que, cuando hicieron la Operación Televisores, agarraron todos los restos que había en las fosas comunes y los fueron a tirar al mar. Por eso se encontró tan poco. Entre los familiares que recibimos restos, aunque hayan sido unos huesitos, existe algo así como un remordimiento. Es injusto por toda esa gente que no encontró nada, que no sabe nada. Imagínate la decepción: los milicos entregando detalles que no eran ciertos, nombres, lugares, coordenadas precisas. Que hayan jugado con eso, que hayan mentido así, descaradamente, en esa farsa que fue la Mesa de Diálogo.

Los pocos huesitos que encontraron, se fueron al Servicio Médico Legal, y después a Suiza, España, Estados Unidos. Finalmente nos comunicaron. Había tres personas identificadas: don Horacio Cepeda, don Fernando Ortiz y mi papá. Nos llamaron. Nos entregaron huesos pulverizados, polvo dentro de un sobre. Eso fue lo que recibimos de mi papá. Y junto con el polvo de huesos, un informe. Absolutamente todo se supo. Murió de un balazo en el cráneo. Brutalmente torturado. Porque apareció en otros testimonios, supimos también que lo asesinaron en Simón Bolívar.

Me acuerdo bien de la escena. Primero en el Servicio Médico Legal, en la Avenida La Paz, mi mamá, mi hermana y yo. Nos dejaron un rato con el ataúd y echamos el sobre. Pusimos en el ataúd algunas cosas. Fotos, una botella de vino, discos, cartas, dibujos de los nietos. Todo adentro con esos polvos que no llegaban a ser huesos. Fue un momento poderoso. Después lo enterramos en el memorial. A los tres juntos, decidimos. Fue un acto político cultural, fueron los chiquillos

del Inti-Illimani, del Quilapayún, fue mucha, mucha gente. Mi mamá y mi hermana estaban fuertes, yo no podía parar de llorar.

Te voy a decir algo. A nosotros nos metieron el dedo en la boca. Nos dijeron democracia y nos metieron a participar en un sistema horroroso. Pero las consecuencias no fueron sólo para nuestra generación. Mis hijos ya estaban cuando pasó lo de Cuesta Barriga, me veían con pena. Ellos son herederos de esta historia, de esta herida. No sé si a estas alturas es dolor, a mí cada vez me duele menos, pero sí hay una herida que no cierra, algo inconcluso.

También heredaron la conciencia. En la familia la hemos sostenido. No tiene que ver con un partido, con una ideología ni con nada. Es la conciencia. Cuestionar lo que ves, observar, tener una posición crítica, no perder la visión. Esa es la herencia del abuelo. Se dan cuenta de lo que pasa a su lado, trabajan atentos a lo que no está bien, sabiendo que no pueden sentarse a esperar que las cosas pasen, que algo tienen que hacer, cada uno a su manera, que deben hacerse cargo, ser generosos, que el resultado de esa ecuación de vida es el amor. Si hay alguna, esa es la enseñanza de estos hechos. Si hay una consecuencia para la familia de Lincoyán Berríos Cataldo, es que nos reconstruimos en el amor. Fuimos capaces de visualizar y de entender el sentido más profundo del sacrificio. No nos trabamos en la circunstancia, sino que fuimos capaces, entre todos, de reconstruirnos en el amor. Y eso se sigue heredando a los nietos, a los bisnietos, a todo el mundo.

Esta maldad encerrada dentro mío

Valentina Rodríguez
Periodista científica

Nadie le ha preguntado a mi abuela por qué los entregó. Son cosas que no se hablan. Hay un quiebre tan profundo en una persona enfrentada a una situación así que qué vas a decir. Mi mamá le había dicho que para ella lo más importante era yo, que tenía que protegerme. Por eso, ¿por qué más? Llegaron a buscarlos al edificio donde se escondían, agarraron a mis padres y a mí me devolvieron a mis abuelos. Mi abuela alcanzó a pasarle un abrigo a mi mamá y esa fue la última vez que la vio.

Hay un momento, no sé cuándo, en el que les empiezo a decir a mis abuelos mamá y papá, y esto es aceptado familiarmente de una manera muy natural. Yo sabía que la abuela no era mi mamá, sabía que el tata no era mi papá, pero quería que lo fueran. Y en algún momento les empiezo a preguntar qué pasa si aparecen la Chechi y Carlos, ¿me voy a tener que ir con ellos?

No quería otros papás, quería a estos que tenía conmigo. Estos otros papás que existían en algún lado me generaban angustia, me

generaban incertidumbre. ¿Por qué? Porque nadie era capaz de decirme “se murieron”. Si me lo hubieran dicho, ahí tal vez, a lo mejor, habría podido hablar de ellos con más tranquilidad, habría podido preguntarme cómo eran, cómo habrían sido. Pero hasta ese momento no quería conocerlos, pensaba que, si empezaba a hablar de ellos, capaz que aparecieran, me daba angustia. A veces mi abuela me decía Chechi por error, a veces me hablaba de ella. Pero yo nunca respondí, sólo escuchaba.

Al principio me dijeron que se los habían llevado unas personas que pensaban diferente, después que eran militares que pensaban diferente, después que eran militares a los que no les gustaba la manera en que ellos pensaban. Pero que los habían matado no me lo dijeron nunca. ¿Cómo podrían habérmelo dicho, si no lo sabían? No sabían si iban a volver. Son detenidos desaparecidos, no personas que murieron. ¿Cuándo sé que están muertos? Nunca, ese es el problema. No hay un día, no hay un momento, no existe. Y con el tiempo ya no te lo preguntas.

Yo estaba convencida, porque era chica y no tenía recuerdos, de que esto me había pasado por el lado sin tocarme. Era una cosa terrible que había afectado a todo el resto de la gente, menos a mí. Para mí no era tema. Tanto era el mecanismo de defensa. Si me preguntaban yo decía: “Sí, soy hija de un detenido desaparecido, pero esto les pasó a mis papás, a mis abuelos, no a mí. Yo tenía un año diez meses, no tengo ningún recuerdo”.

Y la mayor parte del tiempo nadie me preguntaba nada. Me eduqué en un ambiente muy protegido. Fui a un colegio chiquitito, de barrio, que les recomendaron a mis tatas los vecinos porque la directora era de izquierda. Nunca estuve obligada a cantar la canción nacional ni ninguna de estas cosas que se hacían en esa época. Todos mis amigos sabían, los papás de mis amigos sabían, yo no tenía que explicar. Y vivía en la negación absoluta.

Los recuerdos, el dolor, todo se encapsula. Era completamente contenida. Me acuerdo de mí misma como una niña alegre, risueña, pero al mismo tiempo de una autoexigencia espantosa. Sentía que me tenía que ganar día a día el cariño de los que me rodeaban y de los tatas sobre todo. Era la mejor alumna, en todo era perfecta, no podía fallar. No tenía ninguna tolerancia a dejarme llevar, no podía perder el control.

Pero como es imposible que los conflictos no se manifiesten de algún modo, mis rabias, mis miedos, afloraban de manera explosiva en unos ataques en los que me transformaba en un verdadero demonio. No lo podía evitar. Gritaba, ofendía. Y después venía la angustia, el terror. Sobre todo si el arrebato era con alguno de mis abuelos. Tenía mucho miedo a que me dejaran de querer. Esa era mi angustia.

Para mí no existía el amor incondicional, recién lo estoy aprendiendo. En ese minuto, el vínculo seguro, la idea de que puedes dejar cualquier cagada y las personas que te quieren seguirán estando, no existía. Creo que es importante que entiendas esto, porque explica también por qué yo no quería saber nada de mis padres. Después del quiebre de este vínculo de amor de la noche a la mañana, me aferré a mis abuelos y me aterraba la posibilidad de un nuevo cambio. Ahí se empezó a instalar en mí este deseo horrible de que no aparecieran.

Todo el mundo a mi alrededor se desvive por encontrarlos y yo al lado, calladita, disimulando lo mejor que puedo, rogando que no aparezcan, porque, si no, ¿qué va a ser de mí? Y luego la culpa, la vergüenza. Cuando una es niña no sabe, te sientes mal, pero no entiendes por qué, es todo muy difícil de comprender. Ahora que soy adulta, después de trece años de terapia lo puedo verbalizar.

Por eso puedo estar hablando contigo ahora, si me hubieras llamado hace unos años, te habría dicho que no tenía nada que decir. “A mis papás no los conozco”, te habría dicho. Me habría muerto de angustia que me pillaras. “¿Y tú que has hecho por ellos?” No he hecho nada, absolutamente nada, ni siquiera preguntar. Esa es la maldad

que me avergüenza. Y después de albergar esta sensación durante tanto tiempo, ¿cómo podría haber ido a preguntarle a la gente cómo eran o a pedir justicia? ¿Con qué cara? No tenía derecho.

Otra de mis angustias feroces era que mis abuelos se murieran. Estaba convencida de que si eso pasaba mi vida no iba a continuar, de que me iba a morir con ellos. De verdad lo creía. Les hacía prometer que no se iban a morir nunca.

Mi abuela todavía vive, vive con nosotros de hecho. Mi abuelo murió hace cinco años. Estaba en otro mundo ya. Algo sintomático, simbólico: un hombre tan brillante que termina totalmente perdido. Y ya ves, sobreviví. Me costó, pero sobreviví. No sabía si eso era posible.

Tenía la necesidad de demostrarme a mí misma que podía vivir sin ellos. Por eso, después de titularme, me fui a estudiar afuera. Más que nada para ver si la vida tenía algún sentido estando lejos. Me fui a Barcelona a estudiar un magíster en Comunicación científica. Ahí, por primera vez, sentí que podía ser quien yo quisiera, podía dejarme fluir, podía emborracharme. Una serie de cosas que nunca me había permitido. Mi mejor amiga también estaba allá, vivíamos juntas en estos mundos increíbles. Leía, leía, leía. Me sentía plena.

Y cuando ya iba a volver a Chile, antes de volver, fui a ver a una tía que vivía en San Francisco. Me fui con cero peso, pensando que me iba a quedar un mes. Pero conocí a Jorge, el hermano de un amigo español, y me enamoré. Él estaba recién instalándose en Washington en una pega buenísima. También estaba feliz, en un excelente momento, y cuando llegué yo fue fulminante. Estábamos fascinados. Así que me quedé dos años y medio en Estados Unidos trabajando de corresponsal. Fue un tiempo realmente bueno.

La crisis me vino después, cuando volví a Chile, justo para los treinta años del golpe. Ahí se me desarma este caparazón que me había construido. Por primera vez algo cede y empiezo a llorar, empiezo a ver estos documentales sobre el golpe y empiezo a llorar, lo que

me toma totalmente desprevenida. ¿Por qué estoy llorando? ¿Por qué siento esta pena tan grande? ¿Qué es lo que me está pasando? Y me asusto, no me reconozco. No reconozco estas emociones, no las entiendo, no entiendo de dónde vienen.

Entonces me busqué a una terapeuta experta en derechos humanos, porque no quería tener que explicar de más, y con ella empecé a elaborar algunos temas. Ella fue la primera que me dijo: “Esto te pasó a ti”.

Cuando finalmente pude contarle a Jorge lo que me estaba pasando, se empezó a desencajar. Él venía de una familia vasca que era especialmente sensible a la historia de Chile, escuchaba a Inti-Illimani, sabía de la dictadura, pero lo sabía como puede saberlo un europeo. Por eso cuando yo le dije que esto les había pasado a mis abuelos, que esto no me había pasado a mí, él me creyó.

Pero, al parecer, no todo estaba superado. Al parecer, esta mujer resuelta con la que se había casado, alegre, que no tenía ni un rollo, no existía, estaba desapareciendo. Era como si le estuvieran cambiado a la mujer. Jorge se iba a aburrir y me iba a dejar, eso sentí. Era apremiante recuperar la compostura, resolver esta cuestión cuanto antes, volver a la normalidad a esta mujer. Así que dije: es cierto, efectivamente hay un tema, pero ya está bajo control. Y dejé la terapia de manera prematura.

Los conflictos quedaron ahí, latentes, en una especie de limbo y volvieron a aflorar muy pronto. Cuando fui mamá. Veía a mi hijo y me proyectaba. Hasta el año diez meses lo miré con lupa. Cómo había sido yo a su edad, cómo reaccionaba, qué conocía. Él sabía perfectamente quién era yo, teníamos una relación, me necesitaba. Entonces de nuevo me empieza a quedar la cagada.

Luego mi abuelo se empezó a enfermar y esa fue la gota que rebalsó el vaso. Ese terror mío a perderlo ahora era inminente. Este hombre brillante, al que yo adoraba, estaba perdiendo la memoria. Y

ahí me fui al suelo. Pero al suelo: toqué fondo. Todavía me acuerdo del momento en que supe que me quería morir.

Ese día llegué a la casa. Le había pedido a Jorge que le comprara pañales a mi papá, que en ese tiempo necesitaba pañales. Le dije que eran talla L, Jorge compró M, y eso fue todo. Me fui a negro. Surgió de nuevo este demonio, esta mujer diabólica capaz de decir las cosas más horribles. Esta maldad que siempre estuvo encerrada dentro mío.

Después miré la cara de Jorge, descompuesto, y sentí que se había acabado todo, que no tenía nada, y que me iba a morir. Quiero morirme ahora, pensé, y sentí un alivio tremendo. Tenía treinta y cinco años, un hijo, un marido que me adoraba. Te podría dar una serie de razones por las cuales este sentimiento no tenía sentido. Pero quería hundirme. Hundirme en un hoyo y desaparecer.

Un día llegué a la oficina y no me pude levantar. Me puse a llorar en el auto y no pude volver a recomponerme. Una amiga de la infancia, la más querida de todas, me rescató. Me dijo: “Te voy a llevar donde mi terapeuta, una chamana”. Y me llevó donde esta mujer loca que me recibió en estado de bulto y me dijo: “Yo te voy a ayudar, vamos a trabajar juntas, pero tú vas a pedir una cita ahora mismo con una psiquiatra. Probablemente necesitas remedios”.

Me salvó la vida. Era algo que jamás se me había pasado por la cabeza. Y cuando la psiquiatra me dijo que me iba a dar una licencia por depresión, nadie en mi familia lo podía entender, menos Jorge. Fue un shock.

Lo primero que hizo la psiquiatra fue un diagnóstico, me dijo que tenía síndrome de estrés postraumático, y me explicó: “En tu vida ocurre un acontecimiento, algo que te genera una emoción tan grande que rompe la capacidad de tu organismo para procesarla, un dolor fuera de toda proporción. Entonces tu estructura se rompe y te genera una herida. Y, ¿qué pasa? Cuando vuelves a tu vida normal, cualquier evento cotidiano puede gatillarte esa emoción original, con

la misma intensidad, y terminas teniendo reacciones desproporcionadas a los ojos de los demás, aunque en tu interior sean absolutamente reales. No las estás inventando ni exagerando”.

Eso era lo que me pasaba. No es que yo fuera un demonio, simplemente mi reacción no era en respuesta a la situación actual, sino al trauma. Cuando Jorge llegaba a la casa serio, no le preguntaba por qué, no se me ocurría por ejemplo que podía estar cansado. Inmediatamente sentía la amenaza: nuestra relación se iba a acabar, era algo inminente. Y era tanto mi terror que me enojaba. Si me tocaba, podía explotar. Mi organismo había generado la alerta y la reacción por el sólo hecho de su cara seria. Todo estaba amenazado: la relación, el amor, todo.

Lo que ocurrió, entonces, fue que se me cayó el caparazón y me quedé en pelotas. No sabía quién era. Todo eso que había construido, todo eso que odiaba, tal vez no era yo. Tal vez no soy esa niña odiosa. Tal vez no soy esa niña mala. Entonces, ¿quién soy? Ahora sí me comprometí con el proceso terapéutico, necesitaba respuestas o seguiría dando vueltas en círculos, cada vez más estrechos.

Primero tuve que perdonarme. ¡Claro que no quería que aparecieran! Lo único que yo quería era una vida normal, tenía derecho a esos sentimientos. ¿Cómo iba a querer que aparecieran? Me perdóné, dejé de importarme lo que la gente pudiera pensar, me liberé de esa carga. Y después de eso, suavemente, la rabia conmigo misma se empezó a evaporar.

Yo no creía que el amor incondicional existiera. Ahora lo creo porque lo siento, con mis hijos puedo reconocerlo. Y, a pesar de que tiendo al pensamiento fatalista —a pensar que se pueden morir así como así y esta felicidad que tengo acabarse de un momento a otro—, el vínculo con mis hijos ha sido muy sanador. Y Jorge también me ha enseñado. No puedes vivir en pareja temiendo permanentemente que, si no haces las cosas perfecto, si no eres perfecta, te van dejar, van a desaparecer. Con él he aprendido eso. No pasa nada si tengo

días malos, no me van a dejar de querer si un día me comporto como una idiota.

Y Jorge, a su manera, entendió, toda esta carga la fue entendiendo. Los dos hemos aprendido a tener paciencia. La psiquiatra me dijo una vez que no podía esperar que los demás sintieran las cosas con la misma intensidad que yo. Tuve que aceptar que tengo una fractura. No se ve, pero está ahí, tengo que vivir con ella. De por vida tendré la sensación de tener una falla de fábrica. Y tuve que aprender a vivir con eso, con esa soledad.

Ahora estoy mucho mejor, es cierto. Después de trece años estoy empezando a dejar los remedios. Pero me da pena el daño que me hicieron. A lo mejor me habría ahorrado un montón de sufrimiento. Ahora sé que no estoy condenada a vivir en la oscuridad, pero podría haberme quedado en ese lugar para siempre. Si no fuera por el esfuerzo enorme que he hecho y por la ayuda de mi familia y también por el trabajo.

Ahora trabajo en este nuevo proyecto que se está formando. El Telescopio de Magallanes Gigante. Para mí es como música. Sigue produciéndome la misma fascinación que cuando era chica y mi abuelo me hablaba de las estrellas. Cuando intento dimensionar lo que sabemos —y lo que no sabemos— se me abre la mente, y se me abre el pecho también. Y de alguna manera esto me ha dado una nueva perspectiva sobre mi historia.

Lo que a uno le pasa en la vida es tan intenso, tan terrible, que tomar distancia, poder mirar una escala más grande, mucho más grande, te calma, te da un alivio. No eres el comienzo ni eres el fin, tu vida no es el comienzo ni es el fin, eres parte de una cadena. Eso te da un alivio. Un alivio que no es religioso sino muy concreto, a pesar de este elemento de trascendencia. Un alivio que tiene que ver con la comprensión, no con el dogma.

Pero, si pensaba que me las había arreglado para trabajar en algo completamente ajeno a mi historia, me equivoqué.

Hace algunos años atrás me contactó Patricio Guzmán para invitarme a participar en *Nostalgia de la luz*, un documental que consistía justamente en conectar la astronomía, los cielos, el desierto y la memoria, los derechos humanos. Él parte de la premisa de que la astronomía, la astronomía que se hace en Chile, en el desierto de Atacama, no puede estar por completo desconectada de algo que pasó tan cerca.

Y, a mi parecer, el documental logra mostrar esta conexión. Hace un paralelo entre estos observatorios que miran hacia el universo buscando descifrar sus misterios, y las mujeres que, en el mismo desierto, recorren kilómetros y kilómetros mirando el suelo en busca de los huesos de sus familiares para saber qué pasó. Después de viajar distancias interminables, la luz llega a la Tierra, al desierto, a contar-nos la historia del universo, y las mujeres van descubriendo osamentas que nos cuentan la historia de Chile.

Me costó decidirme a dar esa entrevista tanto como tú no te imaginas. Durante dos años me negué. Nunca había hablado de mi historia más que en espacios muy íntimos. Le decía que no, pero él seguía viniendo. Cada vez que estaba en Chile se tomaba un café en mi casa y me contaba del documental. Estaba convencido de que la entrevista conmigo era fundamental para su historia. Yo trataba de ayudarlo en todo lo que podía, con contactos, con información, con ideas, pero cuando llegaba el momento de la pregunta por la entrevista, me negaba. Todas las veces.

Hasta que un día me convenció. Hice un esfuerzo por Patricio en realidad. Pero estuvo bien haberlo hecho. Los miedos que yo tenía resultaron bastante infundados. Nadie me atacó. Nadie me dijo: ¿Y tú qué haces hablando? ¡Tú, que no has hecho nada! ¡Tú que no tienes idea de lo que pasó!

Ese día en que le bailé a Pinochet

Elena Catalán Bucarey

Dueña de casa

Cuando pasó todo esto del golpe, mi mamá se vino a trabajar a Santiago y me dejó con mis abuelos. Tenía como dos años. Ellos me criaron. Nunca supe quién era mi papá, yo era Elena Bucarey Bucarey. Esa era mi familia. Mi abuelo era mi papá, mis tíos eran mis hermanos y todo era feliz, todo encajaba. Mi mamá era una visita que llegaba a veces de Santiago. Nunca me pregunté por qué yo tenía dos mamás.

Mi abuelo decidió criarme alejada de todo esto. De ser la hija de un detenido desaparecido. De todo lo cruel y lo terrible. Me mantuvo alejada y yo se lo agradezco. Si él decía “la Nena es hija de detenido desaparecido”, mi vida iba a ser una locura, me iban a mirar de otra manera, todo iba a ser diferente. Y él dijo: “No, la vamos a criar así, en esta familia donde somos todos felices. Felices con cosas simples como sentarnos a comer, a conversar; cosas como hacer tortillas en el fuego, todos juntos, calentando los quesitos, cada uno con su palo”. Él tuvo la fortaleza de hacer esto, de criarme lejos de ese otro mundo que involucraba ser Elena Catalán.

Yo nunca pregunté porque no me hacía falta. Mi abuelo lo suplía todo. A mi abuela nunca la ayudó, a sus otros hijos tampoco. Pero conmigo fue diferente, porque él sabía de dónde venía yo. Se sentía mal, porque él era comunista y lo había llevado a mi papá a lo de la CORA, ese movimiento que había para devolverles la tierra a los mapuche. Entonces él dijo: “No, yo te voy a proteger toda la vida”.

A él lo cambió mucho el golpe. Yo nunca vi nada, pero la gente dice que cambió. Antes del golpe, a mi abuela le pegaba mucho. En cambio, después, sólo una vez le pegó. Sólo una vez que yo haya visto.

Cuando era chica, yo era bien artista y andaba metida en todo. Era bailarina, buena bailarina, y bailaba en el colegio. Entonces, en una de las visitas que hizo Augusto Pinochet a Lautaro, en el colegio eligieron a los mejores para bailar: Claudio del Solar y Elena Bucarey. Yo era una niña de pueblo, estaba feliz. Íbamos a bailar al presidente. ¡Al presidente de la República! Y a mí me encantaba bailar.

Supongamos que el día viernes era la presentación. Pero mi abuelo dijo que no, que yo no podía, y se fue a trabajar al campo. Me levanté como siempre, pero no me mandaron a clases. Estaba en la casa, jugando, cuando llegó el director del colegio. Estaba desesperado. La ceremonia era las doce, faltaba una hora. Entonces mi abuela dijo que bueno.

Me llevaron a una casa para hacerme los cachirulos. Yo bailaba baile antiguo, con estos falsos de alambre y había que hacerse los cachirulos. Me acuerdo porque el director me quemó la cabeza. Todo muy rápido, muy apurado. Me entregó los regalos que tenía que darle al presidente y las flores para la señora. Siempre recuerdo ese momento, cuando les dimos los regalos. Nos sacaron las fotos. El general Pinochet nos saludó, igual la señora Lucía, los dos muy cariñosos.

Después, cuando volví a mi casa, mi abuela tenía los ojos morados y estaba llorando. Nunca antes la había visto llorar. Sólo esa vez. Ese día en que le bailé a Pinochet. En la noche la vi así y después, todo normal. Uno sigue su vida porque no entiende, yo no entendía nada.

Hoy puedo pensar y me da pena por mi abuela, ella estaba presionada por la circunstancias. Pero también entiendo a mi abuelo. No es que lo justifique, pero lo entiendo. Siendo comunista y todo, para él tiene que haber sido terrible que yo le fuera a bailar a la persona que mandó a matar a mi papá. Y él trató de protegerme tanto. Por eso fui tan feliz.

Aunque a veces igual me ponía triste y, cuando me ponía triste sentía una presencia a mi lado, como si hubiera alguien. No entendía, no sabía nada de mi padre. Conocía a los Catalán, pero no sabía que eran mi familia. Ellos vivían en un fundo, nosotros en el pueblo de Lautaro. Como éramos mucho de ir al campo, cada vez que íbamos pasábamos por el fundo de los Catalán para acortar camino. Eran amigos, como parte de nosotros. Llegábamos, y altiro la pena y la alegría. Y que los huevos, que la carne. Nos íbamos en la tarde con un montón de cosas. Pero estaba esto del llanto. Cada vez que me veían lloraban todos. La abuela lloraba, los tíos lloraban. Y no sólo ellos. Yo sé que mucha de esa gente del sur, cuando me ve piensa: “Ella es la hija de Chamito, ¡qué dolor!” Y a mí no me gusta. Les tengo que explicar: “No se preocupen, yo estoy bien, yo soy feliz”. Porque nunca supe, porque nunca supe nada.

Recién me dijeron la verdad cuando cumplí quince años. Ahí mi abuelo dijo hay que contarle, y me contaron. Mi abuelo me contó. “Tu mamá estuvo presa”. Pero todo muy por encima, no como fue en realidad.

A mi mamá la denunció su tía, una hermana de mi abuela casa-da con un militar. La denunció porque pololeaba con Samuel Catalán y a la familia Catalán la andaban buscando. Mi papá participaba en la CORA y su hermano era comunista. Mi mamá tenía diecisiete años, nadie sabía que estaba embarazada, el único que sabía era mi papá. Pero mientras mi mamá estuvo presa, mi papá desapareció y nunca más se volvieron a encontrar.

A mi mamá también le doy pena, yo me doy cuenta. Me mira y ve a mi papá. Cada vez que la pilló mirándome fijo, trato de sacarla de

ahí. Le converso de otra de cosa, de los nietos. Porque ella no quiere hablar de lo que pasó, no quiere saber. Tiene una hermana que también fue presa política y ella sí habla de la tortura. Pero mi mamá no. Yo recién supe algunos detalles cuando me encontré un libro de testimonios. Y ahí, a los cuarenta y un años, tuve mi primer sueño.

Estábamos en una pieza gigante, mi mamá estaba en una cama, en uno de esos típicos catres de huincha, y la estaban torturando. No veía a las personas, sólo sentía el dolor que ella sentía. El dolor de la corriente. Con ese sueño me acerqué a lo que pasó. Lo que le pasó a ella y lo que me pasó a mí también, porque ella estaba embarazada, tengo que haberlo sentido. Pero dije nunca se lo voy a preguntar. No puedo preguntarle, porque si me cuenta va a volver a sentir ese dolor. Y no quiero que sufra más, quiero que esté tranquila, que sea feliz como yo. Porque yo sí soy feliz. Tuve pena cuando me contaron, pero he logrado recuperarme.

A los treinta y tres pude recuperar mi identidad. Cuando empecé con lo del juicio, todos se opusieron. Que para qué, que ya estaba grande. Pero yo me había acercado a los Catalán y sentía que era un deber. Quería honrar a mi papá. Llevar su apellido era lo mínimo que podía hacer. Al juicio le pusieron “Reconocimiento póstumo”, algo que nunca se había hecho. Fue complicado el tema del ADN, y el juicio fue largo, pero fue bueno, para mí fue bueno y creo que para mis hijos también.

Cuando me contaron que mi papá era un desaparecido y que mi mamá había estado presa embarazada, me salió una mancha en el ojo. Mi abuelo, desesperado. “Ahora la Nena se va a manchar toda y se va a morir, se va a morir de melancolía”. Eso pensó mi abuelo. Yo pensé que no, que no me podía manchar entera y le dije: “No te preocupes, abuelo, ya paro de llorar”. No me manché entera, volví a ser feliz otra vez, pero con una mancha en el ojo. Cada vez que me miro en el espejo, la mancha de la pena.

Un caso "sin convicción"

Nadia Oliva

Bailarina y periodista

La noche del 23 de agosto de 1984 no llegó a la casa. Iba a almorzar todos los días, dormía un ratito siesta y después salía de nuevo. Pero ese día no apareció más. En la mañana, mi mamá me despertó. "Tu papá no llegó anoche, lo estamos buscando". Estaban mis abuelos paternos que vivían con nosotros, todo el mundo tratando de averiguar dónde estaba. Hasta que llegaron mis tías y mi abuela materna, y le dijeron a mi mamá que no viera el diario. Me acuerdo perfectamente. Mi mamá le pidió a una vecina que fuera a comprar el diario y la vecina se lo trajo.

En la portada de *Las Últimas Noticias* y en *La Tercera* había fotos de él tirado en el suelo. Mi mamá me dijo que había tenido un accidente en auto, pero yo vi el diario. Tenía ocho años, sabía leer. Leí las páginas donde desarrollaban la noticia. Vi la foto. Y estuve mucho tiempo enojada porque me habían mentido.

Lo que decían los diarios es que había habido un asalto a dos armerías del centro. Ese día, efectivamente, había programadas acciones

para recuperar armas. Así le llamaban ellos. La primera fue exitosa, lograron salir de ahí con vida, pero en las del centro los estaban esperando. Había gente de la **CNI** esperándolos. Ahí mismo empiezan los balazos. Mi papá y el amigo que estaba con él, Ricardo, salen arrancando. Agarran el auto, van hacia el Parque O'Higgins, siguen por una calle que se llama Echeverría y, cuando llegan a la Panamericana, se meten en unos pasajes. Hasta ahí llegaron, hasta el pasaje Romeo. El auto no dio para más y ellos tampoco. Venían muchos agentes persiguiéndolos. Ricardo cuenta que bajó a mi papá muerto del auto y salió corriendo. Luego escuchó que lo remataban en el suelo, que le seguían disparando. Esto es lo que escuchó Ricardo. Mi mamá fue a reconocer el cuerpo. El único lugar donde no tenía balas era en la cabeza.

A mí no me llevaron al funeral, pero sí al velorio. Mi mamá estaba deshecha. Se caía, costaba sostenerla. En la capilla había muchos vecinos con nosotros y afuera, un auto de la **CNI**. Harto tiempo tuvimos un auto afuera de la casa. Siempre nos estaban vigilando. Y los del Frente fueron un poco irresponsables con nosotros.

Mi papá estaba jugándose el pellejo, pero se encargó de mantenernos al margen, de protegernos. En cambio, ellos nos expusieron. Cada 23 de agosto llegaban a la casa. Colgaban banderas y prendían velas afuera, y mi mamá se ponía a llorar, desesperada, le generaba mucha angustia todo eso. Teníamos vecinos fachos, la **CNI** que nos vigilaba. Yo salía a echarlos y a patear las velas. Cada aniversario de mi papá era la misma cosa.

Otros fueron más prudentes, especialmente los más cercanos. Yo estaba enojada porque no se acercaban a nosotros. Porque Ricardo, el amigo que estaba con mi papá cuando murió, no hablaba cuando lo íbamos a ver a la cárcel. Hoy entiendo que no hablaba porque nos podía poner en riesgo. Y ya no siento rabia, siento admiración. No es que vea a mi papá como un superhéroe, pero estas personas se jugaron la vida luchando contra una dictadura de mierda, merecen admiración.

Hace seis años atrás, tuve un encuentro con gente del Frente. Nos juntamos porque uno de ellos tenía cáncer, la idea era hacerle un homenaje antes de que se muriera. Después nos fuimos de paseo a Alhué y nos amanecimos conversando. Con cada historia fui descubriendo un poco de mi papá, facetas de su vida de las que no sabía nada. Antes de que se formara el Frente, él ya era parte de lo que llamaban la Joven Guardia, una especie de brazo armado del PC. Todos lo conocían.

Mi mamá, en cambio, no tenía idea en lo que andaba. Era bien ingenua en ese sentido, como que no quería ver. Porque a veces hacían reuniones en la casa; había documentos, todavía están en alguna parte, había un estencil para hacer panfletos. Una vez, el año 82, mi papá se instaló en una banca de madera a hacer miguelitos y yo me puse a ayudarlo. Era mágico ese acto de doblar clavos. Yo tendría unos cinco años. Me acuerdo. Era invierno y llovía. Mi mamá de pronto, parada en la puerta, empezó a gritar.

—Si sigues haciendo eso, me voy de la casa.

—Yo me quiero quedar con mi papito.

—Quédate con él.

—No quiero que se vaya mi mamá.

Y empecé a tironearlos a los dos.

Mi mamá le hizo jurar que iba a dejar todo eso, que nunca más se iba a meter en nada. Y mi papá le dijo que bueno. Guardó todo y le dijo que bueno, que ya, que no se iba a meter en nada más. Hasta con los dedos de los pies cruzados creo yo. Y mi mamá le creía. Cuando lo conoció, él venía saliendo de Chacabuco. Tenía las costillas rotas. Alguna vez le escuché decir que prefería morirse antes que volver a estar preso. Pero mi mamá no entendía. Nunca tuvo una real dimensión de lo comprometido que estaba.

Un día, jugando, agarré una pistola de juguete que tenía mi hermano y se la puse en la sien. Una de esas pistolas negras de juguete que había en los ochenta. Mi papá era juguetón, siempre estaba

riéndose, recitando poesía o haciendo alguna tontera con nosotros. Esta fue la única vez que lo vi descontrolado. Mi mamá me tuvo que sacar. Algún recuerdo debe haberle gatillado esa situación.

La gente que me rodea entiende que la dictadura fue feroz, pero, claro, son mis pares. Basta hablar con alguien un poquito más lejano y la cosa cambia. De repente, en cualquier circunstancia, escuchas a alguien decir que hacen falta los milicos, o cosas de ese estilo. Yo estoy resentida, y cada vez que escucho algo así me resiento un poco más.

No me gusta, pero tengo que asumir. Me resiento porque todavía hoy no se reconoce a los que optaron por la lucha armada, a los que pensaron que no bastarían los espacios de diálogo o de negociación para acabar con la dictadura. Si no hubieran ocurrido estas cosas, quién sabe, quizá un plebiscito no habría bastado. No sabemos, pero si su estrategia fue o no equivocada, su lucha era legítima. Y esto no se reconoce. Cuando se abrió la investigación para el Informe Rettig, mi mamá presentó todos los documentos, y el hecho quedó constatado como un caso de violencia política, no de violación a los derechos humanos. Un caso “sin convicción”. Recién ahora, el mes pasado, nos pareció posible presentar una querrela en contra de quienes resulten responsables, aun sabiendo que es probable que con eso no suceda nada.

Preparando esta querrela, volví a recorrer un testimonio de mi mamá. Dice: “Mientras escribo estoy llorando. Mis hijos me miran”. De eso me acuerdo. Se quedaba hasta tarde y yo la escuchaba llorar. Me asomaba a mirarla y la veía así, escribiendo y llorando, cosiendo y llorando. La muerte de mi papá fue como si hubiera caído una bomba. Durante mucho tiempo no pude hablar, y aún hoy es todo un ejercicio. Veinte años después de acabada la dictadura, todavía tenía miedo, no me atrevía a hablar de mi papá porque el del lado podía ser peligroso. Y porque altiro me ponía a llorar.

Lo que a veces significa la pobreza

Andrea Boettiger

Psicóloga

En 1985, cuando yo tenía once años, mi madre fallece. Siempre estuvo enferma, tenía una enfermedad crónica. Ella hablaba del dolor de huesos, de problemas reumáticos. En ese tiempo se sabía poco del lupus. Era joven, pero estaba agotada. Tuvo una infancia difícil, de pobreza. Sacó sus estudios adelante torciendo todas las improbabilidades sociales y puso muchas expectativas en el amor de mi padre, en la posibilidad de construir una vida distinta. Cuando pierde la esperanza, su enfermedad se agrava. Empezó a ceder, a renunciar, a permitirse estar cansada. Los últimos meses hablaba menos de mi padre.

Y este agravamiento coincide también con que logra obtener un subsidio habitacional. Alcanza esta meta de tener una casa, algo que probablemente ve como un futuro para mí, y siente que finalmente puede descansar. Fallece de un accidente cerebro vascular, una trombosis, cuando tenía treinta y cinco años.

Alcanzamos a vivir un año juntas desde que le entregaron la casa. Antes, me dejaba donde una hermana en la comuna de El Bosque.

Tenía a mi madre conmigo sólo los fines de semana. Ella vivía en el sector de Avenida Matta, con otra hermana. Una cosa así, como logística, para poder trabajar necesitaba que alguien me cuidara, y me imagino que en esos tiempos la movilización no era tan fácil. Era muy pobre ella.

Buscó la ayuda de la familia de mi padre, y le cerraron las puertas. Había mucho miedo en esa época y, como esta relación no estaba formalizada, mi madre no alcanzó a conocerlos. Además, mi abuela paterna la responsabilizaba de haber llevado a mi padre al mundo de la política. La culpaba.

Entonces yo iba de casa en casa. Continuas despedidas. Ella se quedaba en el centro, cerca de su trabajo, y el fin de semana me iba a buscar donde mi tía, al lugar donde me cuidaban. Una casa donde había mucha violencia, donde pasaban cosas muy dolorosas. Abusos de todo tipo, psicológicos, sexuales. Desde los cuatro años recuerdo las tocaciones. Desde que tengo recuerdo, lo tengo grabado. Es algo que no esperas y te confunde, sabes que no es normal, que no puedes hablar del tema. Entonces vas creciendo con eso, callada. Y no lo puedes elaborar.

A mi mamá no se lo quería decir. Trataba de protegerla, me preocupaba. Tengo la impresión de que empezó a sufrir dolores reumáticos desde muy joven. Antes de entrar a la escuela la veía con bolsas de pastillas. La veía enferma, trabajando. La veía con un dolor, con una pena. Siempre con la foto de mi padre, con la esperanza de que en algún momento iba a aparecer.

Y yo también crecí con esa esperanza. Nunca pensé que estaba muerto. Siempre aguardando. Quizá eso me llevó a resistir. Pensar que lo que me estaba pasando iba a cambiar en algún momento, porque mi mamá me iba a sacar de ahí, porque íbamos a encontrar a mi papá. Íbamos a ser felices.

Además, el abusador siempre te manipula para que no lo acuses, eso está muy descrito. Y la familia siempre lo cubrió. Tenía al

lado a una mujer dependiente emocional y económicamente, sin herramientas para salir adelante sola. Mi tía sabía, pero nunca lo asumió, nunca lo enfrentó. Por temas culturales. Este tipo de conductas estaba normalizado, y no quería revolver el gallinero que ella misma había construido.

A veces me preguntaba por qué y me daba rabia. Mi madre era una mujer inteligente, ¿cómo no vio dónde me dejaba? Pero con el tiempo he ido entendiendo, pude visualizar la vida que tenía, la falta de opciones. No había otros medios. Ella no tenía otros medios. No había quién me cuidara. La hermana donde vivía no la aceptaba con niños. No teníamos dónde vivir juntas. Era lo que tocaba y había que conformarse.

Hasta que, cuando yo tenía diez años, le entregan la casa, la misma donde vivo hoy día en Maipú. Era como si hubiera llegado la democracia a mi vida. Tenía acceso al mundo social de manera distinta, en la villa había muchos niños, podía jugar. Alcanzamos a vivir un año ahí, juntas.

Cuando fallece mi madre, todo se quiebra. Se vuelve a quebrar. Porque aunque no era muy consciente, por la ausencia de mi padre yo ya iba coja. Y ahora tenía que volver a la casa de mi tía, entendiendo ya que la muerte era algo irreversible. Una jueza le dio tutela a ellos para que me criaran, así que tuve que vivir ahí hasta los dieciocho años, en condiciones muy precarias.

Ese lugar representa para mí toda la pena. Y todas las necesidades, no sólo afectivas, también socioeconómicas. Crecí con piso de tierra, con baño lejos de la casa, ese tipo de pobreza. Recuerdo haber pasado hambre, que no hubiera comida o que sólo hubiera pan y té. Una familia muy dañada por la precariedad, por lo que a veces significa la pobreza. Mucho consumo de alcohol, mucha violencia.

Los comentarios, las cosas que yo escuchaba, me dolían mucho. Era gente muy ignorante, muy católica, sumamente reaccionaria. Seguían a Pinochet. “Los políticos son marxistas y se merecen lo que

les pasó”. Hablar de mi papá estaba prohibido. Cuando yo intentaba llamarlo en mi llanto, mi tío, el que era abusador, me decía: “¿Pa qué lo llamai? ¡Si ese huevón ni te quería reconocer!” Atacaba mi identidad, así me iba destruyendo.

Yo sabía lo que había pasado en el país, crecí sabiendo. Había un libro en la casa de mi madre donde salían fotos de los desaparecidos. Tenía rabia, quería matar a Pinochet, pero mi pensamiento era coherente, estaba bien armado. Mi mamá sólo me había transmitido cosas buenas de mi padre. Entonces estas cosas disonantes, distorsionadas, me producían mucha incompreensión.

Mi papá estaba desaparecido, eso lo sabía, pero nunca imaginé que podía estar muerto. Esa información no existía en la casa donde crecí. A veces, cuando me castigaban, yo llamaba a mi papito Octavio, y me castigaban más aún. Si tenía que llorar, lloraba, y seguía llamándolo, con rebeldía, aunque me patearan en el suelo.

Miro para atrás y digo pucha, había perdido a mis padres, uno esperaba algún tipo de empatía, pero la cosa no fue así. Todos fueron malos. La peor parte, los abusos sexuales, quedaron atrás más o menos con la muerte de mi madre. Yo aprendí a protegerme, intentaba no estar sola, pero hubo intentos. Y los golpes, los castigos, los insultos, continuaron. Vivía con miedo siempre.

Nunca me atreví a pedirle ayuda a mi tía. Era muy dura ella. Eso de no hablar, de que si hablas te doy una cachetada. Hablar en el sentido de pedir permiso para algo, de dar una opinión, cosas así. Siempre estaba tratando de hacerme callar. Supongo que tenía miedo de lo que pudiera decir, de que pusiera alguna verdad ahí arriba de la mesa.

A mis primas las comprendo un poco más porque eran adolescentes y porque ellas también eran maltratadas, les pegaban. Pero fueron malas también. Les gustaba ejercer autoridad, mandarme a hacer el aseo, como las hermanastras de la Cenicienta.

Tenía internalizado que la vida no era buena, que la gente no era buena. Desconfiaba de las personas, por eso no me arriesgaba a

escapar, no sabía con qué me iba a encontrar. No tenía dónde llegar. ¿Cómo lo hacía? Mi mundo social era mínimo, los permisos eran muy limitados. Era como una secta.

Cuando cumplí dieciocho años, me encontré una pega en la que me pagaban cuarenta lucas, y me fui inmediatamente. En esa pega conocí a Pedro y no nos separamos más. Tuve suerte, llegó en el momento justo. Era un chiquillo estudioso, con mucha cultura. Teníamos vidas parecidas, su familia también se rompió después del golpe. Su papá era dirigente campesino, folclorista. Lo masacraron, pero sobrevivió. Con Pedro aprendí de política, del mundo social. Me afanaba conversando con él.

A los dieciséis años ya me había enterado de algunas cosas. Por la Ley de Reparaciones, tuve que ir al INP a hacer trámites para recibir una pensión. Ahí una asistente social me pasó unas páginas del Informe Rettig. Así tomé conciencia de cómo se habían dado las cosas, antes no tenía idea. Hay imágenes que se me quedaron grabadas. Supe lo que era la Villa Grimaldi, este campo de prisioneros donde había estado detenido mi papá. Leí sobre las metodologías, sobre cómo se sistematizó la tortura y lo sentí como algo abstracto en un principio. No lograba comprender. Pero, ¿cómo? ¿Campos de exterminio? ¿De qué estamos hablando? ¿De gente que se enajena? ¿De bestias? Me bloqueé. Tampoco confiaba mucho en ese informe, además. No sabía quién lo había hecho, me faltaba un contexto, una pertenencia. No tenía idea de lo que era la Vicaría, por ejemplo. Quizá por eso no me tocó tanto la emoción, porque no le di credibilidad enseguida.

Después, de a poco y con la ayuda de Pedro, empecé a sentir ese dolor. Y a sentirlo en la carne, porque era mi propia carne la que había sido maltratada, vejada, como la de tantas otras miles de personas. Se me fue abriendo la conciencia. Cada vez me duele más. Ahora veo a mi padre como un joven que no pudo crecer, que fue abusado, tan abusado. Mientras mayor conciencia tomo, más me duele. Todavía no encuentro las palabras.

Una metralleta no cabe en el estuche de un violín

Juan Cristián Peña

Diseñador

Sabemos lo que nos pasa o creemos saberlo. Está tan dentro de la familia. Lo mataron, dejó de existir. Es como si nuestro trauma fuera cómplice. Estamos todos con la cabeza baja nomás. ¿Qué vamos a comentar? Llevamos la procesión dentro, el desastre es tremendo. Pero conversarlo entre nosotros: no.

Con mi hermana nunca hemos hablado largo y tendido sobre el tema. Me refiero a conversaciones filosóficas. Mencionamos cosas, siempre lo mismo. Que metieron preso a uno, que soltaron a otro, que el papá tuvo un homenaje aquí, que tenemos que ir para allá. Cosas así, relacionadas. Lo que no hemos hecho es sentarnos a hablar de nuestras experiencias como hijos, lo que vivimos en ese tiempo, la manera en que ha ido cambiando. Ni de por qué pasó lo que pasó.

Éramos una familia unida. Padre, madre, hermana y yo. Vivíamos en La Serena, crecimos ahí, en un ambiente muy cultural, musical. Íbamos a conciertos todas las semanas. Mis papás se conocieron cuando eran dos adolescentes en el conservatorio. Mi mamá

es concertista en piano, estudiaba en la casa, varias horas todos los días. Mi papá era director de orquesta y compositor.

Mi abuelo fue uno de los fundadores del Partido Socialista, Tomás Peña, médico, cercano a Allende. Mi papá era socialista también, aunque no recuerdo haberlo escuchado hablar de su militancia, la verdad. Todo lo que nosotros veíamos era la música. Siempre era la música lo que estaba en el centro, lo más importante. Pero sus proyectos musicales estaban relacionados con la equidad, con la justicia social, con ideales.

Él fue un gestor cultural increíble. Tenía visiones y conseguía los recursos. Iba a hablar con diputados y senadores, se relacionaba con los gobiernos, organizaba a la gente y hacía. Transformó la ciudad de La Serena, dejó un legado inmenso. O sea que su asesinato fue un doble asesinato: a su persona y a la cultura que él representaba.

En los años cincuenta fundó la Sociedad Juan Sebastián Bach. La llamó así porque, sobre todas las cosas de este mundo, admiraba la música de Bach. Buscó personas que tuvieran instrumentos en sus casas y las convenció de juntarse a tocar en orquestas de cámara. Después vinieron la Filarmónica, la Sinfónica, y en 1964 creó la Escuela experimental para que los niños pobres de La Serena pudieran acceder a la música como un modo de vida. Y al mismo tiempo, la Orquesta Sinfónica Infantil de Chile y Latinoamérica, con la que viajaba. Estas orquestas le cambiaron la vida a mucha gente.

Mi hermana y yo también practicábamos, claro. Sobre todo piano. Cuando éramos chicos participamos en conciertos y giras. Incluso toqué en el Municipal de solista, aquí en Santiago, a los ocho años más o menos. Los pies me quedaban colgando, no llegaban abajo. Pero en las orquestas de niños me sentía incómodo. Como era el hijo del director, me preocupaba que pudieran pensar que tenía un trato distinto. Y en realidad era bastante al revés. Mi papá hablaba poco con nosotros, conmigo al menos. Estaba siempre en su mundo. Llegaba a la casa y pescaba una partitura.

No teníamos grandes conversaciones, pero compartíamos la música. La mayoría de los conciertos eran en el Teatro del Liceo de Niñas de La Serena. Un teatro muy bonito, todavía existe. Íbamos a giras juntos. A veces me pedía que le grabara los conciertos en esas grabadoras grandes con cinta redonda. Recuerdo el sonido de mala calidad. Mis recuerdos de él están relacionados con la música. Hasta que en tercer medio me vine a vivir a Santiago.

Estaba medio desordenado. Me costaba adaptarme. Estuve como en siete colegios, no me enchufaba en ninguna parte, hacía la cimarra, cosas así. Nada extraordinario. Pero mis padres decidieron mandarme interno a la Escuela de Aviación Capitán Ávalos, en la comuna de El Bosque. Y ahí estaba para el golpe, cursando cuarto medio.

Mis recuerdos después de eso son bastante caóticos. Los horarios cambiaron por completo. Salíamos cada cuatro días, después no podíamos salir. Había gente de la escuela detenida ahí mismo. El ambiente era insoportable. Hasta que un día llegó a buscarme mi apoderado, Gonzalo, el esposo de mi prima. Yo no sabía por qué. En el camino me contó que a mi papá lo habían matado. Y no supe qué decir. No pude decir nada. No podía hablar. Sabía que estaba detenido, pero nunca se me ocurrió que lo pudieran matar. Nadie lo pensaba. De ahí me fui a la casa de mi abuela materna aquí en Santiago y no volví a ir a la escuela ni supe nada más hasta algunos meses después.

De a poco me fui enterando. Lo tomaron detenido el 19 de septiembre cuando fue a llevarle cigarrillos a un amigo que estaba preso en la comisaría de La Serena. Primero estuvo detenido ahí, no sé exactamente cuánto tiempo, y después lo trasladaron a la cárcel. Mi familia hizo lo imposible por sacarlo, pero las cosas pasaron muy rápido. Antes de un mes estaba muerto.

El día en que llegó Arellano a La Serena se llevaron a alrededor de veinte personas al Regimiento Arica. Ahí donde estaba Cheyre. Todo sucedió en un mismo día, el 16 de octubre. Hubo torturas brutales, violaciones y quince personas fueron asesinadas ahí mismo en

el Regimiento Arica. Después los llevaron al cementerio de La Serena, los tiraron a una fosa y les echaron cal.

De mi papá dijeron que había traído armas desde Cuba en los estuches de los instrumentos musicales de los niños. ¡Era absurdo! Una metralleta no cabe en el estuche de un violín. Cualquiera que conociera a mi papá sabía que eso no tenía ningún sentido. Lo acusaron de puras mentiras, como a todos. A partir de chismes de profesores, de músicos que lo denunciaron falsamente, dos o tres personas envidiosas, individualizadas ya, que trabajaron con él gran parte de su vida.

Después de lo que pasó, mi mamá decidió vender la casa y venirse con nosotros a Santiago. Mis abuelos estuvieron vivos algunos años todavía, pero se fueron yendo para abajo, eran la mitad de lo que eran antes. Yo abandoné el estudio de la música. El ambiente cultural en dictadura era mediocre, la creatividad estaba frenada. Y se instaló un silencio. Es la bomba que te llega, que te deja perplejo.

A veces hablamos de los juicios. Pero no hacemos preguntas, ¿para qué, si lo sabemos todo? En 1998, por orden del juez Guzmán, se hizo un trabajo arqueológico y se exhumaron los cuerpos. El episodio de La Serena fue la causa de que a Pinochet lo tomaran preso en Londres. Y es que los milicos se equivocaron. Después de asesinarlos, los llevaron en un camión al cementerio de La Serena, los tiraron a una fosa y les echaron cal. Entonces los cuerpos se mantuvieron en perfecto estado.

Los trajeron al Servicio Médico Legal, aquí en Santiago. Ellos tienen la tarea de reconocer los cuerpos. Por las dentaduras, por las formas de los cráneos los identificaron a todos. Estaban torturados con saña. Mi papá no tenía una pierna. No sé qué cresta le habrán hecho. Los cortaban de a poco.

El reconocimiento de los familiares, ir y decir “este es mi padre”, es el final del proceso. Mi mamá no quiso entrar, no pudo. Mi hermana y yo estuvimos como media hora con él, llorando en silencio. Después de eso le pudimos dar sepultura. Yo fui a La Moneda a

hablar con Arrate, que en ese tiempo era ministro del Interior, y le dije que queríamos enterrar a mi papá en el parque público.

Lo enterramos en el Parque Pedro de Valdivia, un lugar precioso. Nos paseamos por toda La Serena, un desfile largo de gente. Paramos en la Escuela de Música donde unos niños tocaron. Al final llegamos a una iglesia. En La Serena hay muchas iglesias bonitas pero esta es una especialmente bonita.

Como él no era creyente, nos instalamos afuera. Hubo un concierto larguísimo de niños que lloraban y tocaban. Después le pusimos flores y una piedra tallada. En esa piedra grabamos una frase que propuso mi mamá. “Vivió por la música, murió por sus ideales”. Y los primeros compases de una melodía suya.

En sus momentos de más angustia, sabiendo que iba a morir, escribió música. La escribió en este papelito. Hace unos veinte años atrás, me llamó el inspector de la Escuela de Música, don Rubén Paredes, que estuvo con mi papá en la cárcel hasta el último día, y me dijo que tenía algo para mí.

Hablamos largo rato. Fue hace veinte años, me acuerdo de poco. Pero hay una cosa que sí recuerdo. Me dijo que mi papá conversaba mucho con los presos, que expresaba cosas que, de tan íntimas, de tan subjetivas, nadie más podía expresar. Y me entregó el papelito con la música: “Me pidió que te entregara esto”. Se considera la esencia de lo que mi papá fue.

La construcción de lo oculto

Claudia Godoy

Psicóloga

Se conocieron en una marcha de la Jota. A mí papá le encantó que mi mamá fuera española, que leyera a García Lorca, qué sé yo, se encandiló. Más aún cuando conoció a mis abuelos. Se enamoró de la familia entera. Buenos conversadores, mi abuela cocinaba como los dioses. Españoles y comunistas.

Llegaron a Chile muy jóvenes, en el Winnipeg. Cuando se desata la guerra, mi abuelo estaba haciendo el servicio militar y, para no ser enviado a matar a sus compañeros, huye, se va a Barcelona. Ahí conoce a mi abuela, una joven preciosa, y partieron juntos, caminando. Atravesaron los Pirineos a pie. Cuando llegaron a Francia los detuvieron y los llevaron a campos de concentración. Para poder permanecer juntos mi abuela escondió su hermoso pelo rubio, y se vistió de hombre. Como en un cuento, pero real. Lo pasaron mal, vivieron toda la dureza de la guerra. A nosotros nunca nos quisieron contar, pero yo sé. Así llegaron a Chile, traumatizados y proscritos de ingresar a España. Como todos los inmigrantes, con las maletas hechas, siempre listos

para volver. Pero las cosas no mejoraban y se fueron quedando, quedando. Mientras tantos nacían sus hijos: uno, dos, tres, cuatro hijos. Hasta que se quedaron definitivamente en Chile.

Mi papá, en cambio, fue el primer y único militante comunista de la familia, una familia de artistas e intelectuales. Era el hijo menor, un niño muy querido, lleno de estímulos, rodeado de conocimiento, de música clásica. Su papá, Pedro Godoy, fue rector de la Universidad de Chile. Vivían en Ñuñoa, en una casa quinta, grande, con muchos árboles frutales. Mira, éste es él. Se llamaba Carlos Godoy. En esta foto debe tener unos veinte años.

Ha pasado tanto tiempo. Es difícil saber si son fantasías o recuerdos reales. Tengo la imagen de esconderme debajo de la cama, porque vino un bombardeo, no sé, un ruido grande. La tengo tan metida adentro. Estirar la mano para buscar mi muñeca que se había quedado fuera, y escuchar los helicópteros, las bombas. Eso recuerdo.

Mi papá no estaba. El 11 tenía turno en el Barros Luco. Llegaban heridos y muertos en cantidades impactantes. Tenían que suturar, que operar. Piensa dónde estaba el Barros Luco. Había un cordón fabril ahí. Hubo que proteger gente, parturientas que iban a ser detenidas. Cuando volvió, unos días después, estaba vestido de manera muy formal y se había sacado la barba. Yo era chica, no lo reconocí.

Poco después lo exoneraron y empezó un período largo sin pega. Un periodo duro. Se enteraban de la muerte de uno, de la desaparición de otro, y mi papá, cesante. Seguramente estaba muy angustiado, pero yo no lo recuerdo triste. Sí recuerdo que estábamos muy apretados. Mi mamá tuvo que abandonar un postítulo que estaba haciendo y tomó un trabajo jornada completa como profesora. Mi papá compró lana y unos telares y se puso a hacer mantas en el garage de la casa, por ahí hay unos cuadernitos con sus diseños pintados con escriptos de colores. Recién el 75 encontró trabajo en el Hospital Parroquial de San Bernardo. Pensó que al alero de la Iglesia, de las monjas, estaría más protegido, pero al parecer los soplones estaban en todas partes.

Mi tío estaba en Francia y había hecho gestiones para que nos fuéramos, pero mi papá estaba en contra de abandonar Chile, tenía una opinión dura al respecto. A mi mamá esto le daba angustia, pero también empatizaba, entendía que era su vocación. Aunque vocación es un concepto tan vacío. Me cuesta explicar el compromiso político de ese tiempo. No era algo intelectual, era más bien pasional, emocional, volitivo. No había una célula del cuerpo que no estuviera comprometida.

Mi papá estaba siendo vigilado. Él tenía claro que algo le iba a ocurrir. Poco antes habían matado a Carmelo Soria, que era pariente nuestro, y hubo un montaje horroroso para hacer pasar el crimen como algo pasional. El PC había sido descabezado dos veces, uno tras otro caían. La misma noche en que desapareció, se llevaron también a Iván Insunza, su gran amigo, que había estado en mi casa el fin de semana.

Esa noche tenía turno. Me prometió que me traería pasteles de las monjas. Partió con su maletita y llevaba pijama, porque cuando tenía algún margen para dormir se ponía pijama. Como a las tres de la tarde terminó el turno en San Bernardo y partió a un consultorio donde también atendía. Tenía citado a un paciente a las cuatro. La secretaria llamó a la casa a las cinco porque no había llegado. Eso fue suficiente para entender.

Mi mamá nos dijo: “Probablemente el papá no va a llegar por algunos días. No sabemos lo que le pasó”. ¿Qué más nos podía decir, si eso era todo lo que sabía? Nos dijo exactamente lo que nos tenía que decir. Yo era chica, tenía ocho años, pero entendí que la cosa era complicada y no hice más preguntas. Los niños, en esa época, éramos muy observadores, pero no hacíamos preguntas.

“No tienen que hablar con nadie”, nos dijo. Nos pidió que no contestáramos más el teléfono. Nos llamaban para intimidarnos. “El papá no se ha ido al extranjero, el papá no tiene otra familia”. Esas eran las cosas que nos decían. Nos sentíamos permanentemente

amenazados. Y yo tuve que asumir muchas tareas, eso fue de inmediato. Simbólica y literalmente, guardé mis muñecas en el clóset y le dije a mi mamá que a partir de ahora yo iba a hacer el desayuno, cuidar a mi hermano chico. Mi mamá pasaba cada vez menos tiempo con nosotros.

Durante varios años, participó en la Vicaría, iba todos los martes y los jueves. Nosotros no, porque éramos chicos y trataron de que mantuviéramos la infancia. Recuerdo Navidades en la Vicaría, esas cosas, pero a diferencia de amigas mías, yo no estaba siempre ahí. Comencé a participar siendo más grande, ya en la universidad, cuando tuve más movilidad.

Como estábamos en una situación económica grave, nos pusieron en escuelas fiscales. Recién en 1980 conseguí que nos metieran al Liceo Manuel de Salas, donde había estudiado mi papá. Ahora estaba a cargo de los militares, pero había más personas parecidas a mí, con algunos podía hablar. Ahí sentí que podía respirar de nuevo. Tenía que evaluar a mis interlocutores, hacer un sondeo inicial, pero el silencio no era tan opresivo como en la escuela fiscal. Y ese era un lugar de mi papá. Caminaba los caminos de él, lo buscaba. Iba poniéndole piezas al rompecabezas. Porque durante la infancia no lograba entender nada, tenía una mezcla de miedo e incomprensión.

La desaparición es una cosa rarísima. A fuerza de leer los procesos —de leer, y leer y leer— hoy puedo entenderla desde distintos ámbitos. Pero cuando tenía nueve, catorce o dieciocho no podía. Preguntaba, hacía esfuerzos y no lograba entender por qué. ¿Cómo puedes entender que una persona tan importante en tu vida dejó de estar y no está muerta? Eso tú no lo entiendes. Era algo psicótico.

Recuerdo que un día me subí a una micro. Tenía trece años, no sabía tomar micros, pero ese día me subí nomás y partí a buscar a mi papá. Había leído de los campos de concentración nazis, sabía que mis abuelos habían estado en un campo de concentración, que habían sido tratados de manera cruel, y tenía una construcción interna

en la que mi papá, producto de las torturas y el sufrimiento, deambulaba perdido por la ciudad. Por eso partí a buscarlo.

Me bajé de la micro en cualquier parte y, cuando me perdí y no sabía cómo volver, me di cuenta de que lo que había hecho no estaba bien, era algo loco que podía aumentar el daño. Ya había tanto dolor, mi mamá que parecía tan destruida, no podía provocar más dolor. Ese era un mandato potente. Entonces me arrepentí, me arrepentí mucho, y decidí hacer otras cosas, trabajar en poblaciones con el taller de teatro del liceo. Eso era lo que tenía que hacer. Así como mi papá trabajaba en los cerros de Melipilla atendiendo pacientes, yo podía ayudar a cabros chicos a estar un poco más felices contándoles un cuento. Después aprendí que no bastaba.

En el Manuel de Salas fui parte de los actores secundarios. Íbamos a las tomas, organizamos el Cordón de la Unión de Estudiantes Secundarios en la zona oriente. Ahí me vinculé con cabros de la Jota, pero militar no me funcionó, no tengo características de militante. Tampoco participé de la Agrupación ni en las huelgas de hambre, nada de eso. Pero sí participaba desde lo creativo, desde lo social, y nunca rehuí nada de esta historia, nunca he dejado de buscar. Mi identidad tiene que ver con la búsqueda, con la necesidad de saber, con la construcción de lo oculto, de dignificar lo que está oculto. Desde muy chica buscaba, lo que cambia es lo que una va buscando.

Desde siempre tengo esta tendencia a mirar a los muertos. Si hay un funeral, me acerco al muerto. Si lo puedo tocar, lo toco. Es un rito de despedida que hago con todos los muertos, y he tenido muchos muertos. Una está rodeada de muertos. A mi abuelo muerto lo abracé. Acababa de morir, su cuerpo estaba tibio todavía. Fue precioso. A mi abuela también pude abrazarla. Sentí que me quedaba con ellos. Tengo esa obsesión, pero no es invalidante: siento que la capacidad de mirar la muerte me fortalece. Hay quienes se destruyen en ese minuto y otros que tienen que sostener. Ese ha sido mi rol. Yo estoy con los muertos. Es una deuda que tengo por no haber visto a

mi papá, por no haber podido enterrarlo, por no haber sabido nunca qué pasó.

Cuando fue lo de la Mesa de Diálogo fuimos sorteados para que se nos dijera que mi papá había sido lanzado al mar. Puede ser y puede no ser, evidencias no hay. Se presume que pasó por Simón Bolívar, porque pertenecía a la tercera dirección del PC, exterminada en ese lugar. De acuerdo a un testimonio, estuvo en las perreras, en las cajas de La Torre de Villa Grimaldi. Me he imaginado todos los momentos que pudo haber pasado ahí, pero no quisiera contarte.

Sí te puedo contar de mi experiencia. Yo estaba cuando se inauguró la Villa y después de tener a mis hijos decidí trabajar ahí, sentí que era importante. Trabajaba principalmente con Hernán Plaza, que estuvo ahí junto a su mujer, una periodista que estaba embarazada. Hacíamos visitas guiadas juntos. Hernán era un hombre de pocas palabras, pero cuando no había nadie, en los tiempos lentos, conversábamos, pasábamos horas conversando. La intimidad que eso generó me permitió ir construyendo un relato.

La mayor parte de las veces yo hacía el recorrido inicial. Hablaba de temas históricos, de los aborígenes que habitaron la zona, de la cultura que hubo y cómo fue destruida. Después hablábamos del golpe, del allanamiento de la Villa Grimaldi. La hija del dueño, un señor llamado Emilio Vasallo, fue obligado a vender a cambio de la vida de su hija, una militante del MIR detenida en el Estadio Nacional. Los milicos convirtieron el lugar en un centro de detención clandestino, el de mayor longitud en el tiempo que hubo en Chile. Funcionó desde el 73 hasta el 79.

Al final dábamos nuestros testimonios. En La Torre hablaba Hernán, que había estado ahí. Luego yo, hija de un prisionero desaparecido, contaba esta historia inconclusa. Era una especie de ofrenda para mi papá y para los cerca de cinco mil prisioneros que pasaron por ahí. Aunque fuera doloroso, cada vez encontraba más necesario, más potente y relevante hacerlo yo. No sólo para los que me

escuchaban, también para mí. No era un ejercicio unidireccional, yo conocí muchas historias en la Villa Grimaldi.

En una ocasión, entró una pareja. Les pregunté si querían que les contara y ella me dijo: “¿Por qué no? Cuéntanos”. Empecé a hablar y él me miraba de una forma extraña. Podía sentir la tensión. Después de un rato partieron solos a dar una vuelta. Cuando volvieron, ella, una mujer muy arreglada, me pidió que les hablara de las torturas. En la maqueta estaban bien demarcados el galpón, los colgamientos. Cuando empecé a explicarles, el hombre me interrumpió: “Eso no fue así”. En ese momento entendí que él había estado ahí, del otro lado, y sentí pánico. La mujer captó mi reacción, una reacción corporal y trató de solidarizar. Hernán, que había estado preso ahí, se me acercó. “Estos son exagentes que vienen a ver qué tipo de información estamos dando”.

Este episodio me permitió dimensionar algunas cosas sobre los agentes. Hasta ese momento, para mí eran todos el Guatón Romo, un puñado de locos desquiciados. Pero este era un tipo cualquiera, absolutamente normal. Es algo difícil de explicar. Recién ahí caí en cuenta de que son muchos más de los que yo creía y pueden estar en cualquier parte. Convivimos con ellos a diario.

En otra oportunidad, llegó un hombre mayor con dos mujeres y un chiquillo adolescente, una familia. Estaban mirando una maqueta del lugar. En ese tiempo era más tosca, menos bonita que la que existe hoy, por eso me gustaba. Me acerqué y les pregunté si querían que les contara algo. Dudaron, me dijeron que no, después que sí. Empezamos a caminar juntos y, mientras caminábamos, yo les iba contando. Había silencios. El chiquillo parecía querer evadirse, el hombre se quedaba en recogimiento. Cuando llegamos a La Torre, me preguntaron.

Ahí se provocó algo muy fuerte. La mujer se puso a tiritar. Salimos y nos sentamos en ese murito que hay, yo a su lado. No para de tiritar. La otra mujer les dijo al hombre y al joven que por qué

no caminaban un rato. Cuando nos quedamos solas, le tomé la mano y le pedí que respirara. Mis relatos le habían abierto una puerta en la memoria: “Yo estuve ahí, yo estuve ahí, yo estuve ahí”.

Había estado en diciembre del 75. Era estudiante del Liceo Experimental Artístico, tenía diecisiete años. Estuvo colgada, como en una carnicería, en los ganchos que usaba el Guatón Romo en La Torre. Me relató un simulacro de fusilamiento. Despertó por la lluvia: estaba desnuda sobre cuerpos muertos. Después de eso, la soltaron y ella no le dijo nada a nadie. No pudo. La experiencia de la tortura genera mucho pudor. Si se atrevió a volver a la Villa Grimaldi fue porque se lo pidió su hijo, durante todo ese tiempo no había querido recordar. Y ahora se sentía como si estuviera confesando.

Revivir lo que había vivido era horrible, pero también reparador. Me imagino la reparación como una brújula, como una rosa de los vientos, que gira. A veces apunta en una dirección, a veces en otra; a veces te llega a ti y a veces no. A veces no te llega nunca. Para mí, difundir lo que pasó, esto que le pasó a Chile, a nosotros en primera persona y a nuestros padres en primerísima persona, esto que nos ha hecho el Estado, ha sido reparador.

Cuando mis hijos eran chicos los llevaba mucho a la Villa Grimaldi, quería mostrarles el lugar y contarles que ahí había estado su abuelo. Ignacio jugaba en un árbol, un árbol grande que hay ahí. Nos apropiamos de ese árbol, le pusimos el árbol del abuelo. Cuando estaba en sexto, organizamos una visita con el profesor de historia. Les avisamos a los papás en qué consistiría; solamente uno no quiso mandar a su hijo. Pedimos el bus de colegio, y a las ocho y media de la mañana partimos. Cuando llegamos, les conté de la historia del lugar. De los indios, de los jesuitas que llegaron; hablamos de alfarería, de la construcción humana. Así partió el relato. Luego les conté que en la Villa Grimaldi había conciertos, que Pablo de Rokha y Neruda se juntaban a hacer duelos poéticos ahí.

En un momento les dije que ahí, en ese cuadrado, había estado secuestrado mi papá, el abuelo del Ignacio, que se llamaba Carlos Godoy Olavarría. Ignacio se emocionó. Los compañeros lo abrazaron y después de abrazarlo se fueron a correr por el parque. Se abrió un proceso en esos niños, y en Ignacio, que antes había estado ahí, pero de otro modo. Porque los verdaderos trabajos de memoria son colectivos. Como un día en que vino un grupo de cabros más grandes. Cuando salimos de La Torre, una niña dijo: “Soy hija de un militar y no sé lo que ha hecho mi papá, pero si mi papá hizo algo, yo aquí quiero pedir perdón”.

Un instrumento del odio

Carolina Valdés

Licenciada en Artes

Además de ser constructor, mi papá dibujaba, pintaba acuarelas, hacía cerámica. Cuando volvimos a Santiago, en los ochenta, estuvo a cargo de las brigadas muralistas del PS y de una escuela de formación de la juventud. Les enseñaba a los cabros técnicas de muralismo, a hacer panfletos, mimeógrafos, reproducciones con una especie de gelatina morada.

A pesar de lo intenso de su militancia, la vida en la casa era tranquila. Sabíamos lo que pasaba en el país, pero no nos abrumaban con información. Los domingos en familia eran sagrados. Siempre hacíamos algo. Inventábamos historias o nos íbamos a la playa, a acampar, a subir el cerro. Muy rara vez nos llevaban a sus actividades políticas. Y nunca los vi derrotados. No tengo la sensación de que mi papá nos haya abandonado, de que haya escogido al partido. No tengo esa rabia. Además, después del plebiscito nadie pensó que iban a seguir matando. Y esto fue el invierno del 89. Rayando una muralla.

El que le disparó fue un guardia de seguridad, no un agente del Estado. Ni siquiera estaba haciendo un mural, era un rayado con spray a las cuatro de la tarde. Mi papá era el encargado nacional de agitación y propaganda del ps. El partido había decidido hacer una actividad sobre Clodomiro Almeyda, un dirigente histórico que estaba preso. Le habían aplicado el artículo octavo y no podría presentarse a elecciones. La idea era rayar “No más exclusión, Almeyda senador”. Tenían todo planeado. La muralla estaba en pleno centro de Santiago, colindaba con el estudio de grabación de un hermano de don Francisco donde se grababa *Éxito*, un programa que había en ese tiempo.

Mi papá rayaba mientras alguien le sostenía la plantilla. Ya estaba terminando cuando se abrió la reja metálica del estudio y salió un guardia totalmente exaltado. Los empapeló a garabatos, le pegó a mi mamá, cuando se dio cuenta de que mi papá estaba a cargo, fue a tratar de agarrarlo. Mi papá logró zafarse y siguió caminando. Ahí el tipo sacó la pistola y le disparó por la espalda, directo a matar. La bala le entró entre el bazo y el corazón.

Eso fue hace veintisiete años. Después, todo se fue a la mierda. Mi mamá se deprimió. Nunca fue buena para expresar sus emociones, pero ahora cerró su muro perimetral, se desconectó del mundo, y aunque no quería se alejó de nosotras. Yo también me fui para dentro. No encontré ningún espacio de contención. Estaba sola. A Raúl lo mataron a principios de julio, durante las vacaciones de invierno. Un mes antes nos habían cambiado de colegio. Las monjas españolas exageradamente fachas donde estudiábamos estaban pintando el mono porque no éramos bautizadas. Enfrentamos el asesinato de mi papá en un lugar donde no conocíamos a nadie. Todos sabían, pero nadie se atrevía a decir nada. Y es que era demasiada la conmoción. “¿Qué le digo?”, pensaban. “Y si le digo algo y llora, ¿qué hago?”

No salía, lo único que hacía era estudiar. Siempre una de las primeras del curso, participaba en concursos de matemática, hacía lo

imposible por no darle problemas a mi mamá. Mi hermana, en cambio, era rebelde. Reaccionamos de manera opuesta. Cada una se fue a un lugar adonde sobrevivir en términos emocionales. Mientras yo me encerré en los estudios, la Negra se metió en una espiral autodestructiva. Las dos lo pasamos mal, pero ella lo hizo carne.

Hace poco hablamos de esto con ella, nos juntamos y conversamos la tarde entera. Hablamos de cosas que nunca habíamos hablado, de lo solas que nos sentimos después de que mataron a Raúl y de lo discriminada que ella se sintió dentro de la familia. La porra, la que no terminó el colegio, la que se quedó embarazada. Necesitaba evadirse de lo que había pasado. Sentía que era una oveja negra en esta familia, que nunca había encajado. Con el tiempo dejó de tratar, hace ya diez años que vive en México.

Han pasado tantas cosas. Este año ha sido duro. Encontré al asesino de mi papá, el huevón trabaja acá a la vuelta.

Por mi pega en la Inspección del Trabajo veo muchos listados de gente. Durante años busqué su apellido en estas listas, era una pequeña manía. Un día dejé de buscar, porque qué iluso, demasiado improbable. Hasta que hace poco me tocó ir a revisar los contratos, las remuneraciones y cosas así de unos condominios que hay aquí cerca de mi casa. Empecé por los edificios más cercanos, los que están en la esquina y fui un día en la tarde. Estaba viendo el registro de asistencia y decía "José René Poblete". Era el nochero. ¿Sería él? Como no había nadie, le pedí la documentación a la empresa. Dos días después me llegó el archivador. Estaban los papeles de todos los trabajadores. De él sólo había una página, una carta de amonestación. Vi el RUT, nueve millones, correspondía con la edad del tipo. Esto fue en julio, dos semanas después del aniversario de la muerte de Raúl.

No lo quería creer, y es que es muy perturbador. Vive aquí cerca, trabaja prácticamente en la esquina. Mi primer impulso fue llamar a los chiquillos de la Funa, pero en ese momento no fui capaz de decidir. Lo primero era asegurarme de que efectivamente fuera

él. Busqué su certificado de nacimiento, a través de una amiga conseguí cotejar todos los datos en la PDI. No había ninguna duda, era él.

¿Y ahora qué?, pensaba. Si le hago la funa, le voy a hacer mierda la vida un rato, ¿y luego qué? ¿Qué va a pasar conmigo? ¿Cómo voy a quedar yo? Y sobre todo, ¿por qué no siento una necesidad imperiosa de ir a funar a este huevón? Me importaba un carajo lo que le pasara a él, en cambio sí me importó lo que pudiera pasarme a mí. Le di mil vueltas al asunto, en terapia le dimos como caja, fui a constelaciones familiares, hice todo lo que tenía a mi alcance para ayudarme a decidir. Finalmente llegué a la conclusión de que traerlo de vuelta a mi vida no tenía ningún sentido. Veintisiete años arrastrando la pena es suficiente. No quería darle otra vez un protagonismo que ya tuvo treinta años atrás. Si alguien lo quiere funar, bien. Estaba dispuesta a entregar todos los antecedentes. Pero yo no lo quería conocer. Ni menos quería que él me conociera a mí, el tipo trabaja a una cuadra de mi casa. Si me lo topo y no me conoce, da lo mismo. Pero si me conoce es distinto.

Cuando le conté a mi hermana, me dijo que ella sí lo quería conocer. Le pedí que lo pensara, pero estaba decidida. Hace mucho tiempo que la Negra no es la niña alocada que fue alguna vez, ahora está en una onda mística, espiritual. Quería perdonarlo, nos dijo, quería hablar con él y perdonarlo. Me quedé perpleja. Y mi mamá casi se muere, escuchó la palabra “perdón” y bloqueó todo, no pudo seguir escuchando.

Hace pocos días, cuando la Negra llegó de México, tuvimos una conversación las tres. Fue una conversación difícil, larga, y nos dijimos cosas duras, cosas que teníamos pendientes de todos estos años. La Negra nos explicó por qué quería perdonarlo. No quería seguir viviendo con esta rabia, con esta pena, era una forma de sacárselo de encima. Ese era su razonamiento.

Mi mamá no podía entenderlo. Estuvo días sin dormir, fue extremadamente duro para ella. Yo, en cambio, de alguna manera

extraña, después de conversar con ella pude entenderla. Siento que desde lugares distintos hemos llegado a converger en ciertas conclusiones. Ya basta de seguir arrastrando tanto sufrimiento, al dolor hay que dejarlo donde debe estar. Eso es lo que yo entendí que ella buscaba, una clausura, y si creía que esto la iba a ayudar, yo no podía negárselo. Además estamos hablando de un guardia. Trabajaba para una empresa de seguridad de militares y lo deben haber adoctrinado contra los terroristas de izquierda, pero no era de la DINA, no era de la CNI, no era un torturador. Mató, pero no se especializó en matar. Es verdad que hizo un daño horrible y que era un hombre adulto que actuó de manera consciente, pero en este asesinato también hubo algo de azar.

Así que, a pesar no tener ningún interés en perdonar a este huevón, le conseguí los datos a mi hermana, y ella fue a buscar al tipo y lo encontró. Iba con su amiga periodista y un camarógrafo.

—Estoy buscando a don René Poblete.

—Sí, soy yo.

—Yo soy la hija de la persona a la que usted mató.

Le contó que yo, su hermana, lo había encontrado por casualidad y que quería hablar. Él podría haberse entrado, podría haberla agarrado a chuchadas, podría haber hecho muchas cosas. Pero se quedó ahí hablando. Nadie pensó. Decía: “No hay día de mi vida que no me arrepienta de lo que hice. Lo busco en Google y veo su foto. Sé que era un padre de familia, que era arquitecto. Por favor dígame a la señora Cecilia que me perdone. Yo nunca quise hacer daño”.

El tipo lloró todo el rato.

Le contó a mi hermana que esa tarde maldita llevaba tres días sin dormir, que trabajaba en otra instalación y que por falta de personal lo habían llevado a ese estudio. Que era la primera vez que estaba ahí y que le pasaron una pistola porque dos días antes habían entrado a robar. Le dijo que no podía entender por qué había reaccionado

de esa forma, que estaba tan arrepentido. Tanto, tanto. Que no había un día en su vida en el que no pensara en Raúl. En “don Raúl”, decía.

Entonces mi hermana le dijo que ella quería perdonarlo, que entendía que él fue un instrumento del odio, de la intolerancia que imperaba en ese tiempo. Pero que esa responsabilidad que él llevaba, la vida y el universo se la iban a cobrar, que ante la divinidad iba tener que dar cuenta. Mi hermana lloraba. “Los dos estábamos llorando, Cayito”. El camarógrafo no lo quería creer. No he visto estas grabaciones todavía, pero cuando mi hermana me contó, llorábamos las dos. “Pidió perdón, hermana, pidió perdón”.

No quiero pensar nunca en la tortura

No quiero saber los detalles de lo que tuvo que pasar. No creo que eso me ayude a ser más feliz. Lo habían dejado cojo. No tuvieron piedad. A la gente no sólo la mataban. Le destrozaron la mandíbula a culatazos para que no pudiera hablar. Era un psicosis, algo imposible de entender. Nunca lo conté. A veces la venda se movía, se levantaba un poco de aquí abajo, entonces él podía ver el piso. Yo leía: violaban con perros, con ratones. Lo tenían crucificado. ¿Cómo podía eso existir? Los llevaron a reconocer personas. Estadio Chile, Nacional, Tejas Verdes, Chacabuco. Amenazado. Como un pedazo de carne. Para que entregara a su hermano Juan. Existe. Mucha gente pasó por ese barco. Y lo que sentía era tristeza. No podía reírse, le habían quebrado las costillas. Lo supimos a partir de los huesitos que encontraron. No una tortura técnica, sofisticada: puro golpe. No puedo pensar. Le duele mucho el pecho. Le está dando un infarto. Yo nací cuando mi mamá estaba en

prisión. Estuvo detenida cuatro meses, y le hicieron de todo, embarazada. Empecé a sentirlo en la carne. Tanto tiempo encerrados en esas cajas. De la tortura no se habla. Decimos que pasaron cosas terribles. El resto, a la imaginación. Con los niños. El mismo *modus operandi*. Una herida en el pómulo. Tres o cuatro en un cajón en cuclillas por días. La gente se volvía loca. Mi papá enloquecido, no mostró ningún respeto. Quiero saber exactamente qué vivió. Me dijeron que no hablara del tema, que era delicado. Son secuelas para el resto de la vida. Uno de los agentes dice salió duro este huevón. Acompañaron el parto armados, obviamente. El sentimiento principal es la vergüenza. Ese pensamiento de decir: mi mamá tiene que haber querido protegerme. Saber que existe eso, que no va a dejar de existir. Todavía no encuentro palabras. Cómo los tenían de pie todo el día o en unos cajones. Me hace vomitar. ¿Quién puede hacer eso? Se desquitaban con ella. Usaban doctores para asegurarse de que sobreviviera. Y así eran semanas, meses. La piscina, la torre, el maltrato constante. Le quemaron las piernas. En el piso, con frío. Los patearon hasta dejarlos veinticinco metros más allá. Ni siquiera hasta la muerte. A una periodista embarazada. Necesitaban información y él se resistía a darla. Estábamos en eso cuando mi hermana pegó un grito. Nunca habló. Ahí quedó hasta el final de la noche. Enfrentado a esa miseria. Yo lo pensaba. Les quitaron todo. Desvistieron los cuerpos y los manguerearon. A mí no me ha contado lo que vivió, pero sí lo contó en un libro. No el dolor, la vergüenza. Cuando supe que había muerto sentí alivio. No tienes derecho a exigir lo que no sabes si eres capaz de aguantar. Y se secaban sus lágrimas. ¿Te acuerdas de él? Yo soy su hijo. Pero ya no era la misma persona. Hacían eso para presionar, para que entregara a la gente. Le descubrió las manos y estaba así, amarradito. No podía entender la violencia sexual.

Las circunstancias de mi nacimiento. Yo no quiero que ella olvide, para nada, pero quisiera verla tranquila. Las ideas fundamentalistas. Una persona que se resistía. Con corvos lo fueron mutilando. La agarraron entre dos y empezaron a botar algunas cosas. Fue una masacre pero sobrevivió. No sabía, no sabía dónde estaba. Qué lees, por qué lees. Ratoneras es cuando secuestran a una familia entera y los torturan. Menos conmigo va a querer hablar el tema. Golpes, golpes, golpes. Había quedado con esa herida. Poder contarle fue muy importante. Tú no puedes decir este huevón no tendría que haber hablado. Detenían a las esposas, a los papás, los torturaban para dar con el paradero de la gente. De a poquito fui abriendo la conciencia. Prefería morir a volver a caer preso. Esto lo contó un sobreviviente. A su papá nunca quiso contarle. Querían llegar a mi papá a través de ella. Se enajenaban y hacían ese tipo de daño. Hace que uno se cuestione qué es lo humano. Seres humanos comunes y corrientes, no psicópatas. Que torturaban a hombres, a mujeres. Estamos fritos. Un testigo dice que tenía desencajado acá. ¿Por qué tiene menos pena la tortura que el asesinato? No lo entiendo. Sabiendo cómo eran las torturas. Las violaban con perros, con ratones. Dije nunca se lo voy a preguntar. Por mi propia experiencia de ser violada y maltratada. Los que peor lo pasaron fueron los más pobres. Los abuelos por ambos lados fueron detenidos. Eso. No me deja dormir. Que no podía estar de pie. Y que se fueron muriendo sin ningún tipo de castigo. Qué estás mirando. Le pone la cara en un charco de la sangre. Nunca lo había compartido con otro. Muchas veces ni a sus familias les habían relatado sus vivencias. Hay mucha recriminación a los que se quebraron. Pasó por siete recintos de detención. Era como un vía crucis. Toma, tápate con esto, te lo manda Juan Carlos. Sus dolores y sus gritos se hicieron más fuertes. Dicen que después

de torturarlo, lo tiraron al río. Y van a volver a matar. Mi propia carne maltratada de esa forma. Degradada. En esos catres típicos de huincha. Patea el cadáver mientras grita lo contento que está. Me acuerdo perfectamente de ese día. Algo se quebró. En la mañana hice mi primera comunión. Y lo reventaron entero. Fue una golpiza muy larga. Lo dejaron ahí, semiagónico. Me había bloqueado. Él pedía agua, por favor. La cara, las manos, llenas de ampollas. Mucha gente no había hablado nunca. Que dónde estaba Juan, y él no decía nada. No soy capaz de imaginar. No se podía sentar. A ella la estaban torturando pero yo no veía. La sofisticación del horror. Siempre hay algo más oscuro. Les enseñaron los gringos. El pene lo tenía rebanado. Todavía no lo comprendo. Le faltaba una pierna. No sé qué cresta le habrán hecho. Los cortaban. Mis pesadillas son con los pedazos. De la tortura supe cuando aprendí a leer. Cuando la estaban torturando, ella decía: ¡Se va a morir mi guagua! Entiendo absolutamente a los que fueron capaces de quebrar. Ella bloqueó, bloqueó, bloqueó. Si le pregunto volverá a sentir dolor. Un ser humano de la DINA. Habían pasado tantos meses. Has llegado hasta aquí. No sé si uno puede recuperarse de eso. Me duele pensar. Me abrazaba y le salían lágrimas. Mi familia no ha querido saber. No contaba nada. Sale de la cárcel y lo internan en el hospital. Esa escena en la que mi padre pedía ayuda. Como tantos otros miles de chilenos, de latinoamericanos. Tenía catorce años, liceana. Cuando los pacos pegan, cuando patean. Te ven como un objeto y no les importa nada hasta el final de sus días. De verdad que no lo entiendo. Probaban nuevas técnicas para saber cuánto es capaz de resistir el cuerpo humano. Le sacaron un ojo con una cuchara. Al abrir este secreto el pudor es el sentimiento mayor. Dicen que estuvo varios días colgado. Despertó por la lluvia, con la cara mojada. Estaba desnuda, sobre cuerpos

muertos. Ya lo sabes. Así era la detención. Eran tipos cualquiera, que en la noche llegaban a comer con sus mujeres. Su memoria es fragmentada. Se acuerda de que le preguntaban por las armas. Ojalá hubiese muerto el mismo día. Estuvo años. Vio en el piso a esta persona. El miedo que sintió hacia lo que podía pasarnos a nosotras. La crueldad va a ser la misma. Estuvo colgada en los ganchos que usaban, como en una carnicería. Los compañeros le decían que no tomara agua. Por la electricidad. El dolor, yo lo sentí, porque ella estaba embarazada. ¿Siempre ha habido esto?, me pregunto. Insoportable. Insufrible. Los mantuvieron vivos demasiado tiempo. Se reían y le disparaban. “Aquí te traigo a tu mamá, aquí la tienes”. Era una cosa muy solemne ir y entregar tu testimonio. Ella estuvo ahí detenida con sus hijas. Todo empezó en Panamá. Los despojaron de las cosas pequeñas. Alguien, no sé quién, le rompió las costillas. En modo de burla lo crucificaron. Entraron y la tiraron al suelo, quemada entera. Ahí tú dices puta la huevada. ¿Qué quieres? Dime, ¿qué quieres? Todos tienen que saber.

Peligroso mirar

Juan Carlos Chávez Pilquil

Educador tradicional mapuche

Se conocieron el 73, en una marcha en apoyo a la toma del Canal 9, porque había intención de privatizarlo. Se pusieron a conversar cuando ya se iban para la casa, en el paradero. Él le contó que estaba estudiando teatro por un compromiso político, no porque quisiera ser famoso. Después le preguntó qué micro tomaba y tomaban la misma micro. Ella parece que andaba con un bolso, un morral artesanal mapuche. Él le dijo que su bolso era bonito y mi mamá mintió, le dijo que lo había hecho ella. Vivían cerca. Se bajaron en el mismo lugar.

Poco después de empezar a pololear, ella quedó embarazada. Se casaron en febrero del 74, en contra de la voluntad de mi abuela materna y en contra de la voluntad del partido: casarse implicaba establecer relaciones formales, legales, que podían complejizar la vida clandestina.

Después de graduarse, mi papá había entrado a estudiar una especialización en dirección teatral en la escuela de Víctor Jara. Cuando vino el golpe, cerraron la escuela, mataron a Víctor Jara y persiguieron

a todas las personas que estudiaban ahí. Así que él volvió a dar la Prueba de Aptitud Académica y el 74 entró a estudiar Derecho a la Universidad de Chile.

Él partió siendo alessandrista, se fue haciendo de izquierda de a poco, influenciado por el ambiente cultural. Mi mamá, en cambio, siempre fue de izquierda. Mis abuelos eran cercanos al PS. Un tío mío era maoísta, del PC chino, de un grupo que se llamaba Espartaco. Mi mamá lo admiraba mucho, era su referente en la familia. Miraba las revistas chinas que él coleccionaba y quería ser como las campesinas chinas. Usaba pantalones, se estiraba el pelo. Ese fue su primer acercamiento a la izquierda.

Desde antes de conocerse los dos militaban en el FER, el Frente de Estudiantes Revolucionarios del MIR. Él en la universidad, ella en el liceo. Pero pronto empezaron a sentir que a nivel estudiantil estaba todo hecho, y se concentraron en el trabajo poblacional. Mi mamá tenía a los vecinos organizados con abastecimiento directo desde la época de la UP. Mi papá hacía teatro político en los campamentos, muy influido por Bertolt Brecht, y también instruía a los pobladores en defensa personal.

En los días posteriores al golpe, una noche, poco antes del toque de queda, llegaron unos compañeros a la casa de mis abuelos en Quinta Normal. Llegaron buscando dónde refugiarse, vestían abrigos largos y bajo los abrigos traían armas. Ahí se produjo un conflicto. Mi tío dijo que se tenían que ir, que era un riesgo para mis abuelos. Y mi mamá tuvo que buscar una casa esa noche literalmente de punta y codo.

Después de eso, ella se alejó de la militancia más activa y se fueron a vivir a Las Rejas, en una casa que no conocía nadie. El MIR estaba dividido en GPMS, Grupos Político Militares. Mi papá era el encargado de propaganda del GPM-9. Se encerraba en el baño a teclear en una máquina de escribir, y hacía estenciles, plantillas. Después de pasar la tinta por las hojas, las secaba. La casa estaba llena de panfletos. Mi

mamá se encargaba de los dibujos: dibujaba armas, metralletas. Eran instrucciones para la resistencia.

A veces, por las calles se paseaban los milicos. Mi papá esperaba a que se fueran antes de seguir tecleando. Nadie sabía quiénes vivían en esa casa, nadie sospechaba, no era una zona de gente de izquierda. Pero no es que estuvieran clandestinos. De hecho, la noche en que se lo llevaron, el 26 de julio del 1974, mi papá estaba tomando exámenes en el DUOC. Hacía clases de expresión corporal.

Mi mamá lo iba a ir a buscar y él le pidió que me llevara, quería presentarme a sus colegas y estudiantes. Estaba feliz, emocionado, me mostraba a todo el mundo. Pero cuando volvieron a la casa, antes del toque de queda, no se sentía bien, estaba un poco enfermo, resfriado. Desde mi nacimiento, un par de meses antes, se estaban quedando en la casa de mi abuela materna, en Quinta Normal. Todos se quedaron en el living compartiendo y él se fue a acostar temprano.

Como a las once de la noche tocaron la puerta. Mi mamá fue a abrir. Era una persona alta, con una boina, con pinta de actor de cine. Venía con unos libros bajo el brazo, como un estudiante. Mi mamá no lo ubica, pero se parece a alguien, no está segura de a quién. Le llama la atención. Y pregunta por Juan Carlos. Juan Carlos era el nombre político de mi papá. A mi abuela, que es bien mapuche, bien desconfiada, todo esto le dio mala espina. Mientras mi mamá buscaba a mi papá, ella se quedó parada en la puerta, y empezó a juntarla, a juntarla, hasta que el tipo la abrió de una patada y entró con dos agentes más.

Le dijeron a mi mamá que eran de un organismo de seguridad nacional y que necesitaban hablar a solas con su esposo. Entraron a la pieza y pronto salió mi papá con un chaleco, con su poncho y con su boina. Se notaba nervioso. Se acercó a mi mamá y le entregó disimuladamente un puñado de boletos de micro. En los boletos de micro, antiguamente, se anotaban en clave los puntos de encuentro de la resistencia. Eso no podía caer en manos de la DINA. Le entregó a

mi mamá esos boletos para que los hiciera desaparecer. Y eso fue todo, ni siquiera se despidió. Pero ya todos sabían.

Una de mis tías, la más chica, salió a la calle. Había un grupo de civiles armados rodeando la casa por fuera y un vehículo estacionado en la esquina. Mi mamá se fue al patio interno de la casa, se subió arriba de una escalera y miró por arriba de la muralla. Con cuidado, porque era peligroso mirar. Dice que se veía tranquilo, que iba conversando. Y eso fue todo. No supimos nada más hasta el año 2003, cuando alguien que estuvo con él Londres 38, un sobreviviente, vino a Chile a declarar.

Al principio mi mamá lo buscó como a cualquier persona que cae detenida, convencida de que en cualquier momento lo iba a encontrar, pensando que probablemente estaba aislado, pero pronto tendría la posibilidad de visitarlo, de llevarle mercadería. En este proceso, de lugar en lugar, fue encontrándose con otras personas que buscaban a sus familiares detenidos.

Pronto estas personas que buscaban empezaron a reunirse en la calle Santa Mónica, donde funcionaba el Comité Pro Paz. Ahí elaboraban listas de personas detenidas, con los datos. No existía la Vicaría en ese momento, tampoco existía el concepto de detenidos desaparecidos, pero sí se sabía que estaban negando las detenciones, y que en algunos casos se negaba la existencia misma de los detenidos.

Mi mamá no sabía qué creer. La prensa chilena era una máquina de desinformación. Que los habían visto, que estaban con otra mujer, que habían viajado fuera de Chile. La mentira era constante, era el *modus operandi* de la DINA para desviar la atención, para justificar y para joderles la psiquis a las personas que estaban buscando a sus familiares. Trabajaban mano a mano con los medios de comunicación.

El peor de estos montajes fue la Operación Colombo, la lista de los 119.

En julio de 1975, *O Día* de Brasil, un diario que tuvo un solo número, y la revista *Lea* de Argentina, publicaron listas con los nombres de 119 personas, casi todas menores de veinticinco años, señalando que habían muerto fuera de Chile producto de disputas al interior del MIR. Una de estas personas era mi papá. En los días siguientes, esto fue reproducido por el diario *La Segunda*. “Exterminados como ratones”, titularon. Y después en *La Tercera* y *El Mercurio* dijeron que se habían matado entre ellos.

El día en que aparecieron estas listas fue el más terrible. Había mucha confusión entre los familiares, no sabían cómo reaccionar. La información contradecía las versiones de presos políticos que habían estado hace apenas unos días con algunos de los mencionados en las listas. Además, ¿cómo se iban a haber matado entre ellos? Era simplemente imposible. Después se dieron cuenta de que algunos nombres estaban escritos con las mismas faltas de ortografía que en las listas del Comité Pro Paz, donde habían entrado a robar. El punto es que, sin saber qué había pasado en realidad, desde el principio se supo que era un montaje, que la prensa estaba mintiendo de manera coordinada.

A partir de ese momento tuvimos que aprender a vivir en la incertidumbre. Si alguien dice algo, si aparece alguna información, ¿podemos confiar? ¿Será para engañarnos? Aprender a vivir con esa sensación de que nada es seguro. Cualquier cosa, cualquier persona, cualquier relación puede desaparecer. Tú mismo puedes desaparecer.

El 77 partimos al exilio. Mi mamá trabajaba atendiendo mesas en un restorán. Un día vio entrar a gente extraña y tuvo miedo. El que estaba a cargo le preguntó si era por un tema político, él también era de izquierda, y la contactó con una persona que la ayudó a salir del país. Vivimos en Holanda hasta el 89.

El 81, más o menos, mi mamá se volvió a enamorar. Era holandés, se llamaba Vicente, y tenía diecisiete años. Se conocieron en el Comité de Solidaridad con la Lucha Salvadoreña. Desde un principio,

Vicente me tomó mucho cariño. Él me enseñó a patinar en hielo cuando los canales se congelaban. Hacíamos monos de nieve. Me enseñó el gusto por la historia, por la ciencia ficción. Con él me hice fanático de *Star Wars*, del *Viaje a las estrellas*, de algunas películas de terror. Me entregó sus valores y los valores de Holanda, de la solidaridad, de la diversidad. Antes de tener a mis hermanos, Vicente no quería hijos propios, sólo quería criarme a mí.

Cuando el año 82 le pidió permiso a mi mamá para traerme a Chile de visita, ella estuvo feliz. Viajamos en julio, en mis vacaciones de verano. Me acuerdo de poco de ese viaje, sólo sé que estuve casi todo el tiempo enfermo. El agua, el aire, todo me enfermó. Pero mi abuela materna me regaloneó de una manera en la nunca antes me habían regaloneado. Ahí conocí sus manos, sus masajes, las hierbas que me ponía en la cara, en el cuerpo, y con eso me sané, con la medicina mapuche.

Un par de años después volvimos a Chile, en 1984. Estuvimos un año. Mi mamá estudió en Holanda algo así como Trabajo social y cultural en el contexto latinoamericano, y decidió que haría su práctica en Chile, en la Vicaría de la Solidaridad, viendo los antecedentes socioeconómicos de los familiares de detenidos desaparecidos.

Vicente juntó plata, se compró una cámara, una Nikon, y aquí se hizo amigo de los fotógrafos que estaban documentando la represión. Se iba a meter a las protestas, a los lugares donde estaba allanando la CNI, publicaba artículos sobre lo que estaba pasando en Chile. Creó una revista incluso, *Cono Sur*.

Y yo fui al colegio. Primero a uno que estaba financiado desde Suecia, con gente de confianza, pero que quedaba en La Pintana. Los viajes eran muy largos y yo tenía diez años, así que me cambiaron a un colegio de monjas en el sector de Las Rejas con Alameda.

Ahí acompañaba a mi tía a las protestas y me tocó ver un montón de cosas, gente muerta, balaceras. Vivíamos en la Villa Francia cuando fue la muerte de los hermanos Vergara. Cuando llegué a

Holanda me preguntaron qué era lo que más me había gustado de Chile. Probablemente pensaron que iba a decir las flores, la cordillera, cualquier cosa. Yo respondí que las protestas y las bombas.

Cinco años después volvimos ya para quedarnos. Yo tenía catorce años, me estaba yendo bien en el colegio, me sentía bien allá. Pero no tuve alternativa. Mis hermanos ya habían nacido y todos tenían ganas de venir, excepto yo. El Estado holandés nos facilitó los pasajes y un contenedor para traer todas nuestras cosas, y a cambio nos hicieron firmar un documento renunciando a todos los derechos adquiridos en Holanda. Hablaban de retorno, nos estaban facilitando el retorno, pero para mí no era un retorno. Chile era el país donde vivía mi familia, no el mío.

Retornamos. Llegamos a vivir a Cerro Navia. Teníamos una panadería en el mismo lugar en el que estaba nuestra casa. Yo pasaba la mitad del tiempo ahí y la otra en la casa de mi abuela.

Al año de haber llegado, en febrero de 1990, hubo un acto de cierre por unos trabajos voluntarios que se hicieron en la población Sara Gajardo, que estaba al lado de donde vivía mi abuela. El CODEJU organizaban la actividad. En ese acto canté “El aparecido”. Varias personas me fueron a ver, entre ellas Vicente y mi mamá. Después, esa noche, ellos se fueron para la casa y yo me quedé a dormir donde mi abuela. Al despedirse, Vicente me dio un beso y me dijo: “No conocía esa faceta tuya. Estoy orgulloso. Me gustó como cantaste”. Me abrazó fuerte y sonrió. Esa fue la última vez que lo vi, al día siguiente murió en un accidente de tránsito.

En ese momento entré en crisis. Estuve casi un año sin ir al colegio, no quería seguir estudiando, me daba lo mismo lo que pudiera pasar. Tenía un sentimiento de culpa muy grande. Pensaba constantemente en las cosas que no había hecho, que no había dicho. A veces le decía “tú no eres mi papá”, sin ninguna consideración por el daño que podía provocarle. Me atormentaba pensar que no había sabido valorarlo. A la vez, su muerte me conectó con mi otro papá. Una

noche soñé que venían juntos a visitarme. Sentí el vacío y el dolor de haber perdido, no uno, sino dos papás.

Esta crisis no la pude superar, no hasta hace poco. Antes salía, pero era algo aparente, superficial, cada cierto tiempo volvía a recaer. Me costaba estudiar, me costaba trabajar remuneradamente, me costaba salir de la casa, estar en lugares públicos donde hubiera mucha gente. Me la pasaba encerrado, lleno de fobias y manías. Y como traté de estudiar varias veces terminé con deudas que no podía pagar. Me dijeron que era estrés postraumático, que tenía trastorno obsesivo compulsivo. Pasé años tomando medicamentos. Estaba en un limbo, sentía que no podía salir de ese lugar. Tan afligido me sentía que rogaba que ocurriera un milagro. Hasta que ocurrió.

En diciembre del 2014, apareció un primo mío del sur al que no veía hace años. Antes de venir a Santiago, llamó y dijo que a mí me quería ubicar. Cuando llegó a la casa me miró, me saludó en mapudungún, me abrazó y me dijo: “Te vengo a ayudar”. Después supe que él estaba en proceso de convertirse en machi. ¡Ya van tres en la familia! Me dijo que me iba a tratar sin costo, pero que tenía que seguir al pie de la letra sus instrucciones.

Poco después llegué a la comunidad allá en el sur. El tratamiento tenía distintas dimensiones. Lo primero fue conectarme, orar, participar de rituales comunitarios. También usar hierbas de distinto tipo. Algunas me limpiaban el cuerpo, me hacían vomitar, otras sacaban las emociones que tenía adentro, la rabia. Una madrugada estuve cubierto con hierbas durante horas mientras él tocaba el kultrún y cantaba. No podía moverme. También me trató con piedras calientes. Y, entre medio, íbamos hablando de las cosas que pasaban conmigo.

Una vez subimos un cerro y cuando llegamos arriba me hablé de los círculos. Me dijo que, en los círculos políticos en los que yo estaba metido, en los círculos de derechos humanos, había muchas personas que estaban igual o peor que yo, y que esas energías me estaban

destruyendo. Me dijo: “Cuando tú estés sano vas a poder ir a esos lugares y no te va a afectar, incluso vas a poder ayudar a otras personas a sanarse. Vas a poder ayudar a mucha gente, empezando por tu mamá. Pero primero te tienes que sanar tú”. Y que necesitaba una inyección de humor en mi vida.

Ese año pasaron muchas cosas. En una feria a la que fui, supe que una carrera de medicina natural a la que le tenía echado el ojo tenía matrícula gratis y decidí inscribirme. Sentí que era parte de mi proceso de sanación. Como hablo mapudungún, empecé a trabajar de facilitador intercultural en los consultorios en Quinta Normal y pude pagar mi carrera. Me fue excelente y ahora me salió una beca.

Fortalecer mi herencia mapuche me permitió descubrir muchas habilidades mías de las que no era consciente. No digo que esté completamente sano, estoy en proceso todavía, pero estoy de lleno en ese proceso. Un proceso que es también espiritual y que ha implicado un cambio en mi manera de relacionarme con mi papá.

Antes sentía rabia, sentía odio. Todavía, a veces. Pero ahora, cuando me siento así, trato de centrarme, de meditar. Y esto me ha permitido relacionarme con mi papá desde una dimensión más humana. Ya no lo veo como una figura legendaria, como un Hércules asesinado por los dragones a los que se tuvo que enfrentar. Ya no hay esa deshumanización. También dejé de tener rabia contra él por las opciones que tomó, entiendo que él hizo lo que pensó que era correcto a pesar del miedo. Me pude reencontrar con él y abrazarlo.

Lo mismo pasó con mi papá Vicente. Antes nunca le dije papá, ahora le digo papá. Mi mamá dice “tu papá” o “el papá”, que es distinto. “El papá” es Vicente y “tu papá” es Darío. Pero a veces pasa que se fusionan los dos. Y es que se han convertido en un arquetipo de una visión de mundo, de unos valores, y se me hace difícil separarlos. Siempre los llevo conmigo.

Tú, la hija del Alonso, tienes que bailar

Evelyn Gahona
Profesora básica

En la familia todos eran comunistas. El papá pertenecía al aparato de seguridad del partido y además era dirigente sindical, trabajaba en los camiones de la basura. Él nos crió a mi hermano y a mí. Mi mamá se fue cuando yo tenía dos años y él se quedó a cargo, entonces andaba para todos lados con nosotros. Nos daba la papa en las reuniones del partido, nos mudaba. En ese tiempo llamaba mucho la atención. A mí me decían “la compañera chica”. Yo lo adoraba. Los dos, con el Yuri, lo adorábamos.

Después de que vino el golpe, me acuerdo de pocas cosas. Un día salimos y el papá me dijo “no me vuelva a decir compañero”. Yo le decía compañero Alonso. “Nunca más me diga compañero cuando estemos fuera de la casa”. Eso me quedó grabado. También recuerdo que viajamos al norte, partimos de noche, y nos bajamos del tren a medio camino entre las estaciones. Ahí nos estaban esperando a caballo.

Debe haber entrado a la clandestinidad el mismo 73. Se perdió casi tres meses, si no más. Después, el 75, antes de que lo detuvieran,

volvimos a perderlo de vista. Ya había caído mucha gente, así que siempre andaba escondido en ese tiempo. Una de las últimas veces que lo vi, me miraba desde detrás de un poste. Me dijeron que no me diera vuelta. De eso me acuerdo.

También tengo un recuerdo vago de un allanamiento que hicieron a la casa donde vivíamos con el abuelo. Llegaron los milicos rompiéndolo todo. En la entrada había uno parado con un fusil y los otros buscaban cosas que no encontraron nunca.

Luego recuerdo la noche antes de que mi papá desapareciera. En la casa había una pared falsa y él estaba ahí, comiendo su arroz y mirándonos. En un plato de porcelana azul, de esos que había antes, él comía su arroz blanco. Esa fue la última vez que lo vi.

Había vuelto a trabajar, dijo que él no había hecho nada y volvió. No sé en qué estaría pensando. Fue un compañero de trabajo el que lo entregó, Carol Flores. Se bajó de un auto y dijo: él es. Un amigo vio esta escena. Después subieron a mi papá al auto y se perdieron las huellas.

Nadie nos dijo que lo habían detenido. No se atrevieron. Yo era muy chica y, como ya llevaba un tiempo clandestino, para mí era normal que no estuviera. Pero empezamos a notar conversaciones extrañas entre el abuelo y los tíos, y pronto entendimos que estaba preso. Y después empezó la búsqueda. Deambularon de comisaría en comisaría, hasta que dieron con Tres Álamos, uno de los pocos centros de detención que no era clandestino. A veces se les permitía a los familiares visitar a los detenidos, llamaban por nombre. Ahí nos llevaban a nosotros.

Recuerdo los días eternos. Deben haber sido muy tortuosos para los adultos, pero nosotros éramos chicos, jugábamos. Nos subíamos a un árbol pensando que podíamos ver a mi papá y la gente nos preguntaba qué veíamos. Les decíamos que un caballero con un abrigo negro, otro con lentes, uno con bigotes. No pensábamos que podíamos estar ayudando. Era un juego, había que jugar. Pasamos

veranos, inviernos, primaveras, otoños, esperando que nos llamaran. Pero al parecer nunca estuvo ahí.

En esos días vivíamos con el abuelo. Hasta los nueve vivimos con él y con unos tíos que estaban enfermos de la cabeza, un hermano de mi papá y su esposa. Fuimos muy castigados en esa casa. Yo fui víctima de abuso por parte de este tío cuando tenía siete años. Y ella nos pegaba. Al Yuri le pegaba mucho, a mí me tiraba al patio en el medio de la noche porque me hacía pipí. A lavar la ropa. Y también tenía que lavar la ropa de sus niños. Un día en que hacía mucho frío y estaba lloviendo, llegó el abuelo y me encontró afuera lavando con agua helada. Ahí se decidió, por fin, a sacarnos de ese lugar.

Nos llevó a la casa de los papás que me criaron: el papá Julio y la mamá Carmen. Él era hermano de mi papá por el lado materno, obrero de la construcción; ella era dueña de casa. Se tuvieron que hacer cargo de estos dos críos de la noche a la mañana, además de los dos que ya tenían. Teníamos peste, piojos. Esa misma noche nos bañaron, nos cortaron el pelo. Trabajaron duro. Hasta el día de hoy les digo papá y mamá.

La tía que nos castigaba nos decía siempre “huachos”. Yo me daba cuenta de que era algo hiriente, de que era una agresión hacia nosotros, pero no sabía lo que era un huacho. Recién empecé a entender cuando llegamos donde la mamá Carmen. Ella nos explicó que a mi papá lo habían detenido y que no sabía dónde estaba. También que nunca iban a dejar de buscar, pero no sabían si algún día iba a volver. Y que en adelante íbamos a tener que tener mucho cuidado: no se podía hablar con cualquier persona, no se podía responder cualquier pregunta.

Ahí empecé a entender lo que era un detenido desaparecido. Y me costó. Los presos eran los que robaban, los que hacían cosas malas, estaban presos porque habían hecho una maldad. Entonces, ¿por qué estaba preso el papá? La mamá Carmen me explicó con toda sutileza: “Lo que pasa es que creía en un Chile diferente, tenía una

forma de pensar, un discurso político, diferente a lo que hoy existe en Chile. Pero no pienses que es un hombre malo. Todo lo contrario”.

En esos días, también, se hicieron habituales las idas a la Vicaría, a estar con las viejitas, a acompañarlas. En las vacaciones nos instalábamos ahí. Íbamos con la mamá Carmen. Y empezamos a participar mucho del PIDEE, donde había niños con historias semejantes con los que sí podíamos hablar. Porque en el colegio hablar estaba prohibido. Las monjas me recibieron con la condición de que no hablara del tema. La mamá Carmen me rogaba: “No digas nada de Alonso, por favor”.

Cuando tenía doce años me rebelé. Un día, en clases de historia, había una monja que empezó a alabar a Pinochet. Le dije que su discurso era fascista, que yo tenía un padre desaparecido que no era ladrón ni violador, que estaba desaparecido por pensar distinto y nada más. Ahí quedó la cargada. Entendí que no era la única que había pasado por eso, que éramos más. Había hijas, nietas, sobrinas, de relegados, de prisioneros, de personas que habían sido torturadas y exiliadas. Niñas que habían pasado por cosas similares a las que yo estaba pasando empezaron a hablar. Las monjas quedaron locas. Decidí que no volvería a ocultar lo de mi papá y pude descansar de andar ocultando.

Lo del abuso, en cambio, me tomó más tiempo. Hasta los quince años no le dije nada a nadie. Por miedo, porque este tío me había amenazado, me había dicho que me iba a pasar algo si contaba. Y con ese miedo me quedé. Luego entendí que estas cosas, de una forma u otra, nos han pasado a casi todas.

A los quince años también supe que había muerto mi papá, y cómo había muerto. Estaba haciendo colonias urbanas en La Legua y las monjas me fueron a buscar. Me dijeron que había pasado algo en la casa, que me alistara. Esa tarde, en la Vicaría, José Manuel Parada me tomó de las manos y me dijo que una persona había dado declaraciones, y que en esas declaraciones describía muy bien a mi papá. Y empieza a contarme.

Este tipo que habló, Andrés Valenzuela, era parte del Comando Conjunto. Lo llamaban el Papudo. En el Comando Conjunto había pacos, civiles y gente de todas las ramas de las Fuerzas Armadas; el Papudo era milico. Participó en torturas y en el desaparecimiento de personas y, un día, en 1984, se comunicó con la periodista Mónica González diciendo que ya no podía más, que necesitaba sacarse de encima lo que sabía.

Él dijo que mi papá había muerto en el Nido 20, un centro de tortura clandestino que está en La Cisterna. Hoy es un sitio de memoria. Una casa tétrica. Entrás y hay puro frío. Según el Papudo, puede haber muerto de neumonía, porque hacía tanto frío y lo tuvieron colgado de una ducha. Dijo que de la ducha salió muerto. Y que después lo metieron a una bolsa, lo llevaron al Nido 18, otro centro clandestino, y de ahí, supuestamente, al mar.

José Manuel me dijo que la Mónica González iba a publicar las declaraciones de Valenzuela y que estaban investigando al Comando Conjunto. Pocos meses después mataron a José Manuel.

Ahora estoy participando en un colectivo que se llama Cueca Sola. Un 19 de septiembre de 2015, una de mis compañeras, la Tania Medalla, me preguntó si yo podía bailar una cueca sola. Le dije que no tenía problema, pero que me dejara conversar con las viejas primero. A pesar de que esta cueca no le pertenece a nadie, o nos pertenece a todos, es la cueca que bailaban las mujeres de la Agrupación. No es llegar y hacerlo. Conversé con la Violeta, que es una de las que bailó la cueca por mucho tiempo, compañera de partido de mi papá, y ella me dijo: “Mejor que nadie, tú, la hija del Alonso, tienes que bailar”.

La primera intervención la hicimos el 8 de marzo del 2016. Nuestras intervenciones siempre son en la calle, no hay escenario. Se baila sin canto, primero en silencio, luego sólo con percusión. Hay algo que se produce ahí, en la intimidad de la cueca sola. Vamos vestidas de rojo y negro con una foto de las personas por quienes bailamos.

Bailamos por los que no están, por los que no se ven, por los que están siendo pasados a llevar en sus derechos, pero sobre todo bailamos por nuestros muertos. No sólo para recordarlos como muertos, como personas asesinadas y hechas desaparecer, sino por su visión de mundo, por un pensamiento político que no se debe olvidar. Y, al final, bailamos por nuestras propias vidas. Porque a ellos los mataron, pero nosotras seguimos vivas. Esa es la tercera cueca y final.

Las primeras veces éramos casi todas hijas de detenidos desaparecidos, pero nos hemos ido abriendo, entrelazando con colectivos feministas y LGBT, con personas de distintos sexos y de distintas edades. Bailamos por la Nabila cuando fue atacada; por todas las transexuales asesinadas en este país totalmente invisibles ante la opinión pública; bailamos por los compañeros que cumplen años desaparecidos; por los hermanos mapuche, por Catrileo. Bailamos por las mujeres que parieron engrilladas. Hicimos una cueca de la rabia, de la bronca, cuando murió Arellano Stark. Porque se murió nomás, sin sanción alguna. Hicimos un mapa de Chile frente a La Moneda, marcamos los lugares por los que pasó la Caravana de la Muerte y bailamos por todos los muertos que dejó en el camino. Cuando se conmemoró la muerte de Rodrigo Rojas, bailamos por todos los fotógrafos asesinados, por la Carmen Gloria Quintana y por él, que era tan niño.

Los huerfanitos vengadores

Andrea Recabarren

Bailarina

Mis abuelos eran militantes comunistas, mis cuatro abuelos, así que mi papá y mi mamá son comunistas de crianza, de hecho, se conocieron en el comité local del partido. Mi abuelo materno era calderero y mi abuela empleada de gendarmería. Mi abuelo Manuel, el papá de mi papá, era obrero de la imprenta Horizonte, donde se imprimió el *Canto General* de Neruda en la época de González Videla. Mi abuela Ana tiene noventaún años y sigue militando en el PC. Y yo también soy comunista, como tiene que ser.

Mi mamá habla de la UP como el tiempo más feliz de su vida. Eran pobres pero estaban construyendo el país que ellos querían. Construyéndolo desde las bases, desde las poblaciones. Mi mamá era joven, feliz, bonita. Cuando le preguntas a la gente siempre se acuerdan de su altura, de sus piernas, de su pelo negro. Era la más linda y también inteligente, políticamente muy inteligente.

Era otra forma de vivir. Ellos no sentían miedo, luchaban contra la gente que quería destruir esta forma democrática de revolución,

la única que se ha dado en el mundo. Fueron parte de hitos históricos, no porque fueran los elegidos, sino porque cualquiera podía ser parte. Participaron de la construcción de la UNCTAD, pintaron con las brigadas Ramona Parra, vieron a Fidel Castro en el Estadio Nacional, escucharon los discursos del compañero presidente. Son cosas que vivían desde la admiración y la pobreza, cosas que les enriquecían el alma totalmente.

Eran unos niños, mi mamá tenía dieciocho años cuando se casaron. Eso fue en el 73. Yo creo que, más que amor tan propiamente amor, ella le tenía una admiración política, porque tres años después, cuando a mi papá lo detuvieron, ya estaban separados. Es lo que yo observo cuando habla. No habla bien de él como pareja, pero dice que era un hombre bueno, bueno de verdad. Que podía sacarse la chaqueta para regalársela a alguien que tuviera frío, que regalaba hasta los pañales de mi hermano. Y eso que nosotros éramos pobres, pero pobres pobres. Vivíamos en una casa sin piso, sin muebles. Guardaban las cosas en cajas de cartón.

También pasó que vino el golpe y mi papá tuvo que esconderse. Vivía en la casa de sus papás, pero medio clandestino. Y mi mamá con mi hermano, en la casa de mi abuela materna en Renca. A veces mi papá se aparecía, trataban de solucionar sus problemas, y luego desaparecía de nuevo. Y así, en una de estas vueltas, en una de estas idas y venidas, ella se quedó embarazada.

Mi mamá no quería que yo naciera, y la entiendo. ¿Cómo podría criticar su posición? Ella era una niña, estaban separados, eran poobrísimos y mi papá escondido. Cuatro meses después de que nació, lo detuvieron. Fueron a buscar a mi tío a la imprenta donde trabajaba, y justo en ese minuto su esposa también lo va a buscar, fue con mi papá y mi primo chiquitito. Se bajaron de la micro, alcanzaron a cruzar la calle, cuando llegaron unos vehículos. Los vecinos cuentan que a mi tía, que estaba embarazada, le pegaron un culatazo en la guata y se los llevaron a todos. También a mi tía y a mi primo de dos años. Esa

noche devolvieron a mi primo, lo dejaron solo en la esquina de la casa de mi abuela. Al otro día mi abuelo partió a buscar a mi papá y a mis tíos, y nunca más volvió. Ni él, ni sus hijos, ni su nuera.

Nosotros en ese tiempo seguíamos viviendo donde mi abuelita, la mamá de mi mamá. Si antes éramos pobres, ahora quedamos más pobres. Mi mamá trabajaba en cosas esporádicas, tejía a crochet, hacía móviles para guaguas. Comíamos las sobras que les permitían llevarse para la casa a las trabajadoras de gendarmería. Después empezamos a tener más apoyo. Gente del partido, unos padrinos alemanes que cada tres meses nos mandaban un poco de plata, y asistencia médica en el PIDEE.

Al principio mi mamá omitió a mi papá. No hablaba de él. Era un tema prohibido. Fue un psicólogo del PIDEE el que obligó a mi mamá a decirnos que mi papá estaba muerto. Nunca me olvidaré de esa huevada. Estábamos los tres.

—Dile a tus hijos que su papá está muerto.

Mi mamá se paró y lo mandó a la mierda, le dijo que él no tenía por qué meterse en eso. Nos pescó a mí y a mi hermano, y salió llorando del PIDEE. Caminamos por Irarrázaval hasta no sé dónde. Yo tenía menos de siete años. Veía a mi mamá llorar y esperaba alguna respuesta, que nos dijera quién era mi papá. Fue terrible. Y es que nosotros nunca hemos pensado que está muerto. Hasta el día de hoy.

A los hijos de detenidos desaparecidos nos pasa mucho. El otro día estábamos con una compañera de trabajo, también hija de detenido desaparecido, cuando viene otra y le dice algo de su papá muerto. Con mi compañera nos quedamos mirando. Yo reaccioné: “No le digas eso, no está muerto”. Es que no es lo mismo estar desaparecido que estar muerto. Todavía tenemos esperanza.

Me da miedo saber lo que pasó. Me da miedo la reacción que pueda tener. Mientras más información, más pena me da y mientras más pena tengo, más rabia. La pena me da lo mismo, pero a la rabia le tengo miedo. La trato de ocultar, pero es parte de mí. Trato de ser

una persona lo mejor posible, pero tengo esto. Crisis constantes. A veces soy un asco, siento odio en mi corazón. No me gusta, trato de disimularlo, pero también supongo que es legítimo.

A mi mamá nunca la he visto deprimida, nunca la he visto llorar. A mi abuela menos. En mi familia las mujeres no lloran. En mi familia las mujeres son las que manejan, las que trabajan, no las que lloran. Es una carga difícil vivir con una mamá militante comunista y esposa de detenido desaparecido. Tienes que ser la mejor siempre. Y no estoy hablando de éxito ni de cosas materiales, tienes que ser la mejor como persona, como ser humano. Y yo no era precisamente la mejor.

Me echaban de todos los colegios. No fumaba, no hacía la cimarra, pero les decía garabatos a los profesores, me salía de las clases dando portazos. Una niña mal portada. Por otro lado, sentía una enorme responsabilidad política. Empecé a militar a los doce, en ese sentido era agrandada. No tenía un gran discurso, para nada, nunca lo he tenido, sí una convicción interna, súper metida, de la importancia de militar. Y también de guardar silencio, porque hay cosas que no se pueden decir, que una no va a contar nunca.

Estudí danza porque dentro de mi cabecita entendí que no podía estudiar algo que me hiciera pensar tanto. Quise estudiar algo que me reparara el alma. Además, el ARCIS era como estar en casa. Teníamos un grupo, “Los huerfanitos vengadores”. Ahí empecé a poder hablar, a poder contar que era hija de un detenido desaparecido. Y no pasaba nada.

Para intentar sanarme, bailaba. Estuve bailando mucho tiempo. Tenía que hacerlo, estoy parada gracias a eso. Siempre buscando un sentido, tratando de entender para qué estaba viva, cuál era mi rol en este mundo. Había dejado la militancia y no encontraba un sentido. Entonces, para tratar de olvidarme de ciertas cosas, bailaba.

Un tiempo estuve buena para el copete, harto tiempo. Llegaba ebria, vomitaba, así que mi mamá me echó de la casa. Me fui donde

mi abuela Ana, ella me esperaba todos los días para que conversáramos. Y dormía con ella. Tenía otras habitaciones, pero me hacía dormir con ella y conversábamos y conversábamos de la vida.

Recién ahí vine a sentir orgullo de ella. Porque cuando éramos chicos no teníamos una relación fluida. Con mi mamá se parecen mucho, quizá por eso no se llevaban bien. Con mi hermano nos empezamos a comunicar con ella más grandes, cuando ya podíamos ir solos de Renca a San Miguel.

Ahora tengo algunas aprensiones con ella, pero políticamente es muy clara, clarísima. Es difícil separarla de su imagen pública. La Agrupación se fundó antes de que ella llegara, pero hoy es la imagen de los detenidos desaparecidos, junto con la compañera Sola Sierra y la tía Viviana Díaz. Es como la historia viva, mi abuela. Tiene noventa y un años y ha dedicado su vida al Partido Comunista. Hasta el día de hoy. Yo creo que ha sobrevivido tanto tiempo de puras ganas que tiene de encontrar a su marido y a sus hijos. Ella nunca recuperó la paz. Y es que no se puede. Yo voy a terminar igual. ¿Cómo voy a estar tranquila? No se puede.

No creo en eso de la felicidad como venganza, en eso de ser felices para no darles en el gusto. Esa no será mi venganza. Tenemos que ser felices porque ese es nuestro fin nomás. Gozar de la vida y hacer felices a nuestros hijos. Pero esta rabia y estas ganas de vengarme son parte de lo que soy, son parte de nuestra historia y nuestra historia no la vamos a cambiar.

No dijeron muerte

Alejandra Montoya

Profesora y escritora

De repente, alguien desaparece. Nadie vio nada. La cama estaba hecha; su camarote, impecable. No había tormenta. Desapareció, como abducido, en el medio del Atlántico. Tenía treinta y tres años. Era radiotelegrafista de la marina mercante.

El mismo día yo cumplí ocho años. El mismo día en que lo tiraron al mar, porque no creo que se haya caído. Al principio dijeron que era una persona depresiva, que podría haber sido un suicidio. Había cartas un poco melancólicas, a veces le venía la nostalgia. Nos echaba de menos. Pero nadie que lo conociera piensa que la tesis del suicidio tenga algún sustento. Trataron de hacer ver como que no era una persona estable, que tenía problemas porque le habían descubierto un frasquito con marihuana. Absurdo, él era alegre. Estaba feliz porque se iba a juntar con su hermano en Europa. Tres días antes de desaparecer, nos mandó una carta que empieza diciendo: “Estoy tan feliz”.

Cuando chica me pasé muchas películas. Desde que los extraterrestres se lo habían llevado hasta que efectivamente había sido un suicidio. Pero no. Días antes de este viaje largo —él a veces tenía viajes de ocho, nueve meses— hizo entrar a mi hermana y a mi mamá a la casa, y nos quedamos solos. Tenía que cuidarlas si a él le pasaba algo, me dijo; que había gente mala, gente que perseguía a otras personas que querían hacer cosas buenas por el país. Yo tenía siete años y esa fue la última vez que lo vi.

No me atrevería a decir que en ese tiempo participaba en política. Si lo hizo tiene que haber sido muy escondido, porque al menos nosotros no tenemos ninguna información al respecto. Mis abuelos y mi tío, ellos sí eran militantes. Poco después del golpe, mi abuelo cayó preso en Pisagua, era comunista. Tuvo la fortuna de poder salir de ese infierno y se exilió en Europa como muchos chilenos. Y mi tío era del MIR. Según él, mi papá no militaba, y yo le creo porque lo conocía bien.

Pero tampoco era un mundo que le fuera ajeno, era un hombre de izquierda. Con los viajes que hacía y siendo radiotelegrafista, es probable que haya intercambiado información con personas en el exilio. Tal vez por eso. O por los antecedentes de la familia, porque justo en ese momento se iba a juntar con mi tío, que estaba en la lista negra.

Años después fui sabiendo muchas otras cosas, e incluso cuando era chica me daba cuenta de que era todo muy extraño. Que desapareciera en el mar, sin testigos; que el vigilante se hubiera quedado dormido; que, casualmente, en ese viaje había agentes de la CNI en el buque. Pero aunque tenga la convicción de que lo mataron, nunca he tenido certeza. Cuando me preguntaban por mi viejo, decía: “Está desaparecido, pero no es un detenido desaparecido”. Está todavía como “muerte presunta” en el *Diario Oficial*.

Ese mismo día, como a las cuatro de la mañana, me escribió un telegrama deseándome felicidades, un telegrama muy serio. Algo así

como: "Feliz cumpleaños Alejandra. Te desea, Kiko". Él no era de escribir así. Siempre nos ponía sobrenombres y abrazos y besitos. Este era un texto frío.

En la mañana fuimos a la casa de mi abuela en Playa Ancha. A nosotras nos dejaron en el antejardín. De repente empecé a escuchar gritos, unos gritos terribles. Era mi mamá que gritaba. Traté de abrir, de empujar la puerta. Un tío la sostenía para que no pudiéramos entrar, pero pude ver a mi mamá. La tenían afirmada, estaba como loca. "Parece que se murió el papá", le dije a la Miriam. Ella me quedó mirando.

Después nos contaron que no había llegado al camarote.

No dijeron muerte.

Todo fue siempre un misterio, era mejor no preguntar. Mi mamá no hablaba del tema.

No decía nada, pero sabía que a mi papá lo habían matado, estoy segura. Odiaba a Pinochet, odiaba rotundamente a Pinochet y a todos los personajes que lo rodeaban. Además era cosa de atar los cabos. Yo creo que tenía miedo, la sensación era que nos seguían persiguiendo.

Un día llegamos a la casa y lo encontramos todo revuelto, todo desordenado. Era algo puntual lo que andaban buscando. No se robaron ni una tele, lo único que se perdió fueron cartas. Mi papá escribía muchas cartas y mi mamá las guardaba sagradamente, ordenadas por fecha. Yo me las sabía de memoria. En una de esas le contaba a mi mamá que el buque en el que iba transportaba armas para dictaduras en otros países, Sudáfrica, países centroamericanos. Y sabía que la marina mercante traía armas a Chile desde Estados Unidos. ¿Por qué se llevaron justo las cartas en donde hablaba de estos temas y las demás estaban todas? No fue un suicidio. Eso pensé, y era muy chica. Que él tuviera esa información y fuera radiotelegrafista, no debe haberle gustado mucho a la gente en el poder. Si no, ¿por qué siguen persiguiéndonos?

En esa misma época había un auto con vidrios polarizados que nos seguía. Creo que era una manera de amedrentar. Andaba lento, demasiado. Un día llegué a la casa, le conté a mi mamá y ella me pegó un cachetazo, que cómo se me ocurría salir. Estaba enferma de los nervios, cualquier cosa la alteraba. No pude salir durante un tiempo, pero no tanto, porque mi mamá comenzó un tratamiento neurológico. Después de la desaparición de mi papá se le fue cayendo el pelo. Eran zonas circulares. Le ponían inyecciones en la cabeza para que no quedara calva.

En esa época tenía una amiga que era menor que ella, bien alegre. Esta amiga la invitaba a las peñas clandestinas que había en los ochenta, quería ayudarla un poco, empujarla a salir de la casa, del aseo, de la rutina. No podía estar todo el tiempo ahí, encerrada llorando. Le compraba pinches del color del pelo de ella y la peinaba para taparle los pelones, para que se viera bien y saliera a distraerse un rato.

¿Cómo podía hablarle de mis dudas en estas condiciones? Mi papá me había encargado que la cuidara y a mí me daba temor alterarla, era evidente que no estaba bien. Así que tuve que buscar respuestas sola. Apenas cumplí los dieciocho fui a la casa de los marinos que estaban con mi papá en el buque. Dos de ellos me cerraron la puerta en la cara, no me quisieron recibir, sin siquiera una explicación, nada. Sentí que ellos también tenían miedo. Si efectivamente se había caído del buque, esa era una reacción incomprensible. Cuando pasó esto, intenté hablarle a mi mamá. Me dijo que no sabía nada.

Después, como el 96, tuve más antecedentes. Me llegó un montón de información que no tenía. Ahí supe que en los setenta mi papá estuvo detenido en el Lebu, un barco que fue centro de tortura. Mi abuelo también pasó por ahí antes de que se lo llevaran a Pisagua. Mi prima hermana, que vivía con mi tío en Estocolmo, me pasó una serie de documentos donde se hablaba de estas cosas y de la desaparición de mi papá. Me fue a dejar a Playa Ancha, donde yo vivía, y en el auto me pasó un sobre sellado. “Espera a llegar a la casa, esto a lo

mejor va a ser chocante”. Pero no me aguanté, empecé a leer y seguí leyendo hasta que ya no pude más. Tiritaba, era la emoción de todo esto junto. Cartas de mi tío, diarios franceses, alemanes, documentos de Amnistía Internacional, papeles y más papeles. Un montón de información de la que no teníamos idea. Mi mamá nunca supo que estuvo detenido en el Lebu, por ejemplo. Él nunca le contó.

Después le impidieron trabajar por más de un año, eso fue el 78. Le dijeron que si contaba algo, nosotras corríamos peligro de muerte. Estaban relatadas esas amenazas. Aparecían nuestros nombres, mi nombre. Mira, acá está: “La víctima José Montoya fue detenido por los servicios secretos del gobierno y se le amenazó con atacar contra la integridad de sus hijas”. Así que mintió, hizo como que trabajaba. ¡Quizá dónde estuvo ese año en que no pudo trabajar!

Cuando le conté a mi mamá, me dijo que estaba loca. Le mostré las cartas y la documentación que tenía, y me cerró la puerta, como tratando de negar la verdad, lo que yo le estaba mostrando, que eran pruebas. Por ejemplo, de que había estado en el Lebu. No lo quiso aceptar.

Me quedé sola con esta información. Los meses siguientes estuve bajoneada, tenía que hacer todo ese trámite terrible. Llegué a la Comisión Rettig, cuando la abrieron la segunda vez, porque la primera era menor de edad y no podía, y fue chocante. En la sala de espera había puros viejitos, estuve horas escuchando lo que hablaban. Y cuando finalmente pude entrar, la psicóloga me empezó a hacer preguntas y me quedé sin voz. Me tuvo que pasar una pizarrita con un plumón. Escribí algunas cosas y luego me dijo que iba a dejar la entrevista hasta ahí, recibió los papeles y me mandó para la casa.

Como pasaba el tiempo, mucho más de lo que me habían dicho, y no tenía respuesta, partí a la Intendencia, al lugar donde me habían hecho la entrevista. Estaba nerviosa, fui con una amiga que me tomaba la mano. En la puerta había una hoja escrita con lápiz Bic. “Las oficinas se trasladaron a Santiago, vayan o llamen a tal número”.

Me dio tanta rabia. Un par de semanas después de eso, me llegó un mail, que el caso no había sido aceptado. Sin ninguna otra explicación, y unos números que había para llamar. Llamé a todos los números, nunca nadie contestó.

Si lo llego a intentar de nuevo va a ser acompañada. Esa primera vez quedé sin voz, con un agotamiento mental que me impedía levantarme. Sola no me da la cabeza, no me da para aguantar la posibilidad de otro rechazo, que el caso no califique o que falten más pruebas. Una de mis mejores amigas, la Silvia, tiene un hermano desaparecido. Ella también fue torturada, sufrió una ratonera. En su misma casa detuvieron a toda su familia y la convirtieron en un centro de tortura. Estuvo ahí con sus hijas, imagínate el horror. Y ahora quiere reabrir el caso por la desaparición de su hermano. “Si tú lo abres, lo abro contigo”, le dije, “sola no me atrevo”. Pero no me quiero morir sin saber ni hacer justicia.

Ese es mi caso, así estoy, a la deriva.

Una película inconclusa

Álvaro de la Barra

Cineasta

La película trata sobre una historia de amor entre militantes de izquierda a finales de los años sesenta. El 11 de septiembre se interrumpe el rodaje y no pueden filmar la escena final. No solamente no se termina, sino que se pierde; militares entran a la productora y se llevan todo lo que encuentran. De alguna forma, hay materiales que se salvan. Logran juntar muchos rollos y mandarlos a Alemania, pero no son las películas completas. Les falta el audio. Tampoco consiguen el guion; tienen que inventarlo. Cuando empiezan el doblaje, se dan cuenta de que acabarla como había sido concebida es imposible.

Así fue más o menos el proceso. Yo estaba ahí, me acuerdo. Finalmente quedó como un documental acerca de esta película que no se pudo terminar. La historia de amor se entrelaza con la historia de mi tío intentando reconstruir una película inconclusa. El exilio, la muerte de su hermano, la separación de su mujer, su padre que cae enfermo, sus hijos que se quedan en Francia. Todo ese peso lleva.

En Venezuela no había un gueto chileno, yo tenía pocos elementos para armarme un imaginario del mundo de mis padres. Vivía rodeado de venezolanos, de palmeras, arena, sol y cerveza; no tenía dónde permearme de chilenidad. Entonces, mientras participaba del montaje de esta película, fui construyendo un imaginario de Chile y conociendo mi propia historia. Y, al ver cómo se desarrollaban estos personajes, entendí que no podían ser otros que mis padres.

Mi madre era de armas tomar. A los catorce años ya estaba medida en la Federación de Estudiantes Laicos. El 66 entró a estudiar teatro a la Universidad de Chile —mi familia es de cineastas y teatros— y a finales de los sesenta se empieza a acercar al MIR. De hecho, con mi padre se conocen en una fiesta del MIR. La fiesta era en el barrio alto, en una casa con piscina y todo. Mi madre era llamativa, grande, bien formada. Muy guapa. Tenía unas piernas enormes y se hacía sus propias minifaldas. Era como tropical. Le decían la Negra. Estaban todos mirándola solamente a ella y preguntándose quién era. Era una noche estrellada. De repente llegó mi padre y de la nada empezaron a hablar. La gente se pregunta cómo lo hizo.

Creo que fue una cuestión de piel, él también era moreno, buenmozo. O capaz que ella se haya enamorado de lo mateo que era. Ella era actriz y él estudiante de Física. La gente cuenta que hacían una linda pareja —esas cosas que se dicen después, cuando se muere la gente— pero se separaron más de una vez y hubo historias entre medio. Qué sé yo, años sesenta, militantes de izquierda. Supongo que efectivamente hacían buena pareja, aunque hubiera más separaciones que encuentros.

Creo que esta fiesta donde se conocieron era porque mi padre había salido de la cárcel. El MIR estaba tomando fuerza en la universidad y el decano, que era su amigo, le prestó un departamento para que se reuniera gente del partido. Estamos hablando del año 69, el MIR ya estaba fuera de la ley. Ese departamento cayó y apareció el nombre de mi padre como hijo de Pedro de la Barra. Mi abuelo era un personaje

reconocido, recibió el Premio Nacional de Arte el 52 por haber contribuido a fundar el teatro universitario chileno, entonces fue noticia.

Ahí mi padre empieza una semiclandestinidad, hasta que en 1970, antes de que asumiera Allende, cae preso. Un grupo de miristas hizo una tontera: trataron de incendiar una caseta de vigilantes que había en Tobaraba. Unos taxistas los siguieron y a alguien se le ocurrió ir a la casa donde se escondía mi padre. Como estaba siendo buscado, cuando llegó la policía mi padre intentó escapar y hubo un enfrentamiento. Todo esto a las cuatro de la mañana en las torres de Tajamar, algo muy escandaloso.

Varios lograron escapar, agarraron solamente a tres. A mi padre lo meten a la Penitenciaría, donde había un montón de miristas y otros militantes de izquierda, de los cuales ninguno sobrevivió la dictadura. Según entiendo fueron muy maltratados. Mi padre hizo la promesa de que nunca más lo tomarían preso. Tenía veinte años.

Después de que asumió Allende, salió con amnistía. A pesar de estar en la UP, entra en una clandestinidad absoluta y comienza a trabajar en una célula de inteligencia que tiene el MIR. Esta célula tenía tres áreas de trabajo: información pública, un equipo infiltrado en la Marina y la rama de vigilancia donde trabajaba mi padre. Vigilaban a los conspiradores: jefes militares, dirigentes de partidos de derecha. En las noches mi padre partía con micrófonos a las casas donde había reuniones, seguía gente, tomaba fotos, corría detrás de los taxis. Por una cuestión familiar, a mi padre le encantaban los aparatos. Usaba cámaras de microfilm, micrófonos, grabadoras pequeñas, cámaras de vigilancia.

Sabían que había conspiraciones, siempre lo supieron. Su labor era estudiar y tratar de desmontar las conspiraciones que se iban armando. Toda la información que recababan se la iban pasando a Allende, quien recién para el Tacnazo empezó a tomarlos más serio. El golpe también lo tenían previsto, lo duro que iba a ser lo tomó por completo por sorpresa, pero sabían que un golpe era inminente. Por

qué decidieron tener una guagua en estas condiciones es algo que no me explico.

Nací en agosto del 73. La célula donde trabajaba mi padre se dispersa. El Teatro del Nuevo Extremo, donde trabajaba mi madre, desaparece. Ella decide mandar a París a Rodrigo, mi hermano mayor, hijo de una relación anterior suya. Tenía seis años. Lo manda con un tío paterno y su mujer, que también era del MIR.

Qué hacían mis padres todo el día, no lo sé. Sé que la cosa estaba muy difícil, que no podían ver a la familia, que constantemente tenían que cambiarse de casa, de auto. Imagino que me cuidaban a mí cuando podían, pero otras personas me cuidaban también. Había una especie de guardería del MIR donde nos dejaban botados a varios hijos todos los días entre las cuatro y las ocho. Y la otra que me cuidaba era una mujer que trabajaba con mi padre. Esa es la persona que luego traicionó la ubicación de mis padres. La Carola, esa era su chapa; se llama María Gómez Uribe. Se transformó en agente de la DINA, la acabo de meter presa bajo el cargo de complicidad.

Yo estudié Historia, pero me he dedicado al cine. Hace unos años atrás me vine a vivir a Chile para hacer un documental sobre mis padres. Parte de lo que me interesaba investigar es por qué chucha mi padre no se escondió el mismo día en que cayó la Carola. La única conclusión a la que he podido llegar es que el MIR funcionaba mucho por vínculos afectivos. No tienen que haberse imaginado jamás que la Carola iba a decir dónde estaban.

Así los agarran. Les hacen una emboscada afuera de mi jardín de infancia. Cuando llegan, la esquina ya estaba siendo custodiada. Directamente, sin voz de alto, le disparan al auto y matan a mi madre y a mi padre.

En la guardería se sienten los balazos, no saben qué está pasando. Cierran puertas y ventanas y más tarde mandan a averiguar. "Mataron a dos jóvenes en un auto". Pasan las horas, se van todos los niños y a mí no me recoge nadie. La directora empieza a preguntarse

qué estaba pasando. Yo estaba inscrito bajo un nombre falso, pero mi madre había dejado la dirección de mis abuelos en el libro del colegio. Deciden llevarme allá y me entregan con mis abuelos maternos. Más tarde ese día, aparece la DINA en la casa de mis abuelos. Mi abuela se arma de valor y los saca a chuchadas, no me entrega. No sé por qué me fueron a buscar a mí.

Volvieron al día siguiente y yo ya no estaba. Para esconderme se armó una red de militantes, diplomáticos, gente de teatro. Así anduve durante algunos meses, de casa en casa, de mano en mano, en una especie de clandestinidad asistida, porque yo era una guagua. Hasta que lograron sacarme del país.

No fue nada sencillo. Mi madre no me había presentado al registro civil, no tenía nombre, no tenía RUT, no tenía nada. Una chica militante del PC se ofreció a inscribirme como hijo natural suyo y así pude tener unos papeles. El problema fue que me quedé con esa identidad durante mucho tiempo. Me llamaba Álvaro Férrez Férrez. Con ese nombre llegué a Francia y cuando parto a Venezuela con mi tío, tengo esa misma identidad.

Nos fuimos a Venezuela porque mi abuelo cae enfermo allá. Estaba saliendo al exilio. Se fue porque, poco antes de morir, mi padre se lo pidió. “Nos están cercando”, le dijo, “no quiero que te lleven para agarrarme a mí”. Mi abuelo le hizo caso y decidió irse a Venezuela, partió en un barco. En el barco se enteró de la muerte de mi padre y le dio un infarto. Lo internaron en Venezuela, lo llevaron al médico, pero quedó muy mal.

Yo en esos días estaba en París con mi tío Pablo. Cuando mi tío se entera, viaja a ver al abuelo. Al llegar constata que su estado no es bueno y decide mudarse a Venezuela. Se separa de su mujer, que estaba comprometida con el MIR en París, y parte conmigo y su hija mayor.

Mi abuelo murió cuando yo tenía cuatro años. Como dice Pablo, murió de nostalgia, de tristeza. Murió de necesitar a Chile, sin

Chile moría. Con el golpe no solamente perdió Chile, también perdió a mi abuela, perdió a su hijo, perdió su trabajo, perdió el teatro, perdió su escuela. Todo. Estaba separado ya de mi abuela, pero la amaba y mi abuela murió después del golpe. Después perdió a mi papá y se fue a una Venezuela donde nadie lo conocía, donde la gente no lo trataba de don Pedro de la Barra, sino de tú. No alcanzó a entender que, en Venezuela, eso nada tiene que ver con el respeto.

Mi tío en cambio se adaptó muy bien. Llegó muy deprimido, pero la venezolanidad lo ayudó a superar su depresión, eso creo. El trópico, la informalidad, la alegría caribeña, le vinieron como anillo al dedo. El es mi papá, el que me crió. Tiene miles de rollos, miles de problemas, no creo que ninguno de sus hijos pueda decir que Pablo es un padre excepcional, pero me crió. Y eso habla bien de él. Nadie tenía mucha confianza en que eso fuera a resultar. Y todos los hijos —somos ocho— nos adoramos, lo que también es un logro suyo.

Parte de estos hijos nacieron en Venezuela, de un segundo matrimonio de Pablo. El tenía treinta y cinco años y se casó con una chica del campo que no tenía ni veinte. Ella me cuidaba, me alimentaba, me llevaba al colegio, pero nunca se sintió mi mamá. Forjamos una relación mucho más tarde, cuando tuve su apellido en mi documento de identidad. Porque cuando era niño, antes de entrar al colegio, abrieron el cajón donde estaban los documentos de la familia y se los llevaron todos. No se sabe quién fue. El punto es que yo me quedé nuevamente sin identidad. Como era chico no tuvo mucha importancia, pero para entrar al colegio necesitaba papeles. Así que se inició un proceso a nivel institucional y, finalmente, el Estado de Venezuela me reconoce como Álvaro de la Barra Hernández. Hijo de mi tío y su mujer, que pasan a ser mi padre y mi madre.

Claro que en la práctica ya lo eran, son los únicos padres que he conocido, yo les decía papá y mamá. Eso hasta que mi tío decidió que no le dijera más papá, que en adelante lo llamara Pablo. “Vamos a trabajar juntos y me estás diciendo papá. Tenemos que ser serios:

dime Pablo". Me lo tomé con bastante naturalidad, la verdad. Él argumentaba mucho sus teorías y yo acababa encontrándole la razón. Era mi papá diciéndome que para ser profesionales tenía que dejar de decirle papá. Hasta el día de hoy le digo Pablo. Desde los diez.

Trabajaba desde antes, pero a esa edad comencé a hacerlo remuneradamente. Mi rol era sonidista y asistente de cámara en una campaña presidencial, lo que no es menor. Recorrimos todo el país siguiendo al candidato. Era el año 83, yo tenía diez años recién cumplidos y no tenía carnet. No quiero justificar a Pablo, pero él venía de perderlo todo y pensaba que en cualquier momento podía volver a pasar. Era importante que yo fuera independiente por si algo le sucedía, quiso darme un oficio. Pero se le pasó un poquito la mano. Yo tenía cinco años cuando empecé a trabajar. Y durante mi infancia tuve carencias, me preguntaba cómo hubiera sido mi vida con mis padres, con mi madre sobre todo. Si me hubiera ayudado con las tareas, si me hubiera hecho la merienda para el colegio, cosas así. Sentía su ausencia.

Sólo tenía dos fotos, una de mi padre y otra de mi madre, y me llegaron a destiempo. La de mi padre no me acuerdo cuando me llegó, la debo haber tenido desde siempre. La de mi madre me llegó mucho después. Cuando más tarde conocí Chile, me di cuenta de que de mi madre no sabía nada. Pablo la había visto dos o tres veces, no tenía cómo construirme una imagen de ella. Y a los doce yo dejé de preguntar, entendí que lo que tienes es lo que tienes, y que el cómo hubiera sido no te lleva a ninguna parte.

A mis abuelos maternos no los pude conocer, murieron un par de años antes de que yo viniera a Chile. Pablo decidió venir recién el 90. Se organizó una comisión para traer los restos de mi abuelo. Había una serie de actos para recibirlos. Dentro de ese marco, aceptó venir y traerme a mí, pero estaba cagado de susto. Tenía miedo de lo que pudiera pasar en el aeropuerto cuando revisaran mis documentos, de que pudieran decir algo sobre mi identidad y acabaríamos presos.

Ese fue mi primer encuentro, con la realidad de Chile. Hasta entonces todo lo que yo tenía era una película y lo que Pablo pudiera recordar y transmitirme. Vivía rodeado de venezolanos, no sentía ninguna necesidad de conocer a Chile, pero en ese viaje, en el minuto en que vine, sentí la necesidad.

Me di cuenta de que el Chile que me describía Pablo no existía. Yo tenía una nostalgia por gustos, por sabores y olores que no conocía. Una nostalgia que no era mía. Cuando probé las sopaipillas las encontré asquerosas, nada peor que una sopaipilla fría. Y sentí la necesidad de conocer este Chile distinto al que me habían descrito. De pasar más tiempo, sobre todo con mi familia del sur, mi familia materna. Empecé a descubrir cosas nuevas, historias familiares. Conocí a una hermana de mi madre que pudo venir del sur y me mostró fotos. La gente me hablaba de mi historia sin tabú, sin ese tabú que Pablo me había creado. Fue bonito, fue fuerte. Sentí que venía de alguna parte, un sentimiento que nunca había tenido.

Y empecé a hacer viajes más cotidianos. Ya no me traían; ahora yo hacía el esfuerzo de juntar la plata y pasaba períodos cada vez más extensos, de dos semanas, tres semanas, un mes, dos meses. Y me di cuenta de que Chile me gustaba, pero para viajes de hasta tres semanas, más de eso ya no, ya no me caían tan bien los chilenos, me empezaba a aburrir. Encontraba lindo el país, pero con mucho chileno adentro.

Y, sin embargo, sentía la necesidad de volver. La primera vez que vine, recibí una carta de la Comisión Rettig, querían saber mi historia para incluirla en el informe. Paralelamente empecé un juicio por mi identidad, para que se me reconociera como hijo de mis padres y no como ese Álvaro Férrez Férrez que alguna vez salió de Chile. Para abrir un juicio necesitaba un RUT chileno y ese era mi nombre aquí. Ese juicio tuvo muchos traspiés, muchos idas y venidas, hasta que el año 2006 una sentencia de la Corte Suprema me reconoció como Álvaro de la Barra Puga, hijo de mis padres.

Ahí es cuando decido venir a vivir a Chile a hacer el juicio y al mismo tiempo una película sobre mis padres, otra deuda que tenía pendiente. Lo que busqué es contar lo que me pasó a mí en primera persona y lo que les pasó a mi madre, a mi padre, y a las personas a su alrededor. Soy de formación historiador, tengo una visión alejada de visceralidades, prefiero tomar los hechos y exponerlos. No busqué dejarlos como héroes. No eran héroes. Eran puros cabros chicos, cometieron muchos errores.

Por eso decidí que no entrevistaría a personas nacidas antes que mis padres, sobre todo del ámbito de la militancia. Los sobrevivientes de una causa común suelen tener una visión de los muertos como héroes caídos. Estos chicos, que en esa época tenían menos de veintitrés años, idolatraban a mi padre, hablan de él como si fuera un superhéroe. Se hacía invisible, las balas no lo tocaban. Quise filtrar esa información. Si me hubiera dedicado a narrar acciones grandiosas habría sido pura propaganda.

Y es que los hijos de militantes tenemos el derecho a ser críticos. Mi crítica más fuerte es con los sobrevivientes, pero también crítico a mis padres. ¿Por qué me tuvieron? ¿Por qué me tenían en un jardín de infancia? ¿Cómo no se escondieron después de que la Carola habló? ¿Cómo pudieron cometer ese tipo de errores si mi padre, que asumo tenía al menos dos dedos de frente, pertenecía a la célula de inteligencia del MIR? ¡Por Dios! ¿Cómo no te escondiste? ¿Cómo no te fuiste del país? Las organizaciones de izquierda revolucionaria funcionaban por células aisladas, pero en el MIR se conocían todos. Sabían quiénes eran sus familiares, dónde vivían. Y luego la Operación Retorno.

El MIR ha tomado como norma no hablar. Dicen que han sido mal comprendidos, que se han tergiversado sus puntos de vista. Pero el silencio sólo hace daño. Los sobrevivientes tienen que contar su historia. ¿Qué es lo peor que podría ocurrir si se corriera este velo que existe hoy?

La otra premisa que tuve en la película es que con los militares, con los torturadores, no tendría contacto. ¿Para qué tanta enfermedad? Lo que pasó con los cuerpos ya lo sabíamos, minuto a minuto. Ocurrió la emboscada, eso fue bastante rápido. Un par de personajes se montó en el auto baleado que apenas andaba, y partieron a la Villa Grimaldi en caravana. Cuando llegaron, salió Krassnoff a pedir que le mostraran los cuerpos. Tenía una fijación con mi padre.

Ahora debo advertir que lo que voy a contar es horroroso.

Desvistieron los cuerpos de mi padre y de mi madre, los manguerearon y se los mostraron a Krassnoff. Krassnoff gritó lo contento que estaba de haber conseguido este triunfo y comenzó a patear el cuerpo de mi padre. Hizo sacar a uno de los presos, una persona que no estaba hablando, le puso la cara en un charco de la sangre de mi padre y le ordenó bebérsela. Luego patearon los cuerpos hasta moverlos unos veinticinco metros y los dejaron ahí hasta el final de la noche.

Cinco días después, le avisaron a mi familia que estaban en el Servicio Médico Legal. Fue mi abuelo materno el que se encargó de ir a reconocerlos, de comprar un terreno en el cementerio y de abrir un hoyo. El señor que cuida en el cementerio es el que me cuenta. “Él solo los enterró”. Fue muy solitario. Mi abuelo puso en la lápida su propio nombre. Todavía está ahí, dice Renato Puga, y abajo el nombre de mis padres, chiquitito. Tienen muy poco cuidado la verdad, yo soy el único que va de vez en cuando. Extrañamente hay un arbolito que les tira flores, y las flores sólo caen en sus tumbas.

Quizá por todas estas cosas yo soy como un nómada eterno. He vivido en muchos países y no siento raíces en ninguna parte. Sobre todas estas cosas se trata la película. Sabía que la película me iba a tomar cinco años, entonces decidí quedarme aquí ese tiempo y ver si Chile me gustaba lo suficiente como para quedarme. Ya pasaron los cinco años, terminé el juicio, terminé la película y Chile no me gusta, así que pronto voy a partir.

Los horrores diseñados

Alejandra Parra

Periodista

Tengo imágenes vagas. Es curioso. Tiene que haber sido verano. Mi mamá dice que él llegaba del trabajo y se ponía a maestrear en shorts, sin polera. Recuerdo que se le llenaba el ombligo de agua. Y su panza bien peluda, su pecho, sus manos gruesas.

Era el alma de la fiesta. Le gustaban los tangos, bueno para cantar, para bailar. Debe haber conocido muchas mujeres. Era bajito, pero súper encachado. Todo el mundo dice: “Si llegaba tu papá se prendía la fiesta”.

Mi mamá era todo lo contrario. Muy de la casa, de hacer el aseo. Era como una pollita, tímida. Todavía es así, un ser muy frágil, dependiente. Cuando salió del colegio entró a trabajar y mi abuelo la iba a buscar y a dejar todos los días porque creía que no iba a ser capaz de andar en la calle. Pololeó una sola vez, con mi papá. Pololearon como diez años.

Ella debe haber tenido unos diecisiete cuando se conocieron, todavía estaba en el colegio. Él también era chico, pero era más vivido,

se había venido del sur con un amigo, de Temuco. Por esta reputación que tenía de fiestero, a mi abuelo no le gustó nada. Esta niñita que ni siquiera salía de la casa, mi abuelo se imaginó que iba a sufrir.

Un día decidieron casarse. Un matrimonio católico en la Señora del Perpetuo Socorro. Como mis abuelos no lo querían mucho, parecía funeral, todos llorando. Pero mi mamá estaba feliz. Hasta el día de hoy lo ama. Dice que si es cierto eso de que tú te reencuentras con tus seres queridos, ella va a tener problemas, se volvió a casar y tiene dos hombres que ama. Por eso prefiere que la muerte sea así nomás.

Él siempre fue bueno con ella, en todo sentido. Le decía Monita. Hasta las medias le compraba porque ella era tan tímida. Así se ganó el cariño de mis abuelos y de mis tíos maternos. Cuando yo hablo de mis tíos que lo encontraron, de mis tíos que declararon, la gente cree que me refiero a los hermanos de papá, pero no, estoy hablando de mi familia materna.

Mi papá no era militante, pero siempre estaba abogando por las causas perdidas, peleando las horas extras o cuando pasaban a llevar a un compañero. Por eso lo eligieron dirigente frente a la presidencia de Chilean Autos, que en ese tiempo era una empresa grande.

El día del golpe llegó a la casa llorando y vomitando. Sentía en el estómago, igual que yo: “Monita, están todos muertos. Están matando a la gente, no te imaginas”. Cuando mi mamá logró que se calmara, le contó que venía en la micro y vio camiones tapados con brazos de gente muerta entre los tablones.

Fueron días horribles para él. No dormía nada, siguió yendo a trabajar. En cambio, el amigo con el que murió, Luis Herrera, que también era dirigente sindical, dejó de ir el día del golpe y no volvió hasta el 27, tenía que recoger su sueldo. Estaban esperando a que volviera, ese mismo día los fueron a buscar. Era el final de la jornada, se estaban lavando las manos. Los sacaron con nombre y apellido.

En la Chilean Autos trabajaba también un primo de mi mamá, él avisó al taller de mi abuelo. Mi abuelo fue a buscarnos a la casa y

nos dijo que a mi papá lo habían mandado a dejar un auto a Viña, que esa noche no iba a llegar. Mintió pensando que lo soltarían.

La verdad es que se los llevaron a la Academia de Guerra que estaba en Estación Central y ahí los torturaron. Después los hicieron caminar dos o tres cuadras, los acribillaron en la calle y dejaron sus cuerpos botados. A la mañana siguiente una persona del sector reconoció los overoles y avisó a la Chilean Autos.

Cuando llegó mi tío al lugar, aún estaban ahí. Quiso llevárselos, pero había milicos y no lo dejaron. “Para que la gente aprenda”, dijeron. Mi tío, bien valiente, no se movió. Miraba desde la cuneta los cuerpos destrozados por las balas, casi partidos en dos. Mi papá recibió veintisiete impactos en la zona abdominal, igual que Luis. Cuando finalmente pasaron unos camiones militares, se los llevaron a la morgue. Mi tío partió detrás con no sé quién. La idea era seguir los cuerpos, no perderlos.

Acá la casa estaba llena. Primos, tíos, amigos. Y nadie quería decirle nada a mi mamá. Creo que fue el esposo de una prima el que le dijo. Y la llevaron a la morgue. Mi mamá cuenta que estaban los cuerpos apilados, unos encima de otros. El pasillo, lleno. Alguien le puso en la cara un pañuelo con colonia Coral. Nunca más pudo oler esa colonia, entraba en shock.

Tras reconocer a mi papá, mi tío lo vistió rápidamente. Ahí se dio cuenta de que andaba sin carnet de identidad. El carnet estaba en la casa, podrían haber matado a cualquiera. También fue él el que vio las marcas de tortura; mi mamá no, después de ver su cara ya no pudo mirar.

Desde la morgue se lo llevaron al cementerio. Lleno de milicos, ninguna posibilidad de hacerle misa. Rapidito pa dentro. Mi mamá quería morirse, nada más.

Después de esto, la familia sufre un quiebre. No es que maten a una persona y la vida continúa, el suceso de una muerte no se queda ahí, es algo largo, muy largo, cruza a toda la familia por generaciones.

Nosotras nos quedamos con mis abuelos, nunca volvimos a nuestra casa. Mi abuelo dejó de militar. Había estado preso mil veces, mi abuela le rogó que parara, era demasiada su pena. Se acercaron a la Iglesia Metodista, ahí encontraron cierta tranquilidad.

Mi mamá se convirtió en una mujer triste. Con el pelo amarrado en una cola de caballo, flaca, muy flaca. Nunca la dejaban sola, siempre con alguien. Iba al baño y mi abuela entraba con ella. Con los años, mi abuelo le buscó un trabajo, y lo mismo, la iba a dejar en la mañana y la esperaba a la salida. Los fines de semana hacía el aseo. Lavar, lavar, cloro, cloro, limpiar, limpiar, limpiar. Sábados y domingos, como ausente. Y así fueron pasando los años.

Empecé a crecer y mis abuelos eran mis padres. A mi mamá la sentía como a una hermana mayor a la que había que cuidar. Yo le pedía permiso a mis abuelos y si tenía que resolver algo, lo resolvía con ellos. Y así crecí, en silencio absoluto, porque a mí nadie me dijo nada. Iba a lugares, qué se yo, al cumpleaños de una vecina y escuchaba.

—Ahí viene la hija del Mario.

—La hija del que mataron.

—Ay, pobrecita.

Iba a escuchando esas cosas. También había niñas en el sector a las que no dejaban juntarse conmigo. Y preguntaba, pero nadie decía nada, y me mentían. Tenía un chanco de alcancía cuando murió mi papá, de esos amarillos grandes. Yo era tan regalona que, para que lo dejara irse a trabajar, me decía que iba a ir buscar monedas para el chanchito, y en la noche, cuando llegaba, me daba monedas.

—Aquí te dejó las monedas tu papá, me decía mi abuelo.

—Pero a mi papá no lo vi.

—Es que está llegando muy tarde y parte temprano a buscar las monedas.

Hasta que llegó el día en que tiré el chanco lejos. No quería más monedas, quería ver a mi papá. No sé cuánto tiempo habrá pasado. Entonces mi abuela, que era hartito más dura, me tomó y me dijo:

“El papi Mario no va a volver más. Está con los angelitos”. Me tapé la cara y lloré mucho, pero de eso no me acuerdo.

Me dijeron que había muerto de una úlcera, que eso tenía que decir en el colegio. Adentro mío sabía que no era cierto. Ahora pienso por qué no hice más preguntas. Supongo que en parte porque veía a mi mamá tan frágil que no quería hacerle daño y en parte porque nadie parecía dispuesto a responder. Hasta que, cuando tenía dieciséis años, un amigo del sector, hijo de comunistas también, me contó toda la historia. Estaba en tercero, cuarto medio.

Al principio, me puse rebelde. Peleaba mucho con mi mamá, le preguntaba por qué me habían mentido, por qué me mantuvieron al margen, tan lejos de todo. Entonces mi abuelo me agarraba.

—Eran otros tiempos, tienes que entender. Tu papá no habría querido que te criáramos con odio. Por eso te emburbujamos.

Creo que el temor era que yo me volviera del Frente. Y algo de razón tenían. Tal vez habría terminado en el Frente. Me reprimí por la crianza, pensando en mis abuelos, en mi mamá. El otro día me preguntaron qué haría yo si volviera a tener dieciocho años, si seguiría el mismo camino. Respondí que no, que sería más rebelde, más revolucionaria, más anarquista.

Cuando chica pensaba que era yo nomás la que tenía algo raro, no encontraba otra persona; eso me hacía sentir como con lepra. Cuando supe cómo había muerto mi papá empecé a entender cosas de mi historia, de mi infancia, que antes no me hacían sentido. Ahora empecé a pensar por qué, por qué a mí, por qué a mi papá. Seguía sin saber que éramos tantos. Y trataba de entender, de procesar toda esta nueva información.

Pensar que han pasado más de cuarenta años.

Cuando me contaron la historia, a los dieciséis, estas son las cosas que supe. Luego vino un silencio absoluto. Años sin hablar del tema. Cuando te preguntan, no contestas, dices: “Eso ya está superado. Es algo que ya pasó”.

Me demoré años en ir al lugar donde lo mataron. Fue mi esposo el que me dijo: “Estamos cerca”. Fue mi esposo el que empezó a tocar las puertas, a preguntar. Encontré testigos. Sin él, tal vez no habría ido. Y aún me quedan muchas cosas pendientes. Esto no termina nunca.

Cuando fue lo del Informe Rettig tuve que ir a dar declaraciones. No sé por qué creí que eso iba de la mano de una investigación judicial, pero no, resulta que pasaron los años y no supimos nada. Hasta que un día fueron a buscar a mi mamá y nos dijeron que la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos había puesto una querrela. Ahí entendí que el Informe Rettig no es más ni menos que un listado de personas desaparecidas y ejecutadas. Y me acerqué a la Agrupación. Me hizo bien, al fin conocí gente con la que me podía identificar, me involucré.

Empecé también un camino de buscar a mi papá, de intentar reconstruirlo. Quise saber quién era como persona, como hijo, como hermano. Y empecé a preparar su traslado al memorial. Me costó tomar la decisión. Todo este proceso de exhumarlo. Finalmente me decidí, elegí el 21 de marzo, una fecha que no significaba nada, e invité a los Parra, gente a la que casi no conocía.

Para mi mamá fue bueno. Por fin pudo darle un funeral, eso era algo que la atormentaba. Le hizo bien, fue un alivio. Pensé que a mí también me haría bien, que me ayudaría a cerrar un ciclo, pero me hizo pésimo. Nunca lo imaginé. De repente me vi otra vez en la puerta de entrada, ahora con un peso más grande. Tomé conciencia de que no era sólo mi historia personal, era el proceso de un país, de todo un mundo. El peso ya no era sólo mío, era de todos. De las mamás que murieron sin saber de sus hijos, de los muertos a los que ya nadie recordaba.

Eso fue horrible. Estuve todo el año triste. Me echaron de la pega, pero todo me daba lo mismo. Tomé conciencia de que no quedaba tiempo, los asesinos se están muriendo. Somos los últimos

herederos de esta historia y no quedamos muchos. Yo ya tengo cuarenta y seis. En cualquier momento desaparece. Por eso no me puedo quedar en la casa, no me puedo quedar quieta, tengo que salir. Ya no sólo por mi padre. Ahora cuando marchamos con letreros, tomo cualquiera, porque cualquiera tiene derecho a estar ahí. Alguien tomará a mi padre. Esto me ha sanado del odio y del por qué. ¿Por qué a mí? ¿Por qué así? Me ha sanado un poco del horror.

Los que no han tenido nada que ver en el asunto dicen “ya están marchando de nuevo con sus fotos”. Lo entiendo, ellos no lo vieron, no conocen ese nivel de maldad, no han estado expuestos a la tortura, a la desaparición de personas amadas. Dicen “ya está bueno de llorar”. Si no lo has vivido, no lo entiendes.

Por ejemplo, a mí me cuesta ver películas donde aparecen escenas de tortura, y me cuesta retenerlas en la memoria. Es un mecanismo de defensa porque cuando veo esas cosas inevitablemente me traslado a la situación de mi papá. ¿Pensó en nosotras? ¿Pensó en mí? ¿Qué sintió? ¿Cómo te enfrentas a personas que te están maltratando? ¿Cuánto puede doler el cuerpo? ¿En qué momento desaparece lo que llevas dentro?

Una tristeza sin explicación

Ana Gabriela Rojas

Psicóloga

Cuánto tiempo vivieron juntos, no lo sé. Hay una nebulosa ahí. Tengo la impresión de que mi mamá vivió un tiempo sola conmigo, de que había una suerte de ir y venir. A lo mejor a mi mamá le daba pena, a lo mejor sentía que nos dejaba solos, pero yo lo entiendo a él. Supongo que la quería, pero también estaba enamorado de su política, muy comprometido con el partido, y eso toma tiempo. Era una batalla de amores.

Además estaba atrapado en el vínculo materno. Mi abuela se rehusaba a dejarlo ir, era muy posesiva. Su hijo era ingeniero y mi mamá estudió hasta segundo básico nomás. Quizá por eso la despreciaba. O quizá daba lo mismo si era mi mamá o era otra, no iba tolerar que se fuera porque él era su mundo entero. Y, por lo que sé, por lo que me dan a entender las historias, él tenía un carácter muy dócil. Se casó con mi mamá recién cuando nació mi hermano chico. Llevaban más de diez años de pololeo. Y para mi abuela fue una tragedia.

Tampoco a nosotros nos tenía cariño. A veces íbamos a verla y no nos preguntaba nada, ni siquiera nos miraba. Había otras abuelitas que nos abrazaban, nos daban besos. Y la mirábamos a ella. Yo podía entender que no quisiera a mi mamá, pero a sus nietos, ¿por qué? Mi mamá nos decía que tratáramos de entenderla, que ella había sufrido mucho. Ni cuando dijeron que lo habían tirado al mar, que podía estar en el fondo de un volcán, ella quiso creer que estaba muerto. Estaba siempre en todas, nunca dejó de buscar. Se unió a la AFDD, trabajaba en la Vicaría. Todo lo que mi mamá no podía hacer porque nosotros éramos demasiado chicos y no tenía con quién dejarnos. Yo siempre lo viví así, era lo normal. Así serán las abuelas, pensaba, con distancia.

Por parte de mi mamá, familia prácticamente no tuvimos. Yo era muy chica cuando fallecieron mis abuelos. Y, sumado a eso, después de que mi papá desapareció, no quisieron saber nada de nosotros. Eran personas muy humildes y muy desinformadas. No entendían lo que estaba pasando, sólo tenían miedo. Esa impresión me da.

Yo vivía con miedo a que a mi mamá le pasara algo. La veía salir y decía: “Ojalá que vuelva”. Ese era el susto, que se enfermara, que le pasara algo en la calle. Cada vez que volvía era un alivio. Y es que no teníamos a nadie. Si le hubiera pasado algo, habríamos tenido que irnos a un hogar de niños, porque mi abuela no nos iba a recibir, menos la familia de mi mamá.

Antes, cuando pensaba en todo esto, era sólo tristeza y resentimiento. Rabia hacia los militares. Rabia hacia mi abuela. Rabia hacia la familia que nos dejó solos. Con mi papá también sentí rabia alguna vez. Luego entendí que él estaba haciendo lo que tenía que hacer, tenía hijos, pero también era un ser individual. Tomé conciencia de que la política era su pasión, su vida, su vocación, para lo que él nació, y eso puedo respetarlo. Al mismo tiempo, vi a mi mamá hacer lo posible y lo imposible para criarnos a los tres estando sola, demasiado sola.

Tengo el recuerdo de ella subiéndose a la micro con nosotros tres de la mano. Cada mañana nos llevaba al colegio, que quedaba lejos, y después nos iba a buscar. Se pasaba el día corriendo, iba y volvía. Cada día, un tremendo esfuerzo. Trataba de trabajar, trataba de que no estuviéramos solos, pero era imposible. Estaba agotada. Cómo llegaba la plata a la casa, tampoco era tema del que se hablara. Supongo que para no despertarnos inseguridad.

Justo antes del golpe a mi papá le estaba yendo bien. Era miembro de la dirección del PS, el presidente Allende lo había nombrado director de Ferrocarriles y había empezado a tener negocios en una maestranza. Debe haberse sentido tranquilo, porque empezó a pagar una casa acá en Ñuñoa.

Esa casa fue lo único que nos quedó. No había nada más.

Si mi mamá hubiera hecho ese asunto de la muerte presunta, podría haber corrido el seguro, pero se negó, así que estuvo años pagando los dividendos. La arrendaba, tenía problemas con los arrendatarios, a veces no tenía a quién arrendársela. Tiene que haber sido duro tratar de conservar algo que apenas puedes pagar. Recién el 88 se decidió a hacer lo de la muerte presunta. Y a propósito de eso yo empecé a saber más, porque ella necesitaba que la acompañáramos en los trámites. Antes nunca.

Ahora mi hija me pregunta cualquier cosa y yo le respondo, pero en ese tiempo no era así. A mí no se me ocurría molestar a mi mamá. A lo mejor la vi llorando, a lo mejor la vi en un mal estado, a lo mejor me di cuenta de eso y no quise despertarle más daño. Con mis hermanos sí hablábamos. Hablábamos calladitos para que no fueran a escuchar lo qué estábamos diciendo. Hablábamos de que él era ingeniero y era inteligente, y estuvo hasta que vinieron los militares. Sabíamos que los militares eran los malos y que había pasado algo terrible, pero no nos imaginábamos lo terrible que era.

La instrucción que yo tenía de mi mamá era no contar nada. Pero no me daba una receta para enfrentar las preguntas. ¿Cómo lo

hago entonces? No sabía qué decir, qué responder. A veces decía que estaba muerto para que no me preguntaran más. Y la verdad, tampoco hubiera podido responder, porque no sabía nada.

Me acuerdo de que de un momento a otro se instaló un silencio, un vacío. Él estaba y después ya no estaba. No recuerdo bien en qué momento. Era una sensación inexplicable de silencio, de no decir las cosas. Para un niño es difícil de entender. No había cosas para comer, todo era frío y extraño. Sabía que él no estaba, pero no sabía por qué. Suponía que no estaba muerto, porque eso me lo habrían podido explicar.

Todo fue lento y sin preguntas. Mi mamá tanto intentaba bajarle la importancia al asunto, que las sensaciones dolorosas se perdían en la incomprensión. Cuando mi hija era chica, me decía: “Cuando hablas del abuelito siento algo aquí en el corazón, pero no sé qué es”. Eso era lo que yo sentía, una tristeza sin explicación.

Tomé conciencia más grande. Me empecé a informar sola y de a poco de los detalles. Leía el diario, escuchaba cosas, e iba atando cabos sueltos. “Ah, esto era por esto otro. Sí, esto ya lo había escuchado antes y tiene que ver con mi historia”. Así pude confirmar y darle un nombre a lo que yo estaba sintiendo.

Y no era solamente mi familia a la que le había pasado algo. Eran montones de familias. Eran realidades, eran verdades, que tenían que ver con el país completo. Todo era más delicado y más terrible de lo que hubiera podido imaginar. En un principio pensaba en la tortura. Pero me dolía pensar. Muy poco rato pensaba. Me dolía no sólo por él, por todas las personas que tuvieron esas muertes tan terribles. Sentía un dolor grupal que dolía más todavía. Lloraba.

Pero va pasando el tiempo y estos temas uno los va metiendo debajo de la cama. Dejamos de hablar de lo que nos duele. Estar hablando ahora es algo especial, es como abrir una caja que estaba escondida. Aparecen cosas, se hacen quiebres en la vida de una.

Hasta que llegaron con banderas

Andrés Brignardello

Escritor y documentalista

Nadie sabía. Yo fui el primero en saber. Un primo mío, que era militante del Frente, llegó a la casa, me sacó a un lado y me dijo: “A tu papá lo mataron. Tenís que ser fuerte”. Como si me hubiera pegado un combo en la cara.

Vivíamos en un barrio obrero de Viña del Mar que surgió de una fábrica de azúcar. Un barrio con conciencia de clase, muy reprimido. Ahí estábamos todos vinculados. Mi primo más que nosotros, por eso le avisaron a él. Mi mamá no supo hasta un par de horas después. Todavía no había nada oficial. No sé cómo supo, yo no le conté.

Al día siguiente salió en los diarios. Tengo la portada del diario con los cadáveres ahí tapados. Y nos allanaron la casa. Llegó la CNI, gente armada. “¡Todos al suelo!” Una situación brutal. Yo, que era el más grande, tenía dieciocho años. Un par de días después entregaron el cuerpo.

En la noche hicimos un velorio en una capillita cerca de la casa. Ayer vino un amigo que vive fuera de Chile y se acordaba. Fue

una escena de película. La gente sentada en la capilla, de repente un auto se detiene, un furgón de estos utilitarios que había en esos años, rechinan los neumáticos, se bajan dos tipos armados, encapuchados, y se cuadran militarmente al lado del cajón con mi padre dentro, hacen una guardia de honor con sus fusiles, y dejan la bandera del Frente. Mi mamá se para y quita la bandera. Estos tipos, así muy rápido, se cuadran de nuevo, salen de la iglesia y disparan ráfagas de metralleta. Nuevamente aparece el auto y se van.

Está todo el barrio, amigos, gente que ni siquiera estaba metida en política, gente querida. Quedan todos aterrados, pensando que iba a llegar la CNI. Estamos hablando del año 86. La gente se despiden y nos quedamos solos.

Al conversar con otros hijos descubrí que todos tenemos un bloqueo ante el dolor. Yo recuerdo haber llorado un mes después, de haber llorado a mares. Lloré a mares con mi mamá.

Los primeros años, mi mamá se encerró totalmente. Se había separado hacía dos años de mi padre, él vivía aquí en Valparaíso. Lo culpaba a mi papá de haber sido irresponsable, de habernos dejado desamparados. Desde el primer minuto tenía rabia, desde el funeral. Y yo la entiendo. Si mi papá hubiera muerto atropellado, habría sido una pérdida tan fuerte, pero que además te allanen, que los vecinos te dejen de saludar. Incluso gente del partido desapareció de nuestras vidas. Miro hacia atrás y veo la solidaridad, pero también la distancia de algunos dirigentes. Podrían haberse portado mejor con mi familia, con mi mamá. Por eso entiendo su rabia. Porque el partido no es una entelequia, son personas, y por muy clandestinas o temerosas que estuvieran, pudieron haber establecido relaciones distintas. Hay partidos que tuvieron conductas menos frías. Creo que eso afectó a mi mamá, la hizo cambiar.

Ella era el sustento, la autoridad del hogar. Cuando nacimos nosotros, dejó de trabajar afuera, pero en la casa trabajaba mucho. Mi padre se involucró en política influenciado por ella y por la familia de

ella. Más que comunista, era una familia de tradición obrera, de una vida comunitaria forjada en las utopías. Las fotografías que guardamos de mi abuelo son todas de actividades del sindicato, del partido.

Mi papá, desde que se casó, comenzó a involucrarse. No sólo por la familia, también por la época y por la vida que le tocó vivir. Trabajaba como obrero en una imprenta, desde joven fue dirigente vecinal. Para la UP debe haber tenido unos veinticinco años, y era dirigente sindical del mundo gráfico. Se entregó con mucha pasión a la política.

Se fue preso inmediatamente cuando llegó la dictadura. Lo llevaron al regimiento de Viña del Mar, a la Escuela de Ingeniería. De ahí volvió mudo, nunca contó nada. Era un hombre muy reservado, además, medio machista, buscaba proteger a mi mamá bajándole el perfil a las cosas. Pero, por lo que hemos podido reconstruir, fue una experiencia muy brutal. Y luego, el 78, volvió a caer, con los tres compañeros con los que imprimían *El Siglo* aquí en Viña del Mar.

Lo íbamos a ver a la cárcel y él fingía que estaba todo bien. Yo en esa época tenía diez años. No podía entender, tenía miedo. ¿Por qué mi papá estaba en la cárcel, si a la cárcel iban los ladrones? En los diarios decían que por ser parte de células extremistas. Y, después, cuando salió de la cárcel, lo internaron en el hospital.

Lo que pasó después lo he ido reconstruyendo a partir de los relatos de sus compañeros, de gente joven que logró sobrevivir. Cuando murió, estaba separado de mi madre, entonces la relación con nosotros no era tan frecuente. Recién nos dimos cuenta de que andaba medio clandestino cuando cachamos que tenía mucha ausencia laboral.

Sé que participó de muchas acciones armadas. Me imagino. El 83 se arma el Frente, y a los comunistas de más confianza se les solicita ingresar a estos equipos sin tener ninguna preparación militar. Mi papá había hecho el servicio nomás, y tuvo que participar de

acciones muy arriesgadas. Asaltos, tomas de radio, voladuras de torres, un atentado al Regimiento Coraceros, en el centro de la ciudad.

El 86 el estado de ánimo de los comunistas era de entrega total. Estaban utilizando toda la infraestructura disponible. En esta zona había muchos militantes que se habían unido al Frente. Mi papá era el viejo del grupo, en ese tiempo tenía cuarenta años. Y mi mamá no se enteraba de nada. No supimos nada hasta que llegaron con banderas a su funeral.

Un año después de la muerte de mi papá el Frente se quiebra. El PC decide no seguir con él, una parte regresa al partido y otra forma lo que se llamó el Frente Autónomo. Mi papá no alcanzó a vivir ese quiebre, pero estoy seguro de que hubiese vuelto al partido. Él era un comunista ejemplar.

En esos días yo recién había entrado a la universidad. La Católica de Valparaíso tenía más de siete mil alumnos y estaba muy movilizada. Cuando volví a clases se me acercó una gran cantidad de gente, me hice muchos amigos. Era algo especial. Yo no me daba cuenta. “Qué simpático que soy”, pensaba. Pero no era por simpático. Estaba lleno de miristas, de socialistas, de comunistas; sabían que mi papá había sido asesinado, tenían conmigo una relación tierna. Siempre he reflexionado sobre esto. Pude haber sido un joven con muchas limitaciones sociales, no haber salido nunca del barrio.

También en ese tiempo entré a militar. Mi experiencia fue frustrante. Todavía no conozco a un tipo que haya quedado conforme con lo que vivimos los militantes en esa época. Había mucho idealismo. Amigos cercanos murieron en circunstancias trágicas. A uno de ellos el año 88 le explotó una bomba que estaba manipulando. Y un estudiante de Arte, Gonzalo Muñoz, cayó preso y ahí, dentro de la cárcel, lo mató un preso común.

Hice una película sobre la muerte de Gonzalo que me trajo problemas. Supongo que era inevitable, la gente buscaba una historia heroica y yo la conté de otra manera. No es que no crea que Gonzalo

haya sido un héroe, lo que no me compro es la idea de que la CNI haya ordenado matarlo. Mi tesis es que Gonzalo murió por las condiciones que la dictadura instaló en las cárceles. En esos años los presos comunes convivían con los presos políticos en condiciones de hacinamiento. Imagínate las culturas que se construyen ahí, más el acoso de los gendarmes. Pero hubo gente a la que no le gustó esa lectura. Y es que en estos procesos de reconstrucción de la memoria no compartimos los objetivos. Ni siquiera los tenemos claros. No sabemos si es para reivindicar nuestras ideas, para comprender lo que pasó, para mitigar el daño, por justicia o por revancha. Y, cuando eso no está claro, tampoco lo están las formas.

He hecho documentales porque quiero que sean herramientas educativas. Algunos están en internet, han participado en festivales, pero los hago pensando, sobre todo, en que algún día puedan exhibirse en una sala de clases. Tienen ese objetivo. Y pienso que el trabajo por la memoria debe tener como sentido último la justicia, por lo que debe partir de una reflexión profunda. La historia dejó claro que estos ideales, estas emociones y convicciones políticas que encarnaron nuestros padres, pueden estar al servicio del bien, pero también pueden estar al servicio de dictaduras criminales, como se vio en tantos lugares del mundo. Por eso, para intentar ser consecuentes, las reflexiones sobre la justicia tienen que ser amplias y desapegadas. Estoy en contra de que existan presos políticos en Chile y en Estados Unidos, pero también en Venezuela y en donde sea. Porque estoy en contra de la prisión política. Pero veo la tele, o leo las redes sociales, por ejemplo, y me encuentro con discursos montados unos sobre otros para justificar estrategias políticas más que para defender valores.

Recuerdo a mi papá y también me acuerdo de mí mismo cuando era comunista. Estudiaba, leía a los clásicos, pero jamás discutí con alguien sobre ecología, sobre feminismo. No eran temas. El socialismo y otras ideas que encarnaron nuestros padres fueron de alguna

manera derrotadas. Entonces, tal vez, no porque hayan sido las banderas de nuestros padres debemos insistir en levantarlas como banderas de futuro. Las ideas tienen que estar acordes con los tiempos. Hay cuestiones sobre las que tenemos que seguir reflexionando.

Por eso mi trabajo con la memoria no tiene que ver con la muerte, no como motivo central. No digo que tenga la verdad sobre los hechos, pero busco que mis trabajos sean, por lo menos, reflexivos, que aporten a la reflexión acerca de la participación política, el mundo en que vivimos y cómo adecuamos los discursos de esos tiempos al día de hoy. Que no sean panfletos.

Hay, creo, un fenómeno que nos afecta a quienes fuimos militantes durante la dictadura. Cuando llega la democracia se desfonda nuestro mundo de referencias y expectativas. Con la transición, pero también con la situación internacional, con la caída del socialismo, las utopías se desfondan y hay una pérdida de sentido. Entonces te preguntas por tu papá, por tus amigos, por el sufrimiento de tanta gente. ¿Valió la pena? Es algo realmente tormentoso.

Fin de la conversación

Sylvana Verónica
Fuentes Cienfuegos
Licenciada en Pedagogía
y guía turística

El lavado de pelo era un momento especial, de los pocos en que compartía con mi papá. Carlos Fuentes, se llama. Él me sacaba el champú. Esa tarde, después del enjuague, me puso la toalla y me dijo que tenía algo que contarme. Yo estaba cantando cumpleaños feliz, la única canción que me sabía en castellano. “La Vero y Sergio tuvieron un accidente en auto en las provincias”. Se supone que andaban trabajando en las provincias francesas. “Fue grave, murieron los dos”. Fin de la conversación.

Después de un rato, la mujer de mi papá, Fanny, me llevó una bandeja con comida. Yo no quise, lloré toda la noche. Al día siguiente me levanté, me vestí, y me fui sola a la escuela como siempre. La única diferencia es que ya no tenía mamá. ¡Pero eso a quién le importaba! Nunca más se habló de ella, estaba escondida hasta en los álbumes familiares, se convirtió en un tabú. No podía preguntar por ella, no podía hablar de ella, si alguien la nombraba, se erizaban, especialmente la Fanny, ¡que es psicóloga de la Sorbonne! Es difícil de

entender, no sé qué les puede haber parecido tan enfermante. Yo tenía ocho años.

Había llegado a Francia con mi mamá el 75. Mi papá nos tenía un departamento instalado, pero él tenía otra polola. Eso para mi mamá fue un tormento, mandaba cartas a Chile hablando de su decepción. Mi papá se quedaba con nosotras a veces, cuando quería. Mi mamá se sentía sola. Unos meses, eso no duró tanto. Llevábamos creo que menos de un año cuando llegó a nuestra casa desde Venezuela una familia chilena. Sergio Flores con su mujer y su hermano, todos militantes del MIR.

Ese encuentro le cambió la vida a mi mamá. Entró a militar al MIR y terminó de separarse de mi papá, que a esa altura ya había abandonado la militancia y estaba de lo más aburguesado, dedicado a hacer carrera, a estudiar, a pololear. Mi mamá, en cambio, se convirtió en la Camila, esa era su chapa. Participó de una huelga de hambre que hubo en París, se formó ideológicamente. Tenía un compromiso cada vez mayor. Y, viviendo bajo el mismo techo, mi mamá con el Sergio Flores se enamoraron.

Fue la caída. La mujer de Sergio, la Vicky, estaba embarazada y ya tenían una cabra chica, pero tanto se enamoraron que decidieron que, después de que naciera la guagua, le informarían a todo el mundo de su relación. Ella se fue a tener la guagua a Venezuela, él partió detrás a contarle y, luego, cuando volvió, vivimos un tiempo mi mamá, Sergio, su hija y yo, hasta que empezaron a desarmar la casa y a mí me mandaron a Chile.

Yo tenía cinco años, era una pioja. Me sangró la nariz todo el viaje. Ese es un recuerdo duro. Cuando llegué al aeropuerto me esperaban mis abuelos paternos, una familia linda, pero yo no los conocía, y hablaba muy poco español. Estuve seis meses en Chile. Lo pasé bien, fue bueno a pesar de las dificultades. Generé vínculos con mis abuelos y con mi familia materna también, me regalaban, me llevaron al colegio, aprendí a leer y a escribir en español... Pero mi

mamá, que supuestamente se iba a juntar conmigo aquí, nunca llegó. Al parecer tenía la intención de ingresar a Chile, pero tuvo que postergarlo por algún motivo, y me mandaron a buscar.

Poco después de volver a París me dijeron que Sergio y mi mamá tenían un trabajo en las provincias, que la hija de Sergio tenía que irse donde su mamá a Venezuela y yo me tenía que quedar con mi papá. Ahí empezó la segunda parte de mi infancia.

Con mi papá me la pasaba sola. Él no estaba nunca, trabajaba todo el día y estudiaba en la noche. En la mañana me iba sola al colegio, desde primero básico, y por la tarde mi papá me recogía en la guardería, me llevaba a la casa y volvía a salir. Los vecinos me llevaban un plato de comida.

Dónde estaba mi mamá, no lo sé. Entiendo que se fueron a Cuba a hacer formación militar, pero es posible que ni siquiera hayan estado en Cuba. Ha sido difícil que los compañeros de mi mamá de la época me revelen los detalles de lo que pasó en ese tiempo. Está lleno de nebulosas. Supongo que es por un tema de militancia. Mi impresión es que se trata de una generación dañada. No han podido soltar la historia, les cuesta poner en relato lo que pasó, y cuando lo intentan se acusan unos a otros de las malas decisiones, omiten información, se defienden. Pero también sospecho que, al menos en parte, este misterio tiene que ver con la mano negra de mi padre, con el velo que instala para que yo no sepa nada.

Sólo sé que el año 80 no los vi y que ella volvió los primeros meses del 81 a despedirse. Mi papá se fue, y ella se quedó un fin de semana conmigo y con Sergio en el departamento donde vivíamos. Cuando llegó el momento de despedirse, me escondí detrás de un sillón. Yo era caprichosa por naturaleza y tontamente pensé que mientras no me encontrara no podría irse. Entonces ahí me quedé, amurrada detrás del sillón. Esa fue la última vez que la vi.

Me quedé sola con mi papá, hasta que me dio peste cristal y llegó mi abuela desde Chile a hacerse cargo de mí. Estuvo seis meses,

fue una bendición. Pero en esos seis meses, mi papá supo de una chilena con un hijo de mi edad que buscaba compartir su departamento, y partimos a conocerla. En el mismo momento en que abrió la puerta, empezó a crecer el abismo entre mi padre y yo. Se emparejaron al tiro, el primer fin de semana. Nunca me gustó ella, ni el color de su casa, ni su pelo corto, ni su hijo ni nada. Cuando mi abuela volvió a Chile me quería morir.

Y después vino la muerte de mi mamá. El silencio. No saber. Nunca me dijeron nada. Podrían haberme dicho. Yo sabía de la dictadura en Chile. Sabía que el hermano de mi mamá era detenido desaparecido. Me críe con Marco Enríquez, con los Gumucio, con los Fernández. Era amiga de la Natalia Chanfreau, con la que tenemos tres meses de diferencia. La mejor amiga de mi mamá era la Tere Izquierdo, que tenía al Manuel. Sabía lo que era no tener papás. Mi vida era la de los refugiados. Éramos un lote de cabros chicos que vivíamos una realidad similar. Pero todo eso se acabó con mi papá, me separó de los que podrían haber sido mis pares. Y recién a los dieciséis, cuando ya llevaba siete años viviendo en Chile, me enteré de que mi mamá había sido ejecutada.

Volvimos en octubre del 86, cuando yo tenía nueve. Nos trajeron de vacaciones engañados, el *modus operandi* de mi papá. En el aeropuerto estaban mi abuela paterna, la hermana chica de mi papá y la familia extendida de la Fanny. De mi familia materna no había nadie. La bienvenida fue con aguardiente en la casa de los abuelos de la Fanny, judíos polacos que llegaron a Chile durante la Segunda Guerra Mundial. Estaba casi que la comunidad judía en pleno. Y como yo tenía implícitamente la prohibición de hablar, no entendí nada y no me atreví a preguntar. Pasaron meses antes de que mi papá me llevara a ver a mi abuela materna.

Se enteraron de que estábamos en Chile porque gente de la Villa Olímpica vio a mi papá bailando en una discoteca y lo contactaron. Él les dijo que si querían verme no podían nombrar a mi mamá. Esa era la condición. El tabú estaba en todas partes. En la Alianza

Francesa, donde entré a estudiar, tampoco podía nombrar a mi mamá, y el discurso absoluto y total era que habíamos vivido en Francia porque mi papá estaba becado.

A mí nunca se me ocurrió reclamar, les tenía pánico. Desde que a los siete años mi papá me sacó la chucha. Esa vez fuimos de vacaciones a España, a Valencia, antes de que muriera mi mamá. Ellos salieron en la noche y nos dejaron encargados con una gente. Yo lloré hasta que volvieron. No es necesario tener posgrados en psicología para entender que una niña, a la que ya la dejó su mamá, llore desconsoladamente si su papá la deja con desconocidos, aunque haya ido a comprar cigarrillos. Pero mi papá llegó y me sacó la chucha, tanto me pegó que empezó un descalabro. Me hacía pipí en la noche, lloraba, mentía.

Cuando llegamos a Chile fue peor. La Alianza, con ese jumper y todas esas prohibiciones. Por suerte después llegaron la Natalia Chanfreau, Carlos Insunza y otros chicos que habían estado conmigo en Francia. Ahí se me acabó un poco el desamparo, pero aún no veía a mi familia materna y, por supuesto, aunque sabía que mi tío era detenido desaparecido, que nosotros habíamos estado en el exilio, tenía prohibido militar. Igual me arrancaba, iba a reuniones. Y mi papá me castigaba, me golpeaba.

Así vivía.

Sólo los fines de semana podía descansar. Me repartía entre mis abuelos paternos en las torres San Borja y mi abuela materna en la Villa Olímpica. Mis primeros amigos, mi primera ida al cine, mi primer pinche, los tuve en la Villa Olímpica, pasaba mucho tiempo ahí. Con los años he sabido que para mi abuela fue muy difícil porque yo lloraba, le preguntaba cómo era mi mamá, le pedía que me mostrara fotos, que me contara; se daba cuenta de que sufría, y ella con esta prohibición de hablar.

Una vez se le salió que se había enterado por la radio de la muerte de mi mamá. Nunca me voy a olvidar. Estábamos cocinando,

yo tenía catorce años. Ahí empecé a sospechar. “¿Por qué en la radio si murió en Francia?” Pensaba en esa gente que me encontraba parecida a ella, en esos silencios que aparecen cuando tú entras a una sala, soñaba con mi mamá. Sentía el desajuste y no tenía con quién hablar.

Cuando me mandaban a terapia, mentía. Tenía la idea de que todos los psicólogos eran amigos de la Fanny, y efectivamente lo eran. Mentía tanto como me mentían. Cuando recuerdo ahora mi infancia y mi adolescencia es como si fueran prestadas. No me reconozco en esa niña. Todo era desquiciado. ¿Cómo mi papá pudo callar a todo el mundo, a mi familia materna, a mis compañeros de la Alianza? Una generación completa con la que crecí en el exilio que después me dijo “yo ya sabía”. Es increíble. Para entender he tenido que ir armando un entramado, reconstruyendo minuciosamente el puzzle, limpiando la información. Ha sido difícil.

A los quince años, después de un nuevo episodio de discordia familiar, mi padre me dijo que se iba a separar de su mujer. ¡Por fin! Pero la historia terminó con una discusión entre ellos en la que la Fanny le dijo que o se iba ella o me iba yo. Mi papá respondió: “Se va ella”. Me fui con mis abuelos paternos, que en ese tiempo vivían en Antofagasta. Con el corazón en la mano: mi pololo, mis amigos, el grupo scout, el atletismo, todo se quedaba en Santiago.

A pesar de eso, ese año que viví con mis abuelos en Antofagasta fue uno de los mejores de mi vida. Estaba más tranquila, mis abuelos eran adorables, me iba muy bien en el colegio. Mi papá me fue a ver para mi cumpleaños, llegó de sorpresa, una de las pocas cosas lindas que ha hecho por mí. Era 1989, se estaba acabando la dictadura. Hasta que me enteré de cómo había muerto mi mamá.

Iba caminando por el centro y pasé frente a un lugar donde funcionaba una agrupación de izquierda, socialista. Entré y me puse a hojear unos ejemplares de *El Rodriguista*⁵² que tenían arriba de un mesón. Abro uno y me encuentro con una foto de mi mamá. “María

Cienfuegos Cavieres, una hija, 11 diciembre del 81, Rivadavia, falso enfrentamiento”.

Me quedó la cagada. Caminé y caminé, me fui a la playa, y ahí empezó a crecer mi ansiedad. “Si esto está aquí, lo sabe todo el mundo”. Eso fue lo primero que pensé. Pero ¿a quién le podía preguntar? En ese tiempo vivía con nosotros el hermano chico de mi papá con su mujer. Cuando llegué ella estaba cocinando, colando los tallarines. Me senté en el mesón de la cocina, medio haciéndome la loca, crucé las piernas y le dije: “Flora, te quiero hacer una pregunta, ¿mi mamá está enterrada en el Cementerio General o en el Católico? Se dio vuelta, nunca me olvidaré de su cara. “Yo no te puedo hablar de esto, por favor pregúntale a tu abuela, por favor a mí no”. Como si le hubieran nombrado al diablo.

Pero fue ella la que me hizo el primer relato. Me contó que estaban viendo las noticias y nombraron a mi mamá. Había habido un enfrentamiento en Rivadavia, estaba televisado, y mi tío se puso a llorar. Eso era todo lo que sabía. Y que mi mamá estaba enterrada en el Cementerio General.

No lo hablé con mi abuela. Cancelé la gira de estudios y me vine a Santiago. Esto tengo que hacerlo yo, pensé. Cuando llegué a Santiago les conté a mi pololo de esa época y a mi mejor amigo. Y ahí empezaron los “yo sabía”, los “puta, chica, yo ya sabía”. Se me desmoronó el universo.

Hablé con la Natalia y Carlos Insunza, que eran muy cercanos a mí. Carlos me acompañó al Cementerio General. Me demoré meses siempre, con la excusa de que iba a scout, pero la encontré. Mi papá nunca supo esto. Al mismo tiempo partí con la Natalia a la cárcel de Mapocho, donde había compañeros del MIR de mi mamá, sobrevivientes. Nunca se me va a olvidar. Entramos y me reconocieron al tiro. “La hija de la Camila”. Me contaron de su militancia, de su muerte. Ahí empecé a entender que era todo cierto.

Ese verano con mi papá y la Fanny en Viña del Mar fue un infierno. Quería replegarme, no hablar con nadie hasta reconstruir la historia. Ellos, por supuesto, no sabían nada. Pero una noche me sinceré con una amiga de la Fanny. Fue una conversación bien bonita. Ella me contó de la muerte de su papá. Le conté que no sabía qué hacer.

—Esto no está bien. Tienes que contarle a tu papá, si no le voy a contar yo. Hay muchas cosas que necesitas saber. No puedes tener esto adentro, no te hace bien, te vas a enfermar.

Y yo, negándome, era imposible. Pero ella me puso una fecha, principios de mayo.

Al final todo salió pésimo, al modo de mi papá. Mi abuela materna estaba de cumpleaños y con mi papá íbamos en el auto a visitarla. Él siempre iba conmigo a sus cumpleaños. Me iba a dejar a la Villa Olímpica, se tomaba unas piscolas. Íbamos en el auto y justo aquí, en el semáforo de Avenida Ossa con Simón Bolívar, él pone las luces de estacionamiento, levanta el freno de mano y se saca el cinturón: “A ver, ¿qué es lo que sabes tú de la Vero? Si hay alguien que te puede hablar de la historia de tu vida, soy yo, tu papá, no cualquier persona”. Mi silencio empezó a exasperarlo. Él es un señor que se exaspera, particularmente, al parecer, conmigo. Y empezó en una escalada de brutalidades, una tras otra: “No sé cuál es el afán de andar contando historias fantasiosas, si al final ella te abandonó, ¿o tú no entiendes? Aquí el huevón que tuvo que criarte, que se quedó solo con una cabra chica, soy yo. Yo tuve que tomar las decisiones”.

No había nada que hacer, nada que rescatar. Mi única respuesta fue: “No quiero saber nada de ti. No quiero que me cuentes nada, no te quiero escuchar. ¡Cállate!” Me salió del alma. Luego cinturón, freno de mano y partimos.

Cuando llegamos donde mi abuela estaba toda mi familia materna. Yo estaba deshecha, todavía no le contaba a nadie. Mi papá se sentó en la cabecera de la mesa, yo al lado de mi abuela, más gente

alrededor, piscola. Y mi papá a la segunda o tercera piscola, toma un sorbo y dice: “La Silvana ya supo lo de la Vero”. Quedó la cagada. Mi abuela se puso a llorar, corría de allá para acá. Se volvieron locos. Empezaron a sacar cartas, ropa. Y mi papá, sentado como si nada. No lo podía creer, miraba a este hombre y pensaba que debería escribir el manual de cómo hacer las cosas mal. Fue horrible. Ninguno de los que estábamos ahí se va a poder olvidar.

Mi papá prácticamente no me habla, nunca ha reconocido haber cometido un error. A la Fanny no la veo hace quince años. Hoy en la mañana le escribí un mail a él, de manera muy excepcional. Le pedí cincuenta lucas para mandarle una Play Station a mi hijo, que pronto está de cumpleaños y vive en Canadá. Me respondió que no me podía ayudar.

¡Y se queda con las cuatrocientas setenta lucas de la pensión porque a él le corresponde más que a mí! Que yo soy joven, que tengo que trabajar, que debo ser capaz de mantenerme. Cada cierto tiempo le digo que pienso que lo correcto sería que compartiera la pensión conmigo, pero esas son sus respuestas. “¿Tú crees que yo no merezco una indemnización por haberme quedado a los veinticuatro años con una cabra chica?” Es un hombre miserable, siempre fue así. Pero esa noche en la casa de mi abuela fue especialmente brutal.

Mi universo entero quedó desfigurado. Ya no sabía cómo relacionarme con mi familia, no tenía ganas de ir los fines de semana donde mi abuela, no quería ver a nadie. Y tenía que vivir con mi papá, el peor de todos. Cuando me vine de Antofagasta me matriculó, así de sorpresa, en un colegio nuevo donde me tocó enfrentar todo tipo de situaciones.

Me dijeron cosas como “por algo la habrán matado, tiene que haber sido extremista tu mamá, debieron haberlos matado a todos”. Nada que no hubiera escuchado antes referido a otras personas, pero ahora me lo decían a mí, estaban hablando de mi mamá, de mi experiencia. Las primeras veces tuve que salir de la sala.

Cuando fueron los cuarenta años del golpe salí en la tele dando testimonio. Después de eso me llegaron varios mails de compañeros pidiéndome perdón. Ahora puedo entender, eran unos niños, pero en ese momento sólo odiaba a todo el mundo y quería esconderme en una cueva. Sentía una impotencia, una rabia, una pena, una vergüenza. ¡Desde siempre, la vergüenza! El día de la madre. ¡Oh, dios!

Y en esos mismos días empezó a funcionar la Comisión Rettig. Había que declarar.

Fui sin saber mucho qué decir. Fui con una prima de mi mamá que estuvo con ella mientras estaba clandestina. Hay hartos relatos de la familia de los días previos al montaje. Es una historia tremenda. Hay una hermana de mi madre que es la que más me disocia de todo. Dicen los relatos que fue ella la que delató a mi mamá y a su compañero. Y, aunque no puedo saberlo a ciencia cierta, yo pienso que es verdad. Siniestro. No sólo se la vincula con este caso, sino también al de otra gente de la Villa Olímpica.

Cuando mi mamá y Sergio entraron a Chile el año 81, esta tipa les prestó un departamento en Pedro de Valdivia. Se los prestó, pero después los echó y mi mamá con su compañero tuvieron que irse a la casa de Rivadavia, donde fueron abatidos. Lo que hemos sabido es que ese departamento antes lo usaba un amigo de ella de la CNI, que tenía amigos de la CNI, y que después de echarlos salió de Chile con un nombre falso, primero a Brasil y después a Australia. Todavía vive allá.

Esa tía es mi talón de Aquiles. Me da rabia, me da pena. Siento que soy producto de una historia de desamor, en términos generales.

Te puedes imaginar la relación que tengo con el amor. O sea, tengo unas vertientes que me impulsan, que son puras cosas buenas, ahora lo siento, puedo verlo, pero estuve veinticinco años congelada, paralizada, vinculándome con el entorno de manera nociva. Ahora se está produciendo el cambio. Tengo un antes y un después de los cuarenta.

El mismo día de mi cumpleaños me llamó una periodista de Chilevisión para que testimoniara en *Imágenes prohibidas*, una serie documental que hicieron para los cuarenta años del golpe, con imágenes inéditas de la dictadura. Había imágenes que probaban que el supuesto enfrentamiento en el que había muerto mi mamá había sido un montaje. Recién ahí supe lo que había pasado, con ese programa.

Mi mamá y Sergio iban todos los días al Parque O'Higgins a hacer entrenamiento físico, pero ese día ella no fue. Tenía un pie esguinado. Si la mataron antes, si los ejecutaron juntos cuando Sergio volvió del parque, no se sabe. Lo que se sabe es que hubo un despliegue policial tremendo, hasta con helicópteros, y que ellos no dispararon.

Desde que la encontré en el Cementerio General estuve tratando de reconstruir la historia. Algo sabía de antes, tenía hartos datos, había ido a la casa de Rivadavia, había hablado con los vecinos. También por un juicio que estaba llevando la familia de Sergio Flores. Nunca pensé que habían muerto en un enfrentamiento, siempre supe que habían sido ejecutados. Pero este registro de imágenes brutales... Gracias a estas imágenes se pudo armar el caso, así se demostró que fue un montaje.

Después de que me llamó la periodista le mandé un mail a la gente más cercana para contarles que iba a testificar. Al día siguiente fui al frente de la casa donde mi mamá fue acribillada y di mi testimonio. La gente reaccionó muy bien. Hasta mi papá me dejó un mensaje cariñoso.

Es más, mi hijo estudia en el colegio municipal de Plaza Ñuñoa. Me llamó la directora y me asusté muchísimo. Llegué y estaban la jefa de UTP, la orientadora, todo el mundo. Me sentí acorralada, pensé que iban a echar a mi hijo. Pero no era eso, querían darme un abrazo.

Para mí dar esa entrevista fue sanador. Fue tan importante contar. A raíz de eso me acerqué a mi familia materna y pude involucrarme más. Necesitaba saber. Y fue una reivindicación de mi madre en todo sentido. Lo primero que hice fue decir que mi mamá y Sergio

eran pareja. ¡Si esto fue una historia de amor, no sólo de militancia! Hacer un juicio, hoy hay once huevones imputados. Y después me fui en contra de los medios, por cómplices.

Todo gracias a ese programa. En mis ensoñaciones siguen pasando cosas, pero en ese momento pude despedirme. Recién ahí creí en su muerte, sentí que me estaba despidiendo, que por fin iba a poder dormir tranquila. Recién ahí pude decir: “Sí está muerta. No va a volver. Fue así. Esta era la casa. Así fue el operativo. Está descrito. Hay nombres. Esto es”.

Explotaron todas mis rabias

Marcela Meza Lagos
Habilitadora diferencial

Es una historia muy triste. Llamaron a mi madre a Porvenir diciendo que su mamá había muerto de una trombosis cerebral, ella viajó de urgencia a Punta Arenas y al llegar se encontró con dos ataúdes. Cuando supo de la muerte de su mujer, a mi abuelo le dio un ataque al corazón. Así que quedó huérfana de un pique. Esto fue en 1969.

Ella se casó muy chica, a los diecisiete años, y tuvo tres hijos, uno detrás de otro. Luego, cuando empezó a madurar, se dio cuenta de que no era lo que quería. Su sueño era unirse a la Unidad Popular y mi papá era totalmente apolítico. Entonces, cuando mis abuelos murieron, ella pudo liberarse del matrimonio. Esa es mi teoría personal. La herencia que recibió le permitió venirse a probar suerte a Santiago sin depender de nadie. Para el contexto cultural de la época, fue loca y fue valiente.

Llegó a Santiago en 1970 con tres niños chicos. Yo tenía seis o siete años, me acuerdo. Las calles, las marchas, los eslóganes. Una alegría contagiosa por todas partes. Mi mamá compró un departamento

en Lo Espejo, un barrio muy distinto a donde ella había crecido. Tenía una rebeldía en contra de su clase social. Vergüenza por sus privilegios, quizá. Pero, aunque no haya tenido que empezar desde abajo, el hecho de casarse, tener hijos y quedarse huérfana siendo aún tan joven, la hicieron luchadora.

Cómo entró a trabajar a La Moneda, no sé. Trabajaba de secretaria. Una vez le pregunté a mi tío qué militancia tenía mi madre. Me dijo que era comunista, pero después resultó que está reconocida dentro del MIR. Hay cierta confusión ahí. Lo que sí es seguro es que su compañero era mirista. La última pareja que tuvo, Julio Jorquera.

A Julio lo detuvieron a principios de agosto de 1974 y pocos días después lo llevaron a la casa. Fue una cosa rara, tremenda. Mi mamá estaba ahí y pudo pasar un rato con él. Estaba muy torturado, muy roto. Se lo llevaron y volvieron unos días después, un día en que mi mamá no estaba. Unos agentes lo llevaron. Los tipos se quedaron en el living y él me pidió las llaves de la cocina. Se las di, y él se encerró en la cocina y se escapó por la ventana. Cuando los DINA se dieron cuenta de que se había arrancado hubo un movimiento muy violento en el sector. Después supimos que subió al departamento de arriba, que era un departamento de seguridad, que se escondió ahí y que en la noche se asiló en la embajada de Italia. Luego de eso, nada. No sabemos qué pasó, no volvió a dar señales de vida, hasta el día de hoy.

El día anterior, mi mamá nos había llevado al Comité Pro Paz para que conociéramos a Álvaro Varela, un abogado que la estaba ayudando a buscar a Julio. Al día siguiente ella fue nuevamente a hablar con él para contarle lo que había pasado y saber si ellos tenían alguna noticia. Cuando iba llegando a la casa de vuelta, los vecinos le dijeron que no subiera, que la estaban esperando. Ella reaccionó impulsivamente: “¿Cómo no voy a subir? ¡Están mis hijos!” Los DINA estaban en la escalera en el piso de arriba, mi mamá no los vio. Entró a la casa, desesperada, y nos dijo que tenía que volver a salir, que no

nos preocupáramos, que ya pronto nos íbamos a ir de Chile todos juntos. Se vistió, sobre la ropa se puso más ropa. Y tocaron la puerta.

Mi mamá dice: “Digan que no estoy”. Eran Romo con Krassnoff. Mi hermano les dijo que mi mamá no estaba, pero ellos entraron no más, muy prepotentes. “Sabemos que está”. Mi mamá salió de la pieza y hablaron, no sé por cuánto tiempo. La situación era densa, horripilante. Yo lloraba. Se me acercó Romo y me dijo: “No te preocupes, le vamos a hacer unas preguntas y mañana en la mañana estará acá”. Y se fue, se la llevaron. Ahí el ataque de llanto se desata. Nos asomamos a la ventana y vemos que afuera hay todo un contingente militar.

Luego de eso no tengo más recuerdos, ninguna memoria. Sé que mi hermano mayor salió corriendo detrás de los milicos, de los autos. Tenía diez años y se perdió. Lo encontraron semanas después en el puerto de San Antonio. El abogado Varela cuenta que al día siguiente, cuando llegó al Comité Pro Paz, se encontró con dos niños sentados en la vereda, a los que había conocido un par de días antes con su mamá. Cuando nos vio supo inmediatamente lo que había pasado. Esa tarde nos llevaron a la casa de una tía paterna, la tía Delia, y ella nos mandó donde mis abuelos paternos que vivían en el campo cerca de Chillán. Unas semanas después llegó mi hermano mayor, y ahí estuvimos un año y medio.

El nombre de mi mamá no se mencionaba. Una mentalidad típica del contexto: “Los niños es mejor que olviden”. Mi abuela quería que nuestra vida fuera normal, rutinaria, pero nosotros no entendíamos nada. No sabíamos dónde estaba la mamá, no podíamos preguntar. Mi padre brilló por su ausencia. No se acercó siquiera a preguntar cómo estábamos, nada. Y no estábamos bien, teníamos miedo. Mi abuelo era un tirano, un ser muy violento. A mí me violó cuando tenía nueve años y después me amenazó de muerte si contaba. Pero lo conté igual. Volví llorando, enloquecida, histérica, y mi hermano mayor logró sacármelo. Le conté a él y él le contó a mi abuela. Y, en

ese momento, fue que mi abuela decidió mandarme a vivir con mis tíos a Venezuela.

Mi mamá era muy cercana a ellos. Se había hecho íntima de mi tía, la mujer de su hermano. Poco antes de que partieran al exilio se hicieron una promesa: si a una de las dos le pasaba algo, la otra cuidaría a los niños. Por eso, en cuanto llegaron a Venezuela, mis tíos empezaron a pedirle a mi abuela que nos dejara ir con ellos. Pero mi abuela nunca quiso, se negaba. Hasta que pasó lo que pasó y, para evitar problemas, decidió mandarme a Venezuela. Mis hermanos se quedaron.

En ese momento estaba tan conmocionada que separarme de ellos no me pareció algo grave, pero, claro, visto en perspectiva fue una nueva pérdida. Mis tíos siguieron insistiendo en que los mandaran, pero mi abuela se negó una y otra vez. De alguna manera estos niños le daban sentido a su vida. Vivía con un tirano, no tenía ninguna posibilidad de autonomía, no tenía muchos recursos... Cuando se enteró de que mi abuelo me había violado, en su estado de angustia, su reacción fue decirme que la culpa era mía, por agrandada. Esto me marcó muchísimo. Crecí con la culpa: a mi mamá la agarraron porque le entregué las llaves al tipo y me violaron por ser tan agrandada. Crecí con culpa, con vergüenza, y no volví a hablar del tema hasta muchos años después.

Cuando me bajé del avión en Venezuela fue como respirar libertad, seguridad. Recuerdo mi llegada como un momento lleno de luz, de alegría, de armonía. Mi tío me compró un libro de *Asterix, el Galo*, me fascinaba, me lo sabía de memoria. Y antes de volver a la casa desde el aeropuerto, pasamos a comprar al supermercado.

—¿Y dónde están los militares?

—No, mijita, acá no hay militares.

Mi vida cambió. Los primeros años fui una niña alegre. Teníamos una pandilla de niños con los que nos juntábamos en la planta baja, íbamos a la escuela, celebrábamos cumpleaños. De alguna manera logré bloquear los traumas con los que venía. Mi manera de lidiar con

ellos fue la mentira. Les dije a los vecinos que tenía cáncer, por ejemplo. Fue una de las cosas. Inventaba porque no podía verbalizar lo que sentía mi cuerpo.

A mi mamá no la mencionaba. Hace un par de días me junté con mi tía y hablamos de estas cosas. Me contó que me llevó a prestar declaraciones ante las Naciones Unidas y yo me quedé muda, no quise decir ni una sola palabra. Yo no me acordaba. Cuando los niños me preguntaban por qué vivía con mis tíos, decía que mi mamá andaba de viaje.

Las cosas empeoraron cuando tenía trece años. Pasó que me rompí un tobillo y, como no podía lavarme el pelo sola, obligaron a mi prima a ayudarme. Ella, en su rabia de tener que hacer algo que no quería, empezó a gritarme. Y entre otras cosas me dijo: “¡Tu mamá estaba embarazada!” Ahí se fue todo a la mierda. No me quedó otra que confrontar la realidad: mi mamá no andaba de viaje, había sido detenida. Y ahora sabía, además, que estaba embarazada. No podía seguir negando el dolor. ¿Tengo una hermana? ¿Un hermano? ¿Qué tengo? Fue como si pasara delante de mis ojos todo lo que ella pudo haber sufrido. Y a los catorce años me traté de cortar las venas.

Ahí mi tía no aguantó más y me mandó a vivir con mi tío. Ellos estaban separados y mi tío era un tiro al aire, un bohemio, bastante irresponsable, desaparecía semanas enteras. Era como vivir sola. De hecho, pronto me puse a trabajar y me fui a vivir sola. Pero era menor de edad, no tenía ni papeles, seguía dependiendo de él de alguna forma. Hasta que un día decidió irse a Argentina a seguir a una mina de la que se había enamorado, y antes de irse me dijo: “¿Por qué no te vas a Chile?”

Era 1984. Casi nueve años habían pasado desde que no veía a mis hermanos. Me vine llena de ilusiones. Encontraría a mi mamá, pensaba que ella seguía detenida, y me reencontraría con mis hermanos. Pero cuando iba llegando al campo y vi los portones, reapareció con violencia todo lo que había pasado con el abuelo y que

había escondido en mis entrañas. ¡¿Qué estoy haciendo aquí?! Brutal. Nuestra mente nos protege hasta que ya no puede protegernos más.

Reencontrarme con mis hermanos fue emotivo. Hubo alegría, pero también una sensación de pérdida. Los había querido tanto y ahora eran dos seres extraños. No lo habían pasado bien, durante su infancia sufrieron muchas palizas. Yo me sentía ajena, como si me hubiera desdoblado. Al recorrer la historia me doy cuenta de que somos una familia rota. La dictadura no nos aniquiló, pero nos dejó llenos de tajos, de heridas, de cicatrices. Y nunca hubo nadie que nos dijera que lo que sentíamos era normal, que estaba bien.

Alcancé a estar un par de semanas en el campo, hasta que un día mi abuelo me trató de hacer un cariño en la mano y yo grité. No podía estar ahí ni un minuto más. Partí a buscar a mi padre a Viña del Mar, y me fui a vivir con él y su pareja de entonces, que era una mujer muy rayada. Un día le conté que mi abuelo me había violado. Ella le contó a mi padre, que defendió a mi abuelo. Peor aún: me confrontó, me preguntó por qué no me había defendido, por qué no había hecho nada. Pensando él que había sido ahora, al volver de Venezuela. Cuando le dije que no me había defendido porque tenía nueve años, mi padre enmudeció, salió de la casa y volvió borracho como cuba. Al volver me despertó: “Mi niñita, mi princesita”. Poco después me dijo que quería ir al sur a ver sus padres. Pensé que por fin alguien iba a sacar la cara por mí. Viajé con él, aterrada: algo va a pasar aquí, va a quedar la cagada. Pero lo que pasó cuando llegamos es que se emborracharon juntos. ¡Los dos abrazados cantando!

Al volver a Viña explotaron todas mis rabias. Hubo una pelea muy violenta, de muchos gritos, y yo me fui. Me fui a la playa. Menos mal que era marzo. Y en la playa conocí a un grupo de amigos, una pandilla en la que encontré un refugio. Conseguí un trabajo de vendedora y arrendé una pieza en una pensión de mala muerte. Mi vida dio un bote. Los cuatro años que viví en Chile me la pasé rebotando.

Cuatro años de caos total. Creo que el estrés que viví en ese tiempo creó lagunas en mi memoria. No me acuerdo de la gente. Se acercan personas a saludarme con mucha efusión y no tengo idea quiénes son. Cuando me preguntan dónde viví, con quiénes viví, no tengo idea. Estuve dando botes.

Parte de mi tiempo lo dediqué al activismo político. Era 1985, la dictadura seguía matando gente. Sin embargo, a pesar de que estaba muy metida en eso, nunca me atreví a acercarme a la Vicaría. Mi mamá era una detenida desaparecida, ya lo había entendido, pero me daba miedo hacer cualquier movimiento que pudiera darle peso a esa verdad.

También me movía en un mundo cultural vinculado al teatro. Había llegado ahí por Julio Jung, un actor amigo de mi tío. En esa época yo tenía una gran necesidad de ser valorada y era una mujer muy atractiva, tenía miles de pinches, así que no me demoré mucho en quedarme embarazada. Fui a contarle al tipo y él no se interesó. Tampoco iba a exigirle nada, le tenía un miedo atroz a la dependencia emocional: si me van a abandonar para qué voy a crear lazos. Pero tenía diecinueve años, trabajaba apenas y estaba sola en el mundo, así que no me quedó más remedio que buscar apoyo.

Cuando entré a la Vicaría, en el mesón me preguntaron adónde iba. Dije que a la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Me preguntaron por qué. Esa fue la primera vez que dije que mi mamá estaba desaparecida. Me llevaron arriba y me presentaron a la Sola Sierra.

En esa época la Agrupación tenía una sola pieza, una oficina grande. Las paredes estaban llenas de fotos y de nombres. En ese instante me percaté de la dimensión de la pérdida. Eran demasiadas fotos. Para mí fue brutal. Y también encontrar el nombre de mi madre en esta pared sin una fotografía. Había una imagen, pero era oscura, no se notaban sus facciones. Busqué una foto de mi madre que andaba trayendo siempre en la cartera para que pusieran una foto

suya de verdad. La misma que se ha usado en todas las pancartas desde entonces.

Mirar esta pared inmensa con una imagen que podía o no ser de mi madre, entender que ella no iba a volver, y vivir esa situación estando sola, ahí, entre personas que no conocía. No poder verbalizar nada, no poder mostrar mis emociones. ¿Cómo mantener la compostura? Todavía era una niña, tenía diecinueve años. Estaba sola, embarazada, y recién enfrentándome a la realidad.

Estas mujeres de la Agrupación me consiguieron un cupo en un hogar de monjas para madres solteras que quedaba por la Alameda, bien abajo, lo que fue un tremendo apoyo. Sobre todo porque al quinto mes empecé con pérdidas, tuve que hacer reposo absoluto, y fuera de ese hogar no tenía a nadie que me pudiera cuidar. Mis tíos no estaban, mis primas no estaban, mi familia paterna era sinónimo de abuso y de dolor.

A propósito de esta situación delicada se activó toda una red de apoyo que resultó fundamental para sobrevivir. Una asistente social tomó el caso, médicos solidarios me atendieron durante el embarazo, empecé una psicoterapia en el FASIC y después, cuando salí del hogar de monjas con mi guagüita, nos acogieron en el PIDEE. Ahí tuvimos acceso a apoyo médico y sala cuna. Yo estudiaba en un programa de profesores que había, el transporte me lo pagaba la Agrupación y recibía ayuda económica del FASIC. Estaba más o menos contenida pero igual tuve problemas.

Cuando todavía estaba viviendo en el hogar de monjas, en una de las protestas que hubo por el caso de los quemados, caí presa. Estuve en la comisaría como cuatro o cinco días. Mi guagua tenía dos meses. Por suerte el hogar estaba lleno de cabras y la pudieron amamantar. No le pasó nada, pero yo lo pasé pésimo. Y poco después allanaron el departamento en el que estábamos viviendo y se llevaron mis documentos. No sé por qué nos allanaron. Nos tendrían puesto el ojo, quizá por mi actividad en la Agrupación, no lo sé. Ni siquiera

me acuerdo con quién vivía. Pero tuve que meterme bajo tierra un par de meses y la Selene estuvo viviendo en la sala cuna del PIDEE.

Después de eso me entró el miedo. Estaban matando gente, podía pasarme algo, y no tenía derecho a exponer a mi hija a ese dolor, el mismo que yo sentía todos los días. Entonces, a pesar de que nunca se me había pasado por la cabeza volver a salir de Chile, después de la cana, después del allanamiento, me acerqué a ACNUR. Cuando les expliqué mi situación me dijeron que podía elegir, que me iban a dar asilo en cualquier parte. Elegí Suecia. Mi abuela era sueca, la mamá de mi mamá. Dos semanas después mi visa estaba lista.

Cuando llegué a Suecia hubo un alivio. Era 1988, todavía estábamos en dictadura. Tenía la necesidad de vivir una vida normal y creía que era posible. Sí, soy hija de una detenida desaparecida, pero también soy Marcela, eso pensaba. Y la colonia de exiliados latinoamericanos era enorme, sigue siendo muy grande. Tendría una red de apoyo. Pero no fue fácil: el idioma era una pesadilla, estaba sola con una niña pequeña y el fantasma de mi historia no lo pude tapar.

Creo que he estado entrando y saliendo de la depresión toda mi vida. En mi última terapia aprendí que cuando una situación se vuelve incómoda, tiendo a fantasear con situaciones de crisis, de caos emocional. Porque no sé cómo ser normal, cómo orientarme en la normalidad. Ese es el estado del sobreviviente. Una crisis detrás de la otra.

Cuando cumplí veintiocho años, la edad que tenía mi madre la última vez que la vi, tuve una crisis. ¿Por qué yo estaba viva y ella no? Después, cuando una de mis hijas cumplió ocho, volví a entrar en crisis. La veía tan entera, con una familia amorosa, en un ambiente tan normal, y me parecía injusto que toda mi existencia, desde el momento en que detuvieron a mi madre, haya estado pincelada por su ausencia, haber tenido que vivir sin madre ni padre ni hermanos, con esta sensación de abandono constante.

Cada vez que me siento melancólica pongo el nombre de mi madre en Google y aparece información nueva, o vieja, da lo mismo, porque cada vez la leo de manera diferente. El año pasado volví a encontrarme en internet con esa lista de Contreras de gente que habrían tirado al mar. Después, con más calma, me di cuenta de que yo ya la conocía. Pero esta vez la leí detenidamente y entré en crisis. Hay tanto material. El folio que hay de mi madre es un mamotreto, sólo el fallo tiene más de veinte páginas.

La primera vez que leí lo que pasó con mi madre fue en el libro *Todas íbamos a ser reinas*, sobre mujeres detenidas desaparecidas embarazadas. Ahí aparece un testimonio de una señora que estuvo con mi mamá en Cuatro Álamos. Ella cuenta que llegó desesperada, diciendo que se llamaba Gloria Lagos Nilsson, que sus hijos se habían quedado solos y que estaba embarazada. Cuenta de las veces en que llegó tan torturada que sangraba por todas partes y también de cómo las mujeres que estaban ahí intentaron protegerla dándole un poco de su comida.

Leyendo este testimonio de esta mujer supe cómo había sido torturada mi madre, no por lo que dice de mi madre sino por lo que ella misma vivió. Es brutal su testimonio. Hace pocos años que se está reconociendo el tipo de torturas específicas a las que fueron sometidas las mujeres. De los ratones, de los perros, de todas esas cuestiones infrahumanas. No lo puedo conciliar. Morir en esas circunstancias, sin saber lo que pasó con tus hijos. Cada vez que pienso en lo que puede haber vivido es nuevo y es indescriptible.

En 1999 volví a Chile por primera vez. Viajé porque, cuando Pinochet cayó preso en Londres, se abrió una esperanza. Tal vez la justicia era posible. Nelson Caucoto era el único abogado que en ese entonces trabajaba con casos de detenidos desaparecidos, así que me entrevisté con él y presentamos una querrela penal y otra civil. Y ahí quedaron, moviéndose lentamente, por más de una década.

El 2012 volví a Chile a entrevistarme con el ministro y con algunos abogados, y a entregar pruebas de sangre al Instituto Médico Legal. En esos días hubo en Chile el caso de unas personas que estaban buscando su identidad, y en algún momento se pensó que podían ser hijos de detenidos desaparecidos. Sabemos que aquí no existió, como en Argentina, la práctica sistemática de robar niños, pero la pura idea de encontrar al hermano perdido me desestabilizó. Fue el primer remezón de mi última crisis, de la que recién estoy saliendo ahora.

Poco después de ese viaje a Chile murió mi tío, y con él una parte de mi historia que nadie más puede contar. La infancia de mi madre, mis abuelos: tantas preguntas que no le pude hacer. Eso me debilitó y la depresión fue creciendo paulatinamente, creciendo y creciendo, hasta que no podía hacer nada salvo lo elemental. Cumplía con mi trabajo, mis hijos tenían comida y ropa limpia, pero no tenía energía para nada más.

Para los cuarenta años del golpe, me pidieron de la radio sueca una entrevista y yo acepté, con una fortaleza fingida. Después hicimos un acto en el centro en la ciudad de Gotemburgo, tocamos música y prendimos unas velas que tiramos al canal. Al día siguiente no pude abrir la puerta de la casa, no salí hasta finales de octubre. Y cuando lo hice fue para ir al psicólogo. Agorafobia, me dijeron, y depresión. Me demoraba diez minutos en ponerme un calcetín. Y en los momentos de mayor dolor quería tirarme por la ventana.

Ahí me di cuenta de que del dolor no se puede escapar. Tuve que confiar en que podría sobrevivir a estas emociones y empecé una terapia muy intensa que ha sido mi salvavidas. Estuve con licencia médica cinco meses con este asunto de la agorafobia, hasta que empecé a romperla y a trabajar algunas horas al día. Al principio agarraba el tranvía, llegaba, miraba el correo, me tomaba un café y me devolvía a la casa. Poco a poco fui retomando mis funciones. Eso me ayudó, porque mi trabajo me apasiona.

Pero sobre todo me ayudó la voluntad de revivir a mi madre a través de la memoria. Sentía una necesidad imperiosa de rescatar del olvido lo que hemos vivido, así que, después de que el 2014 se fueron cerrando los juicios en la corte suprema, empecé a planificar este último proyecto. Me trataron de obsesiva, de no poder soltar, pero yo no lo veo como una obsesión, lo veo como una forma de recuperarme.

Organicé el viaje gracias a amigos y amigas que he ido conociendo en el camino. El Yuri Gahona, una de las pocas personas que recuerdo de la época que pasé en Chile, me puso en contacto con la Ana Gamboa, una mujer que ha trabajado mucho con el caso de la Reinalda Pereira, otra detenida desaparecida embarazada. Con la Ana nace esta amistad cibernética. Le conté de los planes y los sueños y las posibilidades que imagino. Le pregunté si conocía a alguien que pudiera filmar un acto en el Museo de la Memoria, y ella me puso en contacto con Luis Bahamondes, el documentalista que hizo *Los hornos de Lonquén*.

En esa época estaba todavía con mucha ansiedad, con ataques de pánico, me costaba confiar, tenía una necesidad de control absoluto, así que fui bien pesadita. Me preguntó qué más pensaba hacer y le conté lo que tenía planeado. Me preguntó qué me parecía la idea de documentar el viaje entero. Miré su trabajo para saber qué ojo tenía, no quería sensacionalismo. Después lo miré a él y me pareció que se interesaba desde el corazón por la historia de mi madre. Así que dije ok, veamos cómo va la cosa.

Ahora ya confío. Luis ha estado cuatro semanas siguiéndome con una cámara y ha respetado todos mis momentos de dolor. Fui a Lo Espejo por primera vez en cuarenta y dos años. Ahí pintamos un mural con las detenidas desaparecidas embarazadas. Hicimos un acto en el Museo de la Memoria. Fuimos a San Antonio a tirar flores al mar porque posiblemente mi madre fue tirada ahí, e hicimos un conversatorio. Todas estas cosas han estado acompañadas de emociones muy fuertes.

Algún día quisiera venir a Chile por las puras ganas de estar aquí. No por mi madre, no por compromiso. Algún día quiero venir por mí. Santiago no me gusta, mi cabeza no para, pero estoy convencida de que este viaje contribuye a mi recuperación; de que, a pesar de lo duro que ha sido, saldré fortalecida, recuperaré a mi madre. Tengo la certeza de que la memoria es el único camino porque de la justicia no hay mucho que esperar. Y ese es un aporte que podemos hacer nosotros, los hijos, a este país desmemoriado, a este país tan violento. Cada vez que me dicen que olvide me están violentando. Cada vez que me dicen: “Pero si eso pasó hace tanto tiempo. ¡Hasta cuándo con esa historia! Hay que vivir el presente”. Lo que me están diciendo es que mi historia no vale nada.

A la vuelta de la esquina, siempre

Cecilia García-Gracia

Música

Después de que murió mi papá, tengo un vacío mental. Tengo recuerdos hasta los seis años y después, nada, hasta los nueve. En mi casa se hablaba muy poco. Mencionabas el nombre de mi padre y mi madre se ponía a llorar en dos segundos. No era un tema que pudieras tratar. Me enteraba de cosas de soslayo, porque a alguna tía, a algún amigo de la familia, se le salía algo.

Tengo una nebulosa, imágenes de mi infancia que no sé si son ciertas. Lo que sí recuerdo bien es la sensación de pérdida cuando mi papá dejó de llegar a la casa. Yo preguntaba ¿cuándo va a llegar mi papá? ¿Cuándo va a llegar mi papá? Cada día un chamullo nuevo: “No, es que anda trabajando. No, es que está en Santiago. Es que está en el hospital, está de turno”. Hasta que mi madre se enteró de que estaba muerto. Lo supe porque le dijeron algo a una hermana de mi papá que era ciega. Alguien le susurró algo al oído y ella salió corriendo, disparada, y siguió corriendo y se topó con la puerta, y siguió

corriendo y se topó con la reja, y subió la reja, como trepándola. No había quién la parara, seguía derecho. Ahí yo supe.

Después de los nueve años comienzo a recordar. Mi madre estaba ferozmente deprimida, y le duró mucho tiempo. Siempre estaba sola, se la pasaba llorando a escondidas frente al retrato de mi papá. Tú la pillabas y se ordenaba. “¿Qué estás haciendo?”, respondía con violencia. Antes de morir mi padre ya era una persona fría, pero después se puso peor, se puso distante. Varias veces intentó suicidarse. En una de esas casi nos mata a todas. No sé por qué fue. Había discutido con alguien. Nos subimos al auto y partió por la carretera, puso el pie en el acelerador y no paró hasta que algo la detuvo. El auto quedó destruido, nos sacaron los bomberos. Ella lo niega todo de manera muy loca. Al principio negaba que el accidente hubiera sucedido del todo, luego admitía ciertas cosas y las volvía a negar.

También recuerdo un día en que se encerró en el baño y de repente escuchamos quebrarse un vidrio, el botiquín. Después de eso, silencio absoluto, nosotras pegadas a la puerta, escuchando, diciendo nada, hasta que ella abrió y nos dijo: “Saquen estos vidrios de aquí, que si no me mato”. Y la que limpiaba los vidrios era mi hermana mayor.

Donde encontró cierta contención fue en la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos. Ahí pudo expresarse, decir algo, gritar por último cuando iban a las marchas y protestas. Y para mí también fue muy bueno que mi madre se vinculara a este círculo politizado, entre otras cosas porque me permitió conocer a artistas y músicos. Ahí conocí a la *crème de la crème* del canto nuevo chileno. Para mí fue una salida de escape para poder hacer cosas, para poder cantar, para poder tocar. Mi padre cantaba ópera y en la casa teníamos vinilos, muchos.

Además, tuvimos asistencia psicológica y empezamos a saber lo que había pasado con mi padre. De manera indirecta sí, yo escuchaba detrás de las puertas. Pasó esto, pasó tal día. A veces lográbamos hablar, pero nunca estando solas, siempre con un tercero. Hasta

el día de hoy. Las pocas veces que me encuentro a mis hermanas, si sale el tema de mi papá, el llanto es lo primero que aparece. No hay manera de poder conversar de esto con ellas.

Supe que el día anterior a la detención allanaron nuestra casa. Lo fueron a buscar y al parecer mi madre se puso frenética, frenética, tan frenética que consiguió que no se lo llevaran. Y al día siguiente él partió a trabajar como si nada. Mi madre le insistió que no fuera, pero él sentía que no se podía dar ese lujo. El hospital estaba completamente desabastecido, los médicos que quedaban eran pocos. ¿Quién iba a hacer las cirugías si no había cirujanos?

Apenas llegó al hospital lo detuvieron. Se lo llevaron al Cerro Chena⁵³ y lo asesinaron ese mismo día. Murió junto a otro hombre, un comunista que se llamaba Leonardo Lamich, obrero y dirigente sindical. Por lo que sabemos fue como a dedo, como “oye, ¿y por qué estos dos siguen vivos?” No fue parte una operación mayor, no fue una redada. Mi madre siempre tuvo la sospecha de que detrás estuvo su cuñado, el marido de una de sus hermanas, un fascista recalcitrante. Quizá porque cuando mi padre murió él dijo que estaba bien muerto.

Cuando supe reaccioné con violencia. Supimos los detalles de la tortura, todo, porque una persona conocida que estaba haciendo el servicio militar, un soldado, dio testimonio. Me metí en política porque quería venganza. Quería matar a todos los huevones. Todo lo volqué en la rabia y ahí fue que empecé a romper con mi familia.

Cuando tenía doce años nos empezamos a trasladar a Santiago. Primero mis hermanas mayores y finalmente yo. Vivíamos con una tía, la tía Laura. Mi madre seguía viviendo en Buin, pero viajaba cada vez que podía. Para mantenernos bajo control, sobre todo a mí. Yo era pará en la hilacha. Venía de este colegio tradicional, enorme, y llegué a este otro donde podía vestirme con ropa de calle, con poquitos alumnos, el Francisco de Miranda. Fue un cambio radical, se me soltaron las trenzas. Sentí que estaba en mi salsa, que podía expresarme y aprender, sobre todo aprender, porque todos sabían una

barbaridad. Las clases eran entretenidas, los profes reflexivos. Para mí era un lugar idílico, me sentía cómoda, podía hacer lo que quisiera. Me pasaba todo el día en el colegio; terminaban las clases y me quedaba al taller que fuera, tomaba todos los talleres. Me tocó un curso muy politizado, además. Se hablaba de todo mucho, había varios hijos de presos políticos y detenidos desaparecidos. En el recreo nos quedábamos discutiendo, no salíamos de la sala. Creíamos que lo sabíamos todo. Era un caldero, en realidad. Y como me vieron enferma de empilada, me reclutaron altiro para la Jota, así topón pa adentro.

Tomé una posición radical sobre cómo enfrentar la dictadura, y eso a mi madre le daba mucho miedo. Nos llevábamos pésimo, desde que era chica tuvimos desacuerdos. Yo era agrandada, podríamos decir. Fui la primera militante de la familia, mis hermanas no se metían en política, no activamente al menos. En ese tiempo la cosa era peluda, salir a la calle no era fácil. No como hoy en día, que las protestas son casi un paseo. Más encima me metí al PC, a la Jota. Na que ver, po. Si tenía que meterme a algún lado, tendría que haber sido socialista. Había que replicar al padre. Y ese es el inicio de una vorágine.

Mi madre no sabía cómo controlarme, entonces empezó con mecanismos de represión que hicieron que me rebelara más todavía. La cosa fue de mal en peor. Me puse a estudiar piano, y eso fue considerado lo más horrible que podía hacer, algo inservible, inconsistente, ilógico. Mi abuelo era militante radical, llegó a Chile en el Winnipeg. Eso marca cierto estigma que tiene mi familia, una tendencia a comportarse siempre como si estuvieran en guerra. Cuando llegaron a Chile les fue muy bien, pero mi madre ya traía esta mentalidad de la escasez. Yo estaba convencida de que éramos pobres, de que no teníamos dinero para nada. Ya sabes, ese “miedo inconcebible a la pobreza”.

Y luego me embaracé a los dieciséis. Cada paso que daba era hacia la perdición: ser madre, estudiar música, ser comunista. “Estás

destruyendo tu vida. Estás haciendo todo pésimo. Esto no puede continuar. Tienes que abortar”. Desde que murió mi padre hubo una escalada de malos tratos, de malos acuerdos. La distancia fue creciendo en una espiral infinita hasta que la familia quedó por completo desmembrada. Decidí cortar por la sano y alejarme.

Hoy no tengo ninguna relación ni con mi familia materna ni con mi familia paterna. A los dieciséis años corté con todo el mundo. A veces nos encontramos en entierros o cosas de ese estilo, pero no nos frecuentamos. Ni pascuas, ni cumpleaños, ni llamadas. Nada.

Un psicólogo al que fui en la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos me contó que desde chica sentía falta de cariño de parte de mi familia: “Yo estaba sentado en una reunión y tú llegaste, te pusiste en mi regazo, me tomaste la mano y me dijiste: hazme cariño”. No me acuerdo, pero el quiebre empezó mucho antes de que me fuera de la casa. Me tuve que ir. Y créeme que no fue fácil.

Trabajé en lo que se te ocurra, y al mismo tiempo estudiaba. Estudié en la Chile, licenciatura en Música. Aprendí serigrafía, canté en las micros harto tiempo, financié mi primer año en la U cantando en las micros. En ese tiempo no se veía a mujeres cantar en la calle, lo que a mí me favorecía. Además era muy chica, llamaba la atención, me daban plata. Pero estaba agotada. Estudiando, trabajando, cuidando a la guagua. Para poder mantenerme despierta tomaba anfetaminas. En segundo año de universidad colapsé, terminé en shock.

El PC también me dejó agotada. Tuve problemas de seguridad y no me ofrecieron ninguna ayuda. Me las tuve que arreglar sola con una guagua. Pero por suerte me salí a tiempo. Varios de los cabros que estaban conmigo no sobrevivieron. ¡Y eran tan jóvenes, no tendría por qué haberles pasado eso! Carne de cañón, exactamente. ¡Ay, por eso tengo tanta rabia!

Me da rabia este gobierno. Después de una transición de mierda, la Bachelet era como Luke Skywalker. No, mentira, como Anakin Skywalker. La profecía esperada, quien debía venir a balancear la

fuerza. Pero los que están ahora en el poder no reconocen nada, no hacen nada, sólo negocios, transando. Es nefasto.

Estoy convencida de que la sensibilidad de izquierda se volverá hacia una conciencia planetaria, de que las personas más sensibles con otras personas, con el planeta, con los animales, serán los más izquierdistas. El que pelee contra el lobby, contra las corporaciones, contra los negocios que contaminan o hacen daño, ese será el próximo comunista. Algo así como un ecologista, pero un ecologista violento.

Este es un país increíblemente soportador, no sé cuál es el fondo de Chile, a veces me da la impresión de que podemos tolerar cualquier cosa. Pero por ahí algo va a saltar, no sé qué, pero alguien va explotar, alguien va perder la paciencia. Y no creo que eso vaya a ser amable. Porque las personas somos violentas. Cuando tú presionas a alguien, no le aflora bondad, le aflora violencia, se defiende.

Estoy segura de que en cualquier momento algo va a pasar. Ataques terroristas, peleas por el agua, no sé qué, pero no creo que este planeta se mantenga así como está y no pase nada. Ni tampoco creo en las transformaciones pacíficas. No sé si será para mejor o peor, creo que no hay otro camino nomás, que es inevitable. Es como un péndulo, cuando se llega a un límite, se tiene que devolver al otro lado, y eso nunca es amable. Puede incluso ser cruel.

¿Viste a esta chica en Argentina que fue empalada, a la que le metieron una cuestión por el culo hasta matarla? Es que el ser humano es increíblemente cruel, viene fallado de fábrica, estamos fritos, hay una violencia intrínseca que tarde o temprano aflora, en una guerra por ejemplo. Hay un dicho que dice eso: "Si quieres conocer a una persona, empieza una guerra". En las guerras aparece lo peor del ser humano. Cuando fue el terremoto, en un dos por tres las personas se volvieron locas saqueando supermercados, qué sé yo. No era el fin del mundo, era un terremoto no más, y se dieron licencia, así como así, pelemos el cable.

Creo que eso está a la vuelta de la esquina siempre, y que cualquier cosita lo puede gatillar. Por eso no podemos ser ingenuos, tenemos que estar preparados, atentos, conscientes de esta posibilidad, para poder anticiparnos a los hechos.

Mil monumentos

Si pasan uno o cien años presos, para mí es lo mismo. El día que se mueran se sabrá que ahí están enterrados los asesinos de mi padre. Otras compañeras dicen: que los sequen en la cárcel, que los quemem. Las entiendo, son procesos distintos, pero este es mi proceso y lo he pensado mucho. Lo que quiero es que nunca hubiese pasado, que a mis reuniones de apoderados hubieran ido mi papá con mi mamá, haber ido a veranear con mi familia paterna. Pero eso ya no fue. En este sentido, uno, cinco, diez, veinte años no me sirven, no los quiero. Para mí es suficiente que la verdad se sepa y se haga pública. Por eso, a lo que apelo es a que se apuren los procesos.

Alejandra Parra

Una vez, en un homenaje a mi papá, le dije a la Bachelet que el mejor homenaje que le pueden hacer es que la escuela de música vuelva a ser lo que era. Era una escuela donde el ochenta por ciento de lo que se enseñaba era música y donde los niños iban gratis. Hoy es una escuela cualquiera, pagada, cara, donde los niños tienen clases musicales de repente. El reverso de lo que él proyectó. Su asesinato fue un doble asesinato, a su persona y a la cultura que él representaba. El verdadero homenaje es el que repara el daño a los proyectos que le dieron sentido a su vida.

Juan Cristián Peña

Si yo supiera que me voy a morir mañana, me gustaría matar a uno de ellos. Total, me voy a morir. Si hubiese tenido más pachorra, habría aprendido a disparar. Ese era un sueño de muchos de los que perdimos a nuestros papás, mamás, a nuestros abuelos. Creíamos en la ley del ojo por ojo, uno de ellos por cada uno de nosotros. No en las mismas condiciones, no es que haya querido torturarlos, pero sí me habría gustado disparar. Cuando hablaban de la mujer metralleta, yo soñaba con ser esa mujer.

Evelyn Gahona

Mi hermano empezó a buscar información, entiendo que sigue en esa búsqueda. Se que había un juicio, que lo llevaba don Nelson, pero que yo sepa eso quedó ahí. Después hubo una demanda que iba a hacer el ps por un grupo de militantes, entre ellos mi papá. Mi hermana me

explicó algunas cosas, pero yo no entendí mucho y nunca más pregunté. Según entiendo yo, nunca ha pasado nada.

Ana Gabriela Rojas

Una vez le pregunté a una abogada, la Carmen Hertz, por la necesidad o no de hacer un juicio. Ella me dijo que, más que necesario, era un deber con la historia. Un juicio es la única constancia que quedará de que el asesinato de mis padres ocurrió.

Álvaro de la Barra

Hay distintas formas de buscar. Buscar a las personas detenidas, buscar recuperar la democracia, buscar la justicia o la venganza. Nosotros nunca hemos dejado de buscar. Para mí el perdón no existe. Para mí existe la verdad y que los que le hicieron esto a mí papá, paguen. Cómo, no me importa, pero tienen que pagar.

Andrea Recabarren

Todavía existe gente en Chile que piensa que Pinochet fue el salvador de la patria, es violento. Y está la gente que piensa que si el caso judicial está cerrado, es tiempo de dejar el pasado atrás. Pero no. Porque nunca sabré cuál fue el destino de mi madre ni la voy a poder enterrar.

Marcela Meza

Me da rabia que quienes estuvieron involucrados en la tortura de mi padre se hayan ido muriendo sin juicios, sin castigos coherentes con lo que hicieron. No hay verdad, no hay justicia, no hay reales penas. Somos tantos los que no sabemos qué pasó con nuestros familiares. Mis hijos crecen en este mundo donde los militares son intocables y la justicia, artificial. Manuel Contreras, por ejemplo, supuestamente estaba encarcelado, pero la cárcel era de mentira. Todo era falso.

Andrea Boettiger

Cuando iban a cumplirse cuarenta años del golpe, me llamó un abogado de la CUT y me dijo que quería presentar una querrela. Quería hacer algo simbólico sobre los civiles que colaboraron con los aparatos represivos. Después de conversarlo, llegamos a la conclusión de que la persona era Agustín Edwards, el dueño de *El Mercurio*. En suma, fue un conspirador, el principal responsable civil del golpe de Estado. Y, aparte de todo esto, orquestó prácticamente todos los montajes comunicacionales que hubo en dictadura. Edwards tenía un ejército de abogados aquí y en Estados Unidos, y el sistema procesal antiguo no ayudó, pero se generó una cosa comunicacional importante que tuvo

un efecto simbólico. La comisión de ética del Colegio de Periodistas lo expulsó, lo que terminó con una tradición de generaciones. Y después vino una segunda querrela, ya no sólo contra de Edwards sino contra todos los que participaron en el montaje de los 119 desde dentro de *El Mercurio*. Se logró identificar a cada uno de los responsables y fue el único careo de Agustín Edwards con un juez. Al viejo le hervía la sangre.

Juan Carlos Chávez Pilquil

En la Mesa de Diálogo dijeron que a que a mi tío Luis Emilio lo habían tirado al mar en San Antonio. ¡Era mentira! Toda esa información era falsa, no coincidía con las pocas cosas que mi abuela había logrado averiguar. Fue tremendo. Los familiares esperaban a que los llamaran por orden alfabético para darles información falsa.

Andrea Recabarren

Mi mamá me dice: haz lo que estimes conveniente, yo te apoyo. Mi esposo me dice que haga una demanda civil, que con estos milicos tengo que ir con todo, con todas las herramientas de las que disponga. Si es funa, es funa. Si es querrela, es querrela. Si es demanda civil, es demanda civil. Tienes que hueviarlos todos los días de sus vidas, con todas las herramientas que tengas a mano. Pero las decisiones no son fáciles. ¿Debería pedir plata? ¿Esto significa ponerle un valor a la vida de mi padre?

Alejandra Parra

Nosotros, como familia, nunca hemos tenido interés en lo administrativo y judicial. Si hubiéramos sido de Santiago, el cuento habría sido otro, allá las agrupaciones eran más poderosas. Aquí, el juez naval que llevó el caso fue Jorge Martínez Busch, un tipo bien extremista que después fue miembro de la Junta de Gobierno. En el informe habla de mi padre denostándolo. Y no era un tema solamente judicial, había una persecución a las familias. Mi madre tuvo problemas para cobrar la jubilación de viudez, por ejemplo. Te pasaba algo y te caía todo encima. ¿Cómo recuperas tu vida? Había que seguir viviendo.

Andrés Brignardello

Los tiempos se alargan tanto. Desde 1986 estamos tratando de que se sepa la verdad. De que se diga que ellos no se suicidaron, y de que se revele quiénes son los culpables de su asesinato y del montaje posterior. Es difícil, sobre todo cuando mis hermanos me preguntan qué ha pasado con el juicio y tengo que decirles que nada, que no ha pasado nada.

Yorka Salinas

El nombre de mi papá estaba ahí, en la lista de los 119, la Operación Colombo, donde se dijo que los miristas se habían matado entre ellos en la cordillera en Argentina. Fue un operativo montado para engañar a la opinión pública haciendo creer que los desaparecidos se habían arrancado de Chile y se estaban matando entre ellos. *La Segunda* publicó ese titular siniestro: “Exterminados como ratones”.

La DINA coludida con *El Mercurio* y *La Segunda*. Y ahí están todos impunes. Eso es impunidad.

Eduardo Ziede

Se supone que el ministro debe fallar de aquí a unos meses en primera instancia. Lo único que quiero es que llegue el día en que los tipos sean sentenciados y pueda preguntarles cara a cara por qué, para qué. Quizá en ese momento voy a poder estar tranquila, si alguno de ellos se atreve a contestar.

Evelyn Gahona

Una vez hablé con un abogado y me dijo que cuando murió mi papá no hicimos nada que permitiera hoy día reconocer su muerte como un crimen de lesa humanidad. Es el caso de la gente que murió en enfrentamientos, manipulando bombas o cometiendo atentados. Son seiscientos casos en Chile. Los marinos testificaron que mi papá hirió a alguien en un enfrentamiento, eso nunca ha sido probado, no hay un parte médico ni nada. Estos supuestos enfrentamientos sólo cuentan con los testimonios de las Fuerzas Armadas.

Andrés Brignardello

El tema plata es un temazo, en cuanto te preguntan se hace evidente. Yo nunca fui a buscar ese cheque. Un día llegó un telegrama diciendo que o lo retiraba o se lo pasaban al fisco. Recién entonces lo fui a buscar. No le conté a nadie, lo deposité y guardé silencio. Le conté a mi esposo después, cuando a mi hija le diagnosticaron cáncer. Esa plata fue para eso, si no la hubiese tenido, se muere. En la Agrupación he conocido gente muy pobre. Imagino que hay muchas personas, sobre todo madres que perdieron a sus hijos, que con la plata de las indemnizaciones con suerte pudieron comprarse una casa para tener donde morir.

Alejandra Parra

Cuando era chiquitita quería matar a Pinochet, para mí era el malo de la película. Un hombre tan malo, tan malo, que seguía matando a nuestra gente, seguía haciéndola desaparecer. Y es cierto, fue el máximo gestor de estos horrores. Pero cuando murió Pinochet, mientras la gente celebraba, a mí me entró una sensación de vacío. Él se moría y nosotros no sabíamos dónde estaban nuestros muertos, qué había pasado con el cuerpo de mi padre.

Andrea Boettiger

Hay distintas formas de reparar. En derecho civil, se repara principalmente con dinero. Están también los homenajes, los monumentos, los memoriales, los nombres de la calles. Pero, más que con todo esto, la reparación tiene que ver con cómo la sociedad en su conjunto asume lo que pasó. En los ochenta, la sociedad holandesa asumía lo

que había pasado en la Segunda Guerra Mundial como algo contingente. Se preguntaban: ¿Qué estamos haciendo actualmente para que esto no vuelva a ocurrir? No era algo que le importara únicamente a las personas que habían sufrido en la guerra, todos se sentían parte de este duelo. Aquí, en cambio, parece ser un tema marginal, de “los comunistas”, de “unas viejas locas que andan gritando”. Eso ya quedó en el pasado, te dicen, tenemos que avanzar. Es una cuestión psicótica. Cuando hay una dictadura, el daño es a la sociedad en su conjunto. Eso es lo que falta comprender acá, que todos hemos sido dañados. Esa es la verdadera reparación. Lo demás es pasajero, el dinero se va, las calles son sólo un nombre, un monumento es algo que está ahí. Y no basta un esfuerzo personal o de un colectivo, el Estado debe ser el principal promotor de este cambio.

Juan Carlos Chávez Pilquil

Lo que uno quiere es que estén cien años metidos ahí, o tal vez que les pase lo mismo. O ir y matarlos, también se te pasa por la cabeza. Pero después empiezas a pensar.

Alejandra Parra

Con mi abuela y con mi tía tenemos una demanda civil. Ha sido un problema con mi mamá y mi hermano. Mi mamá me dijo un día: tu papá no vale plata. Le dije que había ahí un concepto del derecho que ella no entendía. No es que me estén regalando nada, no es que yo esté solicitando, es algo que nos corresponde como ciudadanos de este país, tenemos derecho a una indemnización por daños y perjuicios. Pero ellos no lo entienden. Ha sido difícil, me hicieron la cruz.

Andrea Recabarren

La imagen que tengo es la de muchos políticos asustados. No quieren tocar a los militares, no quieren reformar la ley del cobre ni reducirles ninguno de sus beneficios de jubilación, salud, vivienda. A pesar de lo mal que se han portado. No todos, es verdad, a lo mejor una cuarta parte, pero la cuarta parte que manda. ¿Cómo puedo enfrentarme yo a eso? ¿Me hago delincuente? ¿Me convierto en un extremista?

Juan Cristián Peña

El gran problema es que aquí hubo un intento de olvido y eso es imposible. Un Chile con impunidad política. Mientras no se repare eso, es muy difícil reparar lo otro. El alma de Chile está rota, esa es mi percepción.

Anselmo Cancino

Muchas veces me dijeron que mi papá era un héroe. No merece un monumento, me dijeron, merece mil monumentos. Y todas las medallas. Y todos los reconocimientos. Tiene que estar en los libros de historia. Tiene que estar en los nombres de las calles. Tal como los holandeses que murieron en la resistencia son reconocidos por todos. Son parte de todos. Son un motivo de orgullo nacional. Eso es lo que falta acá.

Juan Carlos Chávez Pilquil

Cuando los abogados vinieron a la casa, mi tío empezó con un discurso: que no quería nada sensacionalista, que jamás permitiría que el nombre de su hermana fuera utilizado políticamente, etcétera. Tomé las riendas del asunto, sentí que como hija podía decidir. Mis emociones son privadas pero la historia nos pertenece a todos. El testimonio es un deber moral. Si no, ¿cómo vamos a construir memoria? Y si no construimos memoria, ¿cómo vamos a sanar?

Marcela Meza

El país tiene una suerte de amnesia, no se cultiva la memoria, no hay un real reconocimiento de la masacre que ocurrió en nuestro país. Así, el daño sigue gestándose.

Andrea Boettiger

La imaginación herida

A la Agrupación de Familiares
de Ejecutados Políticos

Cumplí veintiséis años, la edad que tenía mi papá, Eugenio Ruiz-Tagle, al morir, el verano de 1999 en el balneario de Calafquén. Mi hijo Lucas tenía entonces cuatro meses y a mis días prácticamente los llenaban las tareas de la lactancia y el juego. El tiempo que me quedaba lo usé para pensar y tomar notas sobre el impacto que tuvo en mi vida y la de mi familia la violencia en la historia reciente de nuestro país. Una vez terminado el texto, no se lo mostré a nadie durante dos años, hasta que recientemente decidí que fuera leído hoy, en este homenaje a mi papá organizado por sus amigos. Desde ese verano de 1999 las cosas han cambiado un poco. La detención de Pinochet en Londres gatilló una avalancha de querrelas en los tribunales chilenos y la adopción de una fórmula en los medios de comunicación para tratar “el tema de los derechos humanos”. El silencio del que habla el texto ya no es el mismo, es otro.

*

Escribo sobre lo único que tengo ganas de escribir en una época de retraimiento a lo privado. Es una suma de apuntes, historias personales, percepciones culturales y lamentos. Escribo sobre el pensamiento doloroso, el pudor del dolor y el silencio. Sobre la inadecuación y la desadaptación. Al escribir rescato la invitación a nombrar “lo que pasó” (y sus réplicas), a buscar un lenguaje para expresar una realidad solitaria e irreductible, pero que concierne al mundo público.

*

La memoria es el recuerdo de algo. La facultad de recordar y la práctica de hacerlo. La experiencia de la imaginación herida tiene su raíz en el pasado, pero no enfrenta el “ahora” del recuerdo con el “antes” del objeto recordado. Es un caudal de pensamiento sujeto a la metamorfosis y a las inclemencias del tiempo. Circular, desaparece en manos del olvido, para reaparecer siempre, como un virus, cuando bajan las defensas del organismo. Como un trauma, se origina en el pasado y se alimenta de las heridas del presente.

*

Hay quienes pensaron que al dejar de nombrar la realidad de la violencia, dejaría de existir y no repercutiría con su golpe sobre mi mente y mi cuerpo de niña. Pero no sólo al ser nombrada la violencia se hace efectiva, también existe en la omisión, el eufemismo y la mentira. Multiplica su potencial destructivo al dejar que el cuerpo sufra toda la sintomatología negándole a la mente un diagnóstico.

✧

*

La violencia de los colegios, que enseñan la historia de Chile saltándose olímpicamente la de los últimos treinta años. La violencia de los medios de comunicación, que degradan lo terrible al hacer equivar el nuevo hallazgo en el descubrimiento de cuerpos de detenidos desaparecidos con el gol de la jornada, pasando en voz de la conductora “a un tema más alegre”. Porque nadie quiere que nos vayamos a dormir asustados.

*

En el colegio donde estudié podía percibir que mi familia, por estar marcada por la persecución y la muerte, era diferente de lo que a mí me parecían todas las demás familias. Había que mentir por recomendación de mis mayores. El mundo era peligroso y lo que había ocurrido podía volver a ocurrir. Mis compañeros de curso, de seis o siete años, eran posibles espías de los asesinos de mi padre que siempre estarían observando. No hablar, esa era la norma.

*

La desadaptación no era un problema de la conducta, racionamiento típico de la psicología educacional, sino un problema de la conciencia. La escuela no ayudaba a entender un mundo de monstruos.

*

En la última Feria del Libro se presentó el documental de Silvio Caiozzi *Fernando ha vuelto*, sobre el reconocimiento de uno de los cadáveres encontrados en el patio 29. Cada uno de los cerca de doscientos espectadores vive la experiencia de retraerse del espacio público

—copia feliz de la transición: banalizador del intelecto y celebratorio del mercado— que es la Feria del Libro y se adentra, a través de la narración (patética) de la historia de Fernando, en la propia relación dolorosa que cada uno tiene con la represión. Experiencia amparada por la oscuridad de la sala, la calidad de espectadores, la pretendida soledad frente a la pantalla. Cuando la película acaba, estamos llorando. Por Fernando, por su madre, su mujer y su hijo. Por el país y la historia que nos ha tocado vivir. Por nosotros mismos.

Cuando se encienden las luces nos apuramos en secarnos las lágrimas y guardamos silencio. Miramos de reojo la reacción de los demás y escondemos la propia. En lo que demoramos en recuperar el habla pensamos que no tenemos palabras, no tenemos discurso que nos salve del silencio. No sabemos qué decir. Sólo porque hay que decir algo decimos “terrible”, “espeluznante”, como ha sido durante años nuestra propia imaginación.

El silencio va haciendo de a poco el efecto deseado. Nos maquilla el rostro, preparándonos para salir de la sala y regresar a la fiesta de la Estación Mapocho. Preferimos no hablar, es cierto, pero tampoco sabemos cómo. Nos sentimos identificados con la madre de Fernando, esa mujer a la que de pena le dio hemiplejía y perdió la capacidad de hacerse entender.

*

El silencio que cubre como un manto la violencia de nuestra historia es, en parte, como dice Nelly Richard, una resistencia al destino fatal de la palabra en el mercado: convertirse en “una verdad entre otras”. Pero es también producto del pudor y del bloqueo, de la incapacidad para nombrar y de la introyección de una norma muda. La falta de lugar para el recuerdo es el resultado de un proceso de retroalimentación del silencio entre los espacios públicos y privados.

*

Así como la violencia, según Francesca Lombardo, “desmantela toda idea de orden, de medida” y “hace por lo tanto toda relación improporcional”, la imaginación de la violencia no puede verse reflejada de manera simple en el lenguaje. Inconmensurable, choca con las barreras que la cultura le impone a la expresión y de ella también es imposible “rendir cuenta”.

*

El silencio se vuelve aún más patético al conocer su fatalidad: ser interrumpido apenas por pequeños lapsus que no serán más que nuevo material para el olvido. Esto sucede, por ejemplo, cuando la palabra, que supone un enorme esfuerzo emocional, no encuentra respuesta alguna y la voz, aún temblorosa, tiene como destino nuevamente el silencio, esta vez del medio social.

*

A los doce años me fui enterando, a través de una serie de documentos, de cómo había muerto mi papá. Documentos escondidos en la casa de mi abuela, encontrados por mí como ayudada por un radar. Aún hoy me impresiona que se me haya ocurrido buscar en un marco detrás de una foto, donde aparecía yo de dos años bañándome en la tina.

Le faltaba un ojo. Mi abuela vio su cuerpo muerto. Le habían arrancado la nariz, las uñas de las manos y los pies. Tenía profundas quemaduras en la cara. El cuello quebrado. Tajos y heridas de bala. Los huesos rotos en pedazos. Le habían dicho que me iban a matar a mí y a mi mamá. Frases que leídas con resistencia y horror quedaron tatuadas en mi mente. Con gran esfuerzo, logré silenciar su repetición insistente en el pensamiento. Para poder disfrutar de la vida

cotidiana tuve que bloquear el recuerdo. Este silencio interno se proyectaba sobre mis relaciones: no le dije nada a nadie hasta muchos años después y aún hoy las he repetido pocas veces.

*

El conocimiento de la tortura me dio una lección sobre el corazón humano que me acompañará para siempre.

*

No existe, en el caso de la memoria de la violencia, una guerra por la palabra y el sentido. Más bien funciona como una tiranía del sentido. Una voz única que se levanta sobre un área devastada por la violencia. Su éxito, y oportunismo, consiste en haber surgido antes de la recuperación de la voz de los sectores sociales resentidos, y haber convertido en inaudibles sus tenues intentos por hablar subiendo el volumen de sus jingles.

Existe una retroalimentación continua entre el silencio, como requerimiento del consenso y parte constitutiva del pacto en el que se funda nuestra democracia, y el olvido, como forma defensiva de bloqueo mental para intentar, con o sin éxito, evitar el dolor y la imaginación mórbida.

En el silencio y el olvido existe siempre el riesgo de que la aparición desprevenida del duelo nos enfrente con los otros y con nosotros mismos con una nueva brutalidad. Que haya pedrazos, golpes, suicidios y asesinatos. Que vuelvan toda la pena y la rabia como si no hayan estado haciendo otra cosa que crecer en algún lugar del inconsciente.

✱

*

Sueño que caminamos mi abuela, mi bisabuela y yo, vestidas de luto, por el desierto de Atacama. El sol sobre nuestras cabezas nos hace arrastrar los pies de agotamiento. Tras nosotros va un robot, al que no le cuesta caminar porque tiene ruedas, sonriendo.

*

El duelo se arrastra a través del tiempo, casi estático, sin más que pequeñas variaciones de intensidad. No es algo que haya pasado (en mi caso y en el de muchos de mi generación), es algo que pasa, pasa en nuestras mentes y en nuestras familias, nos convierte en desadaptados entre desadaptados, en fingidores, en el mejor de los casos, en termitas en la pata de la silla del obispo.

*

Escribe José Bengoa: “Es parte de las culturas humanas saber manejar simbólicamente la muerte. De lo contrario la muerte sería eterna, inolvidable, se reproduciría en los parientes; cada muerte asesinaría todo el entorno”. Mi abuela viste de luto hace veintiséis años. Prometió terminar con el luto cuando acabara la dictadura, pero no lo hizo. El duelo no ha acabado y el negro, signo silencioso, viene a ocupar el lugar dejado por la palabra.

*

Que haya sido una maquinaria extranjera la que logró el fin de la omisión sistemática de los medios de comunicación chilenos sobre la relación entre dictadura militar y degeneramiento moral y político es, en parte, sintomático de la proyección del silencio intra e interpersonal sobre el espacio público en forma de desmovilización.

*

Mi abuela me contó que las mujeres que recibieron su testimonio en la Comisión Rettig, le dijeron que ella y mi mamá eran las primeras personas entrevistadas que no lloraron al contar su historia. Estaba orgullosa de haber podido guardar la compostura en el dolor, de nunca haber llorado en público. Consideraba vergonzosas las demostraciones públicas de emoción y eso me fue transmitido. Si no podía llorar, era mejor no hablar del todo, porque una cosa podía llevar a la otra y quedaría expuesta a la impudicia.

*

—Tú eres hija de José Joaquín Brunner, ¿verdad? ¿Por qué entonces tu apellido?

Con seriedad en el rostro y una mirada que debe caer en los ojos del interlocutor:

—Brunner es mi papá adoptivo. Mi papá biológico murió poco después de que yo nací.

—¿De qué murió?

—Lo asesinaron los militares.

Este pequeño diálogo, que he repetido un centenar de veces, ilustra cómo me veo obligada a comunicar una información para mí terrible a cualquiera a quien se le ocurra preguntar.

✧

*

Estando obligada a interrumpir con mi información de lo terrible la ligereza de ánimo de las conversaciones postdictatoriales, me resiento, odio la ligereza, le doy una nueva vuelta de tuerca a mi proceso de desadaptación.

Ahora mismo, mientras escribo, debo hacer un enorme esfuerzo para vencer el pudor. Qué sentimentales y obvios parecen mis lamentos. Sin embargo, a pesar de no sentir la “culpa de olvidar” de la que habla Tomás Moulian, simplemente porque no es posible olvidar, me siento, como se ha visto, cómplice del silencio. Si parece este un lugar inadecuado, presento mis motivos para pensar que no lo es tanto: ningún lugar es adecuado. La inadecuación es un elemento central de este relato.

*

Me contaron cuando niña que mi papá había muerto fusilado. El certificado de defunción corcheteado a la libreta de familia decía así: muerte por impacto de bala.

En el fusilamiento que inventó mi familia, o en el que yo misma inventé según mi imaginación de Tardes de Cine, un pelotón de soldados disparaba al unísono sobre un hombre con los ojos vendados. Este acto hacía que todos se sintieran inocentes, pues nunca sabrían si había sido su bala la que había dado muerte al hombre. Así también, en mi mente, era el sistema el que se dejaba caer sobre mi padre, hombres sin rostro que de a uno eran inocentes y que sólo sumados se volvían asesinos.

Cuando me enteré de los detalles de su larga agonía durante su detención en la Base Aérea de Cerro Moreno y en la cárcel de Antofagasta, tuve que ocupar toda mi imaginación para lograr representarla (no había un símil en Tardes de Cine). Imaginé, y lo sigo

haciendo, esas sesiones de tortura y todos los posibles rostros de sus torturadores y asesinos.

*

Los dogmas cristianos sirven para explicar la brutalidad con la que actuaron torturadores y asesinos: si el diablo existe, ellos son sus hijos, y si el alma existe, ellos no la tienen. Pero la realidad es menos fabulosa y más terrible, no hay un Dios a quien culpar, a quien acusar de irresponsable. La brutalidad no es más que un producto de la cultura y la naturaleza, una posibilidad ofrecida por la condición humana.

*

Me veo a los siete u ocho años leer una revista en la que describen cómo a una mujer detenida por la DINA le introdujeron ratas vivas en la vagina. Me veo dando vuelta páginas y páginas de declaraciones de tortura. Me sudan las manos y siento cómo me sube la sangre a la cabeza. Ya no quiero leer lo que he escrito aquí, ni siquiera para corregir la ortografía. Sueño que se me abre la herida de la cesárea. No le hablo a nadie de lo que escribo y dudo de mi capacidad de mostrarlo alguna vez.

✱

*

Cuando nació mi hijo supe que él heredaría esta historia de violencia. Me puse a llorar porque supe cómo mi abuela había querido a mi padre y cómo mi padre me había querido a mí. Cómo cada uno desea poder proteger a sus hijos del sufrimiento y la brutalidad. Y como, de forma más o menos radical, todos fracasaremos.

Algún día Lucas llorará por su abuelo que murió a los veintiséis años, sentirá rabia, tomará partido y hará imposible la reconciliación de nuestra sociedad. Mientras los hijos y los nietos de los asesinos y sus amigos justifiquen los crímenes, nuestros hijos heredarán la imaginación herida.

Josefa Ruiz-Tagle, 1999

SIGLAS

ACNUR: Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados

AFDD: Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos

AFEP: Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos

AFI: Asociación de Fotógrafos Independientes

AFP: Administradoras de Fondos de Pensiones

ARCIS: Universidad de Arte y Ciencias Sociales

CEPAL: Comisión Económica para América Latina y el Caribe

CNI: Central Nacional de Informaciones

CODEJU: Comisión Chilena Pro-Derechos Juveniles

CODEPU: Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo

CORA: Corporación de la Reforma Agraria

CORFO: Corporación de Fomento de la Producción

CUT: Central Unitaria de Trabajadores

DC: Partido Demócrata Cristiano

DINA: Dirección de Inteligencia Nacional

DUOC: Departamento Universitario Obrero Campesino de la PUC

FACH: Fuerza Aérea de Chile

FASIC: Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas

FECH: Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile

FER: Frente de Estudiantes Revolucionarios del MIR

FFAA: Fuerzas Armadas

FPMR: Frente Patriótico Manuel Rodríguez

GPM: Grupo Político Militar

ILAS: Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos

INP: Instituto de Previsión Social

JAP: Juntas de Abastecimiento
y Control de Precios

JOTA: Juventudes Comunistas

MAPU: Movimiento de Acción
Popular Unitaria

MIR: Movimiento de Izquierda
Revolucionaria

ONU: Organización de las
Naciones Unidas

ONG: Organización no
gubernamental

PC: Partido Comunista

PDI: Policía de Investigaciones
de Chile

PEM: Programa de
Empleo Mínimo

PIDEE: Fundación de Protección
a la Infancia Dañada por los
Estados de Emergencia

PRAIS: Programa de Reparación
y Atención Integral en Salud

PS: Partido Socialista

PUC: Pontificia Universidad
Católica de Chile

UDI: Partido Unión
Demócrata Independiente

UNCTAD: Conferencia de las
Naciones Unidas sobre Comercio
y Desarrollo

UP: Unidad Popular

USACH: Universidad de
Santiago de Chile

UTE: Universidad Técnica
del Estado

UTP: Unidad Técnica Pedagógica

NOTAS

1. La Base Aérea Cerro Moreno, ubicada en terrenos de la Fuerza Aérea de Chile (FACH), se utilizó como centro de tortura entre 1973 y 1980. La mayoría de las víctimas fatales de la ciudad de Antofagasta pasaron por ese lugar.
2. Caravana de la muerte es el nombre que recibió la operación ordenada por Pinochet y liderada por el general Sergio Arellano Stark, que, con el objetivo de aleccionar a los mandos militares de regiones sobre el trato que debía darse a los “extremistas”, recorrió Chile durante octubre de 1973, asesinando con especial brutalidad a cerca de cien prisioneros, muchos de ellos desaparecidos hasta hoy.
3. La Central Nacional de Informaciones, CNI, fue la policía política de la dictadura entre 1977 y 1990. Con el fin explícito de mantener “la institucionalidad establecida”, funcionó como órgano de persecución, secuestro, tortura, asesinato y desaparición forzada de opositores al gobierno. Reemplazó en estas funciones a la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), formada en noviembre de 1973.
4. Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR. Fundado en 1965, tuvo vocación política marxista, popular y de lucha militar.
5. *El Rebelde*, diario oficial del MIR desde 1965.
6. Hay dos agrupaciones repetidamente mencionadas en las entrevistas con el nombre de Agrupación: la Agrupación de Detenidos Desaparecidos (AFDD) y la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos (AFEP), a la que se hace referencia acá.
7. La Comisión Funa (en mapudungún, pudrir o llevar a la ruina) nació en 1999 por iniciativa de familiares de víctimas de la dictadura para denunciar públicamente a criminales de lesa humanidad que después de diez años de democracia aún estaban impunes. Bajo la consigna “Si no hay justicia, hay funa”, esta comisión funciona hasta hoy.

8. Líder de la Caravana de la muerte, Sergio Arellano Stark fue condenado por la Corte Suprema en octubre del 2008 a una pena de seis años de prisión por el asesinato de cuatro de sus víctimas, y liberado un mes más tarde bajo el alegato de demencia. Murió el 2016, a los 94 años.
9. Líder del Frente Sandinista de Liberación Nacional, Daniel Ortega gobernó Nicaragua desde 1985 a 1990. Volvió al poder el año 2007 y está al mando del país desde entonces, cuestionado por ejercer un poder dictatorial.
10. La UP, Unidad Popular, fue la coalición de partidos políticos de izquierda que llevó a Salvador Allende al poder en 1970, y se disolvió tras el golpe del 73.
11. El regimiento Tejas Verdes, en la provincia de San Antonio, funcionó como escuela de tortura y centro de operaciones de la policía secreta desde el golpe hasta mediados de 1974. Ese mismo año, el sobreviviente Hernán Valdés publicó en España el libro *Tejas verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*, considerado el primer y más importante testimonio acerca de la tortura en Chile.
12. Carlos Altamirano, diputado y senador del Partido Socialista, fue un emblemático dirigente que abogó por la radicalización de las bases populares, el “avanzar sin transar”, incluida la vía armada, para asentar la vía chilena al socialismo. El 9 de septiembre de 1973 dio un incendiario discurso en el que acusó a la Marina de planificar el golpe militar, que llegó dos días después.
13. La Vicaría de la Solidaridad fue un organismo que, al alero del Arzobispado de Santiago, prestó asistencia legal y social a víctimas de la dictadura y sus familias. El archivo de más 85 mil documentos únicos sobre la violación de los derechos humanos en Chile de la Vicaría fue declarado Memoria de la Humanidad por la Unesco.

14. Uno de los más prestigiosos y originales escritores chilenos, José Donoso describió en sus novelas con mucha lucidez las relaciones de clase y la decadencia de la burguesía en Chile.
15. *El huevo de la serpiente* es una película del director sueco Ingmar Bergman estrenada en 1977 que recrea el ambiente sórdido de Berlín en la década de 1920, cuando germinaba el nazismo entre el desencanto y las dificultades económicas.
16. Cantautor chileno detenido el 11 de septiembre y asesinado cinco días después en el Estadio de Chile. Es el gran ícono de la Nueva Canción Chilena y de la cultura de la UP.
17. El Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR o “Frente”) fue una organización surgida en 1983 de las filas del Partido Comunista para luchar, a través de técnicas de guerrilla urbana, por el derrocamiento de la dictadura en Chile.
18. Durante el invierno de 1987, en la Operación Albania, también conocida como matanza de Corpus Christi, murieron doce militantes del FPMR en manos de agentes de la CNI.
19. La Iglesia popular en Nicaragua, rebelde a las jerarquías de la Iglesia Católica e identificada con la causa de los pobres y la Teología de la Liberación, tuvo desde fines de los años 60 gran influencia en la izquierda latinoamericana.
20. Raúl Pellegrín (también conocido como “comandante José Miguel”) fue el fundador y principal líder del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Tras lograr escapar luego del accidentado asalto a una comisaría y el intento de toma de un pueblo, su cuerpo y el de su pareja, Cecilia Magni (“comandante Tamara”), fueron encontrados en el río Tinguiririca con heridas de bala y señales de haber sido torturados. Tenían 30 y 32 años.
21. El Movimiento Juvenil Lautaro, o MAPU Lautaro, fue una organización guerrillera surgida en 1982 luego del quiebre dentro del MAPU entre quienes legitimaban y quienes rechazaban la lucha armada contra la dictadura. Durante la transición a la democracia, el Lautaro siguió operando por la vía insurreccional hasta 1994.

22. Según aparece en el texto “La guerra de guerrillas” del Che Guevara, no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para hacer la revolución, puesto que podría bastar un pequeño foco para agilizar el cambio.
23. Organización política que lideró la lucha contra la ocupación francesa de Argelia desde 1954 hasta 1962, y luego gobernó ese país hasta 1989 en un régimen de partido único.
24. Cantante, compositor y guitarrista de la nueva trova cubana, parte de tradición cultural de la izquierda del continente y banda sonora de la revolución.
25. Líder del Partido Comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de 1953 a 1964, Nikita Krushev fue abiertamente crítico de Stalin e introdujo reformas relativamente liberales en política interna.
26. En 1989, el general Armando Ochoa y el coronel Antonio de la Guardia, fueron acusados por el régimen cubano de narcotráfico y traición a la patria. En tan solo un mes se realizó la investigación, el proceso judicial (televisado) y el cumplimiento de las sentencias de muerte. La legitimidad del juicio es puesta en duda por la imposibilidad de acceder a una legítima defensa en este contexto y porque ambos, bajo los aires de la Perestroika, habían comenzado a hablar críticamente del gobierno.
27. Las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios, JAP, fueron organizaciones de nivel vecinal que funcionaron durante los últimos años de la Unidad Popular para enfrentar la escasez de alimentos y suministros que afectaba al país, a través de comités de racionamiento.
28. El Campamento de Prisioneros de Pisagua funcionó como centro de detención, tortura y exterminio desde septiembre de 1973 hasta octubre de 1974. Tras el retorno de la democracia en 1990, se encontraron fosas comunes con restos de ejecutados políticos que permitieron la apertura de acciones judiciales, en lo que se denominó Caso Pisagua.
29. Sergio Arredondo fue uno de los artífices del golpe y brazo derecho de Arellano Stark en la Caravana de la muerte (ver notas número 2 y 8). Murió a los 91 años el 2018, dos años después de haber sido condenado por delitos de lesa humanidad.

30. El Programa de Empleo Mínimo, PEM, funcionó desde 1974 hasta 1988. El sueldo recibido por los trabajadores era aproximadamente un tercio del salario mínimo.
31. Un mes después de recuperada la democracia se creó en Chile la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación con la misión “establecer un cuadro lo más completo posible sobre los graves hechos de violación a los derechos humanos, sus antecedentes y circunstancias; reunir información que permitiera individualizar a las víctimas y establecer su suerte y paradero” (*Informe Comisión Verdad y Reconciliación*, p.1). La Comisión, presidida por el jurista Raúl Rettig, entregó ocho meses después un informe final, conocido como el Informe Rettig, que incluye relatos sobre violaciones a los derechos humanos con resultado de muerte, los métodos empleados en dichas violaciones, la forma de garantizar la impunidad y las instituciones responsables. El Informe propone además una serie de medidas compensatorias para las familias de las víctimas, que comenzaron a implementarse un par de años después, tras dictarse una ley conocida como la Ley Rettig. Entre estas medidas se estableció la pensión a la que se refiere aquí.
32. Implementadas por la Junta de Gobierno en 1980, las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP) son instituciones financieras privadas encargadas de administrar los ahorros individuales para la pensión. Hasta hoy es el único sistema de pensiones en Chile, a pesar de la presión ciudadana en su contra.
33. Patria y Libertad fue un movimiento paramilitar de ideología fascista que contó con financiamiento de la CIA durante la Unidad Popular. El Comando Rolando Matus, de tendencia más conservadora, fue otro grupo de choque que, con el fin de detener la Reforma Agraria, tuvo como principal blanco a campesinos y mapuche.
34. La Dirección de Inteligencia Nacional, DINA, fue la policía secreta de la dictadura desde 1973 hasta 1977, cuando fue reemplazada por la Central Nacional de Informaciones, CNI.
35. Inspirada en hechos reales, *Machuca* es una película de Andrés Wood, estrenada el año 2004, sobre un niño de clase popular llevado a estudiar a un colegio de la alta burguesía santiaguina.

36. José Manuel Parada fue secuestrado y asesinado a fines de marzo de 1985, junto a Manuel Guerrero y Santiago Nattino. El crimen de estos dirigentes comunistas causó gran conmoción por su brutalidad y su investigación se conoció como el Caso Degollados.
37. Sector rural a 50 kilómetros al poniente de Santiago.
38. Espacios contraculturales surgidos a mediados de los años ochenta y comienzos de los 90 en los que se articularon diversas formas de resistencia al autoritarismo dominante, alejándose de las estéticas tradicionales de la izquierda latinoamericana y acercándose a lo queer, las drogas y el desenfreno sexual.
39. Punta Peuco es un recinto penal exclusivo para el cumplimiento de condenas de criminales de lesa humanidad. Las condiciones de vida de los presos son exponencialmente mejores que en el resto de las cárceles de Chile.
40. Los primeros meses tras el golpe, la Base El Bosque de la Fuerza Aérea, ubicada en la zona sur de Santiago, operó como centro de detención, tortura y ejecución de prisioneros.
41. Ubicada en la comuna de Peñalolén, en Santiago, Villa Grimaldi fue el recinto secreto de detención y tortura más importante de la DINA. Se estima que más de cinco mil hombres y mujeres fueron llevados allí, y al menos de 229 de ellos murieron durante la tortura, fueron ejecutados o desaparecieron.
42. Descabezamiento del PC en 1976 a través de dos operaciones clandestinas de la DINA conocidas con el nombre de Caso Calle Conferencia. Los dirigentes secuestrados en estos operativos fueron llevados al Cuartel Simón Bolívar, brutalmente torturados, asesinados y luego arrojados al mar.
43. La Fundación de Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia, FIDEE, se fundó en 1979 con el objeto de entregar atención social, médica y psicológica a los menores familiares de víctimas de la dictadura. Hoy funciona principalmente como centro de documentación.

44. La Mesa de Diálogo de Derechos Humanos fue una instancia creada en 1999, tras la detención de Pinochet en Londres por delitos de lesa humanidad, cuyo objetivo era que las instituciones armadas entregaran información sobre el destino final de los detenidos desaparecidos. Participaron representantes de la sociedad civil y de las distintas ramas de las Fuerzas Armadas. El año 2000 entregaron sus resultados: el supuesto paradero de los restos de doscientas personas asesinadas, además del reconocimiento, por primera vez, de graves violaciones a los derechos humanos. Sin embargo, muchas de las informaciones dadas a los familiares por parte de las Fuerzas Armadas resultaron falsas o improbables.
45. El Cuartel Simón Bolívar fue un centro de tortura y exterminio de altos dirigentes de izquierda, especialmente del PC. Ningún detenido allí sobrevivió. Los cadáveres fueron enterrados en fosas clandestinas o tirados al mar.
46. La Asociación de Fotógrafos Independientes, AFI, que llegó a tener más de trescientos afiliados, fue creada en 1981 para difundir la obra y defender la vida de los fotógrafos independientes en Chile.
47. La Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo, CODEPU, fue fundada por profesionales de la Vicaría de Solidaridad tras una discusión respecto a si se debía o no prestar ayuda a personas acusadas de delitos de sangre en el contexto de la lucha contra la dictadura.
48. La Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, conocida como Comisión Valech, por su presidente, monseñor Sergio Valech, fue creada en septiembre de 2003 para esclarecer la identidad de las personas que sufrieron privación de libertad y torturas por razones políticas durante la dictadura en Chile. El informe elaborado por la comisión, el Informe Valech, contiene, entre otras cosas, una descripción del contexto general sobre prisión política y tortura, los métodos de represión utilizados, las consecuencias para las víctimas y sus familias, y una propuesta de actos reparatorios. Al final del texto, se incluye una lista de los lugares utilizados como centros de detención y tortura, y luego la nómina de las víctimas, más de 40 mil, 3.065 de ellas muertas o desaparecidas.

49. Basclay Zapata (1946-2017), Marcelo Moren Brito (1935-2015) y Miguel Krassnoff (1946-) fueron agentes de la DINA, responsables del secuestro, la tortura, la ejecución y el desaparecimiento de literalmente miles de hombres y mujeres de izquierda durante los primeros años de la dictadura en Chile.
50. Osvaldo Romo, conocido también como Guatón Romo, fue un ex militante de izquierda transformado en agente de la DINA, que, estando preso, dio una entrevista televisada jactándose de su participación en torturas y violaciones, describiéndolas detalladamente. Su testimonio fue clave para el encarcelamiento de decenas de otros agentes.
51. La Concertación de Partidos por la Democracia fue una coalición de partidos de centroizquierda que lideró el proceso de transición a la democracia y gobernó Chile desde 1990 hasta el 2010.
52. Periódico del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.
53. Durante los primeros meses de la dictadura, en el Recinto Militar de Cerro Chena, perteneciente al Batallón de Inteligencia de la Escuela de Infantería de San Bernardo en Santiago, operó un centro de detención, tortura y exterminio de prisioneros.

Josefa Ruiz-Tagle

No dijeron muerte

© Josefa Ruiz-Tagle

© Saposcat, septiembre de 2023

ISBN 978-956-9866-33-3

Saposcat y la autora agradecen los aportes personales recibidos para publicar este libro.

Diseño: Estudio Fig.1

COLOFÓN

Textos compuestos en las fuentes Niveau Grotesk en las variantes Bold, Bold Italic, Black, Medium Small Caps y Bold Small Caps; Cardea OTCE en las variantes Reg, Reg Italic, Bold y Bold Italic.

Tapas impresas en Cartulina sólida 240 g y páginas interiores impresas en Bond ahuesado lux cream 60 g.

Impreso en A Impresores



saposcat.cl

saposcatlibros@gmail.com

Santiago de Chile



En las páginas de este libro sobrecogedor, hijos e hijas de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos revisan sus historias de vida y con ellas la historia política del Chile de los últimos cincuenta años. Al hacerlo, van dibujando un mapa de los efectos perdurables de la violencia de estado, y muestran cómo impactó de manera diversa a hombres y mujeres, niños y adultos, militantes y no militantes, profesionales, estudiantes, campesinos y obreros.

Josefa Ruiz-Tagle compone con estas historias un coro, a veces disonante y otras veces armónico, que revive la Unidad Popular, las militancias revolucionarias de los padres, la brutalidad de la dictadura, la transición a la democracia y los tiempos turbulentos de hoy; un coro que se enmarca en la tradición de la tragedia y a la vez celebra la extraordinaria capacidad humana para encontrar sentido y dignidad en medio del horror.

